

**Per Wahlöö &  
Maj Sjöwall**



**La habitación  
cerrada**

se

Dos casos sin resolver, tres policías en apuros y un asesino suelto dispuesto a matar de nuevo. El comisario Martin Beck y su equipo se hallan en una encrucijada en que nada parece tener relación en sí, pese a que todo apunta a lo contrario: un banco ha sido atracado en una parte de la ciudad, mientras que en otra se ha encontrado un cadáver en una habitación cerrada a cal y canto, sin arma ni pista alguna en la escena del crimen. ¿La situación podría ser peor?

Efectivamente, en una novela de Martin Beck, todo lo malo tiene la oportunidad de empeorar hasta su resolución final.



Maj Sjöwall & Per Wahlöö

# **La habitación cerrada**

**Martin Beck - 8**

**ePub r1.2**

**Rob\_Cole** 14.07.2020

Título original: *Det slutna rummet*  
Maj Sjöwall & Per Wahlöö, 1972  
Traducción: Elda García-Posada  
Retoque de portada: rosmar71

Editor digital: Rob\_Cole  
Primer editor: mantaraya (r1.0)  
ePub base r2.1



# 1

Las campanas de Santa María daban las dos cuando ella salía de la estación del metro de Wollmar Yxkullsgatan. Antes de apresurarse hacia la plaza de María, se detuvo y encendió un cigarrillo.

El ruido ensordecedor y continuado de las campanas de la iglesia resonó en el aire, haciéndole recordar los tristes domingos de su infancia. Ella había nacido y se habría criado a unas pocas manzanas de la iglesia de Santa María, donde también fue bautizada y confirmada (de esto último hacía casi doce años). Todo lo que ella podía recordar de su preparación para la confirmación, era que el vicario le preguntó por qué había citado a Strindberg al escribir aquello del «melancólico discante» de las campanas de Santa María. Pero ella no recordaba su respuesta.

El sol le daba en la espalda. Después de cruzar St. Paulsgatan, aminoró el paso, pues no deseaba empezar a sudar. De repente se dio cuenta de lo nerviosa que estaba y lamentó no haber tomado un tranquilizante antes de salir de casa.

Al llegar a la fuente que hay en medio de la plaza, metió el pañuelo en el agua fresca y, habiéndose alejado, se sentó en un banco a la sombra de los árboles. Se quitó las gafas y se frotó la cara con el pañuelo mojado, se limpió las gafas con una punta de su camisa azul claro, y se las volvió a poner. Los grandes lentes reflejaron la luz, ocultando la mitad superior de su rostro. Se quitó el amplio sombrero azul de dril, se levantó el liso pelo rubio, tan largo que le caía sobre los hombros, y se pasó la mano por la nuca. Luego, volvió a ponerse el sombrero, se lo encajó hasta las cejas y se quedó sentada e inmóvil, con el pañuelo arrugado y hecho una bola entre las manos.

Al cabo de un rato extendió el pañuelo ante ella, sobre el banco, y se frotó las palmas de las manos sobre los pantalones tejanos. Miró su reloj: eran las dos y media. Unos minutos para calmarse antes de que tuviera que irse.

Cuando el reloj dio las 2.45, ella alzó la tapa del bolso colgante de lona verde oscuro que tenía sobre el regazo, tomó el pañuelo, que ahora estaba completamente seco, y, sin doblarlo, lo metió en el bolso. Entonces se levantó, pasó sobre el hombro derecho la correa de cuero del bolso, y empezó lentamente a caminar.

Al acercarse a Hornsgatan sintió menos tensión; y se persuadió a sí misma de que todo saldría bien.

Era viernes, el último día de junio, y para muchas personas las vacaciones de verano acababan de empezar. En Hornsgatan, tanto en la calzada como en las aceras, el tráfico era muy animado. Saliendo de la plaza, ella giró a la izquierda y penetró en la sombra de las casas.

Esperaba haber elegido bien el día. Sopesó los pros y los contras y se dio cuenta de que podía haber demorado su proyecto hasta la semana siguiente. No había nada de malo en ello, pero no

había tenido muchas ganas de exponerse a tal tensión mental.

Llegó allí antes de lo que había pensado, y se detuvo en el lado sombreado de la calle, observando el gran ventanal que tenía enfrente. El cristal reluciente reflejaba el brillo del sol, y el denso tráfico le tapaba parcialmente la vista, aunque se dio cuenta de una cosa: las cortinas estaban corridas.

Fingiéndose mirar escaparates, anduvo lentamente arriba y abajo por la acera, y aunque había un gran reloj que colgaba en el exterior de una relojería cercana, siguió mirando al suyo. Y mientras tanto no dejaba de observar la puerta en el otro lado de la calle.

A las 2.55 se dirigió hacia el paso de peatones en el cruce. Cuatro minutos más tarde se hallaba frente a la puerta del banco.

Antes de empujarla para abrir, alzó la tapa de su bolso. Al entrar, echó una mirada de reojo a la oficina, la sucursal de uno de los bancos más importantes de Suecia. Era larga y estrecha; en la pared frontera estaba la puerta y la única ventana. A la derecha un mostrador iba desde la ventana a la breve pared del otro extremo, y a la izquierda había cuatro mesas fijadas a la larga pared. Más allá, había una mesa baja, redonda, y dos taburetes tapizados con un material rojo a cuadros. Aún más lejos, una escalera empinada desaparecía hacia lo que probablemente era la cámara acorazada del banco.

Sólo un cliente había entrado antes que ella: un hombre, que estaba de pie ante el mostrador, metiendo billetes de banco y documentos dentro de su cartera de mano. Tras el mostrador vio sentadas a dos empleadas. Más allá un empleado permanecía de pie hojeando las cartulinas de un índice.

Dirigiéndose hacia una de las mesas, la joven sacó una pluma del bolsillo exterior del bolso, mientras observaba con el rabllo del ojo cómo el cliente de la cartera de mano salía por la puerta de la calle. Tomó un impreso de ingresos y empezó a garrapatear en él. Al cabo de un rato observó que el empleado se dirigía hacia la puerta y la cerraba con llave. Luego se inclinó y soltó el gancho que mantenía abierta la puerta interior. Mientras ésta se cerraba con ruido silbante, él volvió a su sitio tras el mostrador.

Ella sacó el pañuelo del bolso. Sujetándolo en la mano izquierda, la hoja de ingresos en la derecha, se acercó al mostrador, fingiendo limpiarse la nariz.

Entonces metió la hoja de ingresos en el bolso, sacó una bolsa de compra, de nailon, que estaba vacía, y la puso sobre el mostrador. Asió la pistola, apuntó con ella a la cajera y, manteniendo el pañuelo ante la boca, dijo:

—Esto es un atraco. La pistola está cargada, y si usted hace el menor ruido, dispararé. Meta en este bolso todo el dinero que tenga.

La mujer que había detrás del mostrador se la quedó mirando con fijeza, tomó despacio la bolsa de nailon y la puso ante sí. La otra mujer interrumpió el peinado de su cabello, y dejó caer las manos lentamente. Abrió la boca para decir algo; pero no salió el menor sonido. El hombre, que seguía de pie detrás de su mesa, tuvo un violento sobresalto.

Inmediatamente, ella le apuntó con la pistola y le gritó:

—¡Estese quieto! Y ponga las manos donde yo pueda verlas bien.

Haciendo un gesto impaciente con la pistola encañonando a la mujer que tenía delante, evidentemente paralizada por el terror, prosiguió:

—¡Dese prisa con el dinero! ¡Póngalo todo!

La cajera empezó a meter fajos de billetes en la bolsa. Cuando hubo terminado, la soltó sobre el mostrador.

De repente, el hombre de la mesa dijo:

—Nunca escapará con eso. La policía...

—¡Cállese! —gritó ella.

Entonces metió el pañuelo en el bolso abierto, y agarró la bolsa de nailon, que le pareció agradable y pesada. Retrocediendo lentamente hacia la puerta y apuntó por turno con la pistola a cada uno de los empleados del banco.

De repente alguien corrió hacia ella desde la escalera, en el extremo opuesto de la habitación: un hombre alto y rubio con pantalones muy ajustados y una chaqueta ligera de franela azul con botones brillantes y un gran emblema dorado prendido en el bolsillo del pecho.

Se oyó en el local un estruendo cuyo eco atronó el espacio cerrado entre las paredes. Y mientras, a causa del retroceso, el brazo de ella se movía hacia el techo, vio caer violentamente hacia atrás al hombre de la chaqueta de franela. Sus zapatos eran de calidad, nuevos y blancos, con gruesas suelas acanaladas de goma roja. Sólo cuando su cabeza chocó contra el suelo de piedra con un horrible golpe sordo, ella se dio cuenta de que lo había matado.

Soltó la pistola en el bolso, y miró fija y salvajemente a las tres personas horrorizadas que había tras el mostrador. Luego echó a correr hacia la puerta. Mientras descorría torpemente el pestillo, tuvo tiempo de pensar antes de salir a la calle: «Tranquila, debo andar completamente tranquila». Pero en cuanto se vio en la acera, apresuró el paso hacia el cruce.

No veía a la gente que la rodeaba; sólo se dio cuenta de que tropezaba con algunas personas, y le parecía que el disparo seguía resonando en sus oídos.

Dio la vuelta a la esquina y echó a correr, con la bolsa de compra en la mano y el pesado bolso golpeándole la cadera. Abrió de golpe la puerta de la casa donde había vivido de niña, siguió el viejo camino familiar hacia el patio, y trató de contenerse y andar al paso. Pasó directamente bajo el soportal de una glorieta mirador y salió a otro patio trasero. Bajó por la empinada escalera hasta una bodega, y se sentó en el escalón inferior.

Trató de meter la bolsa de nailon sobre la pistola en el bolso colgante, pero no había bastante espacio. Entonces se quitó el sombrero, las gafas y la peluca rubia y las metió en el bolso. Su pelo verdadero era negro y corto. Se levantó, se desabotonó la camisa, se la quitó, y la metió en la bolsa. Bajo la camisa llevaba un jersey de algodón negro, de manga corta. Colgando el bolso sobre su hombro izquierdo, tomó la bolsa de nailon y subió por las escaleras hasta el patio. Saltó por un par de muretes antes de encontrarse al fin en una calle en el extremo de la manzana de casas.

Entonces entró en una pequeña tienda de comestibles, compró dos litros de leche, metió los botes de cartón encerado en una gran bolsa de papel, y luego puso encima de ellos la bolsa de nailon.

Después, se dirigió hacia Slussen y allí tomó el metro hasta su casa.

## 2

Gunvald Larsson llegó al escenario del crimen en su automóvil particular, un BMW rojo, lo cual es poco corriente en Suecia, y a los ojos de mucha gente resulta excesivo para un detective inspector, especialmente si lo emplea en su trabajo.

Aquella hermosa tarde del viernes, el detective acababa de sentarse tras el volante para dirigirse a casa, cuando Einar Rönn llegó corriendo al patio de la jefatura central de policía, echando abajo todos sus planes para una tarde tranquila en su casa de Bollmora. Einar Rönn era también detective inspector en la Patrulla Nacional de Homicidios, y sin duda el único amigo que Gunvald Larsson tenía; así que cuando le dijo que lo sentía mucho, pero que Gunvald Larsson tendría que sacrificar su tarde libre, hablaba realmente en serio.

Rönn fue hasta Hornsgatan en un coche de la policía. Cuando llegó allí, ya había en aquel lugar varios coches y algunos individuos de la Comisaría Sur, y Gunvald Larsson ya estaba dentro del banco.

Frente al banco se había reunido un pequeño número de personas, y cuando Rönn cruzó la acera, uno de los patrulleros uniformados que había allí, mirando ceñudo a los espectadores, se acercó a él y le dijo:

—Tengo aquí un par de testigos que dicen haber oído el disparo. ¿Qué hago con ellos?

—Reténgalos un momento —contestó Rönn—, y trate de dispersar a los otros.

El patrullero asintió y Rönn entró en el banco.

Sobre el suelo de mármol, entre el mostrador y las mesas de trabajo, el muerto, con los brazos abiertos y la pierna izquierda doblada, yacía de espaldas. Una pernera del pantalón se había subido, mostrando un calcetín blanco marca Orion con un áncora azul oscuro, y una piel muy bronceada con relucientes pelos rubios. La bala le había dado en la cara, y por la parte posterior de la cabeza habían salido sangre y masa encefálica.

Los empleados del banco estaban sentados juntos en el otro extremo del vestíbulo, y frente a ellos Gunvald Larsson alzó la mano derecha hacia la mujer, que inmediatamente se calló en medio de una frase. Gunvald Larsson se levantó, fue detrás del mostrador, y, con el bloc de notas en la mano, se dirigió hacia Rönn. Con un asentimiento de cabeza hacia el hombre que estaba en el suelo, dijo:

—No tiene buen aspecto. Si usted se queda aquí me llevaré a los testigos a otro sitio, quizás a la antigua casa de la comisaría de Rosenlundsgatan. Allí podrá trabajar sin que le molesten.

Rönn asintió.



—Dicen que lo hizo una chica —manifestó—. Y que se marchó con el dinero. ¿Vio alguien hacia dónde se dirigía?

—De los del banco, ninguno —contestó Gunvald Larsson—. Al parecer había un tipo ahí fuera que vio cómo arrancaba un coche; pero no vio el número ni está seguro de la marca, así que por ahí no disponemos de mucho. Hablaré con él más tarde.

—Y, ¿quién es éste? —preguntó Rönn haciendo un breve movimiento con la cabeza hacia el muerto.

—Un idiota que quería hacer el papel de héroe. Trató de echarse sobre la atracadora, y ella, claro, presa del pánico, disparó. Era uno de los clientes del banco y el personal lo conocía. Había estado aquí haciendo algo en su caja de seguridad y subió por aquella escalera, justo cuando estaba ocurriendo todo. —Gunvald Larsson consultó su bloc de notas—. Era director de un instituto de Gimnasia, y se llamaba Gardon. Con «a».

—A lo mejor imaginó que era *Flash Gordon* —replicó Rönn.

Gunvald Larsson le lanzó una mirada interrogativa.

Rönn se ruborizó, y para cambiar de tema dijo:

—Bueno, creo que hay varias fotos de ella en esa cosa —y señaló hacia la cámara fijada debajo del techo.

—Si estaba bien enfocada y había película dentro —repuso Gunvald Larsson con escepticismo—. Y si la cajera se acordó de apretar el botón.

En la actualidad la mayoría de los bancos suecos están equipados con cámaras que disparan cuando el cajero de servicio pisa un botón en el suelo. Ésta era la única cosa que el personal tenía que hacer en caso de atraco. Como los robos armados de bancos se iban haciendo cada vez más frecuentes, se dio orden al personal de que entregaran todo el dinero que les pidieran, y, en general, que no hicieran nada para detener a los atracadores o impedirles que escaparan, ya que eso podría poner en peligro sus vidas. Esta orden no se debía, como alguien podría creer, a motivos humanitarios o a cualquier consideración por el personal de banca. Era fruto de la experiencia. Resultaba más barato para los bancos y compañías de seguros permitir a los ladrones que se fueran con el producto de su robo, que verse obligados a pagar daños e incluso a mantener a las familias de las víctimas para el resto de su vida, lo cual puede ser fácilmente el caso de alguien que resulte herido o muerto.

Ahora llegó el cirujano de la policía, y Rönn salió para dirigirse a su coche y recoger la valija de homicidios. Empleaba métodos anticuados, y generalmente con éxito. Gunvald Larsson partió para la antigua comisaría de Rosenlundsgatan, junto con los directivos del banco y cuatro personas más que se habían identificado a sí mismas como testigos.

Le dejaron una sala de interrogatorios, donde se quitó la chaqueta de ante, y la colgó en el respaldo de una silla antes de empezar los exámenes preliminares. Las primeras tres declaraciones hechas por el personal del banco eran tan buenas como idénticas; las otras cuatro divergían ampliamente.

El primero de estos cuatro testigos era un hombre de cuarenta y dos años quien, al producirse el disparo, estaba en un portal a cinco metros del banco. Había visto pasar apresuradamente a una chica con sombrero negro y gafas de sol, y cuando, según su propia declaración, medio minuto después, miró calle abajo, había visto un turismo verde, probablemente un Opel, que arrancaba de junto a la acera a unos quince metros de distancia. El coche desapareció rápidamente en dirección

a Hornsplan, y le pareció ver a la chica del sombrero en el asiento de atrás. No se había fijado en el número de matrícula; pero creía que las letras eran «AB».

El siguiente testigo, una mujer, era la dueña de una *boutique*. Al oír el tiro, estaba de pie en la puerta abierta de su establecimiento, que estaba frente por frente del banco. Al principio pensó que el ruido procedía del interior de su tienda. Temerosa de que hubiera explotado la estufa de gas, entró corriendo, pero habiendo comprobado que no era así, volvió a la puerta. Al mirar calle abajo había visto un gran coche azul que giraba para meterse en el tráfico, haciendo chirriar los neumáticos. En el mismo instante una mujer salió del banco y gritó que habían matado a alguien. No se había fijado en quién iba sentado en el coche o cuál era su número de matrícula; pero pensó que se parecía más o menos a un taxi.

El tercer testigo era un obrero metalúrgico de treinta y dos años. Su relato era más circunstancial. No había oído el disparo, o al menos no se había dado cuenta de ello. Cuando la chica salió del banco, él iba por la acera. Ella tenía mucha prisa, y al pasar por su lado le empujó. Él no había visto su cara; pero creyó que tendría unos treinta años. Llevaba pantalones azules, camisa y sombrero, y un bolso oscuro. La había visto ir hasta un coche de matrícula «A» con dos treses en la placa. El coche era un Renault 16 beige claro. Un hombre delgado, que parecía tener de veinte a veinticinco años, estaba sentado ante el volante. Tenía el cabello largo, lacio y negro, y llevaba una camisa de algodón, de manga corta. Estaba asombrosamente pálido. Otro hombre, que parecía un poco mayor y estaba en la acera, abrió a la chica la puerta trasera del coche. Tras cerrar la puerta tras ella, se sentó al lado del conductor en el asiento delantero. Este hombre era robusto, de metro sesenta de estatura, pelo canoso, revuelto y espeso. Tenía la cara muy encarnada y llevaba pantalones negros acampanados y una camisa negra de algún material brillante. El coche dio media vuelta y desapareció en dirección de Slussen.

Después de toda esta evidencia, Gunvald Larsson se sintió un poco perplejo. Antes de llamar al último testigo, leyó cuidadosamente sus notas.

Este último testigo resultó ser un relojero de cincuenta años de edad. Había estado sentado en su coche justo frente al banco, esperando a su esposa que estaba en una zapatería en el otro lado de la calle. Tenía la ventanilla abierta y había oído el disparo; pero no reaccionó, ya que siempre hay mucho ruido en una calle tan transitada como Hornsgatan. A las tres y cinco vio salir del banco a la mujer. Se fijó en ella porque parecía tener demasiada prisa para excusarse cuando tropezó con una señora mayor, y él pensó que era típico de los estocolmeses ir siempre con tanta prisa y tan poca educación. Él era oriundo de Södertälje. La mujer vestía pantalones largos, y en su cabeza tenía puesto algo que recordaba el sombrero de un *cowboy* y llevaba en la mano una bolsa de la compra, negra. Fue corriendo hasta el próximo cruce y desapareció al dar la vuelta a la esquina. No, no había entrado en ningún coche, ni se detuvo en su camino; sino que se había dirigido directamente a la esquina y desapareció.

Gunvald Larsson hizo por teléfono la descripción de los dos hombres del Renault, se levantó, recogió sus papeles, y miró al reloj. Ya eran las seis.

Presumiblemente había hecho mucho trabajo en vano. La presencia de los distintos coches ya hacía rato que fue informada por los primeros reporteros que llegaron al escenario. Además, ninguno de los testigos había dado un cuadro general coherente. Todo se había ido al infierno, por supuesto. Como siempre.

Por un momento se preguntó si debía de retener al último testigo; pero desistió de la idea. Todo el mundo parecía tener ganas de irse a casa lo antes posible. A decir verdad, él era quien tenía más ganas de todos, aunque probablemente eso era esperar demasiado. Así que dejó que todos los testigos se fueran.

Se puso la chaqueta y volvió al banco.

Los restos del valeroso profesor de gimnasia habían sido retirados, y un joven radiopatrullero salió de su coche y le informó cortésmente de que el detective inspector Rönn le esperaba en su despacho. Gunvald Larsson suspiró y se dirigió hacia su coche.

### 3

Se despertó asombrado de estar vivo. Esto no era nada nuevo. Porque en los últimos quince meses había abierto los ojos cada día con la misma confusa pregunta: ¿cómo es posible que esté vivo?

Poco antes de despertarse había tenido un sueño, que también era de hacía quince meses. Aunque cambiaba constantemente, siempre seguía el mismo modelo. Iba cabalgando. Un viento frío le azotaba los cabellos. Iba galopando, inclinándose hacia delante. Luego corría por un andén de estación de ferrocarril. Frente a él veía a un hombre que acababa de levantar una pistola. Él sabía quién era el hombre y lo que iba a suceder. El hombre era Charles J. Guiteau; el arma, una pistola de tirador, una Hammerli International.

Justo cuando el hombre disparaba, él se arrojaba hacia adelante y detenía la bala con el cuerpo. El disparo le daba como un martillo, en medio del pecho. Evidentemente se había sacrificado; pero al mismo tiempo se dio cuenta de que su acción había sido en vano. El Presidente yacía contraído en el suelo, su brillante sombrero de copa se le había caído de la cabeza y rodaba en semicírculo.

Como siempre, se había despertado cuando le alcanzaba la bala. Al principio todo se volvió negro, una oleada de quemante calor barrió su cerebro. Entonces abrió los ojos.

Martin Beck estaba acostado e inmóvil en la cama, mirando al techo. Había luz en la habitación. Pensó en su sueño. No le había parecido particularmente significativo, al menos en esta versión. Además, estaba lleno de absurdidades. El arma, por ejemplo; debía de haber sido un revólver o posiblemente un *derringer*<sup>[1]</sup>; y ¿cómo podía Garfield yacer allí, herido de muerte, cuando había sido él quien ostensiblemente había parado la bala con el pecho?

Ni la menor idea del aspecto que tenía en realidad el asesino. Si alguna vez había visto una foto de ese hombre, la imagen mental había sido borrada hacía tiempo. Guiteau tenía ojos azules, bigote rubio y cabello alisado y brillante peinado hacia atrás; pero hoy se había parecido más a un actor en un papel importante. Inmediatamente recordó cuál: John Carradine, como el jugador de *La Diligencia*. Todo era asombrosamente romántico.

Sin embargo, una bala en el pecho de uno puede hacer perder fácilmente toda cualidad poética. Lo sabía bien por experiencia. Si perfora el pulmón derecho y luego se aloja cerca de la espina dorsal, el efecto es intermitentemente doloroso y a la larga se vuelve muy molesto.

Pero había mucho en su sueño que concordaba con su propia realidad. Por ejemplo, la pistola de tirador. Había pertenecido a un patrullero de la policía que fue despedido; tenía ojos azules, bigote rubio, y el cabello peinado diagonalmente hacia atrás. Se habían encontrado en el tejado de una casa bajo un cielo primaveral frío y oscuro. No cambiaron palabras. Sólo un tiro de pistola.

Aquella noche él se había despertado en la cama de una habitación de paredes blancas, concretamente en la sección del tórax del Hospital Karolinska. Le habían dicho que su vida no corría peligro. Aún así él se preguntó cómo era que estaba vivo.

Después le dijeron que la herida ya no constituía una amenaza a su vida; pero que la bala estaba alojada en mal sitio. Él comprendió, aunque no apreció, la fineza de aquel pequeño «ya no». Los cirujanos habían examinado las placas de rayos X durante semanas antes de extraer de su cuerpo el objeto extraño. Luego le dijeron que su herida, *definitivamente*, ya no constituía un peligro para su vida. Por el contrario, que se repondría totalmente, con tal de que se tomara las cosas con tranquilidad. Mas para entonces él ya había dejado de creer en ellos.

De todos modos, se había tomado las cosas con mucha tranquilidad. No tenía otro remedio.

Ahora decían que se había recuperado del todo. Esta vez hubo también, sin embargo, una adición: «Físicamente». Además, no debería de fumar. Su tráquea nunca había estado muy bien, y un tiro en el pulmón no había mejorado las cosas. Después de haberse curado, aparecieron señales misteriosas alrededor de las cicatrices.

Martin Beck se levantó. Cruzó su salita de estar hasta el pasillo, recogió su periódico, que estaba sobre el felpudo de la puerta, y entró en la cocina, mientras recorría con la mirada los titulares de la primera página. Buen tiempo, que duraría, según el hombre del tiempo. Aparte de eso, todo parecía, como de costumbre, tener tendencia a empeorar. Dejó el periódico sobre la mesa de la cocina, sacó un yogur del frigorífico, el cual tenía el sabor de siempre, ni bueno ni malo, sólo un poco a mohoso y artificial. Sin duda era de muchos días antes, y ya sería viejo cuando lo compró. Hacía mucho tiempo que pasó la época feliz en que un estocolmés podía comprar fresco todo lo que quisiera sin tener que hacer un esfuerzo particular ni pagar un precio abusivo. Su siguiente parada fue en el cuarto de baño. Tras lavarse la cara y cepillarse los dientes regresó al dormitorio, hizo la cama, se quitó los pantalones del pijama, y empezó a vestirse.

Al hacer eso miró distraídamente por su apartamento, que estaba en la parte alta de un edificio en Köpmansgatan, en la ciudad antigua. La mayoría de los estocolmeses lo habrían llamado una casa de ensueño. Llevaba viviendo allí más de tres años, y aún podía recordar lo cómodo que allí se había sentido, hasta aquel día de primavera en aquel tejado.

Ahora solía sentirse encerrado y solitario, incluso cuando alguien iba a verlo. Sin duda esto no era culpa del apartamento. Últimamente, a menudo, había sentido claustrofobia incluso estando fuera.

Sintió un vago deseo de fumar un cigarrillo. Bien es verdad que los médicos le habían dicho que debía dejar el tabaco; pero a él no le importaba. Más grave era que la Compañía de Tabacos del Estado ya no fabricaba su marca favorita. Ya no se encontraban en el mercado cartones de aquellos cigarrillos con filtro. En dos o tres ocasiones había probado otras marcas, pero no pudo acostumbrarse a ellas. Mientras se hacía el nudo de la corbata miró distraídamente sus modelos de barcos. Había tres de ellos en un estante sobre la cama, dos terminados y el tercero medio acabado. Habían pasado más de ocho años desde que empezó a construirlos; pero desde aquel día de abril del año anterior ni siquiera los había tocado.

Desde entonces habían recogido mucho polvo. Varias veces su hija se había ofrecido a limpiarlos; pero él le pidió que los dejara en paz.

Eran las 8.30 de la mañana del lunes 3 de julio de 1972. Una fecha de especial importancia. Justo en este día él volvía al trabajo.

Seguía siendo un policía, más exactamente, un detective inspector jefe, al mando de la Patrulla Nacional de Homicidios.

Martin Beck se puso la chaqueta y se metió el periódico en el bolsillo, pensando leerlo en el metro, uno de los pequeños detalles de la rutina que pensaba reanudar.

Andando por Skeppsbron a la luz del sol, inhaló el aire polucionado. Se sintió extraño y hueco. Pero nada de esto denunciaba su apariencia. Por el contrario, parecía sano y vigoroso, y sus movimientos eran rápidos y ágiles. Hombre alto y bronceado con fuerte mandíbula y ojos grises y tranquilos bajo una ancha frente, Martin Beck tenía cuarenta y nueve años de edad. Pronto tendría cincuenta. Pero la mayoría de las personas creían que era más joven.

## 4

La habitación de la Jefatura Sur de Policía en la avenida Västberga evidenciaba la larga residencia de alguien más como jefe en funciones de la División de Homicidios. Aunque estaba limpia y arreglada, y alguien se había tomado la molestia de colocar sobre la mesa de trabajo un gran jarrón con acianos azules y margaritas, todo sugería vagamente una falta de precisión, superficial pero obvia, de cosa apañada y sosegada. Especialmente en los cajones de la mesa. Estaba claro que alguien se había llevado de allí numerosas cosas; aunque quedaban todavía muchas. Viejos recibos de taxi y entradas de cine, por ejemplo, bolígrafos rotos y paquetes vacíos de caramelos. En algunas de las bandejas había clips para sujetar papeles enganchados unos con otros en forma de cadenas, aros de goma, terrones de azúcar, y cajitas de pastillas de sacarina. También dos paquetes de toallitas refrescantes, un paquete de *kleenex*, tres cajas de cartuchos, y un reloj «Exacta» roto. Así como un buen número de trocitos de papel en los que había escrito notas sueltas con una letra clara y muy legible.

Martin Beck había recorrido la comisaría y dicho «¡hola!» a todo el mundo. La mayoría, ya que no todos, eran viejos conocidos. Y ahora estaba sentado a su mesa, examinando el reloj, que parecía ser inútil del todo. El cristal estaba empañado por dentro, y cuando lo sacudió, un ruido lóbrego y susurrante salió del interior del estuche, como si cada uno de sus tornillos estuviera suelto.

Lennart Kollberg llamó con los nudillos a la puerta y entró:

—¡Hola! —dijo—. Bienvenido.

—Gracias. ¿Es tuvo este reloj?

—Sí —repuso Kollberg con hosquedad—. Lo metí sin querer en la lavadora. Olvidé vaciar los bolsillos. —Miró en torno suyo y prosiguió en tono de excusa—: traté de arreglarlo el pasado viernes; pero alguien me interrumpió. Bueno, ya sabes que es...

Martin Beck asintió. Kollberg era la persona que más había visto en su larga convalecencia, y no había mucho nuevo que se pudieran contar el uno al otro.

—¿Cómo te va con la dieta?

—Bien —dijo Kollberg—. Esta mañana me pesé y vi que he rebajado medio kilo. Antes pesaba ciento cuatro, y ahora peso ciento tres y medio.

—Entonces, ¿sólo has adelgazado diez kilos desde que empezaste?

—Ocho —repuso Kollberg, cuya mirada no pudo disimular su oculta satisfacción. Se encogió de hombros y prosiguió refunfuñando—: Pero cuesta mucho. Todo esto es cosa de la naturaleza. Y Gun se ríe de mí, lo mismo que Bodil. Y, a propósito, ¿cómo te encuentras?

—Bien.

Kollberg frunció el ceño, pero no dijo nada. En cambio, abrió su cartera de mano y sacó una carpeta de plástico rojo claro, que parecía contener un informe no muy extenso. Tal vez de treinta páginas.

—¿Qué es eso?

—Llamémoslo un regalo.

—¿De quién?

—De mí, por ejemplo. Aunque no lo es, realmente. Es de Gunvald Larsson y de Rönn. Creen que es muy divertido.

Kollberg dejó la carpeta sobre la mesa. Luego dijo:

—Lo siento, tengo que irme.

—¿A dónde?

—Al C. N. P.

Que era el Consejo Nacional de Policía.

—¿Por qué?

—Esos malditos atracadores de bancos.

—Pero hay una patrulla especial para eso.

—La patrulla especial necesita refuerzos. El viernes pasado otro mentecato cabezota se dejó matar.

—Sí, ya leí algo de eso.

—Así que la Policía del Estado decidió inmediatamente reforzar la patrulla especial.

—¿Contigo?

—No —respondió Kollberg—. No, me parece que contigo. Pero esta orden vino el viernes último, cuando yo estaba todavía a cargo de esto, así que tomé una decisión por mi cuenta.

—¿Cuál?

—Evitarte que tuvieras que ir a ese asilo de lunáticos, y fui yo personalmente a reforzar la patrulla especial.

—Gracias —Martin Beck dijo esto de corazón.

Trabajar en una patrulla especial presumiblemente implicaba una confrontación diaria con, por ejemplo, el comisario de la Policía Nacional, al menos dos jefes de departamento, un surtido de superintendentes, y otros ampulosos aficionados. Kollberg había decidido voluntariamente echar sobre sí mismo todas estas pruebas.

—Bueno —dijo Kollberg—, a cambio conseguí esto —y puso un grueso dedo índice sobre la carpeta de plástico.

—¿Qué es eso?

—Un caso —dijo Kollberg—. Un caso de veras muy interesante, no como los atracos de bancos y cosas de ésas. Lo único malo es que...

—¿Qué?

—Que tú no lees historias de detectives.

—¿Por qué?

—Porque si lo hicieras te gustaría más. Rönn y Larsson creen que todo el mundo lee historias de detectives. En verdad el caso les pertenece a ellos, pero como ahora están tan sobrecargados



con miserias que ellos mismos se han buscado, se las dan a todos los que quieren utilizar sus servicios... Es algo en que pensar. Siéntate y piensa.

—Bueno, le echaré un vistazo —dijo Martin Beck sin entusiasmo alguno.

—Los periódicos no han publicado nada de ello. ¿No sientes curiosidad?

—Claro. Bueno, adiós.

—Hasta la vista —dijo Kollberg.

Ya fuera de la puerta se detuvo y se quedó inmóvil unos segundos, aún frunciendo el ceño. Luego meneó la cabeza con gesto inquieto, y se dirigió hacia el ascensor.

## 5

Martin Beck había dicho que sentía curiosidad por el contenido del «fichero rojo»; pero eso no era verdad. La verdad es que no le interesaba lo más mínimo. ¿Por qué, entonces, había escogido dar una respuesta evasiva y equívoca a la pregunta? ¿Para contentar a Kollberg? Difícilmente. ¿Para engañarlo? Eso estaba aún más traído por los pelos. Además, no tenía razón para hacer eso; y de todos modos era imposible. Se conocían los dos muy bien y se habían tratado muchos años. Además, Kollberg era uno de los hombres menos crédulos que él había conocido. ¿Tal vez para engañarle? Incluso este pensamiento era absurdo.

Martin Beck siguió meditando sobre esta cuestión mientras terminaba la inspección de su despacho. Cuando terminó con los cajones empezó con el mobiliario, dio vuelta a las sillas, puso la mesa en otro ángulo, empujó el fichero unos centímetros más cerca de la puerta, desatornilló la lámpara del despacho y la colocó en el rincón derecho de su mesa. Evidentemente, su sustituto había preferido tenerla a la izquierda, o bien es que había ido a parar allá. En las pequeñas cosas Kollberg actuaba a menudo de modo fortuito. Pero en lo concerniente a los asuntos importantes era un perfeccionista. Por ejemplo, había esperado cumplir cuarenta y dos años para casarse, con la explícita motivación de que quería una esposa perfecta. Había esperado la más conveniente.

Martin Beck, por otra parte, podía mirar hacia atrás a casi dos décadas de matrimonio infortunado, a una persona que ciertamente no parecía haber sido la conveniente. De todos modos ahora estaba divorciado, y pensaba que había demorado tomar esta decisión hasta que fue demasiado tarde.

A veces, en los últimos seis meses, se había encontrado preguntándose si el divorcio, teniendo en cuenta todas las cosas, no había sido un error. ¿Es que una esposa regañona y fastidiosa no era mejor que no tener ninguna?

Bueno, sobre eso ya no se podía hacer nada. Tomó el florero y se lo llevó a una de las secretarías, lo cual pareció alegrarla. Martin Beck se sentó al final ante su mesa, y miró en torno suyo. El orden había sido restablecido.

¿Es que quería convencerse a sí mismo de que nada había cambiado? Una pregunta que no llevaba a ninguna parte, y para olvidarla lo antes posible atrajo hacia sí el «fichero rojo». El plástico era transparente, y vio en seguida que se trataba de un caso de homicidio. Estupendo. El homicidio era parte integrante de su profesión. Pero ¿dónde había ocurrido? En Bergsgatan 57. Casi en el mismo portal de la Jefatura de Policía.

Generalmente habría dicho que eso no concernía ni a él ni a su departamento, sino al Departamento de Investigación Criminal de Estocolmo. Por un segundo estuvo tentado de coger el

teléfono, llamar a alguien de Kungsholmen, y preguntarle qué había realmente de todo ello. O simplemente meterlo en un sobre y devolvérselo al remitente. Sintió el afán de ser rígido y formalista, un deseo tan intenso que tuvo que emplear todas sus fuerzas para reprimirlo. Miró el reloj a fin de distraerse. Ya era la hora del almuerzo; pero no tenía apetito.

Martin Beck se levantó, fue al lavabo y se bebió un vaso de agua tibia.

Al volver se dio cuenta de que el aire en su despacho era cálido y olía mal. Sin embargo, no se quitó la chaqueta, y ni siquiera aflojó su cuello. Se sentó, sacó los papeles, y empezó a leer.

Veintiocho años de policía le habían enseñado muchas cosas, entre ellas el arte de leer informes y pasar por alto rápidamente las repeticiones y trivialidades, la capacidad de seguir el hilo de lo esencial, si es que lo había.

Necesitó menos de una hora para leer concienzudamente este documento. Casi todo él estaba mal escrito —en parte era incomprendible— y algunas partes estaban francamente mal formuladas. Al punto reconoció al autor, Einar Rönn, un policía que, estilísticamente hablando, seguía los pasos de aquel compañero suyo de profesión quien, en unas regulaciones de tráfico muy celebradas, había declarado, entre otras cosas, que la oscuridad caía cuando se encendían las luces de las calles.

Martin Beck hojeó aquellos papeles una vez más, deteniéndose aquí y allá para comprobar ciertos detalles. Luego soltó el informe, puso los codos sobre la mesa y apoyó la frente en las palmas de las manos. Frunciendo el ceño, pensó en el curso aparente de los sucesos.

La historia se dividía en dos partes. La primera era cotidiana y repulsiva.

Hacía quince días, el domingo 18 de junio, un inquilino de Bergsgatan 57, en Kungsholmen, había llamado a la policía. La conversación fue registrada a las 14.19 horas; pero hasta dos horas después no llegó a aquel lugar un coche patrulla con dos hombres. Y eso que aquella casa de Bergsgatan no estaba a más de nueve minutos a pie de la Jefatura Central de Policía de Estocolmo; pero el retraso fue explicado fácilmente. La capital sufría una atroz escasez de policías; además, era la época de las vacaciones, y, para colmo, domingo. Por otra parte, nada indicaba que la llamada fuera particularmente urgente. Dos patrulleros, Karl Kristiansson y Kenneth Kvastmo, habían entrado en el edificio y hablaron con la persona que llamó, una mujer que vivía dos plantas más arriba en la parte de la casa que daba a la calle. Ella les dijo que desde hacía varios días estaba irritada por un olor desagradable en la escalera, y expresó la sospecha de que algo debería ir mal.

Los dos patrulleros advirtieron inmediatamente el olor. Kvastmo lo definió como si se debiera a algo corrompido, y, según explicó, se parecía mucho al hedor de la carne podrida. Olfateando más de cerca (otra vez Kvastmo), los dos hombres habían llegado hasta la puerta de un apartamento del primer piso. Según la información disponible, era la puerta de un apartamento de una sola habitación, habitado durante cierto tiempo por un hombre de unos sesenta y cinco años, cuyo nombre, al parecer, era Karl Edvin Svärd, nombre que figuraba en una tarjeta que había sido colocada bajo el timbre. Como se podía suponer que el olor procedía del cadáver de un suicida, o de alguien que hubiera muerto por causas naturales, o de un perro (todavía de acuerdo con Kvastmo), o posiblemente de alguna persona enferma o imposibilitada, decidieron penetrar en el interior. El timbre no sonaba, y a pesar de que llamaron repetidas veces a la puerta, nadie contestó. Tampoco tuvieron éxito sus tentativas de ponerse en contacto con un portero o algún representante del dueño, o con alguien que tuviera llaves maestras.

Los policías, por tanto, pidieron instrucciones de si debían penetrar en el piso, y recibieron órdenes de hacerlo. Se llamó a un cerrajero, lo que supuso otra media hora de retraso.

A su llegada, el cerrajero vio que aquella puerta estaba provista de una cerradura de seguridad, y que no había ranura para el correo. La cerradura fue entonces taladrada con la ayuda de una herramienta especial; pero ni siquiera con esto fue posible abrir la puerta.

Por entonces, había llegado a su término el horario de trabajo de Kristiansson y Kvastmo, por lo que telefonearon para pedir nuevas instrucciones y se les ordenó que violentaran la puerta. A su pregunta de si no debería estar presente alguien del Departamento de Investigación Criminal, recibieron la lacónica respuesta de que no era necesario más personal. El cerrajero, pensando que ya había hecho su trabajo, se marchó.

Hacia las 19.00 horas, Kvastmo y Kristiansson abrieron la puerta rompiendo las clavijas de las bisagras del exterior. Sin embargo, surgió una nueva dificultad; porque entonces descubrieron que la puerta estaba provista de dos fuertes cerrojos de metal, y también de una especie de viga de hierro sujeta a las jambas de la puerta. Después de trabajar una hora más, los policías pudieron penetrar en el apartamento, donde reinaba un calor sofocante y el irresistible hedor a cadáver.

En la habitación, que daba a la calle, encontraron a un hombre muerto. Yacía de espaldas, a unos tres metros de la ventana que daba a Bergsgatan, al lado de un calentador eléctrico encendido, y el calor que se desprendía de éste, junto con la ola de calor predominante, habían provocado que el cadáver se hinchara hasta un tamaño casi doble del normal. El cuerpo estaba en avanzado estado de descomposición, y había abundancia de gusanos.

La ventana que daba a la calle estaba cerrada por dentro, y la persiana había sido corrida. La otra ventana del apartamento, en la cocinita, daba a un patio. Estaba cerrada a cal y canto con cintas adhesivas y, al parecer, no había sido abierta en mucho tiempo. El mobiliario era escaso y los accesorios baratos. El apartamento necesitaba reparaciones en el techo, suelo, paredes, empapelado y pintura. En la cocinita y la sala de estar sólo había unos pocos utensilios.

Según un documento oficial que encontraron, el fallecido era Karl Edvin Svärd, de sesenta y dos años de edad, un encargado de almacén que había sido jubilado hacía unos seis años, antes de alcanzar la edad del retiro.

Inspeccionado el apartamento por un sargento detective llamado Gustavsson, el cadáver fue llevado al Instituto de Medicina Forense del Estado para la autopsia de rutina.

Al principio el caso fue calificado de suicidio, luego de muerte por inanición, enfermedad u otra causa natural.

Martin Beck buscó en el bolsillo de su chaqueta tratando de encontrar algunos cigarrillos Florida que no tenía.

La prensa no había mencionado para nada a Svärd. La historia era demasiado trivial. Estocolmo tiene uno de los promedios más altos del mundo en suicidios, algo de lo que todos evitan cuidadosamente hablar, o de lo que, cuando sale al candelero, se intenta ocultar por medio de falsas estadísticas diversamente manipuladas. La explicación corriente es la más sencilla: los otros países falsifican todavía más sus estadísticas. Sin embargo, ya hacía varios años que ni siquiera los miembros del gobierno se atrevían a decir esto en voz alta o en público, acaso comprendiendo que, a pesar de todo, la gente tiende más a confiar en lo que ha visto con sus propios ojos que en explicaciones políticas. Y si, al fin y al cabo, todo resultara no ser así, sólo se lograría que el asunto se hiciera más embarazoso. Porque el hecho es que el llamado Estado

Asistencial está lleno de enfermos, pobres y gente solitaria, que viven, en el mejor de los casos, de alimentos para perros, y subsisten inatendidos hasta que se consumen y mueren en esos apartamentos como ratoneras. No, esto no era para el público. Y apenas casi para la policía.

Pero eso no era todo. Había una secuela en la historia de este jubilado prematuro, Karl Edvin Svärd.

## 6

Martin Beck llevaba en su profesión el tiempo suficiente para saber que si en un informe aparecía algo incomprensible, era debido, en un noventa y nueve por ciento de los casos, a que alguien había sido descuidado, o cometido un error, era culpable de un desliz de la pluma, había pasado por alto el punto capital del asunto, o carecido de la habilidad de hacerse comprender.

La segunda parte de la historia del hombre que había muerto en la casa de Bergsgatan parecía oscura, en el mejor de los casos. Al principio, todo había seguido su curso usual. En la noche del domingo el cadáver había sido retirado y llevado al depósito. Al día siguiente se desinfectó el departamento, cosa que sin duda alguna necesitaba, y Kristiansson y Kvastmo presentaron su informe sobre el caso.

El martes se hizo la autopsia al cadáver, y el departamento de la policía que se encargaba de ello recibió el informe al día siguiente. Las autopsias de cadáveres de viejos no son agradables, y menos todavía cuando se sabe de antemano que la persona en cuestión se quitó la vida o murió de muerte natural. Si, además, dicha persona no tenía mucha categoría social (si, por ejemplo, había sido un encargado de almacén jubilado antes de tiempo), entonces la cosa perdía todo interés.

El informe sobre la autopsia fue firmado por una persona de quien Martin Beck no había oído nunca hablar, probablemente un sustituto. El texto era demasiado científico y abstruso. Quizás a esto se debiera que se hubiese dado tan poca importancia al asunto. Por lo que él podía ver, los documentos no llegaron a Einar Rönn, en Homicidios, hasta una semana más tarde. Sólo allí habían despertado la atención a que eran acreedores.

Martin Beck acercó el teléfono hacia sí, para hacer, después de mucho tiempo, su primera llamada de servicio. Tomó el receptor y metió el dedo índice de la mano derecha en el marcador, pero siguió sentado como si tal cosa. Había olvidado el número del Instituto de Medicina Forense del Estado, y tenía que buscarlo.

El médico forense pareció sorprendido.

—Pues claro —repuso una voz femenina, pues era una mujer—. Claro que lo recuerdo. Ese informe fue enviado hace dos semanas.

—Ya lo sé.

—¿Es que hay algo que no esté claro?

Hablaba como ligeramente ofendida.

—Hay unas pocas cosas que no comprendo. Según su informe, la persona en cuestión se suicidó.

—Por supuesto.

—¿Cómo?

—¿Es que no me ha entendido bien?

—¡Oh, no, no!

—¿Qué cosa no comprende entonces?

—Bastantes cosas, si le he de ser sincero; pero eso se debe, por descontado, a mi ignorancia.

—¿Se refiere a la terminología?

—Entre otras cosas.

—Las personas que carecen de conocimientos médicos —dijo ella para consolarlo— deben esperar encontrarse con dificultades de este tipo.

Su voz era ligera y clara, y parecía ser joven.

Por un instante, Martin Beck siguió sentado y en silencio. Al llegar a este punto, tenía que haber dicho: «Mi querida señora, ese informe no iba destinado a patólogos, sino a otra clase muy distinta de personas. Ya que ha sido solicitado por la Policía Metropolitana, debería haber sido escrito en términos que incluso un sargento de la policía, por ejemplo, pudiera comprender». Pero no dijo nada, ¿por qué?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la doctora, quien dijo:

—¡Oiga! ¿Me oye?

—Sí, le oigo.

—¿Hay algo especial que quiera preguntar?

—Sí, en primer lugar quisiera saber en qué se ha basado para deducir que fue un suicidio.

Cuando ella contestó, su voz había cambiado, adquiriendo un tono de sorpresa.

—Mi querido señor, ese cadáver nos lo envió la policía. Antes de practicar la autopsia me puse en contacto con el funcionario de la policía que supuse era el responsable de la investigación. Me dijo que era un trabajo de rutina. Sólo quería que le contestaran a una pregunta.

—¿Cuál?

—Que si la persona en cuestión se había suicidado.

Irritado, Martin Beck se frotó los nudillos sobre el pecho. El lugar por donde la bala le había atravesado aún le dolía a veces. A él le habían dicho que era un psicósomático, que eso se le pasaría en cuanto su inconsciente cesara de obsesionarse por el pasado. Pero ahora era el presente el que, en alto grado, le estaba irritando. Y eso era algo en lo que su inconsciente apenas podría tener algún interés.

Se había cometido un error elemental. Naturalmente, la autopsia tendría que haberse hecho sin ninguna sugerencia de la policía. Presentar a los expertos forenses una supuesta causa de muerte ponía de manifiesto escaso sentido del deber, especialmente si, como en este caso, la patólogo era joven e inexperta.

—¿Conoce usted el nombre de ese funcionario?

—Es el sargento detective Aldor Gustavsson. Tuve la impresión de que era el encargado del caso. Parecía ser experimentado y saber lo que se traía entre manos.

Martin Beck no sabía nada del sargento detective Aldor Gustavsson o de sus posibles calificaciones. Y dijo:

—¿Así que la policía le dio a usted ciertas instrucciones?

—Podríamos decirlo así. En todo caso la policía puso bien en claro que sospechaba era un caso de suicidio.

—Ya veo.

—Suicidio significa, como quizás usted ya sepa, que alguien se ha matado a sí mismo.

Beck no replicó a esto. En cambio preguntó:

—¿Fue difícil la autopsia?

—Realmente no. Aparte de los grandes cambios orgánicos. Eso siempre da un carácter diferente a nuestros trabajos.

Él se preguntó cuántas autopsias habría hecho ella; pero evitó hacer ningún comentario.

—¿Duró mucho?

—No. Como se trataba de un suicidio o de enfermedad en estado avanzado, empecé abriendo el tórax.

—¿Por qué?

—El muerto era un anciano.

—¿Por qué supuso usted que la muerte había sido repentina?

—Ese funcionario de la policía me dio a entender que había sido así.

—¿De qué modo?

—Yendo directo al grano, según me parece recordar.

—¿Qué le dijo?

—Que el viejo se había quitado la vida o sufrido un ataque al corazón. Algo por el estilo.

¡Otra falsa conclusión que clamaba al cielo! No había nada que sugiriera que Svärd, antes de morir, no hubiese estado en el apartamento, paralizado o imposibilitado durante varios días.

—Bien, así que usted le abrió el pecho.

—Sí, y la pregunta fue contestada casi inmediatamente. No hay duda de que la suposición era correcta.

—¿Suicidio?

—¡Pues claro!

—¿Por...?

—Se había disparado un tiro en el corazón. La bala estaba todavía alojada en el tórax.

—¿Alcanzó la bala el corazón?

—Le pasó muy cerca. La herida principal era la de la aorta. —Hizo una breve pausa y luego añadió más bien con acritud—: ¿Me expreso claramente?

—Sí. —Martin Beck hizo su siguiente pregunta de modo cuidadoso—. ¿Tiene usted bastante experiencia en heridas producidas por bala?

—Bastante, creo yo. Además, este caso apenas presenta las complicaciones.

¿Cuántas autopsias, en su vida, habría realizado ella con víctimas de heridas de bala? ¿Tres? ¿Dos? ¿O tal vez sólo una?

La doctora, intuyendo quizá las preguntas que no le habían sido hechas, explicó:

—Trabajé en Jordania durante la guerra civil, hace dos años. Y allí no había escasez de balas.

—Pero es de suponer que no tantos suicidios.

—No, claro que no.

—Bueno, ocurre —dijo Martin Beck— que hay muy pocos casos de suicidas que se apunten al corazón. La mayoría se disparan en la boca, y algunos en la sien.

—Puede ser. Pero este individuo estuvo lejos de ser mi primer suicida. Cuando yo estudiaba psicología me enseñaron que los suicidas (especialmente los románticos), tienen una profunda



tendencia a dispararse en el corazón. Por lo visto es una inclinación muy extendida.

—¿Cuánto tiempo cree usted que Svärd pudo haber sobrevivido con esa herida de bala?

—No mucho. Un minuto, quizá dos o tres. La hemorragia interna era muy extensa. Calculando así, yo creo que un minuto. Pero los márgenes son muy pequeños. ¿Importa eso?

—Tal vez no. Pero hay algo más que me interesa. ¿Se hizo usted cargo de los restos el veinte de junio?

—Ciertamente.

—¿Cuánto tiempo cree usted que ese hombre llevaba muerto por entonces?

—¡Hum!

—En este punto su informe es vago.

—Es que no es fácil decirlo. Acaso un patólogo más experimentado que yo pudiera darle una respuesta más exacta.

—Pero ¿qué supone usted?

—Al menos dos meses; pero...

—¿Pero?

—Depende de las circunstancias del escenario de la muerte. El calor y el aire húmedo determinan una gran diferencia. Sería menos, por ejemplo, si el cadáver estuviera expuesto a un calor intenso. Por otra parte, si la desintegración fuera extensa... Quiero decir...

—¿Y la herida de entrada?

—El asunto de la desintegración de los tejidos es también una cuestión difícil.

—¿Fue disparada el arma en contacto con el cuerpo?

—En mi opinión, no. Claro que puedo equivocarme. Debo recalcar esto.

—¿Cuál es su opinión entonces?

—Que él se disparó de la otra manera. Al fin y al cabo hay dos maneras clásicas, ¿no?

—Claro —repuso Martin Beck—. Eso es correcto.

—O bien se aprieta el cañón contra el propio cuerpo y dispara, o bien se mantiene apartada la mano que sostiene la pistola, sujetando el brazo, con el arma apuntando al pecho. En cuyo caso supongo que uno tendrá que apretar el gatillo con el pulgar.

—Precisamente. ¿Y eso es lo que cree usted que sucedió?

—Sí; pero con todas las reservas imaginables. Es realmente difícil estar seguro de que un arma fue apretada contra un cuerpo que había cambiado tanto.

—La sigo.

—Claro que hay una cosa que no comprendo —dijo la joven a la ligera—. ¿Por qué hace usted todas estas preguntas? ¿Es tan importante el modo como él se mató?

—Sí, eso parece. Svärd fue encontrado muerto en su apartamento, con todas las ventanas y puertas cerradas por dentro. Yacía junto a un radiador eléctrico.

—Eso podría explicar el avanzado estado de descomposición —dijo ella—. En ese caso un mes sería suficiente.

—¿De veras?

—Sí. Y eso explicaría también por qué es tan difícil encontrar quemaduras de pólvora en un disparo a quemarropa.

—Ya veo —dijo Martin Beck—. Gracias por su ayuda.

—¡Oh! No tiene importancia. Si puedo explicarle algo más, por favor, llámeme.

—Adiós.

Colgó el auricular. Ella era veterana en eso de dar explicaciones. Pronto sólo quedaría una cosa por explicar. Pero eso era algo que dejaba aún más perplejo. Svärd no podía haberse suicidado, porque no es fácil pegarse un tiro sin un arma.

Y en el apartamento de Bergsgatan no había ninguna arma.

## 7

Martin Beck siguió telefoneando. Trató de ponerse en contacto con la radio patrulla que había sido llamada a Bergsgatan; pero, al parecer, ninguno de los dos patrulleros estaba de servicio. Tras algunas llamadas resultó que uno estaba de vacaciones y el otro ausente de servicio porque había tenido que ir a declarar en un caso que se celebraba en un juzgado de distrito. Gunvald Larsson estaba ocupado con reuniones, y Einar Rönn había salido porque lo habían llamado.

Pasó mucho rato antes de que Martin Beck lograra ponerse en contacto con el sargento detective que finalmente había mandado el caso a Homicidios. Eso no había ocurrido hasta el lunes 26, y a Martin Beck le pareció imperativo hacerle una pregunta:

—¿Es cierto que el informe de la autopsia fue recibido ya el siguiente miércoles?

La voz del hombre vaciló de modo perceptible al contestar:

—No puedo decirlo con seguridad. De todos modos yo no lo leí hasta el viernes.

Martin Beck no dijo nada. Esperó alguna clase de explicación y ésta vino:

—En ésta comisaría apenas tenemos la mitad del personal que necesitamos. Sólo podemos prestar atención a los asuntos más urgentes. Los papeles se nos amontonan. Esto va empeorando cada día.

—¿Así que nadie miró el informe de la autopsia antes de eso?

—Bueno, sí, nuestro comisario. Y el viernes por la mañana me preguntó quién se había hecho cargo del arma.

—¿Qué arma?

—Aquella con la cual Svärd se mató. Yo no sabía nada de ninguna arma; pero supuse que la habría encontrado uno de los patrulleros que recibieron la llamada.

—Tengo su informe delante de mí —dijo Martin Beck—. Si hubiera habido alguna arma de fuego en el apartamento, se haría mención de ella.

—No creo que esa radio patrulla pueda haber cometido algún error —respondió aquel hombre, poniéndose a la defensiva.

Estaba dispuesto a defender a sus hombres, y no era difícil comprender por qué. En el año anterior habían ido aumentando continuamente las críticas contra la policía regular. Las relaciones con el público eran peores que nunca y el peso del trabajo casi se había doblado. En consecuencia, muchos policías dejaron el cuerpo, y por desgracia eran generalmente los mejores. A pesar de que había mucha gente desempleada en Suecia, era imposible alistar nuevos hombres, y el reclutamiento básico se iba reduciendo más que nunca. Los policías que quedaban sentían cada vez más la necesidad de mantenerse unidos.

—Puede que no —dijo Martin Beck.

—Esos hombres hicieron exactamente lo que tenían que hacer. Después de haber hallado al muerto, llamaron a uno de sus superiores.

—¿A Gustavsson?

—Exacto. Pertenece a la División de Investigación Criminal. Aparte de hallar el cadáver, sacaron conclusiones e informaron sobre las observaciones hechas. Yo supuse que ellos le habrían entregado el arma y que él se habría hecho cargo de ella.

—¿Y ni siquiera se molestaron en informarlo?

—Son cosas que pasan —repuso el policía secamente.

—Bueno, es que ahora resulta que no había arma dentro de la habitación.

—No. Pero no lo descubrí hasta el lunes, hace una semana, cuando hablé con Kristiansson y Kvastmo. Por lo tanto, inmediatamente envié los documentos a Kungsholmsgatan.

La comisaría de policía de Kungsholmen y las oficinas del D. I. C. (Departamento de Investigación Criminal) estaban en el mismo bloque de casas. Martin Beck se tomó la libertad de decir:

—Bueno, eso no está muy lejos.

—Nosotros no cometimos errores —dijo el hombre.

—La verdad es que estoy más interesado en lo que le pasó a Svård, que en quién pudo haber cometido un error —repuso Martin Beck.

—Bueno, si se ha cometido un error, no hay que culpar a la policía metropolitana.

Esta réplica era insinuante, por no decir otra cosa. A Martin Beck le pareció que lo mejor era terminar rápidamente la conversación.

—Gracias por su ayuda —dijo—. Adiós.

El hombre siguiente a quien llamó fue el sargento detective Gustavsson, el cual, al parecer, tenía mucha prisa.

—¡Oh, eso! —exclamó—. Bueno, no lo comprendo. Pero son cosas que pasan.

—¿Qué cosas?

—Cosas inexplicables, rompecabezas que, sencillamente, no tienen solución. Así que uno en seguida se da cuenta de que no tiene más remedio que dejarlo.

—Haga el favor de venir aquí —le dijo Beck.

—¿Ahora? ¿A Västberga?

—Sí.

—Por desgracia eso es imposible.

—Yo creo que no. —Martin Beck se quedó mirando su reloj—. Digamos a las tres y media.

—Pero es imposible...

—Las tres y media —insistió Martin Beck cortando.

Se levantó de la silla y con las manos a la espalda, comenzó a pasearse por la habitación.

Este inicio con escaramuza decía mucho acerca de la tendencia imperante en los últimos cinco años. Cada vez con más frecuencia, uno se veía obligado a iniciar una investigación tratando de averiguar qué había hecho la policía. Y no era infrecuente que esto fuese más difícil de poner en claro que el caso en sí.

Aldor Gustavsson hizo su entrada a las 4.05. El nombre no había significado nada para Martin Beck, pero en cuanto vio al hombre lo reconoció: un tipo enjuto, de unos treinta años de edad,

pelo negro, con aire duro e indiferente. Martin Beck recordó haberlo visto de vez en cuando en la sala de ordenanza del D. I. C. de Estocolmo, así como en otros sitios menos importantes.

—Siéntese, por favor.

Gustavsson se sentó en la mejor silla, cruzó las piernas, sacó un puro, lo encendió y dijo:

—Ésta es una historia tonta, ¿verdad? ¿Qué quiere usted saber?

Por un rato Martin Beck permaneció sentado y quieto, haciendo girar su bolígrafo entre los dedos. Luego preguntó:

—¿A qué hora llegó usted a Bergsgatan?

—Serían las diez de la noche.

—¿Qué aspecto tenía entonces el cadáver?

—Horrible. Lleno de gusanos blancos. Olía a perros muertos. Uno de los patrulleros vomitó en el vestíbulo.

—¿Dónde estaban los policías?

—Uno, de guardia ante la puerta. El otro, sentado en el coche.

—¿Guardaron la puerta todo el tiempo?

—Sí, al menos según su propio informe.

—Y ¿qué hizo usted?

—Entré inmediatamente y eché un rápido vistazo. Tenía un aspecto horrible, como ya he dicho antes. Pero no podía imaginar que fuera algo para el D. I. C.

—Pero ¿sacó usted otra conclusión?

—Por supuesto. Al fin y al cabo todo estaba claro como la luz del día. La puerta había sido cerrada por dentro de tres o cuatro formas diferentes. A aquellos hombres les costó mucho trabajo abrirla. Y la ventana también estaba cerrada y la cortina corrida.

—¿Estaba la ventana cerrada todavía?

—No. Evidentemente aquellos policías de la ciudad la abrieron al entrar. De otro modo nadie hubiera podido permanecer allí sin una careta antigás.

—¿Cuánto rato estuvo usted allí?

—Unos minutos. El tiempo suficiente para establecer el hecho de que no había nada para el D. I. C. Debió ser suicidio o bien muerte natural, así que el resto era asunto de la policía de la ciudad.

Martin Beck hojeó el informe.

—Aquí no hay ninguna lista de los objetos que fueron tomados en custodia —dijo.

—¿No la hay? Bien, creo que alguien debió de preocuparse de eso. Por otra parte, no había por qué. El anciano apenas poseía nada. Una mesa, una silla y una cama, según creo; y cuatro cacharros en la cocinita.

—Pero ¿usted miró por allí?

—¡Pues claro! Lo inspeccioné todo antes de decirles que podían continuar adelante.

—¿Para qué?

—¿Qué quiere usted decir?

—Continuar adelante, ¿para qué?

—Para llevarse el cadáver, por supuesto. Había que hacer una autopsia al anciano, ¿verdad? Aunque se tratara de un suicidio, tenían que hacerle la autopsia. Es lo que está dispuesto.

—¿Puede usted resumir sus observaciones?

—Pues claro, es muy sencillo. El cuerpo yacía a unos tres metros de la ventana.

—¿A unos?

—Bueno, es que yo no llevaba un metro conmigo. Parecía haber estado allí dos meses; dicho de otro modo: estaba podrido. En la habitación había dos sillas, una mesa y una cama.

—¿Dos sillas? Hace un momento dijo usted que una.

—¿Oh? Sí. Bueno, eran dos, según creo; y luego había un pequeño estante con algunos periódicos y libros viejos, y en la cocinita un par de cacerolas y un bote de café, y luego, lo usual.

—¿Lo usual?

—Sí, un abridor de latas, cuchillos y tenedores, un cubo para la basura y cosas así.

—Ya veo. ¿Había algo en el suelo?

—Nada, aparte del cadáver, claro. Pregunté a los patrulleros y ellos me dijeron que tampoco habían encontrado nada.

—¿Había alguien más en el apartamento?

—No. Pregunté a los muchachos, y ellos me dijeron que no. Nadie entró allí, aparte de mí y ellos dos. Entonces vinieron los hombres de la furgoneta y se llevaron el cadáver metido en un saco de plástico.

—Luego hemos llegado a saber la causa de la muerte de Svärd.

—Seguro. Se mató. Es incomprensible, como ya le dije. Y ¿qué hizo él con el arma?

—¿No tiene usted una explicación plausible?

—Ninguna. Todo esto es la mar de idiota. Un caso insoluble, como le dije. No ocurre a menudo, ¿eh?

—¿Expresaron alguna opinión los patrulleros?

—No, todo lo que vieron era que estaba muerto y el sitio se hallaba completamente cerrado. De haber habido una pistola, ellos o yo la habríamos encontrado. De todos modos, sólo podía estar en el suelo al lado del cadáver de aquel viejo.

—¿Descubrió usted quién era aquel muerto?

—Pues claro. Se llamaba Svärd, ¿no? Incluso su nombre estaba escrito en la puerta. De un vistazo podía usted darse cuenta de la clase de hombre que había sido.

—¿Qué tipo?

—Bueno, un caso perdido. Un viejo borracho, probablemente. Esos tipos se matan a menudo; eso si no beben hasta ponerse como una cuba y les da un ataque al corazón o algo.

—¿No tiene nada más de interés que añadir?

—No, está más allá de la comprensión, como ya dije. Puro misterio. Creo que ni siquiera usted podrá resolverlo. De todos modos, hay otras cosas más importantes.

—Tal vez.

—Eso creo yo. ¿Puedo irme ya?

—Aún no —dijo Martin Beck.

—No tengo nada más que decir —repuso Aldor Gustavsson, aplastando su puro en el cenicero.

Martin Beck se levantó y fue andando hasta la ventana, donde se quedó de espaldas al visitante.

—Tengo algunas cosas que decir —manifestó.

—¿Oh? ¿Qué?

—Muchas. Por ejemplo, los criminólogos inspeccionaron el lugar la semana pasada. Aunque casi todos los rastros habían sido destruidos, fueron descubiertas casi inmediatamente una mancha de sangre grande y dos pequeñas que había sobre la alfombra. ¿Vio usted alguna mancha de sangre?

—No. Yo no busqué ninguna.

—Ya se ve que no. ¿Qué buscó usted?

—Nada especial. El caso parecía tan claro...

—Si usted falló al no ver esas manchas de sangre, es lógico suponer que tampoco viera otras cosas.

—Pero de todos modos allí no había ninguna arma de fuego.

—¿Se fijó usted cómo estaba vestido el muerto?

—Exactamente no. Al fin y al cabo, estaba completamente podrido. Algunos andrajos, creo. Además, no creí que eso supusiera ninguna diferencia.

—¿Qué le hizo fijarse inmediatamente en que el muerto era una persona pobre y solitaria? Bueno, que no era lo que se dice un miembro eminente de la sociedad.

—Por supuesto, cuando se han visto tantos alcohólicos y personas que viven de la beneficencia, como yo...

—¿Entonces?

—Bueno, que uno sabe quién es quién y qué es qué.

Martin Beck se preguntó si Gustavsson era capaz de distinguir eso. En voz alta preguntó:

—Suponiendo que el muerto hubiera tenido mejor posición social, ¿habría prestado usted más atención?

—Claro. En esos casos uno ha de andar con más cuidado. La verdad es que tenemos una barbaridad de trabajo que atender —miró a su alrededor—. Aun cuando ustedes, aquí, no se den cuenta, estamos abrumados por el trabajo. No es posible hacer de Sherlock Holmes cada vez que uno tropieza con un holgazán borracho muerto. ¿Hay algo más?

—Sí, una cosa. Quiero decirle que usted ha llevado este caso de una manera desastrosa.

—¿Cómo? —Gustavsson se levantó. De repente pareció darse cuenta de que Martin Beck podía echar a perder su carrera, tal vez de modo grave—. Espere un momento —dijo—. ¿Sólo porque no vi aquellas manchas de sangre y una pistola que no estaba allí...?

—Los pecados de omisión no son los peores —repuso Martin Beck—, aunque también pueden ser imperdonables. Tomemos un ejemplo. Usted llamó a la doctora de la policía y le dio instrucciones basadas en ideas erróneas y preconcebidas. Además, usted despistó a los dos patrulleros al hacerles pensar que el caso era tan sencillo que usted sólo tenía que entrar en la habitación, y echar un vistazo, para que todo el asunto quedara aclarado. Después de declarar que no era necesaria ninguna investigación criminológica, hizo usted que se llevaran el cuerpo sin ni siquiera tomar fotos.

—Pero ¡Dios mío! —exclamó Gustavsson—. ¡El anciano debió quitarse la vida! —Martin Beck se volvió y se quedó mirándolo—. Esas críticas, ¿son oficiales? —preguntó Gustavsson, alarmado.

—Sí, en alto grado. Buenos días.

—Espere un momento. Haré todo lo que pueda para ayudarle...

Martin Beck negó con la cabeza, y aquel hombre se marchó. Parecía preocupado; pero antes de que la puerta se hubiera cerrado del todo, Martin Beck le oyó decir:

—¡Este tío bastardo!

Naturalmente, Aldor Gustavsson nunca debió de haber sido un sargento detective, y ni siquiera un policía de ninguna clase. Carecía de talento, y era cínico y falso. Concebía su trabajo de modo completamente equivocado. Lo mejor de las fuerzas uniformadas había sido reclutado siempre por el D. I. C. Y sin duda seguía siendo así.

Si hombres como él habían ascendido y llegado a detectives, aunque fuera diez años atrás, ¿cómo irían las cosas en el futuro?

A Martin Beck le pareció que su primer día de trabajo había llegado a su fin. Al día siguiente iría a echar un vistazo a aquella habitación cerrada. ¿Qué iba a hacer esta noche? Comer algo, lo que fuera, y luego sentarse a hojear libros que él sabía que debía leer. Acostarse solo en la cama y esperar a que le entrara sueño. Sentirse encerrado.

En su propia habitación cerrada.



## 8

Einar Rönn era un tipo callejero. Había escogido la carrera policíaca porque eso lo mantenía en movimiento y le ofrecía muchas oportunidades de estar de puertas afuera. Conforme los años fueron pasando y una promoción siguió a otra, sus días laborales le habían ido atando progresivamente a una posición sedentaria detrás de su mesa, y los momentos que pasaba al aire libre, si es que la atmósfera de Estocolmo puede ser calificada de aire libre, eran cada vez más raros. Había llegado a ser crucial para su existencia pasar las vacaciones en las salvajes montañas de Laponia, de donde él procedía. La verdad es que detestaba Estocolmo. Ya, a los cuarenta y cinco años, había empezado a pensar en el retiro, cuando se fuera a su casa de Arjeplog a pasarlo bien.

Sus vacaciones anuales se acercaban, y él ya empezaba a sentir aprensión. Si el caso del atraco del banco no quedaba resuelto, podía esperar en cualquier momento que le pidieran que las sacrificara.

Para poder cooperar activamente en la tarea de acercar la investigación a cierta conclusión, había aceptado, aquel lunes por la mañana, ir en su coche a Sollentuna para hablar con un testigo, en vez de irse a su casa de Vällingby con su esposa.

Y no sólo se había ofrecido voluntario a visitar a este testigo, el cual podría haber sido fácilmente convocado en la forma acostumbrada para que se presentara en el D. I. C., sino que había mostrado tal entusiasmo por su misión, que Gunvald Larsson se preguntó si él y Unda habrían discutido.

—Claro que no —contestó Rönn secamente y de modo terminante.

El hombre a quien Rönn había de visitar, era el hombre metalúrgico de treinta y dos años que ya había sido interrogado por Gunvald Larsson, pues era el testigo que estaba a la puerta del banco de Hornsgatan. Se llamaba Sten Sjögren, y vivía solo en una casa medio apartada en Sangarvägen. Estaba en su pequeño jardín frontero a la casa, regando un rosal, y al ver a Rönn bajar del coche, soltó la regadera y se adelantó a abrir la puerta de la verja. Se secó las palmas de las manos en la culera de sus pantalones, antes de estrechar la mano de Rönn, subió los escalones y mantuvo la puerta abierta para que el recién llegado entrara.

La casa era pequeña y, en la planta baja, aparte de la cocina y el saloncito de la entrada, no había más que una habitación, con la puerta abierta de par en par. Estaba totalmente vacía. El hombre advirtió la mirada que le lanzó Rönn.

—Mi esposa y yo acabamos de divorciarnos —explicó—, ella se ha llevado parte del mobiliario, así que quizás esto no sea muy cómodo, de momento. Pero podemos ir al piso de

arriba.

Al final de las escaleras había una habitación más bien grande con una chimenea, frente a la cual había unos sillones que no hacían juego, agrupados en torno a una mesa blanca y baja. Rönn se sentó; pero el hombre siguió de pie.

—¿Quiere que le traiga algo de beber? —le preguntó—. Puedo calentarle un poco de café, aunque creo que me queda un poco de cerveza en el refrigerador.

—Gracias, tomaré lo mismo que usted —contestó Rönn.

—Entonces tomaremos una cerveza —dijo aquel hombre.

Bajó las escaleras y Rönn le oyó abrir y cerrar puertas en la cocina.

Rönn miró en torno suyo por la habitación. Poco mobiliario, un tocadiscos estereofónico, algunos libros. En una cesta, al lado de la chimenea, había un montón de periódicos: *Dagens Nyheter*, *Vi*, el diario comunista *Ny Dag*, y el *Obrero Metalúrgico*...

Sten Sjögren volvió con vasos y dos latas de cerveza, que colocó sobre la mesa blanca. Era un hombre delgado y musculoso, de cabello pelirrojo y enmarañado, no muy largo. Tenía muchas pecas en la cara, y su sonrisa era franca y agradable. Abrió las latas y vertió el contenido en los vasos. Luego se sentó frente a Rönn, alzó su vaso hacia él y bebió.

Rönn probó la cerveza y dijo:

—Me gustaría que me contara lo que vio en Hornsgatan el viernes último. Es mejor no dar tiempo a que sus recuerdos se olviden.

Eso sonaba muy bien, pensó Rönn, complacido consigo mismo.

El hombre asintió y soltó el vaso.

—Sí, si yo hubiera sabido que se trataba a la vez de un atraco y de un asesinato, habría mirado mejor a la chica y al tipo del coche.

—Es usted el mejor testigo que tenemos hasta ahora —dijo Rönn para animarle—. Así que usted iba andando por Hornsgatan. ¿Hacia dónde iba usted?

—Venía de Slussen y me dirigía hacia Ringvägen. La chica vino por la parte de atrás y, al pasar, tropezó violentamente conmigo.

—¿Puede describirla?

—Me temo que no muy bien. Sólo la vi por detrás, y apenas un instante, de perfil, mientras se metía en el coche. Era más baja que yo, unos quince centímetros. Yo mido metro setenta y nueve. La edad es más difícil de especificar; pero no creo que tuviera menos de veinticinco años ni más de treinta y cinco, posiblemente unos treinta. Iba vestida con pantalones vaqueros, de esos azules corrientes, y con una blusa azul claro, que le colgaba por encima de sus pantalones. No sé cómo iba calzada; pero llevaba un sombrero de dril de algodón de ala ancha. Su pelo era rubio, recto, y no tan largo como la mayoría de las chicas suelen llevarlo ahora. Longitud media, podría decirse. Luego llevaba un bolso verde, uno de esos bolsos militares americanos que se cuelgan del hombro.

Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo del pecho de su camisa caqui y lo alargó a Rönn, quien negó con la cabeza y preguntó:

—¿Vio si llevaba algo?

El hombre se levantó, tomó una caja de cerillas de la repisa de la chimenea, y encendió un cigarrillo.

—No estoy seguro de eso. Pero supongo que podría haber llevado.

—¿Cómo era su figura? ¿Delgada, gorda, o...?

—Tipo medio, creo. En todo caso no era ni muy delgada ni muy gorda. Yo diría que normal.

—¿Vio usted su rostro?

—La vi muy de refilón cuando subía al coche. Pero, eso sí, llevaba aquel sombrero, y además, gafas de sol.

—¿La reconocería si la volviera a ver?

—Por su cara no. Y tampoco si la viera vestida de otra manera; con falda, por ejemplo.

Rönn se tomó a sorbitos su cerveza, pensativamente. Luego preguntó:

—¿Está usted completamente seguro de que era una mujer?

El otro lo miró sorprendido, luego frunció el ceño y dijo de modo dubitativo:

—Sí. Por lo menos yo la tomé por una mujer. Pero ahora que lo dice, no estoy seguro. Fue la impresión general que tuve, como cuando a uno le parece quién es chico y quién es chica, aunque ahora resulta difícil diferenciarlos. Ya no sería capaz de jurar que era una mujer. No tuve tiempo de verle los pechos.

Se quedó en silencio y miró a Rönn a través del humo del cigarrillo.

—No, tiene usted razón —dijo lentamente—. No tenía por qué ser una chica; podía ser un chico. Además, eso sería más plausible. No es corriente que las chicas roben bancos y maten gente.

—¿Quiere decir, pues, que pudo ser un hombre? —preguntó Rönn.

—Sí, ya que usted lo dice... Debió de ser un chico.

—Bueno, pero ¿y los otros dos? ¿Puede describirlos? ¿Y el coche?

Sjögren dio una larga chupada a su cigarrillo, y luego arrojó la colilla a la chimenea, donde ya había muchas colillas y cerillas apagadas.

—El coche era un Renault 16, de eso estoy seguro —dijo—. Color gris claro o beige. No sé cómo se llama ese color; pero es casi blanco. No recuerdo toda la matrícula; pero hay una «A» y recuerdo que había dos treses en el número. Podía haber tres, claro, pero dos son seguros, y creo que estaban uno detrás de otro, en algún sitio en medio de la fila de cifras.

—¿Está usted seguro de que era una A? —preguntó Rönn—. ¿No AA o AB, por ejemplo?

—No, sólo A, lo recuerdo claramente. Tengo mucha memoria visual.

—Sería muy bueno —dijo Rönn— que todos los testigos tuvieran la vista de usted; la vida sería mucho más sencilla.

—¡Oh, sí! —exclamó Sjögren—. *Yo soy un cámara*. ¿Ha leído ese libro? Es de Isherwood.

—No —respondió Rönn.

Había visto la película, aunque no lo dijo. La había visto porque admiraba a Julie Harris; pero no sabía quién era Isherwood ni que la película estuviera basada en una novela.

—Pero habrá visto la película, ¿no? —dijo Sjögren—. Eso es lo que pasa con todos los buenos libros. La gente ve la película y no se toma la molestia de leer la novela. La película era muy buena, aunque tenía un título estúpido. ¿Qué le parece *Noches salvajes en Berlín*? ¿Eh?

—¡Oh! —repuso Rönn, que estaba seguro de que se llamaba *Yo soy un cámara* cuando él la vio.

—Sí, suena a estúpido.

Estaba oscureciendo, y Sten Sjögren se levantó y encendió la lámpara de pie que había detrás del sillón de Rönn. Cuando se volvió a sentar, Rönn dijo:

—Bueno, sigamos. Iba usted a describirme los hombres que había en el coche.

—Sí, aunque cuando yo me fijé en ellos, sólo había uno sentado en él.

—¿Y bien?

—El otro estaba de pie en la acera, esperando con la puerta trasera abierta de par en par. Era un chico alto, un poco más alto que yo y muy musculoso. Nada gordo, pero recio y de aspecto atlético. Podría tener mi edad, entre los treinta y los treinta y cinco, y su pelo era muy ensortijado, como el de Harpo Marx, aunque más oscuro, color ratón. Llevaba pantalones negros, muy ajustados, acampanados en la parte baja de las perneras, y una camisa negra reluciente, desabotonada hasta muy abajo, y creo que llevaba algo de plata, como una cadena, alrededor del cuello. Tenía el rostro muy bronceado o, para ser más exactos, colorado. Cuando la chica (si se trataba de una chica) llegó corriendo, él le abrió la puerta trasera para que penetrara en el coche, y luego la cerró de un portazo, se sentó delante, y el coche arrancó a gran velocidad.

—¿En qué dirección? —preguntó Rönn.

—Fue por la derecha de la calle y se encaminó hacia la plaza María.

—¡Oh! —exclamó Rönn—. Ya veo. ¿Y el otro hombre?

—Estaba sentado detrás del volante, así que no lo pude ver bien; pero parecía más joven, no podría tener mucho más de veinte años. Era delgado y pálido. Eso es todo lo que pude advertir. Llevaba una camisa blanca de manga corta, y sus brazos eran muy huesudos. Su pelo era negro, muy largo, y parecía sucio, grasiento y alborotado. Llevaba gafas de sol, sí, y ahora recuerdo que tenía una ancha correa negra de reloj en la muñeca izquierda.

Sjögren se retrepó en su silla, con el vaso de cerveza en la mano.

—Bien, creo haberle dicho todo lo que recordaba —dijo—, o ¿le parece a usted que he olvidado algo?

—No sé —repuso Rönn—. Si por casualidad se acuerda de algo más, le ruego me telefonee para decírmelo. ¿Estará usted en casa los próximos días?

—Sí, por desgracia —contestó Sjögren—. La verdad es que estoy de vacaciones; pero no tengo dinero para ir de viaje a ninguna parte. Así que, forzosamente, tendré que quedarme por aquí.

Rönn vació su vaso y se levantó.

—Bien —dijo—, es muy posible que volvamos a necesitar su ayuda más adelante.

Sjögren se levantó también y siguió a Rönn escaleras abajo.

—¿Quiere decir que tendré que pasar otra vez por todo eso? —preguntó—. ¿No sería mejor grabarlo de una vez por todas? —Abrió la puerta y Rönn salió al exterior.

—Estaba pensando en que usted podría ser necesario para identificar a esos individuos si los prendemos. También es posible que le pidamos que vaya al Departamento de Investigación Criminal, para echar un vistazo a ciertas fotos.

Se estrecharon las manos, y Rönn prosiguió:

—Bueno, ya nos veremos. Puede que no tengamos que molestarlo más. Gracias por la cerveza.

—De nada. Si puedo serles útiles en algo, será un placer para mí ayudarles.

Cuando Rönn puso en marcha su coche, Sjögren le saludó amistosamente con la mano desde la escalera.

## 9

Dejando aparte los perros policía, los sabuesos profesionales son raramente más que humanos. Incluso durante las investigaciones más importantes y serias, pueden tener reacciones típicamente humanas. Así, por ejemplo, cuando sólo hay para estudiar una evidencia única y concluyente, esto puede hacerse a menudo insoportable.

En todo esto, la patrulla especial de robos de bancos no era ninguna excepción. Como sus eminentes y autoinvitados huéspedes, contenían la respiración. Todos los ojos en la habitación medio a oscuras, estaban fijos en la pantalla rectangular donde la película del robo del banco de Hornsgatan iba a ser proyectada dentro de poco. Con sus propios ojos iban a ver no solamente un robo armado a un banco y un asesinato, sino también la persona que lo había cometido y a quien la avispada y fantástica prensa vespertina había atribuido ya toda clase de rasgos peculiares, llamándola «la bomba sexual asesina» y «la pistolera rubia con gafas de sol», epítetos que sólo revelaban hasta qué punto los periodistas, careciendo de imaginación propia, encontraban la inspiración en otras partes. La realidad del caso (robo armado y asesinato) era demasiado trivial para ellos.

La última reina del sexo que había sido sorprendida robando un banco era una dama rolliza, con pies planos, de unos cuarenta y cinco años. Según fuentes de información dignas de crédito, pesaba más de ochenta y siete kilos y tenía más papadas que páginas hay en un libro. Pero ni siquiera la dentadura postiza que perdió ante el tribunal sirvió para desmentir (en opinión de la prensa) la descripción lírica que ésta hizo de su aparición. Y una horda de lectores incapaces de toda crítica, siguieron hasta la eternidad convencidos de que ella era una criatura encantadora, de ojos como luceros, que podría haber participado en un concurso de *Miss* Universo.

Las cosas habían sido siempre así. Cuando las mujeres atraían la atención hacia ellas cometiendo un delito flagrante, los diarios vespertinos las mostraban como si hubieran salido directamente de la escuela de modelos de Inger Malmroos.

La película del atraco estaba ya lista en aquel momento. No pudo ser antes porque el chasis, como siempre, era defectuoso, y el laboratorio fotográfico hubo de proceder con el mayor cuidado para no perjudicar el negativo expuesto. Al final, sin embargo, habían logrado sacarlo del chasis y revelarlo sin ni siquiera gastar sus bordes. Por una vez al menos el revelado parecía haber sido correcto y los resultados se predecían como técnicamente perfectos.

—¿Qué va a ser esto —bromeó Gunvald Larsson—, una película del Pato Donald?

—La Pantera Rosa es más divertida —dijo Kollberg.

—Habrá alguno —añadió Gunvald Larsson— que espere ver las concentraciones nazis en Nuremberg.

Ambos estaban sentados en la primera fila y hablaban en voz alta; pero tras ellos sólo había un profundo silencio. Todos los jefes presentes, especialmente el comisario de la Policía Nacional, y el superintendente Malm de la Junta Nacional de Policía, se mordieron la lengua. Kollberg se preguntó en qué estarían pensando.

Sopesando sus posibilidades, sin duda, o convirtiendo en un infierno la vida de los subordinados refractarios. Quizá sus pensamientos rememoraban los tiempos en que hubo realmente orden en las cosas, cuando Heydrich, el jefe nazi en Checoslovaquia, fue elegido por aclamación presidente de la Asociación Internacional de Policía. O acaso estaban pensando en que sólo hacía un año la situación era mucho mejor, antes de que nadie se atreviera a poner en duda la conveniencia de confiar de nuevo el entrenamiento de la policía a militares reaccionarios.

El único que contuvo una risita fue Apisonadora Olsson.

Anteriormente Kollberg y Gunvald Larsson no habían trabajado mucho juntos; pero en los últimos años ciertas experiencias comunes cambiaron la situación en cierto modo. No hasta el punto de que fueran lo que se dice camaradas, o se les hubiese ocurrido nunca ser amigos fuera de las horas de trabajo; pero cada vez con más frecuencia se daban cuenta de que estaban en la misma longitud de onda. Y aquí, en esta patrulla especial, tenían que estar unidos.

Los preparativos técnicos habían terminado. La habitación vibraba de nerviosismo contenido.

—Bueno, ahora veremos —dijo Apisonadora Olsson entusiastamente—. Si las fotos son tan buenas como dicen, las pasaremos esta noche por televisión, y nos entregarán a toda la banda metida en una cajita.

—Van a proyectar también Correcaminos.

—O una película sueca de sexo —dijo Kollberg—. Es curioso que yo no haya visto nunca una película verde. ¿Sabes?, *Luisa, Diecisiete, Desnudos*, en fin, de esa clase.

—¡Cállense! —exclamó secamente el comisario de la Policía Nacional.

La película empezó. El enfoque era perfecto. Ninguno de los presentes había visto nunca resultados tan excelentes. Por lo general, los ladrones sólo se parecían a manchas borrosas o a huevos fritos; pero esta vez la imagen era perfecta.

La cámara había sido diestramente colocada para mostrar por detrás la ventanilla del cajero, y gracias a un nuevo tipo de película supersensible, pudieron ver con perfecta claridad la persona que había de pie al otro lado del mostrador.

Al principio no había nadie allí. Pero medio minuto después una persona entró en el campo de visión, luego se detuvo y miró en torno suyo, primero a la derecha y luego a la izquierda. A continuación la persona en cuestión miró derechamente hacia la lente, como si quisiera dar a propósito una vista completa de su cara.

Se veían claramente incluso las ropas; una chaqueta de ante y una blusa bien cortada con puntos largos y suaves en el cuello.

En cuanto al rostro, tenía un gesto forzado y de mal humor; el pelo peinado hacia atrás, y las rubias cejas muy pobladas. En los ojos había una expresión de descontento. Entonces la figura alzó una gran mano peluda, se arrancó un pelo de una ventanilla de la nariz y se quedó mirándolo un buen rato.

En seguida se dieron cuenta de quién se trataba.

Gunvald Larsson.

Entonces las luces se encendieron.

La patrulla especial quedó allí sentada e inmóvil, como sin habla.

El comisario de la Policía Nacional fue el primero en hablar.

—Nada de esto debe trascender —dijo.

Naturalmente. Nunca se permitía que se supiera nada.

El superintendente Malm dijo con voz estridente:

—No podemos decir absolutamente nada de esto.

Kollberg soltó una risotada.

—¿Cómo puede haber ocurrido esto? —preguntó Apisonadora Olsson, que parecía un poco decepcionado.

—Bueno —dijo el experto en películas—, podría haber una explicación. El disparador se atascaría y la cámara empezó a funcionar un rato más tarde de lo debido. Son chismes muy sensibles, ya sabe.

—Si leo una sola palabra en la prensa... —tronó el comisario de la Policía Nacional—... entonces...

—... entonces el Ministerio encargará una nueva alfombra para la oficina de alguien —dijo Gunvald Larsson—. Puede que las haya con olor a frambuesas.

—¡Qué ropas más fantásticas llevaba ella! —exclamó Kollberg.

El comisario de la Policía Nacional se dirigió apresurado hacia la puerta. El superintendente Malm corrió tras él.

Kollberg aspiró aire.

—¿Qué se puede decir de esto? —preguntó Apisonadora Olsson.

—Pues yo diría —repuso Gunvald Larsson con modestia—, que la película era muy buena.

## 10

Kollberg se había recobrado y se quedó mirando dubitativamente a la persona que, de momento, habría de considerar su jefe.

Apisonadora Olsson, era el motor principal de la patrulla especial. Estaba enamorado de los robos a los bancos, y después del alud de acontecimientos semejantes que había habido en los últimos años, estaba más pimpante que nunca. Era él quien tenía toda la energía y todas las ideas. Se podía pasar semana tras semana trabajando dieciocho horas diarias, sin una queja, sin deprimirse, ni siquiera mostrarse fatigado. A veces sus exhaustos colegas se preguntaban si él no sería acaso el director gerente de la Compañía Sueca del Crimen, esa organización siniestra de la que tanto se hablaba. Para Apisonadora Olsson, trabajar como policía era lo que le producía el mayor gozo y emoción imaginables.

Esto, claro, se debía a que él no era policía.

Era un fiscal de distrito que tenía a su cargo las investigaciones preliminares en una maraña totalmente impenetrable de atracos a bancos. Uno de ellos estaba ya medio resuelto, y habían sido detenidas algunas personas más o menos implicadas, y otras incluso acusadas directamente. Pero ahora las cosas habían alcanzado tal ritmo que cada semana se producían varios atracos, y todo el mundo se daba cuenta de que muchos de ellos estaban relacionados en cierto modo y medida, aunque nadie podía decir hasta qué punto.

Además, no sólo se atracaba a los bancos. Hubo gran número de atracos a particulares. A cualquier hora del día o de la noche la gente era atracada en las calles y plazas de la ciudad, en sus propias tiendas, en el metro, o en sus domicilios; en realidad, en todas partes. Pero se consideraba que lo más grave eran los robos a los bancos. Violar los bancos de la sociedad era cometer un ultraje contra sus mismos fundamentos.

El sistema social existente era evidentemente poco viable, y sólo con la mejor voluntad podía decirse que funcionaba. Pero ni siquiera esto se podía decir de la policía. Durante los dos últimos años sólo en Estocolmo hubo que archivar doscientas veinte mil investigaciones policiales, y hasta de los delitos más graves (que sólo eran una pequeña fracción del total) sólo se aclaraban una cuarta parte.

Dado este estado de cosas, los que tenían la máxima responsabilidad poco podían hacer, salvo mover la cabeza y parecer pensativos. Durante mucho tiempo todo el mundo echó la culpa a los demás, y ahora ya no quedó nadie a quien hacer reproches. La única sugerencia constructiva hecha últimamente era que se debía impedir que el pueblo bebiera cerveza. Como Suecia es un país en



donde el consumo de cerveza es muy bajo, se puede ver lo poco realista que es la manera de pensar de mucha gente representativa de las altas autoridades del país.

Una cosa, sin embargo, estaba clara. La policía ya no tenía nadie a quien culpar, como no fuera a sí misma. Después de la nacionalización de 1965, toda la fuerza estaba ahora a las órdenes de un solo sombrero, y desde el principio estuvo claro que este sombrero había sido colocado sobre una cabeza equivocada.

Ya hacía tiempo que muchos analistas e investigadores se preguntaban cuál era la filosofía que guiaba las actividades del Cuartel General de la Policía Nacional. Una pregunta que, por supuesto, nunca fue contestada. De acuerdo con su doctrina de que no debía permitirse ninguna filtración, el comisario de la Policía Nacional, por principio, jamás respondía a nada. Por otra parte, le gustaba demasiado hablar, y sus discursos, que eran ejemplos de pura retórica, carecían por completo de interés.

Años atrás, alguien de la policía descubrió un modo de manipular las estadísticas del delito. Los métodos empleados, aunque sencillos, no salieron a relucir en seguida, y sin ser francamente mendaces, eran, sin embargo, bastante equívocos. Todo ello empezó con las demandas de una fuerza de policía más militante y homogénea, de mayores recursos técnicos en general, y de más armas de fuego en particular. Para conseguir esto había sido necesario exagerar los peligros contra los que la policía se enfrentaba. Como la palabrería resultó bastante ineficaz políticamente, hubo que recurrir a otro medio: la manipulación de las estadísticas.

En esta coyuntura las manifestaciones políticas de la segunda mitad de los años sesenta, ofrecieron magníficas posibilidades. Los manifestantes por la paz fueron tratados con violencia. Apenas armados con algo más que sus banderas y sus convicciones, fueron recibidos con gases lacrimógenos, mangueras y porras de goma. Fueron pocas las manifestaciones pacíficas que no acabaron en tumulto y caos. Aquellos individuos que trataron de defenderse fueron aporreados, detenidos y juzgados por «atacar a la policía» o «resistirse a la detención». Toda esta información fue incluida en las estadísticas. El método funcionó perfectamente. Cada vez que unos centenares de policías eran enviados a «controlar» una manifestación, las cifras de pretendidos ataques contra la policía subían como cohetes.

La policía uniformada había sido animada a «repeler la agresión», según la expresión formularia, orden que más de un patrullero se dispuso a cumplir en todas las situaciones. Péguese a un borracho con una porra y lo más probable es que él pegue a su vez.

Una lección sencilla, que nadie pudo aprender.

Estas tácticas habían dado resultado. Ahora la policía sueca estaba armada hasta los dientes. De improviso, situaciones que antes podían haberse resuelto con un solo hombre armado de un lápiz y un poco de sentido común, requerían un autobús lleno de patrulleros equipados con armas automáticas y chalecos a prueba de balas.

Sin embargo, el resultado a largo plazo era algo que nadie había previsto. La violencia engendra no sólo antipatía y odio, sino también inseguridad y temor.

Al final las cosas habían llegado a tal estado, que la gente iba por ahí temerosa de los demás, y Estocolmo se había convertido en una ciudad en la que vivían millares de individuos aterrorizados. Y la gente asustada es gente peligrosa.

Muchos de los seiscientos patrulleros que de pronto dejaron de serlo, habían dimitido porque estaban asustados, aunque iban armados hasta los dientes, y porque la mayor parte de ellos se

quedaban sentados y encerrados dentro de sus vehículos.

Muchos, por supuesto, se marcharon de Estocolmo por otras razones, bien porque llegó a disgustarles la ciudad en general, o porque no estaban conformes con el trato que ahora se veían obligados a aplicar.

Al régimen le había salido el tiro por la culata. En cuanto a sus más profundos motivos, seguían envueltos en la oscuridad, una oscuridad, sin embargo, en la que algunas personas veían un tinte pardo de aspecto nazi.

Abundaban los ejemplos de manipulaciones similares, y hubo testigos que criticaron el gran cinismo de algunas. Hacía un año se llevó a cabo una campaña contra la gente que pagaba con talones sin fondos. Hubo quienes abusaron de sus cuentas corrientes, y también quien de este modo se embolsó algún dinero. Se consideraron ignominiosas las cifras de estos pequeños fraudes, y se pidió que se tomaran medidas radicales. La Junta Nacional de Policía puso objeciones a que se aceptaran talones como medio de pago. Todo el mundo sabía lo que esto iba a suponer: la gente tendría que llevar mucho dinero encima, lo cual daría la luz verde a los carteristas en las calles y plazas de la ciudad. Y esto fue precisamente lo que sucedió. Por supuesto, los cheques fraudulentos desaparecieron, y la policía pudo jactarse de un éxito indudable. El hecho de que numerosos ciudadanos fueran robados a diario y hasta golpeados tenía poca importancia.

Todo formaba parte integrante de la creciente oleada de violencia, a la cual la única respuesta adecuada era una policía más numerosa y mejor armada.

Pero ¿de dónde habían de venir todos estos policías?

En los primeros seis meses las estadísticas oficiales de delitos evidenciaron un gran triunfo. Acreditaban una disminución del dos por ciento, aunque, como todo el mundo sabía, se produjo un gran aumento. La explicación era sencilla. Unos policías que no existen, no pueden denunciar delitos. Y cada vez que se extendía un talón sin fondos, el hecho era considerado un delito.

Cuando a la policía política se le prohibió que interviniera los teléfonos particulares, los teóricos de la Junta Nacional de Policía se apresuraron a apoyarla. Por medio de una propaganda basada en el miedo y las grandes exageraciones, se pudo persuadir al Parlamento para que aprobara una ley que permitiera la intervención de los teléfonos en la lucha contra las drogas. Gracias a ello los anticomunistas siguieron tranquilamente con sus escuchas, y el comercio de drogas floreció como nunca hasta entonces.

No, no era divertido ser policía, pensó Lennart Kollberg. ¿Qué podía hacer un hombre mientras presenciaba la decadencia gradual de su propia organización? ¿Mientras detrás de todo aquello oía el parloteo de las ratas del fascismo? Durante toda su vida de adulto había servido lealmente a esta organización.

¿Qué hacer? ¿Decir lo que pensaba y que lo despidieran? Desagradable. Debía de haber un método de acción más constructivo. Y, por supuesto, había otros funcionarios de la policía que consideraban las cosas desde el mismo punto de vista que él, pero ¿cuáles y cuántos?

Tales problemas no afligían a Apisonadora Olsson. La vida, para él, era un gran y divertido juego, y la mayoría de las cosas estaban tan claras como el cristal.

—Pero hay una cosa que no comprendo —dijo.

—¿De veras? —preguntó—. ¿Qué?

—¿Qué le pasó a aquel coche? Los impedimentos en las carreteras funcionaron como debían, ¿no es cierto?

—Eso parece.

—Así que, al cabo de cinco minutos, habría hombres en todos los puentes.

La parte sur de Estocolmo es una isla, con seis puntos de acceso. Hacía ya tiempo que la patrulla especial había ideado un plan muy pormenorizado en mitad del cual cada uno de los distritos centrales de Estocolmo podía ser aislado rápidamente.

—Claro —dijo Gunvald Larsson—. Lo he comprobado con la Policía Metropolitana. Por una vez todo pareció funcionar a la perfección.

—¿Qué tipo de coche era? —preguntó Kollberg, que todavía no había tenido tiempo de enterarse de todos los detalles.

—Un Renault 16, gris claro o beige, con una matrícula A, y con dos treses en el número.

—Sin duda le pondrían una matrícula falsa —opinó Gunvald Larsson.

—Evidentemente; pero todavía he de oír hablar de alguien capaz de cambiar el color de un coche entre la plaza María y Slussen. Y si cambiaron de coche...

—¿Sí?

—Entonces, ¿a dónde fue el primero?

Apisonadora Olsson recorrió la habitación, dándose palmadas en la frente. Era un hombre de cuarenta y tantos años, rechoncho, con una estatura inferior a la media, y una tez ligeramente colorada. Sus movimientos eran tan animados como su intelecto. Ahora estaba hablando para sí mismo:

—Aparcan el coche en un garaje cercano a una estación del metro o una parada de autobús, luego uno de los tipos se larga con la pasta; el otro le cambia al coche la matrícula. Después se marcha él también. El sábado el tipo del coche vuelve y pinta el auto. Y ayer por la mañana el coche ya estaba listo para que se lo llevaran. Pero...

—Pero ¿qué? —preguntó Kollberg.

—Hasta la una de la madrugada pasada hice que mis hombres comprobaran todo Renault que saliera de la parte sur.

—Así que o tuvo tiempo de escapar o sigue aquí —comentó Kollberg.

Gunvald Larsson no dijo nada. En cambio se quedó mirando el atuendo de Apisonadora Olsson y experimentó una intensa antipatía. Un traje azul claro arrugado, una camisa color rosa lechón y una corbata ancha y floreada. Calcetines negros y zapatos puntiagudos marrones, con puntas que necesitaban un cepillado.

—¿Qué quiere decir usted con eso del «tipo del coche»?

—Que ellos nunca enmascaran los coches. Siempre cuentan con un tipo especial que los deja en algún sitio fijado de antemano y los recoge luego. A menudo vienen de otra ciudad, de Malmö o Göteborg, por ejemplo. Siempre tienen mucho cuidado con los coches para escapar.

Kollberg, que parecía cada vez más pensativo, preguntó:

—¿Quiénes?

—Malmström y Mohrén, por supuesto.

—¿Y quiénes son Malmström y Mohrén?

Apisonadora Olsson lo miró, pasmado. Pero luego se iluminaron sus ojos.

—¡Ah, sí! ¡Claro! Usted es nuevo en la patrulla, ¿verdad? Malmström y Mohrén son dos de nuestros más inteligentes ladrones de bancos. Salieron hace cuatro meses, y es su tercer golpe desde entonces. A finales de febrero se largaron de la prisión de Kumla.

—Pero se suponía que Kumla estaba hecha a prueba de fugas —dijo Kollberg.

—Malmström y Mohrén no se fugaron. Dejaron de volver a la cárcel después de su permiso de fin de semana concedido bajo palabra. Por lo que hemos podido comprobar, no trabajaron hasta finales de abril, pero sin duda antes debieron irse de vacaciones a Canarias o a Gambia. Probablemente una gira de catorce días.

—¿Y luego?

—Luego se equiparon con armas y lo demás. Por lo general hacen eso en España o Italia.

—Pero ¿no fue una mujer la que atracó el banco el viernes pasado? —observó Kollberg.

—Disfrazada —repuso Apisonadora Olsson como si explicara una lección—. Disfrazada con peluca y postizos. Pero estoy segurísimo de que fueron Malmström y Mohrén quienes lo hicieron. ¿Quién, si no, habría tenido la sangre fría, o sido lo suficientemente listo para hacer un movimiento tan rápido? Éste es un trabajo especial, ¿no lo ve? Y muy intrigante. Terriblemente excitante. En verdad es como...

—... jugar por correspondencia una partida de ajedrez con un campeón —le interrumpió Gunvald Larsson—. Pero campeones o no, tanto Malmström como Mohrén son grandes como bueyes, y eso es algo que no me va a negar. Cada uno pesa noventa y cinco kilos, calza zapatones, y tiene manazas que parecen jamones. Mohrén mide ciento dieciséis centímetros de pecho, once más que Anita Ekberg en la flor de su edad. Me cuesta trabajo imaginármelo metido en un vestido de señora, y llevando postizos.

—¿No llevaba pantalones aquella mujer? —preguntó Kollberg—. ¿Y no era de talla más bien pequeña?

—Naturalmente, enviaron a alguien —repuso Apisonadora tan tranquilo—. Es uno de sus trucos usuales. Se dirigió hacia una de las mesas y tomó una hoja de papel. —¿De cuánto dinero se han apoderado? —se preguntó a sí mismo—. Cincuenta mil en Borås, cuarenta mil en Gubbängen, veintiséis mil en Märsta, y ahora noventa mil. ¡Eso suma doscientos mil! Así que pronto estarán listos.

—¿Listos? —preguntó Kollberg—. ¿Listos para qué?

—Para su gran robo. Robo con mayúscula. Todas esas faenas han sido sólo para conseguir fondos. Pero ahora, en cualquier momento, darán el gran golpe. —Fuera de sí de entusiasmo, parecía revolotear por la habitación—. Pero ¿dónde, caballeros, dónde? Déjenme ver, déjenme ver. Tenemos que pensar. Si yo fuera Werner Roos, ¿qué movimiento haría? ¿Cómo pondría en jaque a su rey? ¿Cómo lo haría usted? ¿Y cuándo?

—¿Quién demonios es Werner Roos? —volvió a preguntar Kollberg.

—Es un sobrecargo de líneas aéreas —explicó Gunvald Larsson.

—Ante todo es un delincuente —gritó Apisonadora Olsson—. A su manera Werner Roos es un genio. Es el que lo trama todo hasta el último detalle. Sin él, Malmström y Mohrén serían meras nulidades. Es el cerebro. Sin él, habría muchos otros que no podrían «trabajar». ¡Es el mayor canalla de todos! Es una especie de profesor de...

—No grite tanto —le dijo Gunvald Larsson—, que no se encuentra ante el tribunal del distrito.

—Lo atraparemos —aseguró Apisonadora Olsson, como si se le acabara de ocurrir una idea genial—. Nos apoderaremos de él.

—Para soltarlo al día siguiente —observó Gunvald Larsson.

—No importa. Será una sorpresa. Lo sorprenderemos con la guardia baja.

—¿Cree usted? Sería la quinta vez este año.

—Da lo mismo —repuso Apisonadora Olsson, dirigiéndose hacia la puerta.

El verdadero nombre de pila de Apisonadora Olsson era Sten. Pero esto era algo que todo el mundo, excepto probablemente su esposa, había olvidado hacía ya tiempo. Por otra parte, era seguro que ella no había olvidado a lo que él se parecía.

—Al parecer hay muchas cosas que no comprendo —se lamentó Kollberg.

—Por lo que respecta a Roos, Apisonadora probablemente tiene razón —dijo Gunvald Larsson—. Es un demonio muy listo que siempre tiene una coartada. Ha tenido coartadas fantásticas. Cada vez que ocurre algo resulta que estaba en Singapur, en San Francisco o en Tokio.

—Pero ¿cómo sabe Apisonadora que Malmström y Mohrén están detrás de este asunto en particular?

—Creo que por una especie de sexto sentido.

Gunvald Larsson se encogió de hombros y dijo:

—Pero ¿dónde está ese sentido? Aquí tenemos a Malmström y Mohrén, atracadores conocidos, quienes, aunque nunca confiesan, han estado encarcelados cierto número de veces. Y entonces, cuando al fin están entre rejas en la prisión de Kumla, ¿se les deja que, bajo palabra, salgan un fin de semana!

—Bueno, pero no vamos a tener a la gente encerrada por toda la eternidad en una habitación con un televisor, ¿no es cierto?

—No —respondió Gunvald Larsson—. Es cierto.

Durante un rato siguieron sentados y en silencio. Ambos pensaban en lo mismo: los muchos millones que había costado al Estado construir la prisión de Kumla y equiparla con todos los refinamientos posibles para aislar a los malhechores de la sociedad. Los extranjeros con experiencia en instituciones penales han dicho que el departamento de internamiento de Kumla era, de todo el mundo, probablemente el más inhumano y destructor de la personalidad. Que no haya piojos en las colchonetas o gusanos en la comida, no compensa la falta de contactos humanos.

—Y en cuanto a ese asesinato en Hornsgatan... —empezó a decir Kollberg.

—Eso no fue un asesinato. Probablemente sólo un accidente. Ella disparó por error, tal vez ni siquiera se dio cuenta de que el arma estaba cargada.

—¿Seguro que era una chica?

—Sí.

—Y entonces, ¿por qué tanto hablar de Malmström y Mohrén?

—Bueno, es posible que enviaran una chica.

—¿No ha dejado huellas? Por lo que yo sé, ni siquiera llevaba guantes.

—Claro que había huellas. En el pomo de la puerta. Pero antes de que tuviéramos tiempo de sacarlas, uno de los empleados del banco estuvo allí y lo estropeó todo, así que no podemos utilizarlas.

—¿Alguna investigación balística?

—Puedes apostar que sí. Los expertos consiguieron la bala y el cartucho. Dicen que ella lo mató con un cuarenta y cinco, presumiblemente una Llama Auto.

—Una pistola muy grande... especialmente para una chica.

—Sí. Según Apisonadora, eso es otra prueba contra la banda de Malmström, Mohrén y Roos. Ellos siempre emplean armas grandes y pesadas para alarmar. Pero...

—Pero ¿qué?

—Malmström y Mohrén no matan. Por lo menos no lo han hecho hasta ahora. Si alguien les causa dificultades se limitan a disparar una bala al techo para restablecer el orden.

—¿Hay algún interés en detener a Roos?

—Bueno, yo creo que el razonamiento de Apisonadora es el siguiente: si Roos tiene una de sus coartadas perfectas (por ejemplo, si estaba en Yokohama el viernes último), entonces podemos estar completamente seguros de que él planeó el golpe. Si, en cambio, estaba en Estocolmo, entonces es más dudoso.

—Y, ¿qué dice Roos? ¿No se ha puesto furioso?

—Nunca se pone. Dice que es cierto que Malmström y Mohrén son viejos compinches suyos y considera que es una lástima que les haya ido tan mal. La última vez nos preguntó si podríamos ayudar de alguna manera a sus amigos. Daba la casualidad de que Malm estaba aquí, y poco faltó para que no tuviera una hemorragia cerebral.

—¿Y Olsson?

—Apisonadora rugió. Le gusta hacerlo.

—Y ¿a qué está esperando entonces?

—A su próximo movimiento, ¿no lo oyó? Cree que Roos está planeando un gran golpe que Malmström y Mohrén van a llevar a cabo. Es de suponer que Malmström y Mohrén quieren reunir el dinero suficiente para emigrar con toda tranquilidad y vivir de su renta el resto de sus vidas.

—¿Y ha de ser el robo de un banco?

—Apisonadora cree que todo, excepto los bancos, puede irse al infierno —dijo Gunvald Larsson—. Son órdenes tuyas, según dice.

—¿Y qué hay del testigo?

—¿El de Einar?

—Sí.

—Estuvo aquí esta mañana mirando fotografías. No reconoció a nadie.

—Pero ¿está seguro de lo del coche?

—Completamente seguro.

Gunvald Larsson permaneció sentado y en silencio, estirándose los dedos uno tras otro hasta que las articulaciones crujieron. Al cabo de un buen rato dijo:

—Hay algo sobre ese coche que no encaja.

## 11

Parecía como si fuera a hacer un día caluroso, y Martin Beck sacó del armario su traje más ligero. Era de color azul claro. Lo había comprado hacía un mes y sólo se lo puso una vez. Al ponerse los pantalones, una pegajosa mancha de chocolate en la rodilla derecha le recordó el día en que había estado charlando con los dos niños de Kollberg cuando éstos estaban celebrando una orgía de chocolatinas con palito y bombones.

Martin Beck se quitó los pantalones, los llevó a la cocina, y empapó en agua caliente la punta de una toalla. Luego frotó con ella la mancha, que inmediatamente se extendió. Sin embargo, él no desistió. Mientras apretaba los dientes y seguía frotando, pensó en sí mismo, pues sólo en tales situaciones echaba de menos a Inga, lo cual decía mucho sobre sus anteriores relaciones. Una de las perneras del pantalón estaba empapada, y la mancha parecía haber desaparecido en parte. Apretando el pulgar y el índice a lo largo del pliegue, colgó sus pantalones en el respaldo de una silla, sobre la que daba el sol que entraba por la ventana abierta.

Eran sólo las ocho; pero él llevaba ya despierto varias horas. A pesar de todo, se había quedado dormido muy pronto la noche anterior, y su sueño había sido tranquilo y sin pesadillas, cosa poco frecuente. Aunque aquél había sido su primer día de trabajo después de largo tiempo, no resultó particularmente agotador; aun así, lo había dejado exhausto.

Martin Beck abrió la puerta del refrigerador, inspeccionó el cartón de leche, el bloque de mantequilla, y una botella solitaria de Ramlösa, lo cual le recordó que, al volver a casa aquella noche, tendría que hacer algunas compras, cerveza y yogur. O quizá debería dejar de tomar yogur por las mañanas, pues ya no tenía tan buen sabor. Por otra parte, eso significaba que habría de pensar en otra cosa como desayuno. El doctor le había dicho que tendría que perder los kilos que había ganado desde que salió del hospital y, a ser posible, unos pocos más.

Sonó el teléfono del dormitorio. Martin Beck cerró el refrigerador, entró y tomó el auricular. Era la hermana Birgit, del asilo de ancianos.

—La señora Beck ha empeorado —le dijo—. Esta mañana tenía una temperatura muy alta, más de treinta y ocho. Creí que usted debía de saberlo, inspector.

—Claro. ¿Está despierta ahora?

—Lo estaba hace cinco minutos; pero se encuentra muy fatigada.

—Iré inmediatamente —dijo Martin Beck.

—Tendremos que trasladarla a una habitación donde pueda ser observada mejor —añadió la hermana Birgit—; pero venga a mi despacho primero.

La madre de Martin Beck tenía ochenta y dos años y había pasado los dos últimos en el pabellón de enfermos del asilo de ancianos. Su enfermedad había sido de larga duración. Sus primeros síntomas fueron ligeros vértigos y desvanecimientos. Con el paso del tiempo, éstos habían llegado a ser más graves y frecuentes. Al final quedó parcialmente parálitica. Durante todo el año anterior no había podido hacer otra cosa que permanecer sentada en un sillón de ruedas, y desde finales de abril no se había movido de la cama.

Martin Beck la había visitado a menudo durante su propia convalecencia; pero le dolía verla extinguirse lentamente, mientras la edad y su dolencia la aturdían. Las últimas veces que fue a verla ella lo tomó por su marido. El padre de Beck había muerto hacía veintidós años.

Era muy triste ver hasta qué punto el confinamiento en su habitación, y su aislamiento total del mundo exterior habían influido sobre ella. Hasta que los vértigos debilitaron su mente, no dejó de salir por la ciudad, para recorrer tiendas, ver gente, o visitar a aquellos amigos suyos que seguían vivos. A menudo iba a ver a Inga y Rolf en Bagarmossen, o visitaba a su nieta Ingrid, que vivía sola en Stocksund. Claro que ya antes de su enfermedad se había sentido aburrida y muy sola en la vieja casa familiar; pero mientras tuvo salud y pudo mantenerse de pie, aprovechó todas las ocasiones para ver algo más que inválidos y ancianos. Seguía leyendo periódicos, viendo la televisión, y escuchando la radio, e incluso iba a algún concierto o al cine. Se mantuvo en contacto con el mundo que la rodeaba y no dejó de interesarse por lo que pasaba. Pero en cuanto se vio forzada al aislamiento, se produjo en ella una rápida decadencia mental.

Martin Beck advirtió cómo se apagaba su inteligencia; la anciana dejó de interesarse por la vida más allá de las paredes de su cuarto de enferma, hasta que al final perdió todo contacto con la realidad y el presente. Él supuso que debía de haber algún mecanismo de defensa mental, que ahora la ligaba conscientemente al pasado: no había nada que la animara en su realidad presente.

Cuando él vio cómo ella pasaba sus días, que ya eran largos, cuando sólo podía estar sentada en un sillón de ruedas, se sintió horrorizado, a pesar de que ella parecía alegrarse de verlo, y se daba cuenta de sus visitas. Cada mañana la lavaban y vestían y la sentaban en el sillón de ruedas, y después la ayudaban a desayunarse. Luego se quedaba sentada y sola en su habitación. Como su oído se había debilitado, ya no oía la radio. Leer le resultaba ya muy dificultoso, y sus manos eran demasiado débiles para sostener una aguja de hacer media. Al mediodía le llevaban su almuerzo, y a las tres las asistentas terminaban su jornada laboral, y entonces la desnudaban y metían en la cama. Luego le daban una cena muy ligera; pero ella tenía muy poco apetito y a menudo se negaba a comer. Una vez le dijo a Beck que las asistentas se enfadaban mucho con ella cuando no comía. Pero no importaba, al menos eso significaba que alguien había hablado con ella.

Martin Beck sabía que la falta de personal constituía un grave problema en los asilos, por no hablar de la escasez de enfermeras y asistentas. También sabía que cuando tal personal existía trataba con mucha consideración a los ancianos, a pesar de los bajos sueldos y las muchas horas de trabajo, y hacían todo lo que podían por ellos. Él se había preocupado mucho por hacerle la existencia más tolerable, y pensó en trasladarla a una residencia particular, donde pudieran dedicarle más tiempo y atenciones; pero pronto llegó a la conclusión de que ella no podía esperar que la atendieran mejor que donde estaba. Todo lo que podía hacer por ella era visitarla tan a menudo como fuera posible. Al examinar las posibilidades de mejorar la situación de su madre descubrió que un número increíble de ancianos se encontraban en situación mucho peor.



Hacerse viejo estando solo y siendo pobre, incapaz de valerse por sí mismo, significaba que, tras una larga vida activa, uno se veía privado de pronto de la propia dignidad e identidad, condenado a esperar el fin en una institución en compañía de otros ancianos, igualmente desechados y aniquilados.

Hoy ya no se les llama «instituciones» ni «asilos», sino «residencias», u «hoteles de pensionistas», para disimular el hecho de que la mayoría de la gente no está allí por su propia voluntad, sino simplemente han sido condenados a ello por el llamado Estado Asistencial, que ya no quería saber nada más de ellos. Era una sentencia cruel, y su delito ser demasiado viejos. Como una rueda dentada desgastada en la máquina social, eran arrojados al cubo de la basura.

Martin Beck se dio cuenta de que, a pesar de todo, su madre estaba mejor tratada que la mayoría de los demás ancianos y enfermos. Ella, que había ahorrado, pudo reunir cierta cantidad de dinero para que, en su vejez, no fuera una carga para nadie. Aunque la inflación había devaluado catastróficamente esta suma, aún seguía recibiendo cuidados médicos, una alimentación bastante nutritiva, y en su grande y ventilada habitación, que logró no compartir con nadie más, seguía conservando junto a ella sus pertenencias íntimas. Por lo menos sus ahorros le habían servido para esto.

Los pantalones se secaron lentamente ante la soleada ventana y la mancha había desaparecido casi por completo. Se vistió y salió corriendo en busca de un taxi.

El parque que rodeaba al asilo era espacioso y estaba bien cuidado, con árboles altos y frondosos, y senderos frescos y sombreados, que serpenteaban entre las glorietas, macizos de flores, y terrazas. A su madre, antes de caer enferma, le había gustado pasear por allí, apoyándose en su brazo.

Martin Beck se dirigió directamente a la oficina; pero allí no estaban ni la hermana Birgit ni nadie. En el pasillo se encontró con una cuidadora que llevaba una bandeja con termos. Le preguntó por la hermana Birgit, y la asistenta le informó con su acento sueco-francés que la hermana Birgit estaba ocupada en aquel momento con un paciente. Entonces le preguntó cuál era la habitación de la señora Beck. Ella señaló una puerta al fondo del pasillo y se alejó con su bandeja.

Desde la puerta Martin Beck miró al interior. La habitación era más pequeña que la que su madre había tenido antes, parecía más una habitación de enfermo. Todo era blanco, exceptuando el ramillete de tulipanes rojos que él le había llevado hacía dos días, y que ahora estaba sobre una mesa al lado de la ventana. Su madre estaba metida en cama, mirando fijamente al techo con ojos que parecían más grandes cada vez que él la visitaba. Sus manos se agarraban a la colcha. De pie, al lado de la cama, él tomó la mano, y ella elevó lentamente la mirada hacia su rostro.

—¿Has venido hasta aquí? —susurró en una voz apenas audible.

—No te fatigues hablando, madre —le dijo Martin Beck soltando la mano. Se sentó mirando a su cansado rostro y sus grandes ojos febriles—. ¿Cómo te encuentras, mamá? —le preguntó.

Ella no contestó en seguida, simplemente se quedó mirándolo y guiñó un par de veces, como si sus párpados fuesen tan pesados que le costara un gran esfuerzo levantarlos.

—Tengo frío —dijo al final.

Martin Beck miró en tomo suyo por la habitación. Había una manta sobre una silla al pie de la cama. La tomó y la extendió sobre ella.

—Gracias, cariño —susurró la anciana.

De nuevo él siguió sentado y quieto, mirándola. No sabiendo qué decir, se limitó a sujetar su mano delgada y fría, en la suya.

Cuando ella respiraba salía de su garganta un débil carraspeo. Gradualmente su respiración se hizo más tranquila, y cerró los ojos. Él siguió sentado, sosteniéndole la mano. Un mirlo cantó fuera de la ventana. Salvo eso, todo estaba tranquilo.

Después de haber permanecido allí quieto un buen rato, soltó suavemente su mano y se levantó. Acarició su mejilla. Estaba cálida y seca. Justo cuando él dio un paso hacia la puerta, aún mirando al rostro de ella, la anciana abrió los ojos y se quedó mirándolo.

—Ponte el gorro de lana —le susurró—. Hace frío ahí fuera —y de nuevo cerró los ojos.

Después, Martin Beck se inclinó, la besó en la frente, y se marchó.

## 12

Kenneth Kvastmo, uno de los dos patrulleros que habían entrado en el apartamento de Svärd, tenía que prestar declaración en el tribunal del distrito. Martin Beck fue a buscarlo. El patrullero estaba sentado en un pasillo del Ayuntamiento, y Beck consiguió que le respondiera a dos de las preguntas más importantes, antes de que fuera llamado por el tribunal.

Luego Martin Beck salió del Ayuntamiento y anduvo dos manzanas hasta llegar a la casa donde Svärd había vivido. Era un trayecto corto; pero mientras lo recorría pasó junto a dos grandes construcciones a ambos lados del edificio de la policía. En la calle estaban excavando el nuevo ramal sur del metro hasta Järvafältet, y colina arriba se llevaban a cabo voladuras y perforaciones en la roca para la construcción del nuevo edificio de la policía, donde pronto tendría él su oficina. De momento se sentía agradecido de que su despacho estuviera en la Jefatura de Policía Sur y no allí. El ruido del tráfico que entraba por la ventana que daba a Södertäljevägen, no era más que un ligero murmullo comparado con la cacofonía de las excavaciones, las taladradoras neumáticas y los camiones.

La puerta de aquel apartamento del primer piso había sido colocada de nuevo en su sitio y sellada. Martin Beck rompió el sello y entró.

La ventana que daba a la calle estaba cerrada, y él percibió un olor ligero, pero penetrante, a putrefacción, que se había quedado pegado en las paredes de la habitación y el escaso mobiliario.

Se dirigió a la ventana y la examinó. Era de un tipo anticuado; se abría hacia fuera y estaba provista de un cierre cuya aldabilla oscilante, de forma anular, colgaba de una pieza de unión en el marco de la ventana, y encajaba en un pestillo cuando la ventana se cerraba. Había dos aldabillas; pero faltaba la inferior. La pintura se había descolorido, y el maderaje de la parte inferior del marco y antepecho de la ventana, había sido dañado. Presumiblemente la lluvia y el viento penetraban por la rendija.

Martin Beck corrió la persiana. Su primitivo color azul oscuro, ahora estaba viejo y descolorido. Beck se dirigió hacia la puerta y miró al interior de la habitación. Tenía el aspecto de cuando los dos patrulleros entraron, al menos según dijo Kvastmo. Luego regresó a la ventana, dio a la cuerda un ligero tirón, y con un leve crujido la persiana se enrolló. Después, abrió la ventana y miró hacia fuera.

A su derecha estaban las ruidosas obras en construcción, y más allá pudo ver, entre otras cosas, las ventanas del D. I. C. en el edificio de la Kungsholmsgatan. A su izquierda, un poco más allá, se veía Bergsgatan, y luego, después de la central de bomberos, la calle llegaba a su final. Una calle corta unía Bergsgatan y Hantverkargatan. Martin Beck pensó que aquél sería el camino

que él recorrería cuando terminara la inspección. No recordaba cómo se llamaba la calle o si había pasado alguna vez por allí.

Frente a la ventana estaba el parque Kronoberg. Como casi todos los parques de Estocolmo, se extendía por una elevación natural del terreno. En los tiempos en que él trabajaba en Kristineberg, Martin Beck recordaba haber cruzado a menudo por él, para acortar camino. Solía atravesar el parque entre los escalones de piedra en la esquina de Polhemsgatan y el antiguo cementerio judío que había en el otro extremo. A veces se había detenido a fumar un cigarrillo en un banco bajo los tilos en lo alto de la colina.

Sintiendo deseos de fumar un cigarrillo, metió la mano en el bolsillo, sabiendo muy bien que no tenía ninguno. Suspiró resignado, y pensó que, a cambio de tabaco, debería empezar a masticar chicle o chupar pastillas contra la tos. O mascar palillos de dientes, como hacía Mansson allá en Malmö.

Entró en la cocina, cuya ventana se hallaba en peor estado que la de la habitación; pero aquí las rendijas habían sido tapadas con cinta adhesiva.

Todo en el apartamento parecía gastado, y no sólo la pintura y el empapelado, sino también el mobiliario. Mirando en torno suyo por el apartamento, Martin Beck sintió una tristeza infinita. Abrió todos los cajones y armarios. Allí no había mucho, sólo los utensilios caseros más corrientes.

Salió al pequeño saloncito de entrada, abrió la puerta del retrete, donde no había lavabo ni ducha. Luego examinó la puerta del apartamento y vio que estaba provista de las distintas cerraduras mencionadas en el informe. Parecía probable que hubieran estado cerradas todas cuando la puerta fue desencajada, o «forzada», como se decía en la jerga de la policía.

Todo esto era como para dejar a uno perplejo. La puerta y las dos ventanas habían estado cerradas. Kvastmo dijo que no habían visto un arma por ninguna parte del apartamento cuando él y Kristiansson entraron en él. Además, había declarado que el apartamento estuvo guardado constantemente y que no había ni que pensar en que alguien hubiera estado allí y se hubiese llevado algo.

Martin Beck se paró de nuevo en el umbral y miró la habitación. A lo largo de la pared interior había una cama, y al lado de ella un estante. Sobre el estante vio una lámpara con una arrugada pantalla de tejido amarillo, un cenicero roto de cristal verde, y una gran caja de fósforos. Había un par de revistas muy manoseadas y tres libros. A la derecha había una silla tapizada con un tejido a rayas verdes y blancas, cuyo asiento estaba manchado, y contra la pared del otro extremo, una mesa marrón y una silla de madera de respaldo recto. En el suelo había una estufa eléctrica de la que salía un cordón largo y negro hasta un enchufe en la pared. Faltaba el taco. También había habido una alfombra; pero la enviaron al laboratorio, donde, entre innumerables manchas y partículas de suciedad, encontraron las tres manchas de sangre del tipo de la de Svärd.

En la habitación había un armario empotrado, en cuyo suelo se podía ver una camisa sucia, de franela, de color incierto, tres calcetines sucios, y un saco de lona marrón muy raído, que estaba vacío. De una percha colgaba una chaqueta de popelín, y de unos ganchos, en la pared, unos pantalones de franela, cuyos bolsillos estaban vacíos, un jersey de lana de color verde, y un chaleco gris de mangas largas. Eso era todo.

Según el forense, no se podía descartar totalmente la posibilidad de que a Svärd lo hubieran herido en cualquier otro lugar, hubiese llegado hasta su apartamento, cerrado y atrancado la puerta

tras él, y cayera luego para morir. Martin Beck era lego en estos asuntos; pero tenía la experiencia suficiente para darse cuenta de que la teoría podía ser cierta.

Pero si no lo era, ¿cómo había ocurrido todo entonces? ¿Cómo se pudo disparar contra Svärd si no hubo nadie en el apartamento y él no lo había hecho por sí mismo?

Cuando Martin Beck comprobó la negligencia con que se había llevado el asunto, se convenció de que incluso este misterio podía explicarse en función de la desidia de alguien; pero ahora empezaba a estar seguro de que nunca hubo un arma en la habitación, que Svärd había cerrado la puerta tras él, y que, en consecuencia, su muerte parecía totalmente inexplicable.

De nuevo Martin Beck recorrió el apartamento con minucioso cuidado, pero allí no había nada que explicara lo que había sucedido. Finalmente se marchó, intentando averiguar lo que los otros inquilinos podían decirle.

Tres cuartos de hora después, y sin saber nada nuevo, salió a la calle. Era evidente que Karl Edvin Svärd, el ex encargado de almacén, de sesenta y dos años de edad, fue una persona muy solitaria. Había vivido en el apartamento durante tres meses, y de su existencia sólo tuvieron noticia muy pocos inquilinos de la casa. Quienes lo habían visto entrar y salir, nunca lo vieron con otra persona. Ninguno de ellos intercambió jamás una palabra con él. Nunca nadie lo vio borracho, ni se oyeron ruidos o rumores inquietantes procedentes de su apartamento.

Martin Beck se quedó un rato parado en la puerta de la calle. Miró hacia el parque, que surgía verde y frondoso al otro lado de la calle. Sintió el deseo de llegarse hasta allí y sentarse un poco entre los tilos; pero entonces recordó su decisión de examinar la callejuela de la ladera de la colina.

«Olof Gjödingsgatan». Ése era el nombre que figuraba en el letrero, y recordó que hacía muchos años supo por primera vez, que Olof Gjöding había sido un profesor de la Escuela Kungsholmen en el siglo XIX. Se preguntó si esa escuela había estado en el mismo sitio de la Escuela Superior, en Hantverkargatan.

Bajando la cuesta hacia Polhemsgatan, vio una tabaquería, y entró a comprar una cajetilla de cigarrillos con filtro. Camino de Kungsholmsgatan encendió uno y le encontró mal sabor. Siguió pensando en Karl Edvin Svärd. No se encontraba muy bien y sí muy confuso.

## 13

Cuando el avión procedente de Amsterdam, en su vuelo de mediodía, aterrizó en Arlanda aquel martes, dos policías de paisano esperaban al sobrecargo del avión en la sala de llegadas internacionales. Tenían órdenes de comportarse con discreción y no tomar medidas innecesarias; y cuando, finalmente, el sobrecargo se acercó caminando por el pasillo, en compañía de una azafata, decidieron esperar y apartarse a un lado.

Sin embargo, se fijó en ellos en seguida. O bien los reconoció de alguna ocasión anterior, o simplemente olfateó que eran policías, comprendiendo instantáneamente que la presencia de los dos allí tenía algo que ver con él. Se detuvo, dijo algunas palabras a la azafata, y luego penetró en la sala de llegadas internacionales, cruzando la puerta de cristal.

Con paso firme Werner Roos se acercó a los dos policías. Alto, ancho de hombros, bronceado, vestía su uniforme azul oscuro. En una mano llevaba la gorra, y con la otra sujetaba una bolsa de cuero negro y grandes correas. Tenía el cabello rubio, un poco enmarañado y largas patillas, y sus espesas cejas se fruncían de modo amenazador. Sacando la barbilla, dirigió a los agentes una mirada fría y azul.

—Bueno, ¿qué clase de comité de recepción es éste? —preguntó.

—El señor Olsson, fiscal del distrito, quisiera tener una breve charla con usted, si es tan amable de acompañarnos a Kungsholmsgatan —contestó uno de los policías.

Roos dijo:

—¿Se ha vuelto loco? Estuve allí aun no hace dos semanas, y no tengo nada que añadir a lo que ya dije entonces.

—Está bien —repuso el policía de más edad—. Tendrá que hablar con él de eso. Nosotros sólo cumplimos órdenes.

Roos se encogió de hombros, fastidiado, y echó a andar hacia la salida. Cuando llegaron al coche, dijo:

—¡Maldita sea! Tendrán que llevarme primero a mi casa de Märsta para que pueda cambiarme de traje. Ya saben la dirección.

Entonces, con el rostro ceñudo y cruzando los brazos sobre el pecho, se sentó en el asiento posterior.

El policía más joven, que era el que conducía, protestó de que le dieran órdenes como si fuera un taxista; pero su colega lo tranquilizó y le dio la dirección de Märsta.

Siguieron a Roos hasta su apartamento, y esperaron en el vestíbulo hasta que se cambió poniéndose unos pantalones de color gris claro, un jersey de cuello de tortuga, y una chaqueta de

ante. Luego regresaron a Estocolmo y llegaron a la comisaría de policía de Kungholmsgatan, donde lo escoltaron hasta la habitación en la que Apisonadora Olsson estaba esperando.

Al abrirse la puerta Apisonadora saltó de la silla, con un movimiento de la mano despidió a los dos policías de paisano y acercó una silla para Werner Roos. Luego, acomodándose detrás de su mesa, dijo con voz animosa:

—Bien, señor Roos, ¿quién habría pensado que íbamos a volver a vernos tan pronto?

—Usted, supongo —contestó Roos—. La verdad es que no ha sido culpa mía. Me gustaría saber por qué razón me ha hecho detener esta vez.

—¡Oh! No hablemos con ese tono solemne, señor Roos. Digamos que quiero que me dé cierta información. Por lo menos para empezar.

—Considero innecesario que haya enviado a sus secuaces para sacarme de mi puesto de trabajo. Muy bien podría haber ocurrido que en este momento tuviera un vuelo, y la verdad es que no quiero perder mi empleo porque de pronto a usted le divierta sentarse ahí para decirme tonterías.

—No se lo tome así. Sé que está usted fuera de servicio durante cuarenta y ocho horas, señor Roos. ¿No es cierto? Así que tenemos mucho tiempo y, además, no ha pasado nada malo —dijo Apisonadora amigablemente.

—No puede retenerme aquí más de seis horas —repuso Werner Roos mirando su reloj.

—Doce, señor Roos. Y aún más, si las circunstancias lo exigen.

—En ese caso, señor fiscal del distrito, ha de decirme de qué se me acusa —dijo Werner Roos con arrogancia.

Apisonadora alargó un paquete de cigarrillos Prince a Roos quien despreciativamente negó con la cabeza y se sacó del bolsillo un paquete de Benson & Hedges. Encendió su cigarrillo con un Dunhill chapado en oro, y esperó a que Apisonadora Olsson rascara una cerilla y encendiera su propio cigarrillo de filtro.

—Todavía no he dicho que usted sea sospechoso de nada, señor Roos —dijo, empujando hacia adelante un cenicero—. Sólo era mi intención que charláramos un poco de ese trabajo del pasado viernes.

—¿Trabajo? ¿Qué trabajo? —preguntó Werner Roos, fingiendo estar perplejo.

—En el banco de Hornsgatan. Un golpe con éxito (ya que noventa mil es una buena suma), aunque menos afortunada para el cliente del banco que, por desgracia, resultó muerto —dijo secamente Apisonadora Olsson.

Werner Roos se quedó mirando con fijeza, asombrado. Despacio negó con la cabeza.

—Usted debe de estar en un error —dijo—. ¿El último viernes, dice usted?

—Exacto —repuso Apisonadora—. En cuyo momento, usted, señor Roos, estaba en uno de sus viajes. Volando, diría yo. ¿Dónde estábamos nosotros el último viernes, pues?

Apisonadora Olsson se retrepó en su silla y miró a Werner Roos, divertido.

—Dónde estaba usted el pasado viernes, señor Olsson, yo no lo sé. Por mi parte estaba en Lisboa. Haga el favor de comprobarlo en mi compañía. Aterrizamos en Lisboa a las 14.45, después de un retraso de diez minutos. A las 9.10 de la mañana del sábado despegamos y llegamos a Arlanda a las 15.30. El pasado viernes cené y dormí en el hotel Tivoli. Otro hecho que usted podrá comprobar.

Werner Roos se retrepó también en su silla y miró triunfalmente a Apisonadora, quien ponía cara de delicia.

—¡Estupendo! —dijo—. Una coartada formidable, señor Roos. —Inclinándose hacia adelante, aplastó su cigarrillo en el cenicero y prosiguió maliciosamente—: Pero seguro que los señores Malmström y Mohrén no estaban en Lisboa, ¿verdad?

—Y ¿por qué demonios habrían de estar ellos en Lisboa? No es asunto mío ocuparme de lo que Malmström y Mohrén puedan estar haciendo.

—¿De veras que no lo es, señor Roos?

—No, como ya le he dicho muchas veces antes. Y en lo que respecta a ese trabajo del pasado viernes, no he tenido tiempo de leer los periódicos suecos estos últimos días, así que no sé nada de ningún atraco a un banco.

—Entonces puedo informarle, señor Roos, que la tarea fue realizada a la hora del cierre por alguien que, disfrazado de mujer, se apoderó primero de noventa mil coronas en efectivo, luego mató a un hombre que era cliente del banco, y finalmente huyó del escenario de los hechos en un Renault. Este asesinato, por supuesto, sitúa al delito en otra categoría, como usted, señor Roos, sabrá apreciar.

—Lo que yo no comprendo es por qué se supone que yo tengo algo que ver con todo eso —replicó Roos con irritación.

—Señor Roos, ¿cuándo se encontró usted por última vez con nuestros amigos Malmström y Mohrén? —preguntó Apisonadora.

—Ya se lo dije la última vez, ¿no? No los he visto desde entonces.

—¿Y no tiene usted idea de su paradero?

—Ninguna. Todo lo que sé de ellos es lo que usted me ha contado. No los he visto desde que los encerraron en Kumla.

Apisonadora se quedó mirando a Werner Roos cara a cara, luego escribió algo en un bloc que tenía ante él, lo cerró y se levantó.

—¡Oh, bueno! —exclamó indiferente—. Eso no sería tan difícil de descubrir.

Se acercó a la ventana y bajó la persiana para evitar que entrara el sol de la tarde, cuyos rayos habían empezado a penetrar en la habitación.

Werner Roos esperó hasta que se hubo sentado otra vez. Entonces dijo:

—Sobre eso puedo decir mucho de todos modos. Si hubo tiroteo, entonces Malmström y Mohrén no tuvieron nada que ver en ello. No son tan estúpidos.

—Es posible que Malmström y Mohrén no empezaran el tiroteo; pero eso no quiere decir que no estuvieran mezclados en ello. Podían haber estado sentados, esperando, en el coche que sirvió para la escapatoria. ¿No le parece?

Roos se encogió de hombros y miró furioso al suelo, la barbilla hundida firmemente en el cuello de su jersey.

—Además, cabe dentro de lo posible que ellos tuvieran un compañero, una compañera femenina, tal vez —prosiguió Apisonadora entusiasmado—. Es una posibilidad que hemos de tener en cuenta, sí. ¿No estuvo la novia de Malmström complicada en aquel golpe por el que fueron puestos a la sombra la última vez? —Chasqueó los dedos en el aire—. Gunilla Bergström, sí. La condenaron a año y medio, así que sabemos dónde está —dijo.

Roos lo miró sin levantar la cabeza.



—Ella no se ha escapado todavía —explicó Apisonadora paternalmente—. Pero hay otras muchas chicas, y está claro que estos caballeros no tienen nada contra las cómplices femeninas. O ¿qué dice usted, señor Roos?

De nuevo Werner Roos se encogió de hombros, irguiendo la espalda.

—¡Hum! ¿Qué he de decir? —replicó con indiferencia—. Al fin y al cabo eso no me concierne.

—No, claro que no —repuso Apisonadora, asintiendo con la cabeza pensativamente, fijando los ojos en Roos. Luego se inclinó hacia adelante y apoyó las palmas de las manos ante él, sobre la mesa—. ¿Así que usted insiste en que no ha visto a Malmström y Mohrén, y ni siquiera ha oído hablar de ellos en los últimos seis meses?

—Exacto —repuso Werner Roos—. Como ya le he dicho antes, yo no soy responsable de nada que ellos puedan haber hecho. Nos conocimos cuando íbamos a la escuela, nunca hemos negado eso. Desde entonces nos hemos reunido algunas veces, cosa que tampoco yo he tratado de ocultar. Pero eso no significa que tropecemos cada cuarto de hora, o que ellos me digan a dónde van o qué es lo que proyectan hacer. Yo soy el primero en lamentar que se hayan descarriado; pero en lo que respecta a actividades ilegales, no tengo nada que ver con ellos. Como ya le he dicho antes, me alegraría poder ayudarles a volver al camino recto. Pero, de todos modos, hace tiempo que no los he visto.

—¿Se da cuenta, señor Roos, de que lo que está diciendo podría incriminarle, y que usted puede convertirse en un sospechoso si resulta que ha estado en contacto con esos dos?

—No veo por qué.

Apisonadora le sonrió amablemente.

—¡Claro que puede! —Golpeó la mesa con las manos y se levantó—. Ahora tengo otros asuntos en que ocuparme —dijo—. Tenemos que interrumpir nuestra charla y proseguirla más tarde. Le ruego que me excuse, señor Roos —Apisonadora salió con paso decidido de la habitación, echando una mirada a Werner Roos antes de cerrar la puerta tras él.

Roos le había impresionado porque parecía muy inquieto y desconcertado. Apisonadora se frotó las manos, encantado, mientras se apresuraba pasillo adelante.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras Apisonadora Olsson, Werner Roos se levantó, se dirigió hacia la ventana, y atisbo a través de las persianas, silbando lenta y melodiosamente para sí. Luego miró su Rolex, frunció el ceño, se dirigió rápidamente hacia la silla de Apisonadora, y se sentó. Se acercó el teléfono, alzó el auricular y marcó un número. Mientras esperaba abrió los cajones de la mesa y miró en ellos uno por uno.

Alguien contestó y Roos dijo:

—¡Hola, guapa! Soy yo. ¿No podríamos vernos un poco más tarde esta noche? Tengo que hablar con un tipo, y eso me puede llevar un par de horas.

Roos sacó de un cajón un lápiz en el que figuraba esta inscripción: «propiedad del Estado», y, mientras escuchaba, se rascó la otra oreja con él.

—Claro —dijo— y entonces saldremos e iremos a cenar. Tengo mucha hambre. —Se quedó mirando el lápiz, volvió a dejarlo en su sitio y cerró el cajón—. No, no estoy en un bar ahora. Estoy en una especie de hotel; pero aquí la comida es malísima, así que esperaré a comer cuando nos veamos. A las siete, ¿te parece? Bien, entonces iré a buscarte a las siete. Hasta luego.

Roos soltó el auricular, se levantó, se metió las manos en los bolsillos del pantalón, y empezó a recorrer la habitación con paso tranquilo, silbando.

Apisonadora se dirigió al despacho de Gunvald Larsson.

—Tengo aquí a Roos —le dijo.

—Bien, ¿dónde estaba el pasado viernes? ¿En Kuala Lumpur o en Singapur?

—En Lisboa —dijo Apisonadora, encantado—. Seguro que se buscó la tapadera perfecta para un delincuente. ¿Quién, si no, podría venir con coartadas tan fantásticas?

—¿Ha dicho algo más?

—Nada. No sabe nada de nada. Al menos nada del robo del banco y hace muchísimo tiempo que no ha visto a Malmström y Mohrén. Es tan escurridizo como una anguila, listo como un zorro, y mintiendo es más rápido que un caballo al galope.

—En fin, que es un zoo viajero —repuso Gunvald Larsson—. Bueno, ¿qué va a hacer usted con él?

Apisonadora se sentó en la silla frente a Gunvald Larsson.

—Pienso dejarle que se vaya —dijo—, y hacer que lo vigilen. ¿Puede usted buscarme a alguien que lo siga, alguien a quien él no reconozca?

—¿A dónde hay que seguirle? ¿A Honolulu? En ese caso me ofrezco voluntario.

—Hablo en serio —dijo Apisonadora.

Gunvald Larsson suspiró.

—Bien, tendré que disponerlo. ¿Cuándo ha de empezar?

—Ahora mismo —respondió Apisonadora—. Voy a soltar a Roos en seguida. Estará libre de servicio hasta el jueves por la tarde, y antes nos habrá mostrado dónde se esconden Malmström y Mohrén, siempre y cuando no lo perdamos de vista.

—El jueves por la tarde —dijo Gunvald Larsson—. Entonces necesitaremos por lo menos dos hombres que puedan relevarse el uno al otro.

—Y tendrán que ser maestros en el arte de seguir a un sospechoso —dijo Apisonadora—. Roos no debe darse cuenta de nada, o se echará todo a perder.

—Deme quince minutos —dijo Gunvald Larsson—. Le llamaré cuando todo esté arreglado.

Cuando Werner Roos subió a un taxi en Kungsholmsgatan, veinte minutos más tarde, el sargento detective Rune Ek lo seguía, sentado al volante de un Volvo gris.

Rune Ek era un hombre corpulento de unos cincuenta y tantos años. Canoso, llevaba gafas, tenía úlcera y su médico acababa de imponerle una dieta muy estricta. Por eso no pidió mucho en las cuatro horas que pasó en una mesa individual del restaurante del sótano de la Ópera, aunque, al parecer, Werner Roos y su amiga pelirroja no se privaron de nada, fuera seco o húmedo, en su mesa que daba a una ventana sobre la veranda.

Ek pasó la larga y clara noche de verano en un bosquecillo de sauces en Hässelby, mirando furtivamente los pechos de la pelirroja, que podían ser observados intermitentemente surgiendo y desapareciendo entre las olas del lago Mälaren, mientras Werner Roos, como un Tarzán de última hora, nadaba a grandes brazadas.

Luego, mientras el sol matinal brillaba entre las copas de los árboles, Ek continuó su observación entre algunos matorrales cerca de una casita campestre de Hässelby. Habiéndose asegurado de que la recién bañada pareja estaba sola en la casa, dedicó la siguiente media hora a quitarse las garrapatas del pelo y de la ropa.

Cuando unas horas después Rune Ek fue relevado, Werner Roos aún no había hecho su aparición. Por lo que se echaba de ver, podrían pasar varias horas antes de que él saliera de los brazos de la pelirroja, y, como se esperaba, fuera a ver a sus amigos Malmström y Mohrén.

## 14

Cualquiera que hubiese podido comparar la patrulla de robos de bancos con los propios ladrones, habría encontrado que en muchos casos estaban muy igualados. La patrulla tenía enormes recursos técnicos a su disposición; pero sus oponentes poseían un buen capital en efectivo y también era suya la iniciativa en la acción.

Era muy probable que Malmström y Mohrén hubieran sido buenos policías, si alguien los hubiese inducido a dedicarse a una carrera tan problemática. Sus cualidades físicas eran formidables, y también era grande su inteligencia.

Ninguno de los dos se había ocupado de otra cosa que de delitos, y ahora, a la edad de treinta y tres y treinta y cinco años respectivamente, podían ser descritos como delincuentes profesionales muy capacitados. Pero dado que hay muy pocos ciudadanos que piensan que el negocio del robo fuera respetable, habían adoptado otras profesiones al margen. En pasaportes, permisos de conducir y otros documentos de identificación se calificaban a sí mismos como «ingeniero» o «ejecutivo», etiquetas bien escogidas en un país que tiene literalmente enjambres de ingenieros y ejecutivos. En todos sus documentos habían puesto nombres diferentes. Los documentos eran falsos; pero con una apariencia muy convincente, tanto a primera como a segunda vista. Sus pasaportes, por ejemplo, ya habían pasado por una serie de pruebas, tanto en los puestos fronterizos de Suecia como de otros países extranjeros.

Por su aspecto personal, tanto Malmström como Mohrén parecían aún más dignos de confianza, si ello era posible. Daban una buena impresión, y parecían sanos y vigorosos. Cuatro meses de libertad habían modificado su aspecto hasta cierto punto; los dos estaban muy bronceados. Malmström se había dejado crecer la barba, y Mohrén tenía no sólo bigote, sino también patillas.

El bronceado del sol no lo habían conseguido en cualquier lugar ordinario para turistas, como Mallorca o las islas Canarias, sino en un lugar llamado safari-foto de tres semanas en África Oriental. Esto pudo haber sido puro recreo. Luego hicieron un par de viajes de negocios, uno a Italia para completar su equipo, y otro a Frankfurt para contratar un par de ayudantes eficientes.

De vuelta en Suecia, habían realizado algunos modestos robos de bancos, y violentado la caja de dos establecimientos, cuyos propietarios por razones fiscales de naturaleza técnica, no se habían atrevido a denunciar el robo a la policía.

Una gran inversión, sin embargo, produce grandes dividendos. Eso lo habían aprendido de la economía de Suecia, que es medio socialista y medio capitalista, y lo menos que se podía decir de los fines de Malmström y de Mohrén es que eran exactamente ambiciosos.

Malmström y Mohrén trabajaban apoyándose en una idea, una idea que no tenía nada de nueva, pero que no por eso carecía de atractivo. Iban a trabajar un poco más y luego a retirarse. Al final darían su verdadero gran golpe.

Sus preparativos estaban ya completos, con mucho. Todos los problemas financieros habían quedado resueltos, y el plan parecía muy bueno. Sin embargo, todavía no sabían cuándo o dónde; pero sí sabían lo más importante: cómo. Su fin estaba a la vista.

Aunque lejos de ser delincuentes de primer orden, Malmström y Mohrén eran, como ya se ha dicho, buenos en su trabajo. El delincuente de alta categoría no se deja atrapar. El delincuente de alta categoría no roba bancos. Se sienta en un despacho y aprieta botones. No corre riesgos. No molesta a las vacas sagradas de la sociedad. En cambio, se dedica a cierto tipo de extorsión legalizada, depredando a los particulares.

Los delincuentes de alta categoría se aprovechan de todo, desde el envenenamiento de la naturaleza y poblaciones enteras, pretendiendo luego reparar estos daños con medicinas inapropiadas; convirtiendo deliberadamente en suburbios distritos enteros de las ciudades para poder derribarlos y construir otro en su lugar. Los nuevos suburbios, por supuesto, resultan ser para la salud de la población mucho más deletéreos que los antiguos. Pero, sobre todo, ellos no se dejan atrapar.

Malmström y Mohrén, por su parte, tenían un hábito casi patético de dejarse prender. Pero ahora creían haber descubierto la causa de esto: habían operado a una escala demasiado pequeña y reducida.

—¿Sabes en qué estaba pensando mientras me duchaba? —preguntó Malmström.

Salió de la bañera y colocó cuidadosamente una toalla en el suelo ante él; se envolvió con otras dos, una rodeando su cadera y otra colgando sobre su hombro. Malmström tenía la manía de la limpieza. Ésta era ya la cuarta ducha que se había dado aquel día.

—Claro —dijo Mohrén—, en mujeres.

—¿Cómo lo has adivinado?

Mohrén estaba sentado junto a la ventana, contemplando con atención la vista de Estocolmo. Estaba vestido con calzones cortos y una fina camisa blanca, y sostenía ante sus ojos un par de prismáticos de la Marina.

El apartamento en que vivían estaba situado en uno de los grandes bloques de los acantilados Danvik, y la panorámica no estaba mal.

—El trabajo y las mujeres no se mezclan —dijo Mohrén—. Ya sabes cómo acaba todo luego, ¿eh?

—Yo no mezclo nada nunca —repuso Malmström, ofendido—. ¿Es que ya no se me permite pensar?

—Claro —dijo Mohrén magnánimamente—. Sigue pensando, si es que te gusta —y siguió con los prismáticos un vaporcito blanco que se dirigía hacia la Corriente del Golfo.

—Sí —dijo—. Es el «Norrskär». Es asombroso que ese barco siga en servicio.

—¿Quién sigue en servicio?

—Nadie que te interese. Tú, ¿en quién estabas pensando?

—En aquellas pájaras de Nairobi. Algunas estaban muy bien. Siempre he dicho que los negros tienen algo especial.

—¿Negros? —le corrigió Mohrén—. Querrás decir negras.

Malmström se perfumó cuidadosamente los sobacos y otras ciertas partes.

—Bueno, eso es...

—Pues las negras no tienen nada especial —dijo Mohrén—. Si a ti te dieron esa impresión es porque estabas hambriento de sexo.

—¿Qué va! —exclamó Malmström—. Y a propósito, ¿tenía la tuya mucho pelo abajo?

—Sí —contestó Mohrén—. Ahora que lo recuerdo, tenía mucho. Una abundancia asombrosa. Y era muy tieso. Peluda y desagradable.

—¿Y sus pechos?

—Negros —repuso Mohrén—, y ligeramente colgantes.

—Creo que la mía dijo que era una *maîtresse*, una querida, o quizás un *mattress*, un colchón. ¿Tú entiendes eso?

—Te dije que era una *waitress*, una camarera. Me parece que has olvidado mucho el inglés. De todos modos, ella pensó que tú eras un ingeniero de ferrocarriles.

—Y ella era un pendón. ¿Qué era la tuya?

—Especialista en clavijas.

—¡Hum!

Malmström tomó algunas bolsas de polietileno, cerradas, que contenían ropa interior y calcetines, las rasgó y abrió, y empezó a vestirse.

—Vas a gastarte una fortuna en calzoncillos —le dijo Mohrén—. Es una manía curiosa, digo yo.

—Sí, es terrible lo caros que se han puesto.

—Es la inflación —dijo Mohrén—, y nosotros tenemos parte de culpa.

—¿Cómo vamos a tener culpa —le preguntó Malmström—, si hemos estado encerrados varios años?

—Gastamos mucho dinero sin necesidad. Los ladrones son siempre muy derrochadores.

—Tú no.

—No; pero soy una brillante excepción. Aunque gasto mucho en comida.

—Ni siquiera querías pagar a aquellas pájaras africanas. Por eso las cosas salieron como salieron. Por tu culpa tuvimos que pasar tres días tratando de ligar, hasta que encontramos a aquellas dos que quisieron hacerlo gratis.

—Eso fue no sólo por razones económicas —dijo Mohrén—, y ciertamente no iba a disminuir la inflación en Kenia; pero tal como yo veo el asunto, es el latrocinio público el que socava el valor del dinero. Si alguien debía de ser encerrado en Kumla, es el gobierno.

—¡Hum!

—Y los jefazos. Hace poco he estado leyendo un artículo de cómo apareció la inflación.

—¿Oh?

—Cuando los británicos se apoderaron de Damasco en octubre de 1918, los soldados entraron en el banco del Estado y robaron el dinero. Aquellos soldados no tenían ni idea de lo que valía. Entre otras cosas, uno de la caballería australiana, dio medio millón a un muchacho porque le sostuvo su caballo mientras él meaba.

—¿Es que a los caballos hay que mantenerlos sujetos mientras mean?

—Los precios subieron rápidamente un cien por cien, y al cabo de unas horas, el rollo de papel higiénico costaba doscientos pavos.

—¿Tenían papel higiénico en Australia en aquellos tiempos?

Mohrén suspiró. A veces le parecía que estaba entonteciendo a causa de hablar solamente con Malmström.

—En Damasco, he dicho —recalcó—. Está en Arabia, en Siria, para ser más exactos.

—No bromees.

Para entonces Malmström estaba ya vestido y estudiaba los resultados en un espejo. Murmurando algo para sí mismo, se ahuecó la barba hacia arriba y con las puntas de los dedos se quitó de su chaqueta de franela algunas motitas de polvo que hubieran sido invisibles para cualquiera. Extendió las toallas en el suelo, una al lado de otra, se dirigió al armario y sacó sus armas. Poniéndolas en fila, tomó un poco de estopilla y una lata de líquido limpiador.

Mohrén lanzó una mirada distraída a aquel arsenal.

—¿Cuántas veces habrás hecho eso? Están recién salidas de la fábrica, o casi...

—He de tener las cosas en orden —dijo Malmström—. Las armas de fuego necesitan muchos cuidados.

Con eso tenían bastante para empezar una guerra pequeña, o por lo menos, una revolución. Dos automáticas, un revólver, dos metralletas, y dos escopetas con los cañones aserrados. Las metralletas eran equipo de reglamento en el ejército sueco. Todas las demás armas eran extranjeras.

Las dos automáticas eran de gran calibre, una Firebird de nueve milímetros y una Llama IX, española. El revólver también era español, un Astra Cadix 45, y una de las metralletas era una Maritza. Dos de las otras armas procedían de otros países del continente: una Continental Supra de Luxe, belga, y una Ferlach, austríaca, con el romántico nombre de «Para Siempre tuya».

Después de haber limpiado sus pistolas, Malmström tomó el riñe belga.

—La persona que aserró este rifle, debería de haber sido fusilada con él en salva sea la delantera parte —dijo.

—Supongo que no lo adquiriría como nosotros lo adquirimos.

—¿Qué dices? No te entiendo.

—Que no lo adquirió honestamente —dijo Mohrén hablando en serio—. Sin duda lo robó. — Se volvió para seguir contemplando la panorámica del río—. Desde luego, Estocolmo es una ciudad espectacular —observó.

—¿Que quieres decir?

—Que para disfrutarla hay que verla a distancia. Por eso es buena cosa que no tengamos que salir mucho.

—¿Tienes miedo de que alguien te mate en el metro?

—Entre otras cosas. O de que me claven un cuchillo en la espalda. O me hundan un hacha en el cráneo. O que me patalee, hasta matarme, un caballo de la policía histórico. De veras, lo siento por la gente.

—¿Gente? ¿Qué gente?

Mohrén hizo un amplio ademán con la mano.

—La gente de ahí abajo. Imaginas trabaja como un burro para juntar la pasta suficiente a fin de pagar los plazos del coche, o un lugar veraniego donde tus hijos se droguen hasta la muerte. Y tu mujer sólo puede asomar las narices fuera de casa hasta las seis de la tarde para que no la violen. Y tú, que ni te atrevas a ir a vísperas.

—¿Vísperas?

—Es un ejemplo. Si llevas encima más de un billete de diez coronas, te roban; y si llevas menos, los carteristas te clavan un cuchillo en la espalda por la desilusión que les causas. El otro día leí en los periódicos que ya ni los policías se atreven a salir solos. Se ven pocos polis en la calle, y se va haciendo cada vez más difícil mantener el orden. O algo por el estilo. Fue un jefezo del Ministerio de Justicia el que dijo eso. Sería estupendo salir de aquí y no volver nunca.

—Y no volver a ver los Rangers —replicó Malmström sombrío.

—Tú y tu vulgaridad. De todos modos, eso tampoco está permitido en Kumla.

—Pero podemos ver la televisión de vez en cuando.

—No menciones nuestra horrible celda —dijo Mohrén. Se levantó y abrió la ventana. Se desperezó, estirando los brazos y echando hacia atrás la cabeza, como si se dirigiera a las masas—. ¡Eh! ¡Esos de ahí abajo!, gritó Johnson cuando pronunciaba un discurso electoral desde un helicóptero.

—¿Quién? —preguntó Malmström.

Sonó el timbre de la puerta. La señal era muy complicada, y ellos escucharon con atención.

—Me parece que es Mauritzon —dijo Mohrén, mirando su reloj—. Hasta llega a tiempo.

—No me fío de ese bastardo —comentó Malmström—. Esta vez no correremos riesgos. — Introdujo el cargador en una de las metralletas—. Toma —le dijo.

Mohrén tomó el arma.

Con el Astra, Malmström se dirigió hacia la puerta del apartamento. Sujetando el arma con la mano izquierda, recorrió con la derecha varias cadenas. Malmström era zurdo. Mohrén permaneció a unos dos metros detrás de él.

Luego, tan bruscamente como pudo, Malmström abrió la puerta de un tirón.

El hombre que estaba afuera había esperado esto.

—¡Hola! —exclamó, mirando fija y nerviosamente al revólver.

—¡Hola! —contestó Malmström.

—Pasa, pasa —dijo Mohrén—. Querido Mauritzon. Bienvenido.

El hombre que entró venía cargado de bolsas y paquetes de comida. Mientras soltaba los comestibles, echó una mirada de reojo a aquel despliegue de armamento.

—Muchachos, ¿estáis pensando hacer una revolución? —preguntó.

—Ésa ha sido siempre la rama de nuestros negocios —repuso Mohrén—. Aunque ahora la situación no está madura para ninguna. ¿Has traído cámbaros?

—Pero ¿cómo demonios esperáis que os traiga cámbaros el cuatro de julio?

—¿Para qué te crees que te pagamos? —le dijo Malmström amenazadoramente.

—Una pregunta de lo más legítima —terció Mohrén—. Que tú no nos puedas traer lo que te pedimos es más de lo que yo puedo comprender.

—Pero hay límites —respondió Mauritzon—. ¿No os he proporcionado de todo, por amor de Dios? Apartamentos, coches, pasaportes, billetes. ¡Pero cámbaros! Ni siquiera el rey podría conseguir cámbaros en julio.

—Me parece que no —dijo Mohrén—, pero ¿qué crees que estarán haciendo en Harpsund? Seguro que todo el maldito gobierno está sentado allí tragando cámbaros. Palme, y Geijer, y Calle P. Todo el hatajo. No, no aceptamos tales excusas.



—Y en cuanto a esa loción de afeitar —se apresuró a decir Mauritzon—, no existe. He corrido por toda la ciudad como una rata envenenada; pero nadie ha oído hablar de ella desde hace años.

El semblante de Malmström se oscureció visiblemente.

—Pero os he traído todo lo demás —prosiguió Mauritzon—. Y aquí está el correo de hoy.

Sacó un sobre marrón sin dirección y se lo entregó a Mohrén, quien se lo metió indiferentemente en el bolsillo.

Mauritzon era un tipo muy distinto de los otros. Hombre de unos cuarenta años, más bajo que el término medio, delgado y bien proporcionado, estaba bien afeitado y tenía cabello rubio y corto. A la mayoría de las personas, especialmente a las mujeres, les gustaba su aspecto. Su modo de vestir y comportarse sugería moderación en todas las cosas, y no se destacaba en nada. Como tipo, podría haber sido llamado ordinario, y era, por tanto, difícil de recordar o distinguir. Todo eso le había sido muy ventajoso. No había estado encarcelado por mucho tiempo y en este momento no era ni buscado ni estaba sometido a vigilancia.

Trabajaba en tres diferentes negocios, todos provechosos: narcóticos, pornografía, y gestión. Como hombre de negocios, era eficiente, enérgico, y muy sistemático.

Gracias a una ley en apariencia bien intencionada, ahora era perfectamente legal dedicarse a todas las formas concebibles de la pornografía, que eran importadas y reexportadas, sobre todo a países del Sur, donde se vendían con buenos beneficios. Su otro ramo era el contrabando, principalmente de anfetaminas y otras drogas, aunque también aceptaba pedidos de armas.

En los círculos internos, Mauritzon era considerado el hombre que podía arreglarlo todo. Corría el rumor de que había sido capaz de introducir de contrabando dos elefantes que recibió de un jeque árabe, como parte del pago de dos menores finlandesas vírgenes, y un cajón lleno de preservativos con truco. Además, se decía que las menores eran falsas, y que su condición era una mezcla de plástico y de cola Karlsson, y que los elefantes eran blancos. Por desgracia, esta historia no era verdadera.

—¿Has traído también las nuevas sobaqueras? —preguntó Malmström.

—Claro, están en el fondo de la bolsa de la comida. ¿Puedo preguntar qué tenían de malo las anteriores?

—Son inútiles —dijo Malmström.

—Del todo inútiles —confirmó Mohrén—. ¿Dónde las conseguiste?

—En el economato de la policía. Estas nuevas son de origen italiano.

—Eso suena a bueno —dijo Malmström.

—¿Queréis algo más?

—Sí, aquí tienes la lista.

De un rápido vistazo, Mauritzon leyó:

—Una docena de calzoncillos, quince pares de calcetines de nailon, seis camisetas, una libra de caviar negro, cuatro máscaras de goma Pato Donald, dos paquetes de municiones de nueve milímetros, seis pares de guantes de goma, queso Appenzeller, un tarro de cebollitas en vinagre, un paquete de algodón, un astrolabio... ¿Qué demonios es eso?

—Un instrumento para medir la altitud de las estrellas —le explicó Mohrén—. Creo que tendrás que buscarlo en tiendas de antigüedades.

—Bueno, haré lo que pueda.

—Exacto —dijo Malmström.

—¿No quieres nada más?

Mohrén negó con la cabeza; pero Malmström frunció el ceño pensativamente y dijo:

—Sí, desodorante para los pies.

—¿De qué marca?

—La más cara.

—Bien. De mujeres, ¿nada?

Nadie contestó. Un silencio que Mauritzon interpretó como vacilación.

—Os puedo traer una de la clase que queráis. No es bueno para vosotros, muchachos, que estéis aquí sentados toda la noche como un par de lechuzas. Un par de chicas animadas acelerarían vuestro metabolismo.

—Mi metabolismo está bien —dijo Mohrén—. Y las únicas mujeres en que se me ocurre pensar son un riesgo para nuestra seguridad. Nada de virginidades de plástico para mí, gracias.

—Pero hay montones de chicas locas que se pondrían más que contentas de...

—Eso lo considero un insulto —dijo Mohrén—. No, y otra vez no.

Malmström, sin embargo, pareció seguir vacilando.

—Aunque...

—¿Sí?

—Esa llamada ayudante tuya. Apuesto a que ella sabe lo que hace —hizo un gesto de desaprobación.

Mauritzon dijo:

—¿Monita? No es tu tipo, seguro. Ni es linda ni particularmente buena para ello. Calibre corriente. Mis gustos son sencillos en lo referente a mujeres. En una palabra, ella es del tipo medio.

—Si tú lo dices —dijo Malmström, desilusionado.

—Además, ella no cuenta. Tiene una hermana a la que va a ver de vez en cuando.

—Así son las cosas —opinó Mohrén—. Hay un tiempo para cada cosa, y pronto llegarán los días en que...

—¿Qué días? —preguntó Malmström, confuso.

—Los días en que podamos de manera digna satisfacer una vez más nuestros deseos y escoger nuestra propia compañía. Por lo tanto, declaro terminada esta reunión. Aplazada hasta mañana a la misma hora.

—Bien —dijo Mauritzon—. Pues me voy.

—Sólo una cosa más.

—¿Qué?

—¿Cómo te llamas ahora?

—Como siempre, Lennart Holm.

—Por si pasara algo yuviéramos que recurrir a ti inmediatamente.

—Ya sabéis en dónde estoy.

—Y sigo esperando esos cámbaros.

Mauritzon se encogió de hombros y se marchó.

—Maldito hijo de puta —dijo Malmström.

—¿Por qué dices eso? ¿No te fías de nuestro hombre de confianza?

—Le huelen los sobacos —repuso Malmström en tono de condenación.

—Mauritzon es un mal bicho —comentó Mohrén—. No me gustan sus actividades. No me refiero a que nos haga recados, naturalmente; pero eso de que regale drogas a los niños y venda pornografía a católicos analfabetos, es deshonroso.

—Yo no me fío de él —reconoció Malmström.

Mohrén sacó el sobre marrón de su bolsillo y empezó a mirarlo con atención.

—Y lo que es más, amigo mío —dijo—, tienes razón. Ese tipo es útil; pero no se puede uno fiar de él del todo. Mira, hoy ha vuelto a abrir esta carta. Me pregunto cómo ha logrado despegarla. Debe de ser por un refinado medio al vapor. Si Roos no utilizara ese truco del pelo, nadie sabría que alguien ha estado fisgando dentro de nuestro sobre. Teniendo en cuenta lo que le estamos pagando, es del todo injustificable. ¿Por qué será tan curioso?

—Es un maldito piojo —dijo Malmström—. Así de sencillo.

—Eso creo yo también.

—¿Cuántos de los grandes nos ha sacado desde que empezamos a trabajar?

—Unos ciento cincuenta. Claro que él ha tenido muchos gastos: armas, coches, viajes y etcétera. Y todo eso supone correr ciertos riesgos.

—¿Al demonio! —exclamó Malmström—. Nadie sino Roos sabe que lo conocemos.

—Y hay esa mujer cuyo nombre se parece al de un barco.

—Imagínatelo tratando de hacerme cargar con ese mochuelo —dijo Malmström indignado—. Es evidente que ella no vale nada para eso, y probablemente no se habrá lavado desde ayer.

—Aunque, para ser objetivos, tú tampoco eres justo —objetó Mohrén—. *Factum est* que él te hizo una declaración honesta de la naturaleza de la mercancía.

—*Est?*

—Y en cuanto a los detalles higiénicos, podrías haberla desinfectado antes.

—¡Una porra!

Mohrén sacó tres hojas de papel del sobre y las puso sobre la mesa, ante él.

—¡Eureka! —gritó.

—¿Eh? ¿Qué?

—Aquí tenemos lo que estábamos esperando, muchacho. Ven y echa un vistazo.

—Primero me lavaré —dijo Malmström desapareciendo en el baño.

Al cabo de diez minutos estaba de vuelta. Mohrén se frotó las manos, regocijado.

—¿Y bien?

—Todo parece estar en orden. Aquí está el plan. Perfecto. Y aquí los horarios. Hasta el último detalle.

—¿Y qué hay, por tanto, de Hauser y Hoff?

—Llegan mañana. Lee esto.

Malmström leyó. Mohrén se echó a reír.

—¿De qué te ríes?

—Del lenguaje cifrado. «Jean tiene un bigote largo», por ejemplo. ¿Sabes de dónde lo tomó y qué significaba originalmente?

—Ni idea.

—Bueno, no importa.

—¿Dice dos millones y medio?

—¡Sin ninguna duda!

—¿Netos?

—Exactos. Todos los gastos han sido ya calculados.

—¿Menos el veinticinco por ciento para Roos?

—Precisamente. Obtendremos un millón cada uno.

—Entonces, ¿de cuántas cosas está enterado ese estúpido de Mauritzon?

—No sabe mucho, excepto los horarios, claro.

—¿Cuándo va a ser?

—El viernes a las 14.45. Pero no dice qué viernes.

—Aquí figuran también los nombres de las calles —dijo Malmström.

—Olvídate de Mauritzon —repuso Mohrén con calma—. ¿No has visto lo que hay escrito aquí abajo?

—Sí.

—¿Recuerdas lo que eso significa?

—¡Claro! —repuso Malmström—. Claro que lo recuerdo. Y eso hace que las cosas tomen un giro diferente.

—Eso es lo que creo yo, también —dijo Mohrén—. ¡Dios mío, qué ganas tengo de comer cámbaros!

## 15

Hoff y Hauser eran dos *gangsters* alemanes a quienes Malmström y Mohrén habían empleado en el curso de su viaje de negocios a Frankfurt. Los dos tenían buenas recomendaciones, y verdaderamente todo el asunto podría muy bien haber sido negociado por correo. Sin embargo, Malmström y Mohrén eran tan escrupulosos como cuidadosos eran sus planes, y su viaje a Alemania fue en parte motivado por el deseo de ver qué aspecto tenían sus presuntos ayudantes.

El encuentro tuvo efecto a principios de junio. Se pusieron en contacto con Hauser en el bar Magnolia. Luego éste les presentó a Hoff.

El Magnolia, en el centro de Frankfurt, era un bar pequeño y oscuro. La luz color naranja llegaba indirecta desde una instalación oculta; las paredes eran violeta, así como la alfombra que iba de pared a pared. Los bajos sillones, agrupados en torno de unas pocas mesitas circulares de *plexiglass*, eran rosados. Había un bar semicircular de estaño bruñido, la música era suave, las camareras rubias, de altos senos y muy escotadas, y las bebidas caras.

Malmström y Mohrén se sentaron en sendos sillones rosa junto a la única mesa que quedaba libre, pues aunque en el bar sólo había unos cuantos clientes, parecía que estaba lleno, a punto de reventar. El bello sexo estaba representado por las dos rubias que había tras el mostrador. Todos los clientes eran masculinos.

Una de las camareras se acercó a ellos, se inclinó sobre su mesa, permitiéndoles echar un vistazo a sus grandes pezones rosados y olfatear su poco agradable olor a sudor y perfume. Cuando a Malmström le hubieron servido su *gimlet* y a Mohrén su Chivas sin hielo, los dos miraron en torno suyo en busca de Hauser. Ignoraban cuál era su aspecto, pero sabían que tenía fama de cliente difícil.

Malmström fue el primero que lo vio. Estaba de pie en un extremo del bar, con un largo y fino puro en la comisura de la boca, y un vaso de *whisky* en la mano. Alto, delgado, ancho de hombros, llevaba un traje en ante color arena. Tenía largas patillas, y su cabello oscuro, que disminuía ligeramente en la coronilla, se le rizaba sobre la nuca. Apoyado con indiferencia sobre el mostrador, dijo algo a la camarera, que, tras una breve pausa, se le acercó y habló con él. Se parecía asombrosamente a Sean Connery. La rubia se quedó mirándolo con admiración y soltó una risita afectada. Ahuecando la mano bajo el cigarro que parecía pegado con cola a los labios de él, lo golpeó ligeramente con un dedo, y la larga columna de ceniza le cayó en la palma. Él aparentó no haberse dado cuenta de este gesto. Al cabo de un rato se tomó a grandes sorbos su *whisky*, e inmediatamente le sirvieron otro. Su rostro era impassible, y su acerada mirada azul se fijaba en algún punto por encima y más allá de las pálidas trenzas de la joven. Ni siquiera se dignó mirarla.

Estaba allí como petrificado. Incluso Mohrén se sintió ligeramente impresionado. Esperaron hasta que él miró en dirección a ellos.

Un hombre rechoncho y bajito, vestido con un traje gris que no le ajustaba bien, una camisa blanca de nailon y una corbata color vino tinto, se acercó y se sentó en el tercer sillón de su mesa. Tenía el rostro redondo y colorado; tras los gruesos cristales sin montura de sus gafas, sus ojos se veían grandes, azul porcelana, y su cabello ondulado estaba arreglado corto y peinado con raya a un lado.

Malmström y Mohrén se quedaron mirándolo indiferentemente, y siguieron observando al tipo a lo James Bond que seguía en el bar.

Al cabo de un rato el recién llegado dijo algo en voz baja, y pasó un rato antes de que se dieran cuenta de que se había dirigido a ellos, y mucho más antes de que se les ocurriera que esta querubínica persona, y no el tipo duro del bar, era Gustav Hauser.

Un instante después salieron del Magnolia Bar.

Pasmados, Malmström y Mohrén siguieron a Hauser, quien, vestido con un chaquetón largo de cuero verdioscuro y un sombrero tirolés, marchó delante de ellos, indicándoles el camino al apartamento de Hoff.

Hoff era un hombre muy simpático, de treinta y tantos años. Los recibió en su círculo familiar, que consistía en su esposa, dos niños y un perro *dachshund*. Más tarde, los cuatro hombres salieron, cenaron y hablaron de sus intereses comunes. Tanto Hoff como Hauser, resultaron ser muy expertos en este ramo de negocios, y cada uno poseía conocimientos especiales en varios campos útiles. Además, ya en libertad después de haber cumplido una sentencia de cuatro años, tenían prisa por volver a trabajar.

Después de pasar tres días con sus nuevos compañeros, Malmström y Mohrén regresaron a su país para continuar los preparativos del gran golpe. Los alemanes prometieron estar listos y en el lugar establecido cuando llegara el momento.

El jueves 7 de julio ya estaban en el sitio fijado, pues llegaron a Suecia el día antes, miércoles.

Hauser tomó el *ferry* matinal de Drag a Limhamn, transbordando en él su coche. Se había acordado que él pasara a recoger a Hoff en Skeppsbron, cuando éste llegara en uno de los barcos de la compañía Öresund aquel mediodía.

Hoff no había estado nunca antes en Suecia, y ni siquiera estaba familiarizado con el aspecto de los policías suecos. Esto quizás explicaba el modo confuso y torpe como entró en el país. Al bajar por la pasarela del «Absalom» un oficial de aduanas uniformado se le acercó. Hoff llegó inmediatamente a la conclusión de que este hombre de uniforme era un policía, que algo había salido mal y que iba a detenerle.

Al mismo tiempo vio a Hauser sentado en su coche en el otro lado de la calle, esperándolo con el motor en marcha. Presa del pánico, Hoff sacó su pistola y apuntó al asombrado funcionario de aduanas, que iba al encuentro de su prometida, una joven que, cosa bastante conveniente, trabajaba en la cafetería del «Absalom». Antes de que él o nadie tuviera tiempo de hacer nada, Hoff saltó las barreras que había entre la zona del muelle y la acera, corrió entre un par de taxis, saltó otra barrera, se metió entre dos grandes camiones de transporte, y, sin dejar de empuñar la pistola, se metió en el coche de Hauser.

Al ver que Hoff corría hacia él, Hauser abrió la puerta, y el coche ya estaba en marcha antes de que él llegara. Luego Hoff pisó el acelerador y desapareció al doblar una esquina, antes de que a nadie se le ocurriera tomar nota de la matrícula del coche. Siguió conduciendo hasta que estuvo seguro de que nadie iba a detenerlo ni le seguía.

## 16

Es notorio que la buena y la mala suerte tienden a equilibrarse entre sí, de modo que la mala suerte de una persona tiende a ser la buena suerte de otra, y viceversa.

Mauritzon era un hombre que consideraba que no podía permitirse ni la una ni la otra, y que, por tanto, raramente dejaba algo al azar. Todas sus operaciones se caracterizaban por un sistema de doble seguridad, ingeniado por él mismo, que garantizaba que sólo las más improbables combinaciones de varias clases de mala suerte podían precipitar un desastre.

Claro que de vez en cuando se producían reveses profesionales, pero sólo eran financieros. Así unas semanas antes, un increíblemente incorruptible teniente italiano de Carabinieri había decomisado un camión lleno de material pornográfico, pero era imposible que ningún detective pudiera seguir el rastro hasta llegar a Mauritzon en persona.

Por otra parte, dos meses antes, se había visto implicado en un suceso totalmente incomprensible. Tampoco éste tuvo consecuencias, y él estaba seguro de que pasarían muchos años antes de que volviera a ocurrir nada parecido. Tenía buenas razones para suponer que sus posibilidades de ser detenido eran menores que las de conseguir una quiniela de trece, a pesar de que él hacía la de una peña por el sistema de dos columnas.

Mauritzon estaba raramente ocioso, y su programa del viernes se hallaba muy recargado. Primero había de recoger una consignación de narcóticos en la Estación Central, y luego llevarlos a una caja de depósito en el metro de Östermalm. Después pensaba entregar la llave a cierta persona a cambio de un sobre con dinero. Luego buscaría con cuidado hasta encontrar el contacto donde solían encontrarse las misteriosas cartas dirigidas a Malmström y Mohrén. Le fastidiaba que, a pesar de sus muchas tentativas, no hubiera podido aún descubrir la identidad del remitente.

Después deberá hacer algunas compras, algunos calzoncillos, etcétera, y como final de programa, su visita diaria a la casa de Danvik Cliffs.

Los narcóticos consistían en anfetaminas y hachís, ingeniosamente metidos en una rebanada de pan y un pedazo de queso, los dos en una bolsa común de compra junto con otros objetos de naturaleza particularmente inocente.

Él ya había recogido la mercancía. En la acera, fuera de la estación, estaba parado un hombrecillo insignificante, pero de aspecto respetable, con una bolsa de compra.

A su lado se detuvo una anciana. En el otro un guardia femenino de la circulación, con uniforme verde, junto con un grupo de otras personas. En la acera, a cinco metros de distancia, dos policías de mirada de borrego permanecían inmóviles con las manos cruzadas a la espalda. Había



el tráfico de siempre, es decir, mucho, y el aire estaba saturado de tanto humo de gasolina que hacía penosa la respiración.

Al final se encendió la luz verde, y todo el mundo empezó a dar empujones, queriendo adelantar a los demás en el cruce de la calle. Alguien tropezó con la anciana, la cual se volvió escandalizada y dijo:

—No veo bien sin mis gafas; pero hay luz verde, ¿verdad?

—Sí —respondió Mauritzon amablemente—. Le ayudaré a cruzar, señora.

La experiencia le había enseñado que ayudar a la gente suele tener buenas consecuencias.

—Muchas gracias —dijo la anciana—. Es tan difícil encontrar ahora gente que quiera ayudar a los viejos.

—Yo no tengo prisa —contestó Mauritzon.

Tomándola con delicadeza por el brazo, se dispuso a cruzar la calle. Cuando apenas estaban a tres metros del bordillo, otro peatón apresurado tropezó a su vez con la anciana, que vaciló. Justo mientras Mauritzon trataba de evitar que cayera, alguien gritó:

—¡Eh, usted!

Alzó la mirada y vio al guardia que se dirigía hacia él, señalándole acusadoramente y gritando:

—¡Policía! ¡Policía!

La anciana miró a su alrededor, aturdida.

—¡Prendan a ese ladrón! —gritó el guardia que cruzaba.

Mauritzon frunció el ceño, pero se estuvo quieto.

—¿Qué? —preguntó la señora—. ¿Qué pasa?

Entonces ella también empezó a gritar:

—¡Un ladrón! ¡Un ladrón!

Los dos policías se acercaron.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó uno de ellos con voz autoritaria.

Como hablaba en un dialecto Närke de la variedad más gimoteante, le costó trabajo emitir el sonido duro y estridente que, según se supone, se requiere en un hombre de su posición.

—¡Un carterista! —gritó el guardia que cruzaba, sin dejar de señalar con el dedo a Mauritzon—. Ha tratado de apoderarse del bolso de esa señora.

Mauritzon miró a su antagonista, y una voz dentro de él murmuró: «Calla, mono».

Pero en voz alta dijo:

—Perdone; pero debe de haber un malentendido.

El guardia que cruzaba era una rubia de unos veinticinco años, que se había dedicado a estropear aún más su poco atractivo aspecto con la ayuda del lápiz de labios y polvos.

—Lo he visto con mis propios ojos —dijo.

—¿El qué? —preguntó la anciana—. ¿Dónde está el ladrón?

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el patrullero al unísono.

Mauritzon permaneció completamente tranquilo.

—Ha sido todo un malentendido —dijo.

—Este caballero estaba ayudándome a cruzar la calle —dijo la anciana.

—Pretendiendo ayudarla —replicó la rubia—. Así es como lo hacen. Dio un tirón al bolso de la vieja... quiero decir de la señora, que estuvo a punto de caer.

—Lo que usted está diciendo no es cierto —dijo Mauritzon—. Alguien tropezó con ella. Yo la sujeté para que no cayera y se hiciese daño.

—No me venga con ese cuento —dijo el guardia femenino con obstinación.

Los policías se miraron interrogativamente. El más autoritario de los dos era sin duda el más experimentado y emprendedor. Reflexionó un momento, y luego dijo lo apropiado para el caso:

—Será mejor que vengan con nosotros.

Pausa.

—Los tres, sospechoso, testigo y denunciante.

La anciana parecía totalmente aturdida, y el guardia de tráfico femenino pareció de pronto desinteresarse.

—Pero esto es un error —dijo—. Ya sé que hay muchos ladrones por las calles. De todos modos, no tengo ningún inconveniente en acompañarles.

—Pero ¿a dónde nos llevan? —preguntó la anciana.

—A la comisaría —repuso el policía autoritario.

—¿A qué comisaría?

—A la de policía.

El cortejo se puso en marcha ante la mirada asombrada de apresurados ciudadanos.

—Puede que me haya equivocado —dijo la rubia, titubeando.

Estaba acostumbrada a tomar nombres y números de matrículas; pero no a que se la llevaran.

—Eso no importa —dijo Mauritzon conciliador—. Es natural que permanezca usted alerta, especialmente en un sitio como éste.

Había una comisaría cerca de la estación, que, entre otras muchas cosas, servía para que los policías tomaran café. También para custodiar temporalmente personas detenidas.

Las formalidades fueron lentas. Primero tomaron los nombres y direcciones de la testigo y de la anciana supuestamente robada.

—Creo que me he equivocado —insistió la testigo con nerviosismo—. Y tengo que atender mi trabajo.

—Debemos poner en claro este asunto —respondió el más experimentado de los policías—. Registra sus bolsillos, Kenneth.

El hombre de Närke empezó a registrar a Mauritzon, sacando varios objetos comunes. Mientras tanto, continuó el interrogatorio.

—¿Cómo se llama usted?

—Arne Lennart Holm —contestó Mauritzon—; pero me llaman Lennart.

—¿Dirección?

—Vickergatan, seis.

—Sí, el nombre es correcto —dijo el otro patrullero—. Aquí está el permiso de conducir. Se llama Arne Lennart Holm. Concuerta.

A continuación el interrogador se volvió hacia la anciana:

—¿Le falta a usted algo, señora?

—No.

—Estoy empezando a perder la paciencia —dijo la rubia secamente—. ¿Cómo se llama?

—Eso no tiene importancia —repuso el patrullero con brusquedad.

—Tranquilícese —aconsejó Mauritzon, más calmado.

—¿Le falta a usted algo, señora?

—No. Acaba de preguntármelo.

—¿Qué objetos de valor llevaba consigo, señora?

—Seiscientas treinta y cinco coronas en mi bolso, y luego mi tarjeta de cincuenta coronas y mi carnet de pensionista.

—¿Los tiene todavía?

—Claro.

El patrullero cerró su cuaderno de notas, miró a los reunidos, y dijo:

—El asunto parece resuelto. Ustedes dos pueden marcharse. Holm se queda.

Mauritzon tomó sus efectos personales. La bolsa de la compra estaba junto a la puerta. Un pepino y seis tallos de ruibarbo sobresalían de ella.

—¿Qué hay en esa bolsa? —preguntó el policía.

—Comestibles.

—¿De veras? Será mejor que lo compruebe, Kenneth.

El hombre de Närke empezó a sacar el contenido y a colocarlo sobre un banco junto a la puerta, empleado por los policías fuera de servicio para dejar sus gorras y pistoleras.

Mauritzon no dijo nada, y miró, tranquilo, lo que estaban haciendo.

—Sí —confirmó Kenneth—, la bolsa contiene comestibles, tal como el señor Holm ha dicho. Pan, mantequilla, queso, ruibarbo y café.

—Bien —dijo su colega de modo concluyente—. Asunto resuelto. Vuelva a poner esas cosas en su sitio, Kenneth.

Se quedó pensativo un instante, luego se volvió hacia Mauritzon y dijo:

—Siento lo ocurrido, señor Holm. Pero como comprenderá, la policía ha de cumplir con su deber. Lamento que hayamos sospechado de usted, y espero no haberle causado inconvenientes.

—En absoluto —repuso Mauritzon—. Claro que ustedes han de cumplir con su deber.

—Adiós entonces, señor Holm.

—Adiós, adiós.

La puerta se abrió y entró otro policía. Iba vestido con un abrigo azulgris y sujetaba de una correa a un perro alsaciano. En las manos llevaba una botella de gaseosa.

—¡Qué calor hace! —exclamó, arrojando la gorra sobre el banco—. Siéntate, Jack.

Quitó el tapón y se llevó la botella a la boca. Hizo una pausa, y exclamó de nuevo, irritado:

—¡Siéntate, Jack!

El perro se sentó; pero casi inmediatamente se levantó de nuevo, y empezó a olisquear la bolsa que había apoyada contra la pared. Mauritzon se dirigió hacia la puerta.

—Adiós, señor Holm —dijo Kenneth.

—Adiós, adiós —contestó Mauritzon.

Ahora el perro había metido casi completamente la cabeza en la bolsa. Mauritzon abrió la puerta con la mano izquierda, y alargó la derecha para tomar la bolsa. El perro gruñó.

—Un momento —dijo el policía del abrigo.

Su colega se quedó mirándolo fijamente, sin comprender Mauritzon apartó la cabeza del perro y tomó la bolsa.

—¡Alto! —dijo el tercer policía, dejando la botella en el banco.

—¿Cómo dice? —preguntó Mauritzon.

—Este perro está entrenado en olfatear narcóticos —dijo el policía llevándose la mano hacia la culata de la pistola.

El jefe de la patrulla de narcóticos se llamaba Henrik Jacobsson. Había ocupado este cargo durante casi diez años, y era un hombre sometido a tremendas presiones. Todo el mundo pensaba que debía de tener úlceras sangrantes, o un trastorno nervioso, o que en cualquier momento iba a salir corriendo o empezar a morder las cortinas. Pero su constitución logró superar la mayoría de las pruebas, y ahora era un hombre que por nada del mundo enarcaba una ceja.

Se quedó contemplando el queso diseccionado y el pan ahuecado, las bolsitas de hachís y las cápsulas de anfetamina, mientras que uno de sus ayudantes, que estaba allí de pie, cortaba en rodajas los tallos de ruibarbo.

Ante él estaba sentado Mauritzon, aparentemente tranquilo; pero con la mente hecha un torbellino. Su doble sistema de seguridad había sido roto del modo más inverosímil e idiota. ¿Cómo había podido suceder tal cosa? Él podía aceptar que eso ocurriera una vez; pero es que algo parecido le había pasado a él hacía sólo un par de meses. Y ya era la segunda vez. Seguro que esta semana lograba trece resultados en las quinielas.

Ya había dicho casi todo lo que podía decir. Por ejemplo, que la infortunada bolsa de la compra no era suya, sino que se la había dado un extranjero en la estación central, para que él se la entregara a otro extranjero en la plaza María. Era cierto que él había sospechado que aquella transacción tenía algo de ilegal; pero no pudo resistir al billete de cien coronas que el extranjero le había ofrecido.

Jacobsson lo escuchó sin interrumpirlo ni hacer comentarios; pero también sin parecer estar convencido en lo más mínimo. Y ahora le dijo:

—Está bien, Holm. Queda usted detenido, como ya le he dicho. Mañana, probablemente, será acusado. Se le permite que haga una llamada por teléfono, con tal de que eso no obstaculice ni complique la investigación.

—¿Tan grave es? —preguntó Mauritzon humildemente.

—Depende de lo que usted entienda por grave. Ya veremos lo que encontramos cuando registremos su domicilio.

Mauritzon sabía muy bien lo que encontrarían en su apartamento de una sola habitación en Vickergatan, es decir, algunos muebles sencillos y algo de ropa vieja. Así que eso no le preocupaba. Que le preguntaran de qué cerraduras eran sus otras llaves, también le dejaba frío, ya que eso no pensaba contestarlo. En consecuencia, lo más probable era que su otra casa, la de Armfeldsgatan, allá en Gärdet, permaneciera a salvo de «polis» entrometidos y cuadrúpedos repugnantes.

—¿Tendré que pagar una multa? —preguntó aún más humildemente.

—No, no habrá ninguna multa, muchacho —repuso Jacobsson—. Esto será cárcel, seguro. Va usted por mal camino, Holm. Y a propósito, ¿quiere un poco de café?

—Gracias, preferiría té, si no es mucha molestia.

Mauritzon no dejaba de pensar. Su situación era peor de lo que Jacobsson sospechaba. El hecho era que le habían tomado las huellas dactilares. Y pronto la computadora soltaría una tarjeta perforada en la cual saldría impreso el nombre «Lennart Holm»; pero con cosas muy diferentes, cosas que originarían muchas preguntas que le sería difícil contestar. Bebieron té y café y comieron medio pastel mientras que el ayudante, dándose aires de cirujano famoso en su trabajo, cortaba solemnemente el pepino con un escalpelo.

—Aquí no hay nada más —dijo.

Jacobsson asintió lentamente y dijo entre mordiscos:

—En lo que respecta a usted eso no supone ninguna diferencia.

En la mente de Mauritzon estaba madurando una decisión. Cierto, había sido derribado; pero aún no había empezado la cuenta, y antes de que terminaran de contar tenía que ponerse de pie, antes de que la información del departamento de investigación estuviera sobre la mesa de Jacobsson. Más tarde nadie creería una palabra de lo que él dijera, adoptara la actitud que adoptase. Soltó su vaso de papel, irguió la espalda, y dijo con tono de voz totalmente nuevo:

—Bueno, voy a poner mis cartas sobre la mesa. No intentaré más escabullirme de eso.

—Gracias —contestó Jacobsson sin entonación.

—Yo no me llamo Holm.

—¿No?

—Es cierto que me hago llamar así; pero no es mi verdadero nombre.

—¿Cómo se llama entonces?

—Filip Faithful Mauritzon.

—¿Es que se avergüenza de su nombre?

—La verdad es que he estado un par de veces encarcelado, hace ya mucho tiempo. Y ya sabe lo que pasa cuando te conocen por el nombre con el que fuiste fichado.

—Claro.

—La gente sabe que estuviste en chirona, y luego viene la bofia a hacer averiguaciones... Perdón, he querido decir la policía.

—No se preocupe. No soy susceptible.

Durante un rato Jacobsson no dijo nada. Mauritzon miró con ansiedad al reloj de la pared.

—No me prendieron por nada grave, de verdad —dijo—. Sólo por recibir unas mercancías robadas y servir de intermediario, por posesión ilegal de armas de fuego, y cosas así. Por llevar y traer. Pero eso fue hace diez años.

—Y desde entonces ha tenido la suerte de que no lo pillasen, ¿eh? —dijo Jacobsson—. ¿O es que se ha vuelto buena persona? ¿O que aprendió más trucos?

La respuesta de Mauritzon a esto fue una torcida sonrisa.

Jacobsson no sonrió en absoluto. Y preguntó:

—¿Qué se propone usted?

—No quiero que me encierren.

—Pero usted ya ha estado en la cárcel. Y cuando todo está dicho y hecho, esto no es nada grave, ¿eh? Esta ciudad está llena de gente que ha sido encarcelada. Me encuentro con ellos todos los días. Un par de meses de descanso no hace daño.

Mauritzon tuvo la viva impresión de que no eran unas cortas vacaciones lo que le esperaba. Miró sus fatídicos comestibles, y pensó que si lo detenían, la policía no tardaría en estar metiendo las narices en toda clase de asuntos y descubriría una cosa tras otra, y eso no sería nada agradable. Por otra parte, él tenía su capitalito bien guardado en ciertos bancos del extranjero. Y si él pudiera escurrirse de esta apurada situación, no perdería tiempo en marcharse, primero de la ciudad y luego del país. Tras lo cual todo se arreglaría por sí solo. De todos modos él había estado pensando en retirarse de esta clase de negocios. Quería acabar con la pornografía y los narcóticos. Tampoco tenía muchos deseos de convertirse en un recadero, por bien pagado que fuera, de individuos como Malmström y Mohrén. Había pensado meterse en el negocio de la leche. Introducir mantequilla danesa en Italia era asombrosamente provechoso; su único verdadero riesgo era la posibilidad de ser liquidado por la mafia, que no era un riesgo pequeño, si bien se pensaba en ello. De todos modos había llegado el momento de recurrir a métodos extraordinarios, y Mauritzon dijo:

—¿Quién es el que se encarga de los atracos a los bancos?

A Jacobsson se le escapó:

—Apiso...

—Apisonadora Olsson —concluyó Mauritzon en seguida.

—Olsson, el fiscal del distrito —corroboró Jacobsson—. ¿Está pensando dar un soplo?

—Puedo darle a él cierta información.

—¿No podría darme esa información a mí?

—Es algo confidencial —dijo Mauritzon—. Con una breve llamada telefónica basta.

Jacobsson se quedó pensando en esto. Sabía que el comisario de la Policía Nacional y sus ayudantes habían declarado que los atracos a los bancos tenían importancia primordial. El único delito que podía considerarse más grave era arrojar huevos al embajador de los Estados Unidos. Atrajo el teléfono hacia sí y marcó el número directo del cuartel general de la patrulla especial en Kungsholmen. Contestó el propio Apisonadora.

—Olsson al habla.

—Soy Henrik Jacobsson. Hemos detenido a un individuo que asegura que tiene algo que decir.

—¿Sobre los atracos a los bancos?

—Al parecer, sí.

—Voy en seguida.

Y acudió en seguida. Apisonadora entró con entusiasmo en la habitación. Siguió una conversación muy breve.

—¿De qué quiere hablar, señor Mauritzon? —preguntó Apisonadora.

—¿Está usted interesado, por casualidad, en un par de tipos llamados Malmström y Mohrén?

—Claro —respondió Apisonadora—. Claro. —Se relamió los labios—. Tremendamente interesado. Concrete, ¿qué sabe usted, señor Mauritzon?

—Sé dónde están Malmström y Mohrén.

—¿En este instante?

—Sí.

Apisonadora se frotó las manos, excitado. Luego dijo, como si hubiera pensado en algo:

—Presumo que querrá usted algo a cambio, señor Mauritzon.

—Preferiría discutir ese asunto en otro sitio más agradable.

—¡Hum! —exclamó Apisonadora—. ¿Cree que mi despacho en Kungsholmsgatan será más agradable?

—Pues claro —repuso Mauritzon—; pero, señor fiscal del distrito, ¿no tendrá usted que hablar primero del asunto con este señor?

El rostro de Jacobsson, mientras el policía estuvo escuchando la conversación había permanecido imperturbable.

—Bien —dijo Apisonadora ávidamente—. Podríamos tener una breve charla, Jacobsson. ¿Podemos hablar en privado?

Jacobsson asintió resignadamente.



## 18

Jacobsson era un hombre práctico, y se tomó las cosas fríamente. Conocía a Apisonadora Olsson de modo muy superficial; pero, por otra parte, estaba enterado de su reputación. Y eso era razón suficiente para abandonar la lucha antes de que empezara.

El escenario fue sencillo. Una fría habitación con una mesa, dos sillas y un armario-fichero. Ni siquiera había una alfombra en el suelo. Jacobsson permaneció sentado y quieto ante su mesa.

Apisonadora se paseaba de un lado para otro, con la cabeza gacha, y las manos a la espalda.

—Sólo un detalle técnico importante —dijo—. ¿Ha sido detenido Mauritzon?

—No. Aún no.

—Perfecto —dijo Apisonadora—. Espléndido. Entonces apenas necesitamos discutir este asunto.

—Tal vez no.

—Si usted quiere, podemos ponernos en contacto con el Comisario Nacional... ¿con el comisario y el superintendente jefe, también?

Jacobsson negó con la cabeza. Sabía todo acerca de los grandes en cuestión.

—Entonces, ¿está claro el asunto? —preguntó Apisonadora Olsson.

Jacobsson no replicó.

—Ha hecho una buena pesca. Ahora sabe quién es y puedo tenerlo sometido a vigilancia. Para el futuro.

—Sí, tendré unas palabras con él.

—Espléndido.

Jacobsson fue a donde estaba Mauritzon, se quedó mirándolo por un instante y luego le dijo:

—Bien, Mauritzon. He estado pensado en el asunto. Así que esa bolsa se la dio un extranjero y tenía que entregársela a otro extranjero. Esas cosas ocurren a veces en este negocio. Sería difícil demostrar que usted no ha dicho la verdad, así que no hay necesidad de que lo detengamos.

—Ya veo —dijo Mauritzon.

—Claro que nos quedaremos con la mercancía. Suponemos que usted actuó de buena fe.

—¿Va a dejar que me vaya?

—Sí, con tal de que se ponga a la disposición de Api... del fiscal del distrito, señor Olsson.

Apisonadora debía de haber estado escuchando tras la puerta, pues ésta se abrió inmediatamente y él entró de modo precipitado.

—Vamos —le dijo.

—¿Ahora mismo?

—Podemos hablar en mi despacho —dijo Apisonadora.

—Claro —repuso Mauritzon—. Será un placer.

—Eso se lo prometo —concluyó Apisonadora—. Hasta la vista, Jacobsson.

Jacobsson no dijo nada. Se quedó mirándolos como si no los viera. Estaba acostumbrado a estas cosas.

Diez minutos después Mauritzon era sin duda la figura central en el cuartel general de la patrulla especial. Se sentó en el sillón más cómodo que pudieron encontrar, mientras un ilustre grupo de detectives se apelotonaba en torno a él.

Kollberg se quedó mirando fijamente la lista de compras y dijo:

—Una docena de calzoncillos y quince pares de calcetines. ¿Quién va a usar todo eso?

—Dos pares son para Mohrén e imagino que los restantes serán para el otro.

—¿Es que ese Malmström come ropa interior?

—No lo creo; pero siempre tira los viejos cuando se cambia. Le gustan de clase especial, franceses. Se pueden comprar en Morris's.

—¿Con la clase de vida que lleva no me extraña que tenga que robar bancos!

Rönn, muy inquisitivo, preguntó:

—Y a propósito, ¿qué es un astrolabio?

—Una especie de sextante antiguo, aunque diferente —explicó Gunvald Larsson. Luego él, también, hizo una pregunta—. ¿Por qué siendo dos hombres necesitan cuatro máscaras del Pato Donald?

—No lo sé. Ya tienen dos, que les compré la semana pasada.

Rönn dijo muy pensativo:

—Sí, ¿cuál es el significado de «seis cajas de nueve»?

—Una clase especial de anticonceptivos —dijo Mauritzon con aire de cansancio—. Cuando uno se los pone, aquello parece un vigilante nocturno con uniforme azul oscuro y morro de color de rosa.

—Ya no tendrá que preocuparse más por ese pedazo de papel —le dijo Apisonadora con buen humor—. El señor Mauritzon no habrá de ocuparse de ellos. Nosotros les proporcionaremos la diversión.

—¿Podremos? —preguntó Kollberg gravemente.

—Estudiemos la táctica a emplear —dijo Apisonadora, dando una palmada como para inspirar entusiasmo.

De modo desafiante revisó sus fuerzas. Aparte de Kollberg, Rönn y Gunvald Larsson, la patrulla consistía en dos sargentos detectives jóvenes, un experto en gases lacrimógenos, otro experto en computadoras, y un patrullero bastante incompetente llamado Bo Zachrisson. Como a todo el mundo le parecía que podían pasárselas sin él, servía para toda clase de grupos especiales, incluso en estos tiempos en que había tanta escasez de personal.

Desde el chasco de la exhibición de la película, no se había oído ni sabido nada del comisario de la Policía Nacional, o de cualquier otro gran jefe, hecho por el cual todos estaban agradecidos.

—Ahora ensayaremos —dijo Apisonadora—. A las seis en punto exactamente, Mauritzon llamará al timbre. ¿Escuchamos la señal una vez más?

Kollberg dio con los nudillos sobre la mesa.

Mauritzon asintió.

—Así es —dijo. Y luego recalcó—: Al menos suena bien.

Primero una señal muy corta, seguida inmediatamente por otra larga, pausa, cuatro cortas, pausa, una larga, seguida directamente por una muy corta.

—Nunca podré aprenderme eso —dijo Zachrisson con desánimo.

—Entonces tendremos que encargarle a usted otra tarea —replicó Apisonadora.

—Y ¿cuál podría ser? —preguntó Gunvald Larsson.

Él era el único miembro de la patrulla que había intentado antes colaborar con Zachrisson, y no tuvo mucho éxito.

—¿Qué he de hacer yo entonces? —preguntó el hombre de las computadoras.

—La verdad es que nos hemos estado preguntando eso desde el lunes —confesó Apisonadora—. ¿Quién le envió a usted aquí?

—Es difícil de decir. Me llamó algún superintendente.

—Puede que usted averigüe algo —dijo Gunvald Larsson—. Cómo ganar con las quinielas, por ejemplo.

—Eso es imposible —repuso el experto, sombrío—. Hace un año que estoy probándolo cada semana.

—Pensemos en la situación —cortó Apisonadora—. ¿Quién va a tocar el timbre?

—Kollberg —dijo Gunvald Larsson.

—Bien. Perfecto. Malmström abre. Espera ver a Mauritzon con el astrolabio, los calzoncillos y lo demás. En cambio ve...

—A nosotros —concluyó Rönn, ceñudo.

—Exacto —declaró Apisonadora—. Tanto él como Mohrén se quedarán perplejos. Simplemente verán que somos más listos que ellos. ¡Imaginen la cara que pondrán! —Recorrió a grandes pasos la habitación, sonriendo muy pagado de sí mismo—. ¡E imaginen lo pasmado que se quedará Roos! Jaque mate con un solo movimiento. —Por un instante Apisonadora, imaginando estas perspectivas, pareció como abrumado; pero pronto logró recobrarle y prosiguió—: El único problema es que Malmström y Mohrén estén armados.

Gunvald Larsson se encogió de hombros con indiferencia.

—Eso no tiene mucha importancia —dijo Kollberg—. Si se trata de pegar puñetazos, Gunvald Larsson sabe luchar tan bien como ellos, y de todos modos Malmström y Mohrén no se resistirían al verse ante tantos adversarios.

Apisonadora interpretó correctamente los pensamientos de Kollberg y dijo:

—No olvidemos que pueden estar desesperados e intenten abrirse paso a tiros. Ahí es donde aparece usted —y señaló al experto en gases lacrimógenos, que asintió—. También tendremos ante la puerta a un hombre preparado con un perro —dijo Apisonadora—. El perro atacaría.

—Y ¿cómo encaja eso? —preguntó Gunvald Larsson—. ¿Es que ese maldito perro va a llevar una máscara de gases?

—Una buena idea —dijo Mauritzon.

Todos lo miraron fijamente con suspicacia.

—Así que —prosiguió Apisonadora—, primera posibilidad: Malmström y Mohrén tratan de resistir; pero, atacados por el perro y reducidos a la impotencia por el gas lacrimógeno, son sometidos.

—Todo en seguida —dijo Kollberg con escepticismo.

Pero ahora Apisonadora había echado a volar su imaginación y ya no hacía caso de las objeciones.

—Segunda posibilidad: Malmström y Mohrén no oponen ninguna resistencia. La policía, pistola en mano, fuerza la entrada del apartamento y los reduce.

—Conmigo que no cuenten —dijo Kollberg, quien, por principio, se negaba a llevar armas.

Ahora Apisonadora se había puesto casi lírico.

—Los delincuentes son desarmados y esposados. Después entro yo en el apartamento y les comunico que están detenidos. Luego se los llevan. —Por un instante ponderó estas prometedoras perspectivas. A continuación, prosiguió muy animado—: También tenemos una tercera e interesante posibilidad: Malmström y Mohrén no nos abren la puerta. Son muy precavidos y prestan mucha atención a la señal del timbre. Pensemos en esto. Mauritzon dijo que habían convenido en que, en ese caso, él tiene que retirarse, esperar cerca, volver exactamente diez minutos más tarde, y repetir la señal. Y nosotros haremos lo mismo. Esperar diez minutos y volver a llamar. Entonces se producirá automáticamente la situación una o la situación dos. Y ya hemos analizado ambas.

Kollberg y Gunvald Larsson intercambiaron una mirada de comprensión mutua.

—Alternativa cuatro... —empezó a decir Apisonadora.

Pero fue interrumpido por Kollberg, quien dijo:

—Alternativa es sólo la opción entre dos cosas.

—No me importa. La alternativa cuatro es que Malmström y Mohrén sigan sin abrir. En cuyo caso usted violenta la puerta y...

—Y, pistola en mano, se fuerza la entrada y se rodea a los delincuentes —acabó de decir Gunvald Larsson lanzando un profundo suspiro.

—Precisamente —asintió Apisonadora—. Así es como va a ocurrir. Entonces yo entro en la habitación y los detengo. ¡Perfecto! Ya lo saben ustedes hasta del revés. Todas las posibilidades han sido agotadas, ¿verdad?

Durante un rato reinó el silencio. Luego Zachrisson musitó:

—Quinta alternativa: los gangsters abren la puerta y nos siegan con sus metralletas, tras lo cual se dan a la fuga.

—¡Idiota! —exclamó Gunvald Larsson—. Malmström y Mohrén han sido detenidos varias veces sin que nadie resultara herido. Además, ellos son sólo dos, y va a haber seis policías y un perro ante su puerta, diez más en la escalera y veinte en la calle, y un fiscal del distrito en el ático o donde le parezca situarse.

Zachrisson quedó cabizbajo, aunque no pudo evitar añadir una frase misántropa más:

—En este mundo uno no puede estar nunca seguro de nada.

—¿Yo también voy? —preguntó el hombre de las computadoras.

—No —repuso Apisonadora—. No veo que usted pueda hacer nada.

—Sin su máquina usted no es de ninguna utilidad —añadió Kollberg.

—A lo mejor se la podríamos subir con una grúa —sugirió Gunvald Larsson.

—Ustedes ya lo saben todo sobre la disposición de ese apartamento y las entradas y salidas existentes —resumió Apisonadora—. La casa está bajo una discreta observación desde hace tres horas y, tal como se esperaba, nada ha sucedido. Malmström y Mohrén no pueden saber lo que les

espera. Caballeros, estamos listos. —Sacó un antiguo reloj de plata del bolsillo de su pecho, dio a un resorte que abrió la tapa, y dijo—: Dentro de treinta y dos minutos atacaremos.

—¿No cabe la posibilidad de que traten de escapar por la ventana? —preguntó Zachrisson.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Gunvald Larsson—. Ya sabe usted que el apartamento está en el cuarto piso y no hay escalera de incendios.

—Alternativa seis en ese caso —dijo Zachrisson.

Apisonadora se volvió ahora hacia Mauritzon, quien había seguido con indiferencia la conversación.

—No creo que usted tenga inconveniente en acompañarnos, ¿verdad, señor Mauritzon? ¿No le gustará encontrarse con sus amigos?

Mauritzon repuso con algo intermedio entre un encogimiento de hombros y un estremecimiento.

—Luego sugeriré que lo instalemos en algún lugar tranquilo hasta que todo este asunto quede bien en claro. Al fin y al cabo usted es un hombre de negocios, señor Mauritzon, y debe comprender que, en cierto modo, yo lo soy también. Si luego resulta que usted, en cierto modo, nos ha engañado, nuestra disposición a regatear sería muy diferente.

Mauritzon asintió.

—Está bien —dijo—; pero sé que están allí.

—Yo creo que el señor Mauritzon es una rata maldita —replicó Gunvald Larsson sin dirigirse a nadie en particular.

Kollberg y Rönn estudiaron por última vez el plano del apartamento. El dibujo había sido hecho siguiendo las indicaciones de Mauritzon y era bastante exacto. Kollberg dobló el papel y se lo metió en un bolsillo.

—Bien —concluyó—, pues entonces pongámonos en marcha.

Mauritzon alzó la voz y dijo:

—En plan de amigo debo de decirles que Malmström y Mohrén son más peligrosos de lo que ustedes creen. Seguro que lucharán y tratarán de escapar. Así que no corran riesgos.

Gunvald Larsson miró, ceñudo, a Mauritzon, y comentó:

—Con eso quiere decirnos que preferiría que matásemos a sus dos amigotes, para que no tenga luego que vivir atemorizado por ellos el resto de su vida.

—Sólo he querido advertirles —repuso Mauritzon—. No tiene por qué ofenderme.

—Cállese, cerdo asqueroso —exclamó Gunvald Larsson, que aborrecía ser tratado como colega por gente a la que despreciaba. Y eso iba por todos, desde los informadores a los miembros de la Junta Nacional de Policía.

—Todo listo —dijo Apisonadora con mal disimulada avidez—. Entramos en acción. Ahora tenemos que irnos.



En la casa de Danvik Cliffs todo fue tal como se esperaba. Lo que Mauritzon había dicho parecía encajar. Por ejemplo, en la placa de la puerta figuraba el nombre «S. Andersson».

Gunvald Larsson y Rönn se colocaron cada uno a un lado de la puerta, pegados a la pared. Los dos empuñaban pistolas: Gunvald Larsson su Smith & Wesson treinta y ocho Master particular, y Rönn su Walter de 7.65 milímetros usual. Entre ellos estaba Kollberg, y la escalera, a sus

espaldas, estaba llena de gente: Zachrisson y el hombre del gas lacrimógeno, el perrero y el perro, los dos nuevos sargentos de la policía, más varios patrulleros uniformados que llevaban metralletas y vestían chaquetas antibalas. Apisonadora Olsson, al menos eso se suponía, estaba en el ascensor.

El mundo en armas, pensó Kollberg, mientras sus ojos seguían el segundero del reloj de Gunvald Larsson. Él, por supuesto, iba desarmado.

Aún habían de pasar treinta y cuatro segundos. El reloj de Gunvald Larsson era de lujo. Siempre daba la hora exacta.

Kollberg no estaba asustado lo más mínimo. Había sido policía demasiado tiempo para que le atemorizaran individuos como Malmström y Mohrén. Por otra parte, se preguntaba qué estarían pensando y hablando allí dentro, aislados con sus armas, sus provisiones de calzoncillos, y montañas de *foie-gras* y caviar ruso.

Dieciséis segundos.

Uno de ellos, probablemente Mohrén, era evidentemente un gastrónomo de primer orden, si había que dar crédito a Mauritzon. Kollberg comprendía muy bien tal inclinación, ya que él era también un amante de la buena mesa.

Ocho segundos.

¿Qué sería de todos aquellos deliciosos alimentos cuando a Mohrén y Malmström ya esposados se los llevaran detenidos? ¿Se podrían comprar baratos a Mohrén? ¿O eso sería adquirir mercancías robadas?

Dos segundos.

Caviar ruso, de la clase de la tapa dorada, pensó Lennart Kollberg.

Un segundo.

Cero.

Apretó el índice de su mano derecha en el timbre de la puerta: muy corto, largo, pausa, corto, corto, corto, corto, pausa, largo, muy corto.

Todos esperaron.

Se oyó a alguien contener la respiración.

Crujió un zapato.

Zachrisson, de algún modo desconocido, logró que su pistola sonara como una carraca. ¿Cómo demonios puede sonar una pistola como una carraca?

... *Pistolacarraca*. Una palabra interesante, pensó Kollberg. Su barriga dejó oír un borborigmo. Probablemente a causa del pensamiento en el caviar ruso.

Pero esto fue todo lo que sucedió. Al cabo de dos minutos aún no se había producido en el interior la reacción al timbre. De acuerdo con el plan, ahora deberían esperar diez minutos y luego llamar de nuevo.

Kollberg alzó la mano derecha como señal a los que estaban detrás de él para que se retiraran. Sólo Zachrisson, el perro, el perrero, y el especialista en gases lacrimógenos quedaron al alcance de su vista; los primeros tres subieron escaleras arriba, y el último se situó abajo. Rönn y Gunvald Larsson no se movieron de su sitio.

Kollberg conocía el plan hasta el último detalle; pero también sabía que Gunvald Larsson no tenía la menor intención de seguirlo. Así que se apartó ligeramente a un lado.

Gunvald Larsson se movió también, colocándose frente a la puerta y la contempló de modo apreciativo. La cosa no parecía imposible.

Larsson tenía la manía de derribar puertas, pensó Kollberg. Ciertamente que casi siempre había logrado echarlas abajo; pero a Kollberg, por principio, no le gustaba el método y, por lo tanto, meneó la cabeza e hizo una mueca negativa.

Como él había esperado, Gunvald Larsson ni se dio cuenta. En cambio, retrocedió hacia la pared y apoyó en ella el hombro derecho.

Rönn, al parecer, estaba de acuerdo con esta idea.

Gunvald Larsson se encorvó y, levantando el hombro izquierdo, se dispuso a lanzarse contra la puerta, como un ariete viviente de 1,91 metro de alto y 108 kilos de peso.

Habiendo llegado las cosas a este punto, también Kollberg hubo de seguir su curso. Sin embargo, nadie podía haber previsto lo que sucedería en el instante siguiente.

Gunvald Larsson se lanzó hacia adelante, y la puerta, como si no hubiera existido, se abrió de pronto con inconcebible celeridad.

Esta inesperada falta de resistencia, hizo que Gunvald Larsson se precipitara desde la entrada sin que tuviera la menor posibilidad de frenar. Habiendo perdido totalmente el equilibrio, y con una postura de inclinación hacia adelante muy pronunciada, cruzó recto la habitación como una grúa móvil y fue a chocar de cabeza contra el marco de la ventana del lado opuesto; pero el resto de su enorme masa de barro mortal, siguió, sin embargo, las leyes de la gravedad. Giró, por desgracia, en una mala dirección, de tal modo que su trasero, rompiendo el cristal de la ventana, salió ventana afuera, entre una lluvia de cristales rotos.

En el último instante, sacó la pistola y con su enorme mano se agarró al alféizar de la ventana. Así pues, quedó colgando en el aire a cinco pisos de altura, la mayor parte de su cuerpo al exterior de la ventana, a la cual se agarraba desesperadamente con la mano diestra y la corva de su pierna derecha. La sangre ya manaba de los profundos cortes que se había hecho en la mano, y la pernera de su pantalón también empezaba a ponerse roja.

Rönn no se movió con tanta rapidez, pero aún fue lo suficientemente veloz para cruzar el umbral en el preciso segundo en que la puerta se cerraba violentamente girando sobre sus rechinantes goznes, y le golpeaba con fuerza en la frente. Él dejó caer la pistola y retrocedió hasta el descansillo.

Cuando la puerta se abrió por segunda vez (después de su colisión con Rönn), Kollberg logró también colarse en el apartamento. Una rápida ojeada de reconocimiento le mostró que las únicas señales de vida humana en la habitación eran las manos de Gunvald Larsson y su pierna derecha. Kollberg se adelantó de un salto y con ambas manos le agarró fuertemente la pierna.

Gunvald Larsson corría el riesgo inminente de caer y matarse. Kollberg inclinó el considerable peso de su cuerpo contra la pierna y con la mano derecha logró agarrar el gesticulante brazo izquierdo de su colega. Por unos segundos pareció como si la lógica del peso estuviera equivocada, y que ambos fueran a ser catapultados ventana afuera. Pero la lacerada mano derecha de Gunvald Larsson no soltó su asidero, y, haciendo uso de toda su fuerza, Kollberg consiguió finalmente alzar a su colega en apuros, lleno de cortes y sangrante, pero a salvo, hasta un nuevo punto de equilibrio.

Ahora Rönn, que no había perdido el conocimiento, gateaba por el umbral, palpando en busca de su pistola que él había soltado al caer.

El siguiente hombre en aparecer en escena fue Zachrisson, seguido inmediatamente por el perro, que saltó hacia adelante. Zachrisson vio a Rönn arrastrándose a gatas, chorreando sangre de su frente, y la pistola, que estaba en el suelo. También vio a Kollberg y a Gunvald Larsson sangrientamente abrazados junto a la ventana destrozada y evidentemente fuera de combate.

Zachrisson gritó:

—¡Alto! ¡Policía!

Luego amartilló la pistola y disparó un tiro al aire. La bala alcanzó, en el techo, una bombilla de cristal blanco, que explotó, haciendo que la detonación hiriese los tímpanos. Luego, dio media vuelta, disparó contra el perro, y el animal cayó sobre sus cuartos traseros lanzando un aullido de agonía que hizo estremecer a todos. El tercer disparo de Zachrisson atravesó la puerta abierta del cuarto de baño y perforó una tubería. Un largo chorro de agua caliente brotó en la habitación. Zachrisson disparó otra vez, pero la pistola se encasquilló y falló.

Con los ojos fuera de las órbitas, el perrero entró precipitadamente.

—¡Esos bastardos han matado a Boy! —gritó estentóreamente, blandiendo su pistola de reglamento. Miró furioso en tomo suyo en busca de alguien en quien pudiera vengarse.

El perro lanzó otro aullido aún más horrible.

Un patrullero vestido con una chaqueta azul verdosa a prueba de balas, entró corriendo por la puerta abierta, empuñando una metralleta cargada, pero tropezó con Rönn y cayó de bruces en el suelo. Su arma se deslizó por el *parquet*. El perro, evidentemente herido de muerte, clavó sus colmillos en uno de los muslos del patrullero, que empezó a gritar pidiendo ayuda.

Ahora Kollberg y Gunvald Larsson estaban de nuevo en el apartamento, lacerados y exhaustos, pero llegando a lúcidas conclusiones. Primero, que no había habido nadie en el apartamento, ni Malmström ni Mohrén ni nadie. Segundo, que la puerta no estaba cerrada con llave ni siquiera con un sencillo pestillo.

Mientras tanto, el chorro de agua caliente del cuarto de baño salpicaba escaldando a unos y a otros y arrojando vapor. El chorro dio de lleno a Zachrisson en la cara.

El policía que llevaba la chaqueta a prueba de balas se arrastró hasta su metralleta. El perro, negándose a irse, lo olfateó, los dientes profundamente clavados en la carnosa pierna de su víctima.

Alzando la mano sangrante, Gunvald Larsson rugió:

—¡Alto!

En aquel momento el especialista de gases lacrimógenos lanzó dos granadas en rápida sucesión a través de la puerta. Ambas dieron en el suelo, entre Rönn y el perrero, y explotaron.

Alguien disparó un último tiro, nunca se supo con seguridad quién fue. Probablemente el hombre del perro. La bala dio en el radiador de la calefacción a unos milímetros de una de las rodillas de Kollberg, rebotó silbando hacia la escalera, e hirió en el hombro al especialista en gases.

Kollberg trató de gritar:

—¡Nos rendimos! ¡Nos rendimos!

Pero apenas lanzó un sonido ronco.

El gas, al extenderse rápidamente, se mezcló con el vapor y el humo de las granadas, hasta llenar la habitación, no permitiendo a nadie ver nada. Dentro, seis hombres y un perro gemían, gritaban y tosían.



Afuera, en el rellano, el experto en gases se sentó lloriqueando, la palma de la mano derecha apretando su hombro izquierdo.

Bajando a toda prisa desde el piso de arriba, Apisonadora Olsson preguntaba indignado:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué pasa? ¿Qué es esto?

De la habitación llena de gas salían ruidos horribles: aullidos ahogados, gritos de socorro, maldiciones y tacos incomprensibles.

—¡Suspendan toda la operación! —ordenó Apisonadora con voz débil, empezando él mismo a toser de modo ronco y penetrante.

Se retiró escaleras arriba, lejos de la nube de gas, que le siguió. Erguido, se volvió a la ahora apenas visible puerta del apartamento:

—Malmström y Mohrén —dijo con voz autoritaria; pero con las lágrimas resbalando por sus mejillas, tiren sus armas y salgan con los brazos en alto. Están detenidos.

En la mañana del jueves 6 de julio de 1972, los miembros de la patrulla especial estaban pálidos pero sosegados. En su cuartel general reinaba un silencio hosco. Nadie se sentía particularmente alegre después de los acontecimientos del día anterior. Y menos que nadie Gunvald Larsson. En una película puede que resulte algo cómico precipitarse por una ventana y quedar colgando a cinco pisos de altura. Pero en la realidad no tiene ninguna gracia. Las manos cortadas y las ropas desgarradas tampoco es nada divertido.

La verdad es que Gunvald estaba más preocupado por su traje que por otra cosa. Era siempre muy escrupuloso en la selección de su guardarropa, que se le llevaba buena parte de su salario. Ahora, por enésima vez, algunas de sus prendas más valiosas habían caído víctimas del cumplimiento de su deber.

Tampoco Einar Rönn se sentía feliz. E incluso a Kollberg le resultaba difícil apreciar los elementos cómicos de la situación, por muy visibles que éstos fueran. Aún sentía en el estómago las mismas náuseas que sintió en aquel momento en que creyó que tanto a él como a Gunvald Larsson sólo les quedaban cinco segundos de vida antes de estrellarse contra el suelo. Tampoco era religioso. Kollberg no creía que allá arriba, en el cielo, hubiera un enorme cuartel general de la policía habitado por detectives alados.

Aunque la batalla de Danvik Cliffs había sido analizada hasta el último detalle, el informe que se escribió de ella era extrañamente vago y evasivo. Fue Kollberg quien se encargó de redactarlo.

Pero no había modo de ocultar las pérdidas. Tres hombres habían sido llevados al hospital, aunque ciertamente sus vidas no corrían peligro ni había riesgo de una lesión permanente. El experto en gases tenía una herida en un músculo del hombro, y Zachrisson varias en la cara. Los médicos afirmaron también que sufría un *shock*, estaba un poco «raro», y le costaba responder de modo coherente a las preguntas más sencillas. Esto podía deberse a que, como no lo conocían, sobreestimaban su inteligencia, ya que subestimarla parecía virtualmente imposible. El patrullero que había sido mordido por el perro podía contar con varias semanas de baja. Los músculos desgarrados y los tendones destrozados no se curan en seguida.

El peor de todos era el perro. La clínica quirúrgica del Colegio Veterinario informó que, aunque habían logrado extraerle la bala, si la herida se infectaba se verían obligados a matarlo. Pero Boy era un animal sano y fuerte, añadían, y su estado general era satisfactorio. Para cualquiera que estuviese familiarizado con la jerga del Colegio Veterinario, esto inspiraba pocas esperanzas.

Rönn llevaba una enorme venda en su frente y tenía dos magníficas magulladuras, que añadían un nuevo efecto a la nariz colorada con que le había dotado la naturaleza.

Gunvald Larsson debía de haberse quedado en su casa. Nadie con una mano derecha y una rodilla muy vendadas puede ser declarado apto para el servicio. También tenía un chichón en la cabeza.

En cuanto a Kollberg, aunque molesto por la pesadez y el dolor de cabeza (y que él atribuía a la atmósfera irrespirable del campo de batalla), se encontraba en condiciones algo mejores. Una cura especial que consistió principalmente en coñac, aspirina, y los cuidados amorosos matizados de erotismo de su esposa, hábilmente dosificados, tuvieron un efecto positivo, aunque pasajero.

Las pérdidas del enemigo eran también insignificantes. Ni siquiera había estado presente en la batalla. En el piso habían sido confiscados varios objetos; pero ni siquiera Apisonadora Olsson podía pretender que la pérdida de un rollo de papel higiénico, una caja de cartón con cordeles, dos botes de mermelada de arándanos, y una indeterminada cantidad de calzoncillos usados iba a preocupar mucho a Malmström y Mohrén. Tampoco supondría un grave obstáculo en el camino de sus futuras operaciones.

A las 8.52 Apisonadora Olsson entró de improviso por la puerta. Ya había asistido a dos reuniones aquella mañana, una en la Junta Nacional de Policía, y otra con los de Fraudes. Ahora sí que podía decirse que estaba en el sendero de la guerra.

—¡Buenos días! ¡Buenos días! ¡Buenos días! —exclamó alegremente—. ¡Bien, muchachos! ¿Cómo se encuentran ustedes?

Los muchachos se sentían más de mediana edad que nunca. Ninguno de ellos replicó.

—Roos hizo ayer algunas contrajugadas muy astutas —dijo Olsson—; pero no es nada para que nos lamentemos. Digamos que sólo hemos perdido un par de alfileres y un peón.

—Pues aquello me pareció a mí un jaque mate —replicó Kollberg, que era jugador de ajedrez.

—¡Ahora nos toca movernos a nosotros! —exclamó Apisonadora—. Traigan a Mauritzon. Tomémosle el pulso. ¡Él esconde algo en la manga! ¡Está asustado, caballeros, asustado! Sabe que Malmström y Mohrén lo buscarán ahora para vengarse, y en este momento el peor servicio que podríamos hacerle es soltarlo. Y él lo sabe muy bien.

Con los ojos inyectados de sangre, Rönn, Kollberg, y Gunvald Larsson se quedaron mirando a su jefe. La perspectiva de ponerse otra vez en acción siguiendo las instrucciones de Mauritzon era muy poco atractiva.

Apisonadora se fijó en ellos con más atención. También sus ojos estaban hinchados y con un círculo rojo.

—Anoche pensé en algo, muchachos —dijo—. ¿Qué me decís? ¿Empleamos en adelante fuerzas más jóvenes y frescas para esas operaciones? Quiero decir como la de ayer. —Al cabo de una breve pausa añadió—: No me parece conveniente que hombres de edad mediana, que hace tiempo están situados, y han alcanzado una moderada alta jerarquía, tengan que corretear por un sitio como ése, pegando tiros y demás.

Gunvald Larsson suspiró profundamente y se desplomó aún más. Parecía como si alguien le hubiera clavado un cuchillo en la espalda.

Claro, pensó Kollberg, tiene razón. Pero un segundo después se sintió furioso. ¿De edad mediana? ¿Situados? ¿Qué demonios...?

Rönn murmuró algo.

—¿Qué ha dicho, Einar? —le preguntó Apisonadora amablemente.

—Que no fuimos nosotros los que pegamos tiros.

—Así es —dijo Apisonadora—. Así es, ahora tenemos que sobreponernos. ¡Traigan a Mauritzon!

Mauritzon había pasado la noche en una celda, con más comodidades de lo habitual. Por ejemplo, le habían dado un orinal e incluso mantas, y el guardián le preguntó si quería un vaso de agua.

Mauritzon no había objetado nada contra estas disposiciones y se dijo que había dormido profundamente. No fue lo mismo la noche antes, la del día en que fue detenido. Cuando le dijeron que Malmström y Mohrén no se encontraban allí, pareció inquieto, por no decir asombrado.



Sin embargo, los métodos del D. I. C., revelaron que ellos habían estado allí un momento antes. Había abundancia de huellas dactilares de ambos hombres y en uno de los botes de mermelada se descubrieron huellas del pulgar e índice derechos de Mauritzon.

—¿Se da cuenta de lo que eso significa? —le preguntó Apisonadora Olsson inquisitivamente.

—Sí —dijo Gunvald Larsson—. Que él está circunstancialmente relacionado con un bote de mermelada de arándanos.

—¡Exacto! —exclamó Apisonadora, gratamente sorprendido—. Eso significa que tenemos pruebas contra él. Pruebas que servirán ante los tribunales. Pero no estaba pensando en eso precisamente.

—¿En qué *estaba* usted pensando?

—En que eso demuestra que Mauritzon ha estado diciéndonos la verdad, y probablemente seguirá contándonos todo lo que sabe.

—Claro, sobre Malmström y Mohrén.

—Y en eso estamos verdaderamente interesados ahora, ¿no?

Una vez más Mauritzon se encontró sentado en medio de ellos, con su misma apariencia de hombre insignificante y suave, decente hasta la médula.

—Bien, mi querido señor Mauritzon —dijo Apisonadora amigablemente—. Las cosas no han salido como esperábamos.

Mauritzon meneó la cabeza.

—¿Qué raro! —exclamó—. No lo entiendo. Deben de tener una especie de sexto sentido.

—Sexto sentido —repitió Apisonadora soñadoramente—. Sí, a veces uno casi cree eso. Ahora, si Roos...

—¿Quién es ése?

—Nada, señor Mauritzon, nada. Hablaba conmigo mismo. Pero hay algo más que me preocupa. Nuestras cuentas privadas no se equilibran. Yo le he prestado a usted un gran servicio, señor Mauritzon, y sigo esperando, digamos, un *quid pro quo*.

Mauritzon estuvo pensativo largo rato. Finalmente contestó:

—¿Quiere decir que todavía no estoy en libertad?

—Bueno —repuso Apisonadora—, sí y no. Ya sabe que el tráfico de drogas es un delito grave. Creo, señor Mauritzon, que le condenarían como mínimo... —Se interrumpió y empezó a

contar con los dedos—. Bueno, creo que podré conseguir que le impongan sólo ocho meses de cárcel. O al menos seis.

Mauritzon lo miró muy tranquilo.

—Mas, por otra parte —prosiguió Apisonadora, con un tono de voz más animado—, yo le he prometido la absolución esta vez, ¿no es cierto? Siempre y cuando yo obtenga algo a cambio. — Apisonadora se irguió, dio con ambas manos una palmada ante su cara, y dijo brutalmente—: Con otras palabras, si usted no desembucha inmediatamente todo lo que sabe acerca de Malmström y Mohrén, lo encerraremos como cómplice. En aquel piso se hallaron sus huellas dactilares. Y lo volveremos a mandar a Jacobsson. Y lo que es más, ya nos encargaremos de que usted salga mal parado de todo esto.

Gunvald miró apreciativamente al jefe de la patrulla especial y dijo:

—Sí, será un placer especial para mí... —dejó su frase colgando, sin terminar.

Mauritzon ni siquiera pestañeó.

—Muy bien —dijo—. Sé algo que ustedes pueden emplear contra Malmström y Mohrén, y contra algunos más.

El rostro de Apisonadora Olsson se iluminó.

—¡Interesante, señor Mauritzon! ¿Y cuál es ese buen bocado?

Mauritzon se quedó mirando a Gunvald Larsson y dijo:

—Es tan simple que su gato se lo podría comer.

—¿Mi gato?

—Claro. Pero no me culpen a mí si meten la pata otra vez.

—Mi querido señor Mauritzon, ¡tenga cuidado con lo que dice! Tenemos tantas ganas como usted de echarles la zarpa a estos tipos. Pero ¡en nombre del cielo!, ¿qué sabe usted de ellos?

—Su plan para su próximo golpe —dijo Mauritzon sin entonación—. Horario y todo.

Por un instante los ojos de Olsson, fiscal del distrito, casi se salieron de sus órbitas. Tres veces corrió alrededor de la silla de Mauritzon gritando como un maníaco:

—¡Díganos, señor Mauritzon! ¡Suelte lo que sabe! ¡Puede usted decir que está libre! ¡Hasta le daremos una escolta de la policía, si quiere! Pero díganos, por favor, señor Mauritzon, ¡díganos todo lo que sabe!

Contagiados por su curiosidad, todos los de la patrulla especial se pusieron de pie y rodearon impacientes a aquel individuo dispuesto a «cantar».

—Bien —dijo Mauritzon con mucha calma—. Yo prometí a Malmström y Mohrén que les ayudaría en algunos asuntillos. Compras y cosas así. Ellos tenían mucho interés en seguir los tratos, ¿sabe? Y cada día yo tenía que ir a una tabaquería del barrio de Birka y pedir el correo que hubiera para el señor Mohrén.

—¿Qué tabaquería? —preguntó inmediatamente Kollberg.

—¡Oh! No me importa decirles eso también, aunque no les va a servir de nada saberlo. Yo ya he comprobado eso. La dueña es una anciana, y las cartas le son entregadas por jubilados de mucha edad, uno distinto cada vez.

—¿Oh? —dijo Apisonadora—. ¿Cartas? ¿Qué cartas? ¿Cuántas cartas?

—En total sólo tres —repuso Mauritzon.

—¿Y usted las entregaba?

—Claro; pero no sin abrirlas antes.

—¿No se dio cuenta Mohrén?

—No. La gente a quien yo le abro las cartas no se da cuenta. Tengo un modo perfecto de hacerlo, ¿sabe? Químico.

—Bueno, y ¿qué decían esas cartas?

Apisonadora ya no podía contener su impaciencia, ni estarse quieto, y empezó a dar saltitos como un gallo de pelea sobre un asador al rojo vivo.

—En las dos primeras no había nada interesante. Hablaban de un par de tipos llamados «H» y «H», que acudirían a un lugar llamado «Q» y así sucesivamente. Eran mensajes cortos, en una especie de clave. Volví a pegar los sobres y se los entregué a Mohrén.

—¿Y el tercero?

—El tercero llegó anteayer. Era, desde luego, el más interesante. Los planes para su próximo golpe, como ya he dicho. Detallados.

—Y ¿le dio usted ese papel a Mohrén?

—Papeles. Dentro del sobre había tres hojas grandes. Claro que se las di a Mohrén. Pero antes saqué fotocopias que guardé en lugar seguro.

—¡Oh, mi querido señor Mauritzon! —exclamó Apisonadora, abrumado—. Pero ¿en qué sitio? Y ¿cómo irá usted a buscarlas?

—Pueden ir ustedes mismos. Yo no me siento con ganas.

—¿Cuándo?

—Tan pronto como les haya dicho dónde están.

—Y ¿dónde es eso?

—Tómeselo con tranquilidad —repuso Mauritzon—. Los papeles son genuinos, no se preocupe. Pero, en primer lugar quiero un par de cosas.

—¿Qué cosas?

—Primero, el papel de Jacobsson, ése que tiene usted en su bolsillo. El que dice que yo no soy sospechoso de dedicarme al tráfico de drogas, que las investigaciones preliminares han sido abandonadas por falta de pruebas y etcétera.

—Pues claro, ahora mismo —dijo Apisonadora, llevándose la mano al bolsillo.

—Además, quiero un papel parecido, firmado por usted, con referencia a este asunto en el que aparezco como cómplice de Malmström y Mohrén. Que el asunto ha sido examinado y que de ello resulta que actué de buena fe y etcétera.

Apisonadora Olsson corrió hacia su máquina de escribir. El documento estuvo listo en menos de dos minutos. Mauritzon tomó ambos, los leyó detenidamente y dijo:

—Bien. La carta con las copias está en el Sheraton.

—¿El hotel?

—Sí. Lo envié allí. Está en conserjería, apartado de correos.

—¿A nombre de quién?

—Conde Philip von Brandenburg —dijo Mauritzon tímidamente—. Philip, con pe hache.

Todos lo miraron estupefactos.

Entonces Apisonadora dijo:

—¡Oh, mi querido señor Mauritzon! ¡Admirable, admirable! ¿Le importaría ir a sentarse en otra habitación un rato donde usted podrá tomar una taza de té y una pasta danesa o lo que sea?

—Té, gracias —repuso Mauritzon.

—Té —dijo Apisonadora como distraído—. Einar, ¿quiere usted encargarse de que den al señor Mauritzon té, una pasta danesa... y alguna compañía?

Rönn salió con Mauritzon y antes de un minuto ya estaba de vuelta.

—Y ¿qué hacemos ahora? —preguntó Kollberg.

—Apoderarnos de esa carta —dijo Apisonadora—; pero de prisa. El modo más sencillo sería que uno de ustedes fuera allí y dijera que es el conde Von Brandenburg y pida su correo. Usted, por ejemplo, Gunvald.

Gunvald Larsson lo miró rígidamente con sus ojos azul porcelana.

—¿Yo? ¡No por mi vida! Antes presento mi dimisión inmediatamente.

—Entonces tendrá que hacerlo usted, Einar. Si decimos la verdad, armaremos un lío. Puede que se nieguen a entregarnos la correspondencia del conde y etcétera. Podríamos perder un tiempo precioso.

—Claro —dijo Rönn—. Philip von Brandenburg, conde. Miren, aquí tengo una de las tarjetas de visita que me dio. Las lleva en una especie de compartimento secreto de su cartera. Son de aspecto muy aristocrático.

La tarjeta de visita estaba impresa con una letra grisácea y tenía un monograma plateado en una esquina.

—¡Vaya inmediatamente! —exclamó Apisonadora con impaciencia—. ¡En marcha!

—Estoy pensando en lo extrañas que son las cosas —comentó Kollberg—. Si yo voy a la tienda de comestibles en donde he comprado desde hace diez años y pido que me fien una botella de leche, me dirán que no puede ser. Pero si un tipo como Mauritzon entra en una de las joyerías más elegantes de la ciudad y dice que él es el duque de Malexander, puede llevarse tranquilamente y sin pagar dos anillos con diamantes y diez collares de perlas.

—Así es —dijo Gunvald Larsson—. Vivimos en una sociedad de clases... pura y simplemente.

Apisonadora Olsson asintió abstraído. A él no le interesaban las cuestiones referentes a la estructura social.



El conserje se quedó mirando la carta que tenía en la mano, luego la tarjeta de visita, y finalmente a Rönn.

—¿Es usted realmente el conde Von Brandenburg? —preguntó, suspicaz.

—Claro —repuso Rönn inseguro—. Mejor dicho... soy su mensajero.

—¡Ajá! —exclamó el conserje—. ¿Conque sí? Aquí tiene, pues. Y dígame al conde que siempre nos sentiremos muy honrados de tenerlo como huésped.



Cualquiera que no conociese a Apisonadora Olsson habría supuesto que estaba gravemente enfermo o, al menos, chiflado. Porque durante más de una hora estuvo en un estado de completa euforia. Esta sensación de bienestar anormal no fue expresada con palabras sino con sus actos, o mejor dicho, con gestos y movimientos. Le era imposible permanecer sentado durante más de tres

segundos seguidos. Parecía flotar por la habitación como si su arrugado traje azul no fuera el envoltorio de un fiscal de distrito, sino un zepelín, y su cuerpo bajito y rollizo estuviera lleno de helio.

Al final, este pequeño exabrupto de gozo llegó a fatigarlo. Por otra parte, el estudio de las tres hojas de papel dirigidas al «conde» eran fascinantes, y Kollberg, Rönn y Gunvald Larsson seguían examinándolas con el mismo interés con que sus ojos las habían mirado por primera vez hacía una hora.

No cabía la menor duda. Lo que la patrulla especial tenía sobre la mesa eran las fotocopias de todo el plan del próximo atraco de Malmström y Mohrén a un banco.

Sería sin duda un atraco de proporciones extraordinarias. Realmente un golpe definitivo, el mismo que ellos habían estado esperando durante semanas. Y ahora, de repente, se enteraban de casi todo. Habría de tener efecto un viernes, a las 2.45 de la tarde. Con toda probabilidad sería el viernes 7, es decir, al día siguiente, o una semana después, el viernes 14 de julio.

Muchos indicios sugerían la segunda posibilidad. Esto les daría toda una semana de tiempo, intervalo más que suficiente para llevar a término todos los preparativos imaginables. Pero incluso si Malmström y Mohrén se ponían a trabajar en seguida, los papeles revelaban tanto que sería mera rutina echar por tierra todos sus meticulosos planes y sorprenderles con las manos en la masa.

En una de las hojas había un dibujo detallado del propio banco, muy bien hecho por cierto, que parecía incluir todo lo relacionado con los métodos que se iban a emplear: los puntos en los que se situarían los diversos individuos la situación de los coches que se utilizarían para escapar, y las rutas de salida de la ciudad. Todo estaba especificado en detalle.

A Apisonadora Olsson, que conocía a la perfección todos los bancos de la región de Estocolmo, le bastó un solo vistazo al dibujo para poder decir al instante cuál era el banco al que se intentaba saquear: uno de los mayores y más modernos del centro de Estocolmo.

El plan, con toda su sencillez, era tan inteligente que sólo podía tener un autor: Werner Roos. Apisonadora estaba seguro.

El atraco se llevaría a cabo en tres operaciones independientes. La primera había de ser de diversión.

La segunda implicaba una acción profiláctica, dirigida al enemigo principal, es decir, la policía. La tercera era el atraco propiamente dicho.

Para llevar a cabo su plan, Malmström y Mohrén necesitarían, por lo menos, cuatro ayudantes sobre el terreno. Dos de ellos eran incluso mencionados por sus nombres: Hauser y Hoff. Por lo que se podía deducir, habrían de permanecer de guardia durante el golpe. Los otros dos (o posiblemente más de dos) serían los responsables de la diversión y de la acción preventiva. Estas personas eran descritas como «empresarios».

La maniobra de diversión comenzaría a las 2.40 y tendría efecto en Rosenlundsgatan, en la parte sur de la ciudad. Entre los accesorios figuraban, al menos, dos coches y una carga muy potente de dinamita.

Todo sugería que esta diversión estaba destinada a atraer el máximo de atención, y a casi todos los coches patrulla que circularan por el centro de la ciudad y sus suburbios septentrionales.

Lo que no estaba claro era cómo iba a ser llevada a cabo. Pero habría motivos para suponer que se trataría de una violenta explosión, bien en una gasolinera o en el interior de una casa. El



hombre responsable de la acción era el «Empresario A».

Un minuto después, como era tácticamente correcto, se pondrían en marcha las medidas profilácticas. Esta parte del plan era tan ingeniosa como descarada. Serían bloqueadas todas las salidas de las patrullas antimotines y otros vehículos de emergencia que estaban de reserva en la comisaría de policía de Kungsholmen. Era difícil imaginar cómo se lograría esto, pero una fuerza central de policía no preparada puede ciertamente tener sorpresas desagradables. El mando directo de esta parte del plan corría a cargo del «Empresario B».

A las 2.45, suponiendo que estas dos operaciones primarias se hubieran realizado de acuerdo con el plan, la mayor parte de las fuerzas móviles de la policía estarían entretenidas por la conmoción en Rosenlundsgatan, en la parte sur, mientras que la reserva táctica del personal de emergencia quedaría atascada en el edificio central de la policía en Kungsholmen.

En aquel momento Malmström y Mohrén, ayudados por los misteriosos y desconocidos señores Hoff y Hauser, efectuarían el golpe propiamente dicho contra el banco, con la excelente perspectiva de no ser molestados por la policía.

Ésta, por consiguiente, iba a ser la tanto tiempo esperada tarea, tarea con «T».

Para escapar se emplearían dos vehículos, que luego se cambiarían por otros cuatro, con sólo un hombre en cada uno de ellos. Dado que en esos momentos casi todas las fuerzas móviles de la policía se habrían dirigido hacia la parte sur de la ciudad, y el resto estaría atascado en Kungsholmen, los cuatro coches habrían de retirarse hacia el norte.

Por amor a la perfección se había calculado la cifra del botín, que se estimaba en una suma equivalente a dos millones y medio de coronas suecas. Este detalle fue el que sugirió el viernes día 14. Puestos en contacto con el banco, éste indicó que una suma semejante, en todo tipo de moneda, podría haberla tal día en el banco. Sí, por otra parte, la banda daba el golpe el viernes día 7, la cantidad sería mucho menor.

Casi todas las instrucciones estaban escritas en sueco o eran fáciles de interpretar.

—«Jean tiene un largo bigote» —dijo Kollberg—. Todo el mundo sabe lo que eso significa. La frase la empleó en la radio el maquis francés en la víspera del día D en la Segunda Guerra Mundial. —Kollberg vio la mirada inquisitiva de Rönn y se hizo más explícito—: Quiere decir, sencillamente: «Está bien, muchachos, adelante».

—Este último fragmento es también bastante sencillo —dijo Gunvald Larsson—: «Abandonen el barco». Ésta fue la frase que Mauritzon no comprendió. Órdenes de escabullirse en seguida. Se daría el otro día y por eso aquel apartamento estaba vacío. Probablemente Roos sospechaba de Mauritzon e hizo que aquellos dos cambiaran de escondite.

—Inmediatamente después viene la palabra «Milán» —dijo Kollberg—. ¿Qué significa eso?

—Encuentro en Milán para repartirse la pasta —repuso Apisonadora, sin vacilar—. Pero, tal como van las cosas, ni siquiera saldrán del banco; es decir, si es que les dejamos entrar. La partida es nuestra.

—Sin duda —repuso Kollberg—. Al menos así lo parece.

Sabiendo todo esto, tomaron fácilmente sus medidas. Pasara lo que pasara en Rosenlundsgatan, el hecho habría de ser ignorado todo lo posible. Y en cuanto a los vehículos de emergencia en Kungsholmen, todo lo que había que hacer era asegurarse de que no estuvieran allí cuando la acción preventiva de los atacadores se pusiera en movimiento. Por el contrario, serían colocados en puntos estratégicos alrededor del banco.

—Bien —dijo Apisonadora, más o menos para sí mismo—. Este plan es claramente obra de Werner Roos. Pero ¿cómo vamos a poder demostrarlo?

—¿Por la máquina de escribir, quizá? —preguntó Rönn.

—Es casi imposible seguir el rastro de una máquina de escribir eléctrica particular por un papel mecanografiado. Aparte de que no hace errores tipográficos importantes. Así que, ¿cómo vamos a relacionarlo?

—Ya podrá encontrar usted algo para una cosa tan pequeña —dijo Kollberg—, usted, ¡qué es un fiscal de distrito! Aquí en Suecia todo lo que tiene usted que hacer es acusar a la gente para que los encarcelen, aunque sean inocentes.

—Pero Werner Roos es culpable —insistió Apisonadora.

—Y ¿qué hacemos con Mauritzon? —preguntó Gunvald Larsson.

—Soltarlo, claro —dijo Apisonadora distraídamente—. Él ya ha interpretado su papel y ahora hace mutis.

—¿De veras? Me extraña —comentó Gunvald Larsson dubitativo.

—El próximo viernes —dijo Apisonadora soñoliento—, ¡piensen lo que nos espera!

Sonó el teléfono: habían atracado un banco en Vällingby.

Como atraco, no merecía la pena hablar mucho de él. Una pistola de juguete, y sólo mil de botín. Una hora más tarde el culpable fue hallado tambaleándose en el parque Humlegarden, tratando de regalar el dinero. Pero, por lo menos, no había tenido tiempo de emborracharse del todo y, para remate, un patrullero ambicioso le había disparado un tiro y herido en una pierna. La patrulla especial trató el asunto sin tener siquiera que salir del edificio.

—¿No cree usted que Roos podría estar detrás de todo esto? —preguntó Gunvald Larsson maliciosamente.

—Bueno —contestó Apisonadora, animado por el pensamiento—. Ha tenido usted una brillante idea. Indirectamente, Roos es culpable. Sus atracos a bancos son una inspiración incluso para los más torpes. Así que indirectamente, como he dicho, se puede decir...

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Gunvald Larsson—. ¿Por qué no saca usted ventaja de eso?

Rönn se dirigió a su propia habitación. En ella estaba sentado alguien a quien él no había visto desde hacía tiempo: Martin Beck.

—¡Hola! —le dijo Beck—. ¿Se ha peleado usted con alguien?

—Sí —contestó Rönn—, de manera indirecta.

—¿Qué significa eso?

—Aún no lo sé —repuso Rönn vagamente—. Ahora es todo tan extraño. ¿Qué desea usted?

## 20

La habitación de Einar Rönn estaba en la parte trasera del edificio central de la policía en Kungsholmsgatan. Desde la ventana se le ofrecía una panorámica sobre un enorme agujero en el suelo, del cual surgiría a su debido tiempo el gigantesco edificio de la Junta Nacional de Policía y taparía la vista. Desde este ultramoderno coloso en el corazón de Estocolmo la policía extendería sus tentáculos en todas direcciones y con puño de hierro sujetaría a los desalentados ciudadanos de Suecia. Por lo menos a unos cuantos de ellos. Al fin y al cabo no todos podían emigrar o suicidarse.

La localización y enormes dimensiones del nuevo cuartel general de la policía habían sido violentamente criticadas en muchos sectores; pero, al final, la policía se había salido con la suya, al menos en lo concerniente al edificio.

Lo que la policía, o para ser más precisos, algunas personas dentro de sus altas jerarquías, querían de veras, era poder. Éste era el ingrediente secreto que en años recientes había conducido la filosofía del departamento. Como la policía nunca había sido antes un factor de poder independiente en la política sueca, sólo unos pocos comprendieron de qué lado soplaba el viento. La pugna por el poder explicaba también por qué tantos aspectos de las interminables correrías hechas por la policía en los últimos años habían parecido muy contradictorias e incomprensibles.

El nuevo edificio habría de ser un símbolo importante de este nuevo poder. Habría de facilitar un directorio central planificado de tipo totalitario, y ser también una fortaleza contra los ojos y oídos de personas entrometidas que no tenían nada que hacer allí, lo cual significaba, en este caso, toda la nación sueca. En tal contexto era importante una línea de pensamiento: los suecos habían adquirido el hábito de reírse de la policía. Pronto, ninguno se reiría más. O al menos así se esperaba.

Todo esto, sin embargo, no era más que una piadosa aspiración, ocultada a todos menos a unos pocos; algo que, con algo de suerte y si soplaban las debidas brisas políticas, podía madurar en un Ministerio del Terror. De momento había poco más que un gran agujero en el suelo rocoso de Kungsholmen.

Desde la ventana de Rönn aún se veían la parte alta de Bergsgatan y los frondosos árboles del parque Kronoberg.

Ahora Martin Beck se había levantado de la mesa de Rönn y estaba de pie junto a la ventana. Desde allí podía ver la ventana del piso donde Karl Edvin Svärd había yacido muerto durante unos dos meses, con una bala en el corazón y sin que nadie lo echara de menos.

—Antes de que usted se convirtiera en especialista en atracos a bancos, investigó una muerte —dijo Martin Beck—. La de un hombre llamado Svärd.

Rönn soltó una risita de azoramiento.

—¡Especialista! —exclamó—. ¡Pobre de mí! —No era hombre que tuviera graves defectos; pero su temperamento era completamente distinto del de Martin Beck, y siempre le resultaba difícil colaborar—. Sí, es cierto —dijo Rönn—. Estaba ocupado con ese caso cuando me destacaron.

—¿Destacaron?

—Sí, a esta patrulla especial.

Martin Beck sintió una débil punzada de irritación; quizá porque Rönn habría hecho inconsciente uso de la jerga militar. Dos años antes no habría empleado tal expresión.

—¿Llegó usted a alguna conclusión? —preguntó Martin Beck.

Rönn se frotó con el dedo pulgar la rojiza nariz y luego contestó:

—No tuve mucho tiempo para ocuparme de ese asunto, ¿no es verdad? ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque, como usted sabrá probablemente, me han pasado a mí el caso. Creo que como una especie de terapia.

—Bueno —repuso Rönn—, era un caso bastante tonto. Desde el principio parecía una novela policíaca. Un viejo muerto de un tiro, que estaba en una habitación cerrada por dentro. A lo cual se añade...

Se calló, como si estuviera avergonzado de algo. Ésta era una de sus costumbres más irritantes. Había que estar pinchándole continuamente.

—¿Qué iba usted a decir?

—Bueno, Gunvald dijo que yo tenía que haberme detenido a mí mismo en seguida.

—¡Oh! ¿Por qué?

—Como sospechoso. ¿No lo ve? Yo mismo podía haberlo matado desde aquí, desde mi habitación. A través de la ventana. —Martin Beck no dijo nada y Rönn inmediatamente se sintió inseguro—. Claro que estaba bromeando. Además, la ventana de Svärd estaba cerrada por dentro, la persiana corrida, y el cristal intacto. A lo cual se añade...

—¿Qué iba usted a decir?

—Que soy muy mal tirador. Una vez fallé un alce desde una distancia de ocho metros. Tras lo cual mi padre no volvió a permitirme que disparase, sólo que llevara sus termos, su coñac y sus bocadillos. Así que...

—¿Qué?

—Bueno, pues que está a unos doscientos cincuenta metros de distancia. Y alguien que, desde ocho metros, disparando con un rifle, no puede hacer blanco en un alce, seguro que con una pistola no va alcanzar ese edificio. Bueno, no he querido decir... Lo siento...

—¿Qué no ha querido usted decir?

—Bueno, no creo que sea muy agradable para usted... que yo esté aquí charlando de pistolas y tiros y cosas de ésas.

—Me parece de perlas. ¿Trabajó usted mucho en ese caso?

—Sólo un poco, como ya le he dicho. Inicié una investigación criminológica; pero la gente que pasó por allí lo pisoteó y borró todo. Telefoneé al laboratorio y pregunté si alguien había tomado

pruebas de parafina de las manos de Svärd. No lo había hecho nadie, y para empeorar las cosas...

—¿Sí?

—Bueno, el cadáver había desaparecido. Lo habían quemado. Una linda historia. ¡Vaya investigación!

—¿Miró usted los antecedentes de Svärd?

—No, no llegué hasta eso. Pero hubo otra cosa que traté de arreglar.

—¿Qué cosa?

—Bueno, pues que si lo mataron de un tiro, debía de haber una bala. Pero no hubo investigación balística, ¿ve? Así que telefoneé al tipo que hizo la autopsia, que resultó ser una mujer; y ella me dijo que había metido la bala en un sobre y que lo puso en alguna parte. Hubo mucho descuido desde el principio hasta el fin.

—Y ¿bien?

—Que ella no pudo encontrar el sobre. Le dije que hiciera todo lo posible para encontrarlo, y que lo enviara para un examen balístico. Luego quitaron el caso de mis manos.

Martin Beck miró hacia la distante fila de edificios de Bergsgatan y, pensativamente, con el pulgar e índice de la mano derecha se frotó el puente de la nariz.

—Einar —le dijo—, ¿cuál es su opinión personal sobre cómo ocurrió todo? ¿Qué cree usted?

Sólo en presencia de sus amigos más íntimos un policía ventila sus opiniones personales y privadas sobre las investigaciones oficiales. Martin Beck y Rönn no habían sido nunca amigos o enemigos.

Rönn permaneció sentado y silencioso durante un buen rato, al parecer sumido en pensamientos desagradables. Luego dijo:

—Bueno, a mi entender había un revólver dentro del apartamento cuando los patrulleros lograron abrir la puerta.

¿Por qué un revólver? La respuesta era sencilla: no había caja de cartuchos. El pensamiento de Rönn era lúcido. Debía de haber un revólver en alguna parte del suelo, por ejemplo, debajo del cadáver. En cuyo caso ni los patrulleros ni Gustavsson, que habían estado allí para echarle un vistazo, lo habrían visto mientras el cadáver permaneció allí. Y no era seguro que examinaran el suelo después de que se llevaran el muerto.

—¿Conoce usted a Aldor Gustavsson?

—Claro —Rönn se retorció molesto en su silla.

Pero Martin Beck se contuvo y no prosiguió con la desagradable cuestión. En cambio, dijo:

—Hay todavía otro punto importante, Einar.

—¿Cuál?

—¿Tuvo usted la oportunidad de hablar con Kristiansson y Kvastmo? Cuando yo vine aquí el lunes sólo había uno de ellos de servicio; y ahora uno está de vacaciones, y el otro tiene permiso para ausentarse.

—Claro, yo los hice venir a los dos a mi despacho —dijo Rönn.

—Y ¿qué dijeron?

—Evidentemente se atuvieron a lo que habían escrito en su informe. Desde el momento que abrieron la puerta hasta que se marcharon todos, sólo entraron cinco personas en aquel apartamento.

—Es decir, ellos, Gustavsson, y los dos hombres que se llevaron el cadáver, ¿no es así?

—Exacto.

—¿Y les preguntó usted si habían mirado debajo del cadáver?

—Claro. Y Kvastmo dijo que él había mirado. Kristiansson empezó a vomitar, así que casi todo el rato permaneció fuera.

Ahora Martin Beck no vaciló, y apretó el tornillo.

—¿Cree usted que Kvastmo estaba mintiendo?

Sorprendentemente, la respuesta de Rönn tardó en llegar. Si yo he dicho «A», pensó Martin Beck, apenas hay razón por la que él no deba decir «B» sin más ni más.

Rönn se pasó un dedo por el vendaje de la frente, y contestó:

—Siempre he oído decir que usted era un tipo muy desagradable al interrogar a la gente.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que los que dicen eso tienen razón.

—Sea ahora buen chico y conteste.

—Yo no soy psicólogo cuando se trata de juzgar testigos —dijo Rönn—; pero a mí me pareció que Kvastmo decía la verdad.

—Su lógica no encaja —repuso Martin Beck fríamente—. ¿Cómo puede usted creer que ese revólver estaba en la habitación, y al mismo tiempo decir que cree que el patrullero decía la verdad?

—Porque no hay otra explicación —replicó Rönn—. Es así de sencillo.

—Está bien, Einar yo también creo que Kvastmo estaba diciendo la verdad.

—Pero ¿no ha dicho usted que no ha hablado con él? —preguntó Rönn, asombrado.

—Yo no he dicho nada de eso. La verdad es que hablé con Kvastmo el martes pasado; pero yo no estaba en situación de hablar con él en las circunstancias de tranquilidad en que supongo se encontraron ustedes.

Rönn pareció dolido.

—Es usted realmente desagradable —le dijo. Abrió el cajón central de su mesa, y sacó un cuaderno de hojas unidas por una espiral. Lo hojeó un rato, y luego arrancó la página, que entregó a Martin Beck—. Aquí tengo un poco más de información que puede interesarle —dijo—. Svård no llevaba viviendo mucho tiempo en aquella casa de Kungsholmen. Me enteré de dónde había vivido antes. Pero luego ya no estuve en situación de hacer más en el asunto. De todos modos, aquí tiene la dirección. Allí le darán la bienvenida.

Martin Beck miró el papel. Un nombre y una dirección en Tulegatan, el distrito que una vez, y no sin razón, había sido llamado Siberia. Dobló el papel y se lo metió en el bolsillo.

—Gracias, Einar.

Rönn no contestó.

—Adiós entonces —dijo Martin Beck.

Rönn replicó con un breve gesto de asentimiento.

Las relaciones entre ellos nunca habían sido particularmente cordiales. Ahora parecían haberse deteriorado más.

Martin Beck salió de la habitación de Rönn, y poco después, del edificio. Con paso vivo caminó por la Kungsholmsgatan hasta Kungsbron, y luego por Kungsgatan hasta Sveavägen, donde dobló hacia el norte.

Fácilmente podía haber mejorado sus relaciones con Rönn diciendo algo positivo o, por lo menos, amistoso. No le faltaban razones para hacerlo. La investigación sobre la muerte de Svärd había sido malograda desde el principio. Pero en cuanto Rönn se hizo cargo de ella, fue llevada con prontitud y perfecta corrección.

Rönn comprendió en seguida que debajo del cadáver pudo haber un revólver, y que esto era de importancia crucial. ¿Habría mirado Kvastmo de verdad en el suelo después de que se llevaran al muerto? Nadie, realmente, podría culparle de no haberlo hecho. Gustavsson había aparecido en el escenario en su calidad de superior de Kvastmo y como especialista, y el modo seguro como había enjuiciado la situación alivió, en buena parte, a ambos patrulleros de toda ulterior responsabilidad.

Si Kvastmo *no había* mirado, entonces las cosas, de pronto, tomaban otro aspecto. Cuando se hubieran llevado el cadáver, los hombres sellaron el apartamento y se marcharon. Pero en este caso particular ¿qué significaba «sellar»?

Como la policía no había podido penetrar en el apartamento sin arrancar la puerta de sus bisagras, y eso sólo después de haber sido más o menos destrozadas, sellar significaba poco más que sujetar fuertemente un trozo de cuerda entre las jambas, y colgar el usual impreso especificando que aquel sitio estaba sellado de acuerdo con el párrafo apropiado de la ley. Sin embargo, esto no significa nada. Y durante varios días casi todo el mundo podría haber entrado sin la menor dificultad. Y podían haberse llevado varios objetos; por ejemplo, un arma de fuego.

Ello implicaba, en primer lugar, que Kvastmo había estado mintiendo deliberadamente. Y que era tan buen embustero que podía engañar no sólo a Rönn, sino también al propio Martin Beck. Tanto Rönn como Martin Beck eran veteranos en el oficio, y ninguno de ellos tenía la reputación de persona fácil de engañar.

En segundo lugar, si Svärd verdaderamente se había suicidado, ¿por qué alguien se habría de tomar la molestia de escamotear el arma? Aquí había una contradicción evidente, que tampoco se limitaba al hecho de que el hombre hubiera sido hallado yaciendo en una habitación cerrada desde dentro, donde, para colmo, no se encontró ninguna arma.

Svärd no parecía tener parientes cercanos, ni tampoco compañía (al menos que alguien supiera). Si nadie lo conocía, ¿quién podría estar interesado en su muerte?

A Martin Beck le pareció que, en algunos puntos, debía ampliar sus conocimientos. Entre otras cosas comprobaría un nuevo detalle sobre lo que había ocurrido el domingo 18 de junio. Pero sobre todo quería saber más de Karl Edvin Svärd.

En el papel que Rönn le había dado figuraba no sólo la dirección en «Siberia». Había otra cosa apuntada. Un nombre: «casera: Rhea Nielsen».

Ahora Martin Beck había llegado a la casa de Tulegatan. En el portal, un vistazo a la lista de nombres le reveló que la casera vivía en el edificio. Un hecho notable en sí, y quizás afortunado para él.

Subió hasta el segundo piso y tocó el timbre.

## 21

La furgoneta era gris, sin más señales que sus matrículas. Los hombres que la utilizaban llevaban monos del mismo color. No había nada en su aspecto que indicara su ocupación. Podrían pertenecer al servicio de averías de cualquier cosa, o ser empleados municipales. Precisamente esto.

Eran casi las seis de la tarde, y si nada alarmante ocurría en los próximos quince minutos, pronto acabarían su trabajo diario y se irían a casa a jugar con sus hijos durante un rato antes de sentarse delante del televisor.

Martin Beck, al no encontrarse a nadie en el piso de Tulegatan, se fijó en esos dos. Estaban sentados junto a su furgoneta Volkswagen bebiendo directamente de sus botellas de cerveza, y el vehículo soltaba un intenso olor a desinfectante. Pero se imponía otro olor que ningún producto químico de la tierra podía eliminar. La puerta trasera estaba abierta, y era comprensible que los hombres quisieran airear el vehículo a la primera oportunidad.

En su hermosa ciudad estos hombres cumplían una función especial y bastante importante. Su trabajo diario era llevarse a los suicidas y otras personas desagradables que habían dejado esta vida por otros alrededores más convenientes.

Unas pocas personas, por ejemplo, bomberos y policías, así como ciertos periodistas y otros iniciados, estaban familiarizados con esta furgoneta gris. Y cuando la veían llegar calle abajo, sabían lo que había pasado. Pero la gran mayoría no veía nada particular en ella, porque para ellos era ni más ni menos otro vehículo cualquiera. Y tal era precisamente el efecto que se intentaba producir. Al fin y al cabo no había motivo para desanimar y asustar a la gente más de lo que estaba.

Como otros individuos que se dedicaban a trabajos ligeramente peculiares, estos funcionarios se tomaban el suyo tal como se presentaba y con gran aplomo; muy escasas veces, o jamás, dramatizaban su tarea en la máquina de la beneficencia. Todo lo más, se limitaban a comentarla entre ellos; hacía tiempo observaron que las reacciones de la mayoría de los oyentes eran muy negativas, sobre todo cuando estaban en alegre compañía, entre amigos, o tomando café con sus esposas.

Sus contactos con la policía, aunque eran un asunto cotidiano, se producían siempre con «polis» del orden más monótono. Que un detective inspector jefe mostrara interés por lo que hacían, e incluso fuera en busca de ellos, era de lo más halagador.

El más locuaz de los dos se secó la boca con el dorso de la mano y dijo:

—Claro que me acuerdo de aquél. Fue en Bergsgatan, ¿no?



—Sí.

—Pero el nombre no lo recuerdo. ¿Dice que era Stal?

—No, Svärd.

—Eso no significaba nada para mí. A menudo no nos interesamos por los nombres.

—Comprendo.

—Eso fue también en domingo. Los domingos siempre hay trabajo, ¿comprende?

—¿Recuerda al policía que he citado? ¿Kenneth Kvastmo?

—No. Los nombres no me dicen nada. Pero recuerdo que allí había un «poli» con la boca abierta.

—¿Mientras ustedes se llevaban el cuerpo?

El hombre asintió.

—Pensamos que sería uno de la clase de los duros.

—¡Oh! ¿Por qué?

—Hay dos clases de «polis», ¿sabe? Los que vomitan y los que no. Y ése ni siquiera se llevó los dedos a la nariz.

—¿Así que estuvo allí todo el tiempo?

—¡Claro! Ya se lo he dicho, ¿no? Se aseguró de que nosotros hiciéramos nuestro trabajo satisfactoriamente, por así decirlo.

El otro contuvo una risita y tomó un trago de cerveza.

—Sólo una pregunta más.

—¿Cuál?

—¿Cuándo ustedes recogieron el cadáver, se fijaron si había algo debajo de él? ¿Algún objeto?

—Y ¿qué podía haber allí?

—Una pistola, por ejemplo, o un revólver.

El hombre soltó una carcajada.

—¡Una pistola o un revólver! Exclamó sin dejar de reírse. —Y ¿cuál es la diferencia?

—Un revólver tiene un tambor rotatorio, que gira por medio de un mecanismo.

—Como los que tienen los *cowboys*, ¿eh?

—Cierto, así es. No es que eso suponga mucha diferencia. La principal cuestión es si había alguna clase de arma bajo el hombre muerto.

—Escuche, inspector jefe. Ese cliente era un tipo de mediana edad.

—¿De mediana edad?

—Seguro había muerto hacía unos dos meses.

Martin Beck asintió.

—Lo levantamos y lo soltamos sobre la tela de plástico, ¿sabe?, y mientras yo sellaba la cubierta por sus bordes, Arne, que es éste, barría los gusanos del suelo. Solemos meterlos en una bolsa que lleva un producto que quita el mal olor.

—¿Oh?

—Y si Arne hubiera tropezado con algo, a la fuerza se habría dado cuenta de ello, ¿no le parece?

Arne asintió y rió con disimulo. Las últimas gotas de cerveza se le atragantaron.

—Claro que me habría dado cuenta —dijo tosiendo.

—¿Así que allí no había nada?

—Nada de nada. Además, el patrullero estuvo allí de pie todo el rato, mirando. Seguía allí cuando pusimos a nuestro cliente en la caja de cinc y lo empujamos hacia afuera. ¿Verdad que fue así, Arne?

—Así fue —corroboró Arne.

—Parecen muy seguros.

—¿Seguros? Más que eso. Debajo de aquel cliente no había nada, ¿sabe? Excepto una bonita colección de *cynomyia mortuorum*.

—¿Qué es eso?

—Gusanos de cadáver.

—¿Están completamente seguros?

—Segurísimos.

—Gracias —dijo Martin Beck. Y se marchó.

Los hombres del mono gris intercambiaron algunas breves palabras.

—Le has dado una buena lección —dijo Arne.

—¿Cómo?

—Con esas palabras en griego. Esos jefazos se creen que nosotros no servimos más que para empacar cadáveres podridos.

El teléfono móvil<sup>[\*]</sup> sonó en el asiento delantero. Arne contestó, refunfuñó algo, y colgó el auricular.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Otro bastardo que se ha ahorcado.

—¡Oh, bueno! —respondió su colega resignadamente.

—A decir verdad, nunca he podido aguantar a esos tipos que se ahorcan. ¿Crees que esto es vida?

—¡Hala, vamos!



Ahora, a Martin Beck le parecía saber, técnicamente hablando, casi todo lo que podía saberse sobre la extraña muerte ocurrida en Bergsgatan. Al menos las actividades de la policía parecían satisfactoriamente aclaradas. Pero quedaba un punto importante. Hacerse con el informe de la investigación balística, si es que hubo alguno.

Sobre la personalidad de Svärd sabía muy poco, aunque había trabajado mucho para enterarse de cosas del difunto.

El miércoles, día en que la policía penetró en el apartamento de Malmström y Mohrén, apenas hubo acontecimientos para Martin Beck. Él no sabía nada de los atracos a bancos o de las pruebas y tribulaciones de la patrulla especial; y de esto se alegraba mucho. Después de su visita al piso de Svärd en la tarde del martes, fue primero a la comisaría central de policía en Kungsholmsgatan (donde todo el mundo estaba muy ocupado con sus problemas y nadie tuvo tiempo para él) y luego a la Junta Nacional de Policía. Allí oyó un rumor que al principio le pareció ridículo; pero que, al pensar en él, lo inquietó.

Se decía que iban a ascenderlo. Pero ¿a qué? ¿A superintendente? ¿A comisario? ¿A jefe de sección? ¿Acaso a la salud, la riqueza y la prosperidad?

Sin embargo, éste no era el punto principal. Probablemente, el rumor no fuera sino el producto de chismes indirectos, en su mayor parte carentes de fundamento.

No hacía mucho, en 1967, había sido ascendido a detective inspector jefe, y no había base real para suponer que alcanzara nunca los grados superiores. Bajo ninguna circunstancia se plantearía la cuestión de que él fuera ascendido a algo mejor en un plazo de cuatro o cinco años, como mínimo. Esto era algo que todo el mundo debería saber, porque si hay una materia que los burócratas conocen a fondo, es la de los escalafones y sueldos, asuntos en los que todos consideran celosamente sus propias posibilidades y las de los demás.

¿Cómo podía haberse originado tal rumor? Tras él habría sin duda, alguna especie de razonamiento. Pero ¿cuál? A su entender, podía escoger entre dos explicaciones.

La primera es que deseaban librarse de él como jefe de la Patrulla Nacional de Homicidios, y estaban dispuestos incluso a darle la patada escaleras arriba para meterlo en la burocracia. Éste, al fin y al cabo, es el modo más corriente de librarse de funcionarios desagradables, o de todo punto incompetentes. Sin embargo, era improbable. Ciertamente él tenía enemigos en la Junta Nacional de Policía, aunque, para ellos, difícilmente podía constituir una amenaza. Además, a duras penas podrían evitar el ascenso de Kollberg como sucesor suyo, algo que desde su punto de vista sería también indeseable.

Por lo tanto, la segunda explicación parecía la más probable. Mas, por desgracia, era mucho más humillante para todos. Quince meses antes habría estado a punto de perder la vida: el único alto jefe en la historia moderna de Suecia que se viera en ese caso. Le había disparado un presunto criminal. El incidente llamó mucho la atención, y, por su actuación entonces, se vio rodeado de una aureola que ciertamente no merecía. Sin embargo, por razones evidentes, los héroes son escasos en las fuerzas de policía, y a ello se debió que se exagerase tanto el final feliz de aquel drama.

De modo, que ahora había un héroe a la fuerza. Y ¿qué se puede hacer con un héroe? Ya le habían dado una medalla; y lo menos que podían hacer con él era ascenderle.

En cuanto al propio Martin Beck, había tenido mucho tiempo para analizar lo que había sucedido en aquel fatídico día de abril de 1971. Y llegó a la conclusión de que había actuado de manera equivocada; no sólo moral, sino profesionalmente. También se daba cuenta de que este pensamiento se le había ocurrido a más de uno de sus colegas mucho antes de que él lo hubiera comprendido por sí mismo. Le dispararon un tiro porque había actuado como un idiota. Y basándose en esto, ahora iban a darle un puesto superior y de más responsabilidad.

Había estado contemplando su propia situación el martes por la noche; pero tan pronto como se vio sentado de nuevo ante su mesa de Västberga, inmediatamente dejó de pensar en ello. En cambio, indiferente, pero sistemático, sin piedad, sentado solo en su habitación, y trabajando a su modo en la investigación, había dedicado el miércoles al caso Svärd.

Durante un instante pensó que, en lo sucesivo y en sus mejores momentos, esto era cuanto podía esperar de su trabajo: quedarse solo para ocuparse de un caso del modo apropiado y sin injerencia externa.

En su interior aún sentía una débil nostalgia, aunque no podría decir de qué. Quizás un genuino interés por lo que estaba haciendo. Siempre había parecido fácil la soledad, y ahora creía estar definitivamente en camino de convertirse en un recluso que no sentía deseos de la compañía de los

demás, ni la voluntad de romper su vacío. ¿Se estaba convirtiendo en un robot servicial, enclaustrado, digamos, bajo la tapa de una cacerola, o una cúpula de cristal invisible?

En cuanto al problema profesional que tenía entre manos, carecía de dudas profesionales. O lo resolvía, o no lo resolvía. El porcentaje de asesinatos y homicidios aclarados por su departamento era muy alto. Esto se debía al hecho de que casi todos los crímenes son poco complicados, y los culpables están, por lo general, dispuestos a arrojar la toalla.

Además, la patrulla de homicidios estaba relativamente bien equipada. La única sección de la fuerza que tenía recursos mayores en proporción a los delitos que habría de combatir era la policía de seguridad. Como estaba ocupada en mantener un registro de comunistas, mientras que obstinadamente apartaban los ojos de las distintas organizaciones fascistas más o menos exóticas, la verdad es que no cumplían ninguna función. Por tanto para tener algo que hacer, pasaban la mayor parte de su tiempo soñando en delitos políticos y en potenciales riesgos para la seguridad. El resultado de sus actividades era el que se podía esperar: risible. Sin embargo, la policía de seguridad constituía una especie de reserva política táctica, siempre lista para ser empleada contra ideologías desagradables. Y era fácil de adivinar que se presentarían situaciones en las que sus actividades no tendrían nada de risibles.

A veces, claro está, la patrulla nacional de homicidios tenía sus fracasos. Las investigaciones se atascaban y finalmente iban a parar al archivo. Por lo general, se trataba de casos en los que se conocía el culpable; pero debido a sus obstinadas negativas, no se podía demostrar que lo era. Cuanto más primitivo sea un delito violento, más escasas son a menudo las evidencias.

El último fracaso de Martin Beck podía servir como ejemplo típico. Un anciano de Laponia había matado con un hacha a su esposa que era de la misma edad que él. El motivo era que él llevaba ya mucho tiempo en relaciones con la sirvienta del matrimonio, que era algo más joven, y por último se cansó de los reproches y celos de la anciana. Tras asesinarla, el marido llevó el cadáver a la leñera. Como era invierno y el frío fue muy intenso, esperó dos meses antes de tender una puerta sobre el trineo, poner encima a la mujer y llevársela a la aldea más cercana, que estaba, de su granja, a más de veinte kilómetros de caminos difíciles. Al llegar, declaró simplemente que la anciana sufrió una caída y se abrió la cabeza contra la estufa, y que él no pudo llevarla antes a la aldea a causa del frío reinante. Todos en la aldea comprendieron que mentía, pero el hombre se mantuvo firme en su declaración, así como la sirvienta. La policía local, al hacer una investigación propia de aficionados, destruyó todos los rastros del crimen. Luego pidieron ayuda de fuera, y Martin Beck se pasó dos semanas en un extraño hotel, antes de abandonar e irse a casa. Durante el día interrogaba al asesino, y de noche permanecía un rato sentado en el comedor del hotel, escuchando a la gente de la localidad, que se reía de él a sus espaldas. Tales reveses, sin embargo, eran excepcionales.

El caso de Svärd era aún más extraño, y no se parecía a ningún otro caso del que Martin Beck se hubiera ocupado. Esto debería de ser estimulante; pero él no tenía ningún interés personal por los enigmas, no se sentía estimulado en lo más mínimo.

Su trabajo burocrático del miércoles también fue poco satisfactorio. Los archivos de delitos castigados no contenían la menor referencia a Karl Edvin Svärd. En sí, esto no significaba más que no había sido castigado nunca por ningún delito. Pero ¡cuántos transgresores de la ley escapan sin comparecer siquiera ante un tribunal, dejando aparte el hecho de que las leyes han sido hechas

para proteger ciertas clases sociales y sus dudosos intereses, y que, por otra parte, parecen hechas principalmente para facilitar la oportunidad de ser burladas!

El informe de la Junta estatal de vinos y licores tampoco decía nada. Eso, presumiblemente, significaba, que Svärd no había sido un alcohólico. Porque una persona de su categoría social, no habría dejado de llamar la atención de las autoridades. Al hecho de que beban los de la clase alta, se le llama «cultura»; los ciudadanos de las otras clases, que tienen necesidades similares, son calificados inmediatamente de alcohólicos, o como casos que necesitan cuidado y protección. De donde se deduce que no reciben ni cuidado ni protección.

Durante toda su vida adulta Svärd había sido guarda de almacén y su último empleo lo tuvo en una agencia de expediciones. Sentía dolores en la espalda, cosa bastante corriente en su profesión, y a la edad de cincuenta y seis años, fue declarado incapacitado para el trabajo.

Desde entonces vivió de su pensión. Dicho de otro modo: había vivido con muchos apuros, manteniéndose de esa comida para perros y gatos que venden en los almacenes.

Una lata semivacía de alimento para gatos, de la marca «Miau», era, al parecer, la única cosa comestible que había en su despensa.

Algunas fechas, ciertamente sin importancia: Svärd había nacido en Estocolmo, sus padres habían muerto en los años cuarenta; él nunca se casó ni tuvo que mantener a nadie. Tampoco había recurrido a la beneficencia. En la empresa donde trabajó no lo recordaba nadie.

El médico que lo declaró no apto para el trabajo, conservaba algunas notas, en las que se decía que el paciente no servía para el trabajo físico, y era demasiado viejo para que siguiera en la empresa. Además, Svärd había declarado que no deseaba trabajar más, «ya que le parecía sin sentido».

Acaso también careciera de sentido tratar de descubrir quién lo había matado y por qué. La manera como lo mataron parecía tan incomprensible, que el procedimiento más sencillo para saberlo sería tratar, primero, de descubrir al asesino, y luego preguntarle cómo lo había hecho.

Era jueves y empezaba a oscurecer. Apenas una hora después de su charla con los hombres de la furgoneta maloliente, Martin Beck hizo una nueva tentativa en la casa de Tulegatan. Su horario de trabajo ya casi había terminado; pero no tenía deseos de irse a casa. Así que, de nuevo, subió las escaleras hasta el segundo piso y, antes de llamar, esperó un minuto a recuperar el aliento. Mientras tanto miró la placa ovalada de esmalte con letras verdes sobre fondo negro, que decía: «Rhea Nielsen».

No había botón de timbre, sólo la cuerda de una campanilla. Tiró de ella y esperó. Una campanilla tintineó. No hubo respuesta.

Aquella casa era muy vieja, y a través de los vidrios deslustrados de la puerta vio una luz que brillaba en el vestíbulo. Eso indicaba que había alguien en la casa. En su visita anterior todas las luces estaban apagadas.

Después de esperar un buen rato, volvió a tirar de la cuerda de la campanilla; se repitió el tintineo, y se oyeron unos pasos rápidos que rozaban el suelo, y él distinguió a alguien al otro lado del cristal opaco.

Martin Beck estaba acostumbrado a la rutina de las presentaciones rápidas ante la gente a la que tenía que tratar por razón de sus obligaciones, una especie de «descripción preliminar» para emplear la frase oficial.

La mujer que abrió la puerta parecía tener, como máximo, unos treinta y cinco años; pero algo le dijo que, en realidad, era un poco mayor. No era muy alta, alrededor del metro sesenta, calculó. Aunque de tipo macizo, daba la impresión de ser ágil y bien formada, más que rolliza y torpe. Sus rasgos eran enérgicos, algo irregulares. Los ojos azules e inexpresivos, y la mirada firme al mirarle directamente a los ojos, como si estuviera dispuesta a pelearse con él o a lo que fuera.

Su cabello era liso y rubio, lo llevaba corto, y parecía como si hubiera sido mojado y luego enmarañado. Despedía un olor agradable, probablemente de algún champú de hierbas, y llevaba una rebeca de punto, de manga corta, y pantalones vaqueros de un azul descolorido, que sugerían innumerables lavados. Se veía que acababa de ponerse la rebeca, porque grandes manchas húmedas se estaban extendiendo sobre sus hombros y su pecho. Era relativamente ancha de hombros y delgada de caderas, cuello corto y grueso, y los brazos bronceados por el sol. Sus pies descalzos eran gordezuelos, con los dedos gordos muy tiesos, como si estuviera acostumbrada a andar con sandalias o chanclos, y hasta era posible que a menudo sin nada.

Él, al darse cuenta de que estaba examinando los pies de ella con la misma meticulosidad profesional que solía dedicar a las manchas de sangre y a las señales en los cadáveres, alzó los ojos hacia el rostro de la mujer.

Ahora los ojos se mostraban inquisitivos y una ceja estaba ligeramente enarcada.

—Me estaba lavando el pelo —dijo.

Su voz era ronca; quizás estaba resfriada, era muy fumadora, o tal vez fuese un acento natural.

Él asintió.

—Le he gritado dos veces «entre». La puerta estaba abierta. No suelo cerrarla cuando estoy en casa. A menos que quiera que me dejen en paz y estar tranquila. ¿No me ha oído?

—No. ¿Es usted Rhea Nielsen?

—Claro. Y usted es un policía, ¿eh?

Aunque el poder de observación de Martin Beck funcionaba, por lo general, con toda rapidez, tuvo la sensación de encontrarse con alguien que, en este aspecto, le superaba. En pocos segundos ella lo había calificado correctamente, y, además, su mirada sugería que ya tenía hecha una opinión de él. Aunque esto todavía habría que verlo.

El hecho de que ella hubiera adivinado tan pronto quién era él, podía deberse, claro, a que estaba esperando la visita de la policía, aunque él no pensó eso. Al sacar su cartera para mostrarle su carnet de identidad, ella le dijo:

—Me basta con que me diga su nombre. Pero ¡hombre de Dios!, entre. Supongo que querrá saber algo, y a ninguno de los dos le va a gustar estar aquí hablando en la escalera.

Aunque Martin Beck sintió que había sido sorprendido sólo ligeramente con la guardia baja, le pareció que esa sensación la había sentido muy raras veces.

Volviéndose bruscamente, ella le indicó el camino hacia el interior. Al principio las dimensiones y disposición del piso le sorprendieron; pero las habitaciones estaban agradablemente amuebladas con un mobiliario heterogéneo. Algunos dibujos infantiles clavados con chinchetas en la pared, indicaban que ella tenía algo de familia. Aparte de esto, la decoración de las paredes era muy diversa: había óleos, dibujos y viejas fotos en marcos ovales; pero también recortes de periódicos y carteles (entre ellos retratos de Lenin y Mao), pero éstos, por lo que él pudo apreciar, carecían de implicaciones políticas. Había también muchos libros, en estantes o apilados aquí y allá, así como una respetable colección de discos, un tocadiscos

estereofónico, un par de viejas máquinas de escribir, al parecer muy usadas, y sobre todo papeles, la mayoría perforados y unidos en manojos, que casi se parecían a los informes policiales. Llegó a la conclusión de que eran notas de una u otra clase, y que ella estaba estudiando algo.

La siguió, y atravesó lo que sólo podía ser un cuarto de niños. Pero las camas estaban tan bien hechas que los usuales ocupantes de la habitación no deberían de estar en casa. Claro que era verano, y los niños de todos los padres que podían permitírselo estaban en el campo, fuera del alcance del aire polucionado de la ciudad y de sus absurdas condiciones de vida.

Ella se quedó mirándolo por encima del hombro, no poniendo precisamente cara de agradecida, y le preguntó:

—¿Le importaría que nos sentáramos aquí en la cocina? Si no quiere, dígamelo.

El tono de voz, aunque no era amistoso, tampoco era claramente hostil.

—Aquí estaremos bien.

—Pues tome un asiento entonces.

Habían llegado a la cocina, y él se sentó ante una gran mesa redonda. Había seis sillas de varias clases, pintadas de colores alegres; pero había sitio para más.

—Espere un momento —le dijo ella.

Parecía nerviosa e inquieta; pero se comportó como si ésta fuera su condición normal. Frente a la estufa había un par de chanclos. Metió los pies en ellos y se alejó pesadamente hasta perderse de vista. Él la oyó ocuparse en algo, y en el mismo instante en que se ponía en marcha un motor, ella le dijo:

—No me ha dicho su nombre.

—Beck. Martin Beck.

—¿Es usted policía?

—Sí.

—¿De qué clase?

—De la policía criminal nacional.

—¿Número veinticinco en la escala de salarios?

—Veintisiete.

—¡Vaya! ¡No está mal!

—No, no está mal.

—Y ¿cómo quiere que me dirija a usted?

—Llámeme detective inspector jefe.

El motor zumbó. El sonido le habría sido a él familiar en el pasado, y se dio cuenta inmediatamente de lo que ella estaba haciendo: secándose el pelo con la ayuda de un secador.

—Me llamo Rhea —dijo ella—. Claro que no hace falta que se lo diga. El nombre está en la puerta.

La cocina era grande, como ocurre a menudo en las casas antiguas, y a pesar de la mesa y de sus muchas sillas, había no sólo una estufa de gas y un lavaplatos, sino también un refrigerador, un congelador, y mucho espacio vacío. En un estante, encima del fregadero, había potes y cacharros. Por debajo de ellos colgaban de unos clavos varios productos naturales, por ejemplo: ramitas de ajeno y tomillo, manojos de bayas de serbal, cintas con hongos secos, y tres largas ristras de ajos, objetos que, aunque creaban un ambiente y daban su aroma, no son indispensables en una casa. El ajeno y las bayas de serbal son buenos como especias para añadir al coñac, y el tomillo le va

bien a la sopa de guisantes, aunque Beck, en los tiempos en que su estómago le permitía tomar aquellas delicadezas de la gastronomía sueca, había preferido el orégano. Las setas es bueno tenerlas siempre si uno sabe emplearlas. Pero las ristras de ajo sólo podían considerarse un motivo decorativo, ya que con tanta cantidad un consumidor normal tendría bastante para toda su vida.

Cuando ella regresó a la cocina, con el pelo ya peinado, se dio cuenta inmediatamente de qué estaba él mirando, y dijo:

—Eso es para alejar a los vampiros.

—¿El ajo?

—Claro. ¿No va usted nunca al cine? Peter Cushing lo sabe todo acerca de los vampiros.

Ella se había quitado la rebeca, y ahora llevaba puesto un vestido sin mangas, color turquesa, que le sentaba como una funda. Él se fijó en que tenía rubio el vello de los sobacos, senos pequeños y que no necesitaba sostén. Tampoco lo llevaba, porque sus pezones se transparentaban bajo el vestido.

—Policía —dijo ella—, detective inspector jefe. —Se quedó mirándolo con aquel modo directo, tan suyo, y enarcó una ceja—. No creía que los funcionarios de la escala veintisiete hicieran visitas.

—Por lo general, no —contestó él.

Ella se sentó ante la mesa; pero inmediatamente se levantó, mordiéndose los nudillos.

Martin Beck pensó que había llegado el momento de tomar un poco la iniciativa, y dijo:

—Si no la he interpretado mal, usted no tiene una actitud especialmente positiva para con la policía.

Ella le lanzó una rápida mirada y contestó:

—No. No creo que me haya sido nunca útil. Ni conozco a nadie para quien lo haya sido. Por otra parte, sé de muchos a quienes la policía ha causado sufrimientos y molestias.

—En ese caso haré todo lo posible para molestarla lo menos posible, señora Nielsen.

—Rhea —dijo ella—. Todo el mundo me llama Rhea.

—Si he entendido bien, usted es la propietaria de este edificio, ¿no?

—Sí, lo heredé hace unos años. Pero aquí no hay nada que interese a la policía. Nada de sesiones de drogadictos, ni garitos de juego, ni siquiera prostitutas y ladrones. —Hizo una breve pausa—. Quizás haya un poco de actividad subversiva de vez en cuando. Delitos mentales. Pero usted no pertenece a la policía política.

—¿Cómo está tan segura?

Ella se echó a reír de repente, de buena gana. Una risa alegre y contagiosa.

—No soy tan torpe —contestó.

No, claro que no, pensó Martin Beck. Y en voz alta dijo:

—Tiene razón. Sólo me ocupo de delitos de sangre: asesinato y homicidio.

—Aquí no ha ocurrido nunca ninguna de esas cosas. Ni siquiera ha habido una pelea en los últimos tres años. Aunque el pasado invierno, alguien, ciertamente, penetró en el ático y se llevó algunas cosas. Tuve que denunciarlo a la policía porque la compañía de seguros insistió en ello. No se presentó ningún policía, no tenían tiempo para ello; pero la compañía de seguros pagó. Eso de ponerlo en conocimiento de la policía era evidentemente una formalidad. —Se rascó el cuello y preguntó—: Bueno, y ¿qué desea usted?



—Hablar de uno de sus inquilinos.

Ella enarcó las cejas.

—¿Uno de los míos? —inquirió, cargando el énfasis en «míos», como si estuviera preocupada y llena de asombro.

—No es de los que tiene usted ahora —aclaró él.

—Sólo se mudó uno el año pasado.

—Svärd.

—Cierto. Un hombre llamado Svärd vivía aquí. Se mudó la pasada primavera. ¿Qué pasa con él?

—Ha muerto.

—¿Le hizo alguien algo?

—Lo mató.

—¿Quién fue?

—Es posible que se suicidara; pero no estamos seguros de eso.

—¿No podríamos hablarnos con más confianza?

—Como usted quiera. Pero dígame qué quiere decir con eso de más confianza. ¿Qué nos llamemos por nuestros nombres de pila?

La mujer negó con la cabeza. Luego dijo:

—Hablar con ese tono de seriedad es inútil. Lo aborrezco. Aunque puedo comportarme del modo más correcto si tengo que hacerlo. Y puedo coquetear, y vestirme elegantemente, y sombrearme los ojos y pintarme los labios.

De modo extraño, Martin Beck se sintió inseguro de sí mismo.

De repente ella le preguntó:

—¿Le gustaría tomar una taza de té? El té es bueno.

Aunque a él le habría agradado muchísimo tomarse una taza de té, contestó:

—No se moleste por mí. No necesito nada.

—¡Tonterías! —repuso ella—. Le sentará bien. Espere un instante y le prepararé algo de comer también. Un bocadillo a la plancha nos sentará bien a los dos.

Inmediatamente él sintió apetito. Y antes de que pudiera decir que no, ella siguió hablando.

—No tardaré más de diez minutos. Le voy a servir de comer en un periquete. No se preocupe en absoluto. Y es cosa buena. Uno debe de tratar de sacar lo mejor de la vida. Aunque todo parezca que se va a ir al diablo, siempre se debe cocinar algo bueno. El té y el bocadillo ya están calentándose, luego podremos hablar.

Una negativa parecía imposible. Ahora descubrió algo nuevo en ella: la obstinación, una fuerza de voluntad que sería difícil de resistir.

—Sí, gracias —dijo con torpeza.

Pero antes de que él pudiera decir siquiera esas palabras, ella estaba ya atareada. Haciendo mucho ruido, pero también asombrosamente rápida y eficiente. La verdad es que él no había visto nunca una cosa parecida, al menos en Suecia.

Durante los siete minutos que ella necesitó para tener listo el pequeño refrigerio, no dijo ni una palabra. Seis bocadillos calientes con rodajas de tomate y queso a la parrilla y una gran taza de té. Él la observó mientras preparaba esta comida improvisada, y se preguntó qué edad tendría.

En ese instante, ella se sentó frente a él y le dijo:

—Treinta y siete, aunque la mayoría de la gente me cree más joven.

Martin Beck estaba demasiado asombrado para ocultar su estupefacción.

—Eso era lo que usted estaba pensando, ¿eh? Coma.

Tenía buen sabor.

—Yo siempre tengo hambre —dijo ella—. Puedo comer doce veces al día.

—A la gente que come diez o doce veces al día le cuesta rebajar peso.

—Pero no por eso engordo —prosiguió ella—. Para mí no supone diferencia. Unos pocos kilos aquí o allá no cambian a un ser humano. Yo soy siempre la misma. Aunque me enfurezco si no consigo mi comida.

Ella se comió tres bocadillos. Martin Beck se comió uno, y, después de cierta vacilación, el segundo.

—Ya veo que usted tiene una determinada opinión de Svärd —dijo él.

—Puede decirse que sí.

Les fue fácil comprenderse el uno al otro. Cosa extraña, a ninguno de los dos le sorprendió esto. Parecía evidente de por sí.

—¿De manera que había algo extraño en aquel hombre? —preguntó él.

—Sí —contestó Rhea—. Era muy raro. Un tipo muy raro. No había quien lo entendiera. De modo que si he de decir la verdad me alegró que se fuera. Y a propósito, ¿se sabe cómo murió?

—Lo encontraron en su piso el dieciocho del mes pasado. Por entonces ya llevaba muerto por lo menos seis semanas. Puede que más. Yo creo que unos dos meses.

Ella meneó la cabeza y dijo:

—Prefiero no conocer los detalles. Soy supersensible a las cosas sangrientas en su grado más avanzado, y espero que me entienda. Luego sueño con ellas.

Él tuvo en la punta de la lengua decirle que no la molestaría haciéndole descripciones innecesarias; pero vio que eso era superfluo.

En cambio, fue ella la que dijo:

—Una cosa está clara, sin embargo.

—¡Oh! ¿Cuál?

—Que eso nunca podría haber ocurrido mientras vivió aquí.

—¿Qué no? ¿Por qué?

—Porque yo no lo habría permitido.

Apoyó la barbilla en la mano, y su nariz entre los dedos índice y medio. Él se fijó en que tenía una nariz muy grande y unas manos fuertes con uñas cortas y que lo estaba mirando muy seria.

Entonces ella, de repente, se levantó y miró por la cocina hasta que encontró algunas cerillas y un paquete de cigarrillos. Luego fumó, aspirando profundamente. Después aplastó su cigarrillo, se comió el cuarto bocadillo, y permaneció sentada con los codos sobre las rodillas y la cabeza inclinada. Luego lo miró de reojo y le dijo:

—Es posible que yo no hubiera podido impedir que lo mataran; pero él no se habría quedado en su habitación dos meses sin que yo me diera cuenta. Ni siquiera dos días.

Martin Beck no respondió nada. Seguro que ella estaba diciendo la verdad.

—Las caseras de este país son las últimas cosas que Dios creó —dijo ella—; pero el sistema les anima a explotar a la gente.

Él se mordió el labio inferior. Martin Beck nunca había expresado en público sus opiniones políticas, y siempre trataba de evitar conversaciones sobre este tema.

Ella prosiguió:

—No le gusta hablar de política, ¿verdad? Está bien, dejemos la política. Pero sucede que yo soy una casera..., eso es lo que soy. Heredé este basurero, como ya le he dicho. En la actualidad es un buen edificio; pero cuando yo lo heredé y me mudé a él, era un verdadero agujero de ratas. Mi padre no había cambiado ni una bombilla ni encargado en diez años la reparación de una ventana rota. Vivía a muchos kilómetros de aquí, y sólo le interesaba cobrar los alquileres y desahuciar a los inquilinos que no le pagaban a su debido tiempo. Luego dividió los apartamentos en pequeños dormitorios, y los alquilaba a precios abusivos a extranjeros y a quienes no tenían otra elección. Ellos también tienen derecho a vivir, ¿no le parece? En casi todas estas casas viejas es la misma historia.

Martin Beck oyó a alguien abrir la puerta principal y entrar. La mujer ni se inmutó.

Una joven entró en la cocina. Vestía una bata y llevaba un paquete en la mano.

—¡Hola! —dijo—. ¿Puedo usar la máquina de lavar?

—Pues claro.

La joven no prestó atención a Martin Beck; pero Rhea dijo:

—Me parece que no se conocen ustedes. Éste es... Bueno, ¿cómo dijo usted que se llamaba?

Martin Beck se levantó y le estrechó la mano.

—Martin —dijo.

—Ingela —contestó la joven.

—Acaba de mudarse aquí —explicó Rhea—. Vive en el mismo piso que vivía Svärd. —Se volvió hacia la joven del bulto—. ¿Te gusta? —le preguntó.

—Sí —contestó la joven—; pero el lavabo no está bien.

—¡Demonios! Lo primero que haré mañana será telefonar al fontanero.

—Por lo demás, bien. Y a propósito...

—Sí.

—No tengo ningún detergente.

—Está detrás del baño.

—Estoy sin un céntimo.

—Bien, puedes tomar hasta un importe de cincuenta ore. Algún día podrás hacerme un servicio que valga esa cantidad. Por ejemplo, cerrar la puerta de la calle.

—Es muy amable.

La joven se dirigió hacia el cuarto de baño.

Rhea encendió un nuevo cigarrillo.

—Como ve, el piso de Svärd era bueno. Yo lo hice reformar hace dos años. Sólo cuesta ochenta coronas al mes. Y, sin embargo, él se fue a otra parte.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Alguna disputa?

—Ninguna. Yo no me peleo con la gente que vive aquí. No tengo necesidad. Claro que todos tienen sus manías; pero eso es divertido.

Martin Beck no dijo nada. Le pareció que empezaba a sentirse más cómodo. También se fijó en que no tenía que hacer preguntas.

—La manía más rara de Svärd es que puso cuatro cerrojos a su puerta. Y eso en una casa donde casi nadie cierra su puerta con llave más que cuando necesita absolutamente que lo dejen en paz. Cuando él se mudó desatornilló todos sus cerrojos y pestillos y se los llevó. Estaba tan bien protegido como las chicas de ahora.

—¿Habla metafóricamente?

—Hablo sexualmente. Nuestros pilares de la sociedad se horrorizan porque los jóvenes, sobre todo las chicas, empiezan a correrla a los trece años. Idiotas. Todo el mundo sabe que empezamos a sentir el sexo cuando tenemos unos trece años, y con las píldoras y todo eso, una chica está tan segura como el fuerte Knox. Así, ¿qué hay que temer ahora? En mis tiempos una chica tenía un miedo horrible a quedarse embarazada. Bueno, ¿cómo hemos llegado a hablar de esto?

Martin Beck se echó a reír. Estaba asombrado. Pero era la verdad, se había reído.

—Estábamos hablando de la puerta de Svärd —dijo.

—Sí, y usted se ha reído. Llegué a pensar que se le había olvidado cómo se ríe.

—Tal vez hoy estuviera de mal humor —concedió.

Pero metió la pata, y logró el efecto opuesto al deseado. Una débil expresión de desilusión apareció en el rostro de ella. Había tenido razón y lo sabía.

Tratar de engañarse mutuamente era estúpido, y él dijo:

—Lo siento.

—Aunque la verdad es que yo no me enamoré hasta que tuve dieciséis años. Pero las cosas eran diferentes en aquellos tiempos. —Aplastó el cigarrillo y dijo con un grave tono de voz—. Hablo demasiado. Siempre. Pero ésa es una de mis muchas debilidades. Aunque no sea un defecto en mi carácter.

Él negó con la cabeza.

Ella se rascó el cuello y dijo:

—¿Seguía teniendo Svärd todas aquellas cerraduras?

—Sí.

Ella movió la cabeza, se sacudió los chanclos de los pies, apoyó los talones en el suelo, y dobló los pies hacia adentro, de modo que pudiera frotar entre sí los dedos gordos.

—No puedo comprenderlo. Debía de sentir una fobia. Pero a veces me preocupaba. Tengo llaves repetidas de todas las puertas. Algunas de las personas que viven aquí son ancianas, pueden caer enfermas y necesitar ayuda. Y una tiene que entrar. Mas ¿para qué sirve otra llave si la puerta se ha convertido por dentro en una barricada? Svärd era bastante viejo.

Los ruidos del cuarto de baño cambiaron y Rhea gritó:

—¿Necesita ayuda, Ingela?

—Sí... Creo que sí.

Ella se levantó y estuvo ausente un rato. Cuando volvió, dijo:

—Ya está arreglado eso. A propósito de la edad, usted y yo debemos de tener la misma.

Martin Beck sonrió. Sabía que casi todo el mundo le echaba cinco años menos de los cincuenta que pronto cumpliría.

—Aunque Svärd no era muy viejo no se encontraba nada bien. Al parecer estaba bastante enfermo. No esperaba vivir mucho, y cuando se mudó fue a un hospital a que le hicieran un

chequeo. No sé cuál sería el resultado. Pero estuvo en la clínica de radiología y eso no suena a demasiado bueno, me parece a mí.

Martin Beck agudizó el oído. Esto sí que era una noticia. Pero ahora la puerta principal se abrió de nuevo, y alguien dijo con voz clara:

—¿Rhea?

—Estoy aquí en la cocina.

Entró un hombre. Al ver a Martin Beck, vaciló un momento; pero en seguida ella le empujó una silla con el pie y le dijo a continuación:

—Siéntate.

El hombre era bastante joven, de unos veinticinco años, de altura media y tipo normal; rostro oval, pelo rubio, ojos grises, y buena dentadura. Iba vestido con una camisa de franela, pantalones de pana y sandalias. Llevaba en la mano una botella de vino tinto.

—He traído esto —dijo.

—¡Y yo que no quería hoy tomar más que té! Pero bueno, trae cuatro vasos. Ingela está ahí dentro, lavando su ropa.

Se inclinó, se rascó la muñeca izquierda y dijo:

—Una botella no es mucho porque somos cuatro. A mí me queda un poco en otra botella. Puedes sacarla de la despensa. Abriendo la puerta, a la izquierda. El sacacorchos está en el cajón superior de abajo, y a la izquierda del lavaplatos.

El recién llegado siguió sus instrucciones. Parecía acostumbrado a obedecer. Cuando él se hubo sentado, ella le dijo:

—Me parece que no os conocéis. Martin... Kent.

—¡Hola! —dijo aquel hombre.

—¡Hola! —dijo Martin Beck.

Se estrecharon las manos.

Ella sirvió el vino y llamó con su voz ronca:

—¡Ingela! Cuando hayas acabado ven aquí a beber un poco de vino. —Luego, inquieta, se volvió para mirar al joven de la camisa de franela y le preguntó—: Pareces desanimado. ¿Qué te pasa? ¿Algo te ha salido mal?

Kent tomó un trago de vino y ocultó su rostro entre las manos.

—Rhea —dijo—, ¿qué voy a hacer?

—¿Aún no has encontrado trabajo?

—Ni esperanzas. Y aquí me tienes, con mi título en el bolsillo y sin un empleo. Sólo el demonio sabe cuándo tendré uno. —Alargó la mano y trató de tomar la de ella. Esto la irritó, y la retiró—. Hoy he tenido una idea desesperada —continuó él—, y me gustaría saber qué te parece.

—Y ¿qué clase de idea es ésa?

—Ingresar en la Academia de Policía. Allí puede ingresar cualquiera, aunque sea un retrasado mental. Andan escasos de personal, y con mis credenciales, podría ser admitido fácilmente, tan pronto como aprenda a aporrear borrachos en la cabeza.

—¿Te gusta pegar a la gente?

—Sabes muy bien que no. Pero quizá pueda hacer algo de provecho. Reforma desde el interior, después de que uno haya pasado lo peor.

—Pero las actividades de la policía no están dirigidas principalmente contra los borrachos — objetó ella—. Y mientras tanto, ¿cómo vas a mantener a Stina y a los niños?

—Tendré que pedir dinero prestado. Me enteré de todo hoy, cuando fui a pedir los impresos de solicitud. Los traigo aquí conmigo. Creí que te gustaría mirarlos... tú que entiendes de todo.

Sacó del bolsillo de la chaqueta unos impresos doblados y un folleto de alistamiento, lo colocó todo sobre la mesa y le dijo:

—Si crees que es una locura, dímelo.

—Más bien sí. Yo no diría, en líneas generales, que los policías sean unos camorristas interesados por la gente que emplea su cerebro, o que desean reformar desde dentro. ¿Y qué tal están tus papeles políticamente? ¿Están limpios?

—¡Oh! Una vez pertencí a un grupo izquierdista, aunque ahora aceptan a cualquiera, excepto a los miembros de partidos de extrema izquierda... es decir, comunistas.

Ella reflexionó, se tomó un buen trago de vino, y se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Parece una chifladura; pero creo que podría ser interesante.

—La principal cuestión es... —Bebió un trago, luego dijo «salud» a Martin Beck, quien también bebió, con mucha precaución para empezar.

—¿Cuál es la cuestión? —preguntó ella, irritada.

—Bueno, Rhea, ¿tú crees que eso hay quien lo soporte mucho tiempo? ¿Es posible?

Ella se quedó mirando astutamente a Martin Beck. Su irritación había quedado borrada por una sonrisa.

—Pregúntale a Martin. Él es un experto.

El joven miró a Martin Beck con expresión de asombro y duda:

—¿Sabe usted algo de esto?

—Un poco. La verdad es que la policía necesita a todos los buenos aspirantes que pueda conseguir. Es una profesión de mucha variedad, como usted puede ver por este folleto que le han dado, y con muchas formas de deberes especiales. Cualquiera que esté interesado en helicópteros, por ejemplo, o maquinaria, o problemas de organizaciones, o caballos...

Rhea golpeó la mesa con la palma de su mano, de modo que los vasos saltaron.

—No diga tonterías ahora —dijo ella enfadada—. ¡Maldito sea, hombre! Dele una respuesta honesta.

Para su propio asombro Martin Beck replicó:

—Tendrá una posibilidad de sacar la lengua en los primeros años, si está preparado para asociarse con estúpidos y que le griten sus superiores, quienes, a su vez, son unos advenedizos, u obsesos con el sentido de su propia importancia, o sólo idiotas. No podrá tener opiniones personales. Después, tendrá toda clase de perspectivas de ser usted mismo.

—Evidentemente, usted no serviría para policía —le dijo Kent desalentado—; pero no puede ser una cosa tan mala como usted la pinta. Hay mucho odio inmotivado contra la policía, seguro. ¿Qué opinas, tú, Rhea?

Ella soltó una insólita franca risotada. Luego contestó:

—Inténtalo. Harás un buen policía, estoy segura. Todo lo demás parece estar fuera de tu alcance. Y la competencia, al parecer, no es muy grande.

—¿Puedes ayudarme a rellenar el impreso de solicitud?

—Deme una pluma.

Martin Beck tenía una en el bolsillo de la chaqueta y se la dio en seguida.

La chica llamada Ingela había terminado de lavar, entró y se sentó. Habló un poco de cosas en general, especialmente del precio de los alimentos, y de los fraudes que se estaban cometiendo con el marcado de las fechas de producción en el departamento de productos lácteos. Evidentemente trabajaba en un supermercado.

Sonó la campanilla, se abrió la puerta, y entró alguien arrastrando los pies. Era una mujer de avanzada edad, quien dijo:

—En mi televisor se ven muy mal las imágenes.

—Si es la antena, haré que Eriksson la revise mañana. Si no, es que habrá que reparar el aparato. Ya sé que es viejo; pero tengo unos amigos que tienen uno de sobra. En el peor de los casos podríamos pedirles prestado éste. Ya me ocuparé de ello mañana.

—Hoy he estado haciendo pan y le he traído una hogaza, Rhea.

—Gracias, es usted muy amable. Ya me encargaré de su televisor, tía, ya verá.

Había acabado de rellenar los impresos de solicitud y se los dio al hombre de la camisa de franela. Los había rellenado con sorprendente rapidez.

Ahora se quedó mirando a Martin Beck de nuevo, con la misma mirada fija de antes.

—Ya ve, además de casera, tengo que hacer de todo —le dijo—. ¿No lo ve? Es necesario, pero no mucha gente piensa en ello. Casi todos no piensan más que en lo suyo y son mezquinos. No ven más allá de sus narices. Da asco. Yo trato de hacerlo lo mejor que puedo aquí; la gente que vive en el mismo edificio deben de sentirse unidos y que ésta es su casa. Estos apartamentos son ahora buenos; pero no me puedo permitir el lujo de hacer reparaciones en el exterior. Naturalmente, no quiero subir los alquileres más de lo necesario este otoño, aunque me veré obligada a subirlos un poquito. Si la casa ha de ser cuidada como se debe, hay mucho que atender. Al fin y al cabo, una es la responsable ante los inquilinos.

Martin Beck se sentía de un buen humor sorprendente. No tenía deseos de dejar esta cocina. También estaba un poco soñoliento, debido al vino. Durante quince meses no había bebido nada.

—Bueno —dijo ella—, volvamos al asunto de Svärd.

—¿Tenía algo de valor en su habitación?

—No. Dos sillas, una mesa, y una cama. Una alfombra asquerosa, y sólo las cosas más indispensables en su cocina. Apenas tenía prendas de vestir. Por eso el hecho de que pusiera tantas cerraduras sólo podía ser una manía. Evitaba a todo el mundo. Cierto que a mí me hablaba; pero sólo cuando era absolutamente necesario.

—Era muy pobre, según tengo entendido.

Ella pareció meditar, llenó su vaso y bebió.

—No estoy tan segura de eso —contestó—. Más bien parecía avaro, hasta el punto de ser lunático. Aunque siempre pagaba puntualmente el alquiler, lo hacía refunfuñando. Y eso que no pagaba más que ochenta coronas al mes. Que yo sepa, él no se compraba más que comida para perros. Bueno, comida para gatos. No bebía. No gastaba en nada, así que aun cuando sólo tuviera su pensión de jubilado, bien podría haberse comprado una salchicha de vez en cuando. Ya sé que hay muchos ancianos que viven de comida para perros; pero generalmente pagan alquileres más altos y son más gastadores; por ejemplo, a veces se beben media botella de vino en la cena. Svärd ni siquiera tenía una radio. Cuando yo estudiaba psicología, leí algo acerca de gente que vive de mondaduras de patatas, y que llevan ropas de hace cincuenta años; pero que tienen centenares de

miles de coronas metidas dentro de un colchón. Bueno, eso lo sabe todo el mundo. Un fenómeno psicológico, que ya no me acuerdo como se llama.

—Pero en el colchón de Svärd no había dinero.

—Y se mudó, lo cual no era propio de él. Su nuevo apartamento tenía que costarle más, y trasladar sus muebles y efectos personales también tuvo que costarle algo. No tiene sentido alguno.

Martin Beck vació su vaso de vino. Le habría gustado quedarse entre aquella gente; pero tenía que marcharse. Ya le habían dado cosas en qué pensar.

—Bueno, debo irme.

—Iba a hacer *sphagetti a la bolognese*. No salen mal si la salsa la hace una misma. Quédese.

—No, tengo que marcharme ahora.

Ella le siguió con los pies descalzos. Pasaron junto al cuarto de los niños, y él echó un vistazo.

—Sí —explicó ella—. Los niños están en el campo. Soy divorciada —tras una breve pausa añadió—: Y usted también, ¿eh?

—Sí.

Ya en la puerta ella le dijo:

—Hasta la vista. Vuelva algún día. Doy conferencias en la universidad de verano durante el día; pero estoy en casa siempre después de las seis —breve pausa. Lo miró intrigada y añadió—: Podríamos hablar de Svärd, ¿no?

Un hombre gordo en zapatillas y con unos pantalones grises, sin planchar bajaba por las escaleras. Llevaba sobre la camisa una placa con los colores rojo, amarillo y azul del Vietcong.

—Rhea —le dijo—, en el ático se ha apagado la luz.

—Tome una bombilla nueva del armario de la limpieza —repuso ella—, de setenta y cinco vatios. —Luego, dirigiéndose a Martin Beck, le dijo—: Si quiere quedarse, quédese.

—No, ya me voy. Gracias por el té, los bocadillos y el vino.

Advirtió que ella estaba tratando de ejercer cierta influencia sobre él, presumiblemente empleando los *sphagetti* como señuelo.

Pero ella se contuvo y dijo:

—Bueno, adiós, hasta otra vez.

—Adiós.

Ninguno de los dos dijo «hasta la vista».

Él estaba pensando en Svärd, y también en Rhea. Hacía mucho tiempo, pero mucho tiempo que no se había sentido de tan excelente humor; se daba cuenta de ello.



Kollberg y Gunvald Larsson estaban sentados uno frente a otro ante la mesa del despacho de este último. Los dos parecían pensativos.

Era aún jueves y habían dejado a Apisonadora Olsson solo con sus sueños del inminente día de felicidad en que podría encerrar entre rejas a Werner Roos.

—¿Qué demonios le pasa a Apisonadora? —preguntó Gunvald Larsson—. ¿De veras ha pensado dejar que Mauritzon se vaya así, por las buenas?

Kollberg se encogió de hombros.

—Así parece —contestó.

—Pero sin vigilarlo siquiera. Eso es lo que no comprendo —prosiguió Gunvald Larsson—. Existe la posibilidad de que a través de él averigüemos muchas cosas. ¿O crees que Apisonadora ha puesto su mirada en algo más brillante?

Kollberg, pensativo negó con la cabeza y repuso:

—Yo creo que se trata de algo así. Apisonadora preferiría sacrificar lo que pudiera ganar vigilando a Mauritzon, que perder algo que él valora más.

Gunvald Larsson frunció el ceño.

—Y ¿qué puede ser ello? —preguntó—. Cierto que no hay nadie que tenga más ganas que Apisonadora de echarle el guante a esa banda.

—Seguro —dijo Kollberg—; pero ¿se te ha ocurrido pensar que ninguno de nosotros tiene tan buenas fuentes de información como Apisonadora? Él conoce a muchos chivatos y maleantes, que se fían de él porque nunca les engaña y siempre cumple su palabra. Le tienen confianza porque saben que jamás promete lo que no pueda cumplir. Los informadores son la principal baza con que cuenta Apisonadora.

—Lo que tú quieres decir es que si corre la voz de que él hace seguir a sus informadores cuando salen de aquí después de haber venido a comunicarle algo, esto supondría el fin de su confianza en él, y, por supuesto, de esos informes, ¿verdad?

—Precisamente —repuso Kollberg.

—De todos modos sería muy estúpido desaprovechar esta oportunidad —dijo Gunvald Larsson—. Supongamos que vigilamos discretamente las andanzas de Mauritzon, y a ver qué pasa. Apisonadora no tiene por qué enterarse, ¿eh? —Echó una mirada interrogativa a Kollberg.

—Está bien —contestó Kollberg—. Siento gran curiosidad por lo que piensa hacer el señor Faithful Mauritzon. Y a propósito, eso de Faithful, ¿es nombre o apellido?

—Significa «fiel» en inglés y es nombre de perro —explicó Gunvald Larsson—. A lo mejor a veces se disfraza de chuchó. Pero tendremos que ponernos en movimiento, porque imagino que lo van a soltar de un momento a otro. ¿Quién empieza?

Kollberg miró su nuevo reloj de pulsera, que era de la misma marca y modelo del que le había estropeado la lavadora. No había comido desde hacía un par de horas, y empezaba a sentirse famélico. Cualquiera que trate de rebajar su peso (había leído en alguna parte), ha de comer poco, pero a menudo. Esta segunda parte del consejo era la que él había aceptado con entusiasmo.

—Lo que sugiero —dijo—, es que yo me quede aquí al lado del teléfono, de modo que puedas llamarme si necesitas ayuda o quieres que te releve. Toma mi coche; no ofende a la vista tanto como el tuyo —sacó las llaves y las entregó a Gunvald Larsson.

—Bueno —dijo Gunvald Larsson. Se levantó y se abotonó la chaqueta. En el umbral se volvió para decirle—: Si Apisonadora pregunta por mí, dile lo que sea. Tendrás noticias de mí. Hasta luego.

Kollberg esperó dos minutos, luego bajó a la cafetería a tomar su almuerzo dietético.

Gunvald Larsson no tuvo que esperar mucho tiempo. Mauritzon apareció en la escalera, vaciló un instante y luego se dirigió hacia Agnegatan. Volvió a la derecha, subió por Hantverkargatan, torció a la izquierda y prosiguió hasta la parada del autobús en Kungsholmstorg, donde esperó.

En un portal, no muy lejos, Gunvald Larsson esperó también. Conocía bien las dificultades de su empresa. Primero, porque su altura y robustez no eran fáciles de esconder, ni siquiera entre la muchedumbre. Y, además, porque Mauritzon lo reconocería en cuanto volviera la mirada en esa dirección. Si Mauritzon pensaba tomar el autobús, Gunvald Larsson difícilmente podría subir al mismo vehículo sin que él lo reconociera. En la parada de taxis, diagonalmente al otro lado de la calle, había uno libre, y Larsson confió en que nadie lo tomara antes de que él lo necesitase.

El sesenta y dos se detuvo en la parada de autobuses y Mauritzon subió.

Antes de dirigirse al taxi, Gunvald Larsson esperó a que el autobús se hubiera alejado lo suficiente para que Mauritzon no pudiera reconocerlo por la ventanilla posterior. Dejó el coche de Kollberg aparcado allí mismo.

El taxista era una mujer joven de cabello rubio muy despeinado y ojos castaños muy vivos. Cuando Gunvald Larsson le mostró su carnet de identidad y le pidió que siguiera al autobús, ella se mostró entusiasmada.

—¡Estupendo! —exclamó—. Ese tipo al que va persiguiendo, ¿es un atracador peligroso?

Gunvald Larsson no replicó.

—Ya comprendo... que se trata de un secreto. No se preocupe, seré tan silenciosa como una tumba.

Pero resultó que lo único que ella no era capaz era de guardar silencio.

—Es mejor que nos lo tomemos con tranquilidad —dijo—, a fin de que podamos quedarnos detrás del autobús en las paradas.

—Sí —le contestó Gunvald Larsson tan brevemente como le fue posible—; pero mantenga la distancia.

—Comprendo —siguió ella—. Usted no quiere ser visto. Baje la visera de modo que no puedan verle desde arriba.

Gunvald Larsson bajó la visera. Ella lo miró con aire conspirador, se fijó en su mano vendada y preguntó:

—¿Qué te ha pasado? Fue en una pelea, ¿eh?

Gunvald Larsson refunfuñó.

—Eso de ser policía es una profesión peligrosa —prosiguió ella—; pero muy emocionante, claro. Antes de hacerme taxista, pensé ingresar en la policía. Lo que más me habría gustado es ser detective; pero mi marido no quiso.

Gunvald Larsson no contestó.

—Aunque también se pasan momentos muy emocionantes conduciendo un taxi. Como ahora, por ejemplo —y sonrió a Gunvald Larsson, quien, haciendo un esfuerzo, le sonrió a su vez torcidamente.

Ella mantuvo el taxi a una distancia prudencial del autobús. Conducía bastante bien, y esto compensaba el que fuera tan charlatana.

Gunvald Larsson no pronunció más que un ocasional monosílabo, mientras que la conductora no paró de hablar hasta que Mauritzon se apeó del autobús en Erik Dahlbergsgatan. Fue el único pasajero que lo hizo, y mientras Gunvald Larsson sacaba el dinero para pagar, la chica del volante se fijó con curiosidad en Mauritzon.

—Pues a mí no me parece un maleante —dijo, desilusionada. Tomó el dinero y rápidamente, garrapateó un recibo—. Bueno, pues que tenga buena suerte —añadió y, despacio, se alejó con su vehículo.

Mauritzon cruzó la calle diagonalmente y torció en Armfeldsgatan. Cuando desapareció al doblar la esquina, Gunvald Larsson se apresuró tras él, y lo vio en el momento en que se metía en un portal.

Al cabo de un rato Gunvald Larsson abrió la puerta. Se oyó cerrarse otra puerta en alguna parte del edificio. Luego entró y miró la lista de vecinos.

En seguida descubrió el nombre de Mauritzon. Asombrado, enarcó las cejas. ¡Así que Filip Faithful Mauritzon vivía aquí con su propio nombre! Gunvald Larsson recordó que durante el interrogatorio dio una dirección en Vickergatan, donde vivía con el nombre de Lennart Holm. Muy práctico, pensó Gunvald Larsson. Al oír que el ascensor subía, se apresuró a salir a la calle.

No atreviéndose a cruzarla, por miedo a que Mauritzon pudiera verlo a través de una ventana, se alejó arrimado a la pared del edificio hasta llegar a la esquina de Erik Dahlbergsgatan. Allí se quedó vigilante, observando con cuidado para no perder de vista el portal de Mauritzon.

Al cabo de un rato empezó a dolerle el corte que tenía debajo de la rodilla. Era todavía muy pronto para telefonar a Kollberg, y además no se atrevía a abandonar su puesto de observación, por si Mauritzon reaparecía.

Cuando Gunvald Larsson llevaba parado tres cuartos de hora en aquella esquina, Mauritzon salió bruscamente del portal. Gunvald Larsson tuvo el tiempo justo de darse cuenta de que aquel individuo avanzaba hacia él antes de que pudiera apartarse de su vista a toda prisa. Confiando en que Mauritzon no lo hubiera visto, corrió cojeando calle abajo, y se metió en el portal más próximo.

Mauritzon, mirando con fijeza ante sí, pasó caminando a buen paso. Se había cambiado de traje, y llevaba una pequeña maleta negra. Cruzó Valhallavägen, y Gunvald Larsson lo siguió a la mayor distancia posible, sin perderle de vista.

Mauritzon descendió rápido hacia Karlaplan. Por dos veces se volvió y miró nerviosamente tras él; la primera vez Gunvald Larsson se escondió detrás de una furgoneta aparcada, y la

segunda vez se metió en un portal.

Como Gunvald Larsson ya había adivinado, Mauritzon se dirigía hacia el metro. Sólo unas pocas personas esperaban en el andén, y a Gunvald Larsson le fue difícil mantenerse fuera del alcance de su vista. Pero nada indicaba que Mauritzon se hubiera fijado en él. Subió a un tren que se dirigía hacia el sur, y Gunvald Larsson se metió en el vagón de al lado.

En Hötorget se apearon los dos, y Mauritzon desapareció entre la muchedumbre.

Gunvald Larsson miró a su alrededor, tratando de verlo en el andén; pero era como si a aquel hombre se lo hubiera tragado la tierra. Miró por cada salida sin ver a Mauritzon, y al final subió por la escalera mecánica al vestíbulo. Recorrió las cinco salidas diferentes. No se veía a Mauritzon. Por último se paró ante el escaparate del establecimiento Ström, soltó un taco y se preguntó si Mauritzon no se había dado cuenta de que le seguía, en cuyo caso le habría dado esquinazo echando a correr por el andén y metiéndose en un tren que se dirigiera hacia el norte.

Gunvald Larsson miró con gesto sombrío un par de zapatos italianos que había en el escaparate, y que le hubiese gustado comprar si hubieran tenido su número. Sabía que no porque días antes habría entrado en la tienda con la intención de adquirirlos.

Se volvió para seguir y subir por la escalera que daba a la calle, donde tomaría el autobús que llevaba a Kungsholmen. De pronto vio a Mauritzon en el otro extremo de la estación. Se dirigía hacia la salida de Sveavägen. Además de su maleta negra, llevaba ahora un paquete atado con una ancha y bonita cinta con lazos.

Después desapareció escaleras arriba. Gunvald Larsson lo siguió.

Mauritzon se encaminó hacia el sur por Sveavägen y entró en la terminal aérea del centro de la ciudad. Gunvald Larsson se puso a observarlo detrás de un camión que había en Lästmakargatan. A través de la enorme ventana pudo ver como Mauritzon se dirigía al mostrador y hablaba con una rubia alta vestida de uniforme. Gunvald Larsson se preguntó si Mauritzon pensaba irse del país. Hacia el Sur, desde luego, a algún lugar del Mediterráneo. O aún más lejos (África era ahora muy popular). Por razones evidentes, Mauritzon tenía ahora miedo de quedarse en Estocolmo; pues Malmström y Mohrén en cuanto se dieran cuenta de que los había traicionado, no se sentirían muy bien dispuestos hacia él.

Vio a Mauritzon abrir la maleta y meter dentro la caja de chokolatinas o lo que fuera. Luego tomó los billetes, se los metió en el bolsillo de la chaqueta y salió a la calle.

Gunvald Larsson observó como se dirigía lentamente hacia Sergelstorg; luego entró. La chica que había atendido a Mauritzon estaba hojeando un índice de tarjetas. Echó una rápida mirada a Gunvald Larsson, siguió hojeando y preguntó:

—¿En qué puedo servirle?

—Me gustaría saber si el caballero que acaba de estar aquí ha comprado algún billete de avión —dijo Gunvald Larsson—. Y en caso de que lo haya hecho, con qué destino.

—No puedo decirle eso —respondió la rubia—. ¿Por qué me lo pregunta?

Gunvald Larsson puso su carnet de identidad sobre el mostrador. La joven lo examinó, luego miró a Gunvald Larsson, y dijo:

—¿Se refiere usted al conde Von Brandenburg? Ha comprado un billete para Jönköping, y reservado un asiento en el vuelo de las 14.50. Pensaba tomar el autobús que lleva al aeropuerto, porque me preguntó a qué hora salía. Sale de Sergelstorg a las dos menos cinco. ¿Qué le ha pasado al conde von...?

—Gracias. Eso es todo lo que quería saber —repuso Gunvald Larsson—. Buenos días.

Se dirigió hacia la puerta, preguntándose qué negocios podría tener Mauritzon en Jönköping. Luego recordó que en sus antecedentes se decía que había nacido allí, y que su madre seguía viviendo en aquella ciudad. De manera que Mauritzon iba a esconderse en casa de su madre.

Gunvald Larsson salió a Sveavägen. A lo lejos pudo ver a Faithful Mauritzon Holm von Brandenburg andando tranquilamente calle adelante bajo el sol. Gunvald Larsson tomó la dirección opuesta, en busca de un teléfono para llamar a Kollberg.

Cuando se encontró con Gunvald Larsson a la hora y en el lugar convenidos, Lennart Kollberg llevaba consigo toda clase de palanquetas para abrir la puerta del apartamento de la Armfeldsgatan. Lo que debían de haber llevado, y no llevaban, era una orden de registro extendida por Olsson, el fiscal del distrito. Pero ni a él ni a Gunvald Larsson les importó mucho saber que iban a cometer un delito en el ejercicio de sus actividades. Contaban con que Apisonadora se sentiría encantado si ellos encontraban algo que pudiera servir para hacer olvidar la violación de los reglamentos. Y si no encontraban nada, no había razón para que se lo contasen. De todos modos, la violación de un reglamento es un concepto que hoy día no tiene importancia. Eran los reglamentos los que estaban equivocados.

Para entonces Mauritzon estaría de camino hacia el Sur; no hacia África, claro; pero sí lo bastante lejos para dejarles trabajar en paz.

La puerta de la casa estaba provista de cerraduras corrientes, así como la del apartamento de Mauritzon, y a Kollberg no le costó mucho trabajo abrirlas. Por el interior, la puerta estaba equipada con dos cadenas de seguridad y una cerradura que sólo se podía manejar por dentro. Estos ingenios sugerían que Mauritzon contaba con recibir (o no recibir) huéspedes mucho más obstinados que los vendedores y buhoneros cuyas visitas no quería según indicaba un aviso sobre una pequeña placa de esmalte que había en la puerta.

Su apartamento consistía en tres habitaciones más una cocina, un pasillo y un cuarto de baño. Era más bien elegante. Pero aunque su mobiliario era caro, la impresión general era la de una trivialidad sin gusto. Entraron en la sala de estar. Frente a ellos había una especie de mueble de madera de teca que consistía en estantes para libros, alacenas y un bufete incrustado. Un estante estaba lleno de libros encuadernados en rústica, mientras que en los otros se amontonaban toda clase de cosas: recuerdos, piezas de porcelana, vasitos y cuencos, y otros ornamentos. De las paredes colgaban algunas láminas, imitación y reproducciones de pinturas al óleo de las que se suelen vender en los almacenes baratos. El mobiliario, cortinas y alfombras, aunque no parecían baratas, daban la impresión de haber sido escogidos al azar, y sus modelos, materiales y colores no hacían juego entre sí.

En un rincón había un pequeño bar, cuya simple vista habría sido suficiente para que alguien se sintiera enfermo, por no hablar del olor del contenido de las botellas que había tras las puertas con espejos de la vitrina. La parte delantera de la barra estaba cubierta de hule con un dibujo muy peculiar: figuras amarillas, verdes y rosas que recordaban las amibas o quizá fueran

espermatozoos muy aumentados, que flotaban sobre un fondo negro. El mismo dibujo, pero a escala más pequeña, se repetía en la superficie de plástico del bar.

Kollberg se adelantó y abrió la vitrina, que contenía una botella semivacia de Parfait d'Amour, una botella casi vacía de un vino sueco para postre, media botella sin abrir de Carlshamns Punch, y una botella completamente vacía de Beefeater Gin. Estremeciéndose cerró las puertas de la vitrina y pasó a la habitación contigua.

No había puerta entre la sala de estar y esa estancia, sólo un arco sostenido por dos pilares. Presumiblemente, el espacio de más allá estaba destinado a servir de comedor. Era bastante pequeño, y tenía una ventana salediza que daba sobre la calle. Había además un piano y, en una esquina, una radio y un tocadiscos.

—¡Ajá! De manera que ésta es la sala de música —dijo Kollberg, haciendo un gesto grandilocuente.

—Me cuesta trabajo imaginar a ese tipo, a esa rata, sentado aquí tocando la Sonata al Claro de Luna —dedujo Gunvald Larsson. Entró y levantó la tapa del piano, inspeccionando el interior del instrumento—. Al menos aquí dentro no hay ningún cadáver —dijo.

Habiendo dado la vuelta preliminar de inspección, Kollberg se quitó la chaqueta y ambos empezaron a recorrer el apartamento detenidamente. Empezaron por el dormitorio, donde Gunvald Larsson se dedicó a registrar el armario, mientras que Kollberg se ocupaba en hacer lo mismo con la cómoda. Durante un rato ambos trabajaron en silencio. Fue Kollberg el que lo interrumpió:

—Gunvald —dijo.

Una ahogada réplica rugió de las profundidades del armario.

Kollberg prosiguió:

—No tuvieron mucho éxito al seguir a Roos. Partió en un avión que emprendió vuelo de Arlanda hace dos horas, y Apisonadora lo declaró en su informe poco antes de que yo saliera de su despacho. Estaba muy desilusionado.

Gunvald Larsson refunfuñó. Luego sacó la cabeza y dijo:

—El optimismo de Apisonadora y sus exageradas esperanzas lo exponen a continuas desilusiones. Pero pronto se sobrepone a ellas, y sin duda tú te habrás fijado en ello. Bueno, ¿a qué se dedicó Roos en sus días libres? —Y desapareció de nuevo en el armario.

Kollberg, que registraba el cajón inferior, se incorporó.

—Bueno, no se encontró con Malmström y Mohrén, como Apisonadora esperaba —dijo—. La primera tarde, temprano, es decir, anteayer, fue a un restaurante con cierta dama y luego a darse unos chapuzones en su compañía, los dos desnudos.

—Ya me he enterado de eso —contestó Gunvald Larsson—. ¿Y luego?

—Se quedó con esa dama hasta la tarde siguiente y después se dirigieron en coche a la ciudad, dieron vueltas, al parecer sin rumbo concreto. Ayer por la noche él fue a otro restaurante con otra chica; pero no a nadar, al menos al aire libre. Fue con ella a su casa de Märsta. Después la llevó en un taxi a Odenplan, donde se separaron. Luego él fue de acá para allá, entró en algunas tiendas, volvió en coche a su casa de Märsta, se cambió de traje, y se dirigió al aeropuerto de Arlanda, también en su coche. Nada emocionante. Y sobre todo nada que pueda calificarse de delincuencia.

—¿Es que eso de bañarse desnudos no puede calificarse de ofensa a la decencia pública? —preguntó Gunvald Larsson—. Y Ek, que estaba allí oculto entre los arbustos, observándole, ¿no lo

denunció? —Salió del armario y cerró la puerta—. Aquí no hay nada excepto un montón de ropas increíblemente feas —dijo dirigiéndose hacia el cuarto de baño.

Kollberg prosiguió examinando un armario verde que hacía de mesita de noche. Los dos cajones superiores contenían una confusión de objetos, todos ellos más o menos usados: *kleenex* arrugados gemelos de camisa, algunas vacías cajas de cerillas, media barra de chocolate, imperdibles, un termómetro, dos cajas de pastillas para la tos, facturas de restaurantes y recibos de caja, un paquete sin abrir de preservativos negros, bolígrafos, una postal de Stettin en la que había escrito: «Aquí hay vodka, mujeres y canciones, ¿qué más se puede desear? Nils» un encendedor que no funcionaba, y un cuchillo de monte despuntado y sin mango.

Sobre la mesita de noche había un libro encuadernado en rústica, en cuya cubierta aparecía un *cowboy* de piernas curvadas empuñando un revólver humeante.

Kollberg hojeó el libro, que se titulaba *Tiroteo en el Torrente Negro*, y una foto cayó al suelo. Era una instantánea en color, que mostraba a una joven sentada en una escollera, con pantalones cortos y un jersey blanco de manga corta. Era morena y no muy atractiva. Kollberg volvió la foto. En la parte superior estaba escrito a lápiz: «Moja, 1969» y debajo, en tinta azul y con otra letra, «Monita». Kollberg volvió a colocar la foto entre las páginas y tiró del cajón inferior.

Era más profundo que los otros, y cuando lo abrió, llamó a Gunvald Larsson. Ambos miraron atentamente el cajón.

—Extraño sitio para guardar una amoladora —dijo Kollberg—, o ¿es tal vez un aparato de masaje de tipo moderno?

—Me pregunto para qué lo utilizaba —musitó Gunvald Larsson pensativo—. Este tío no parece un tipo con aficiones, ¿eh? Claro que pudo haberla robado o que se la dieran en pago por drogas —y Kollberg regresó al cuarto de baño.

Poco más de una hora después, su registro del apartamento y la búsqueda de su contenido había terminado. Habían encontrado poco que tuviera interés especial, ni armas, ni medicamentos más fuertes que aspirina y Alka-Seltzer.

Ahora se encontraban en la cocina, y habían registrado todos los cajones y armarios. Observaron que el refrigerador no había sido apagado y estaba lleno de alimentos, lo cual significaba que Mauritzon no pensaba permanecer fuera mucho tiempo. Entre otras cosas, una anguila ahumada parecía mirar fija y desafiadoramente a Kollberg, quien desde el día que había decidido rebajar peso pasaba hambre continuamente. Sin embargo, logró dominarse, y con el estómago protestando se apartó del refrigerador y de sus tentaciones. Se fijó en un llavero con dos llaves, que colgaba de un gancho detrás de la puerta de la cocina.

—Las llaves de la azotea —dijo.

Gunvald Larsson se dirigió hacia el llavero, lo desenganchó y dijo:

—O del sótano. Vamos, echemos un vistazo.

Ninguna de las dos llaves encajaba en la cerradura de la puerta de la azotea, así que descendieron en ascensor hasta la planta baja, y luego, por escaleras, hasta el sótano. La mayor de las llaves abrió la cerradura de la puerta de incendios.

Primero entraron en un corto vestíbulo, con puertas a ambos lados. Abrieron la de la derecha y miraron hacia el cuarto de la basura. El edificio estaba dotado de conducciones para los desperdicios, al final de las cuales había un contenedor de metal sobre ruedas, provisto de un gran



saco de plástico amarillo. Pegados a la pared había tres contenedores más con sacos, uno lleno de basura hasta los bordes, y dos vacíos. En un rincón había una escoba y un recogedor.

La puerta de enfrente estaba cerrada, y un letrero indicaba que allí estaban los lavaderos.

El corredor desembocaba en un largo pasillo que se extendía a derecha e izquierda. A lo largo de las paredes había filas de alacenas numeradas, todas provistas de diversos tipos de candados.

Kollberg y Gunvald Larsson probaron con la llave pequeña en varias de ellas y al final encontraron el que se ajustaba a ella. Había sólo dos cosas en la alacena de Mauritzon: un antiguo aspirador, pero sin boquilla, y un gran cofre cerrado. Mientras Kollberg tomaba la cerradura, Gunvald Larsson abrió el aspirador y miraba en su interior.

—Vacío —observó.

Kollberg levantó la tapa del cofre y dijo a su vez:

—Pero esto no, echa un vistazo.

Dentro del cofre había catorce botellas sin abrir de vodka polaco 130, cuatro grabadoras de cassette, un secador eléctrico del cabello y seis afeitadoras eléctricas, todo ello nuevo e incluso con sus cajas selladas.

—Contrabando —dijo Gunvald Larsson—. O bien artículos robados.

—Ciertamente son cosas que le han dado a cambio —comentó Kollberg—. No me importaría llevarme el vodka; pero será mejor que dejemos todo tal como está.

Bajó la tapa del cofre, lo cerró con llave y luego volvieron al pasillo.

—Bueno, algo es algo —dijo Kollberg—; pero no lo suficiente para llevárselo a Apisonadora. Creo que será mejor que volvamos a poner las llaves donde estaban y lo dejemos. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

—Ese Mauritzon es un bastardo precavido —dijo Gunvald Larsson—. No me extrañaría que tuviera un tercer apartamento. —Se detuvo, haciendo con la cabeza un ademán indicando una puerta en el extremo del pasillo. En la puerta había un letrero que decía: «Refugio Antiaéreo», escrito en rojo—. Veamos si está abierto —dijo—. Ya que estamos con esto...

La puerta estaba abierta. El refugio antiaéreo parecía utilizarse como almacén de bicicletas y de trastos viejos. Además de las bicicletas y los motores de motos desmanteladas, vieron un par de cochecitos de niño, un trineo y un tobogán anticuado con un volante. Arrimado a la pared había un banco de carpintero, y por el suelo, debajo, un par de marcos de ventana sin cristales. En un rincón había una pila de hierro, un par de escobas, una pala para retirar nieve y dos horcas.

—Siempre siento claustrofobia en sitios como éste —dijo, Kollberg—. Durante la guerra, cuando hacíamos ejercicios por si se producía un ataque aéreo, me sentaba tratando de imaginar qué sentiría uno estando sentado bajo un edificio bombardeado, sin poder salir de él. Era horrible.

Miró a su alrededor. En un rincón detrás del banco había una vieja caja de madera con la palabra «arena», apenas visible, pintada en su parte delantera. Sobre la tapa había un cubo de metal.

—Mira —dijo—. Una de esas viejas cajas llenas de arena del tiempo de la guerra.

Se inclinó, levantó el cubo, y abrió la tapa de la caja para arena.

—Aún tiene arena —comentó.

—Menos mal que nunca las necesitamos —comentó Gunvald Larsson—. Al menos no para luchar contra las bombas incendiarias. ¿Qué es eso?

Kollberg se había inclinado sobre la caja. Metió la mano y sacó algo que colocó sobre el banco. Era una mochila verde de las usadas por el ejército americano.

Kollberg abrió aquel macuto y depositó su contenido sobre el banco de carpintero:

Una camisa azul pálido arrugada.

Una peluca rubia.

Un sombrero azul de dril, de algodón, de ala ancha.

Un par de gafas de sol.

Y una pistola: una Llama Auto de calibre cuarenta y cinco.

## 24

La chica que se llamaba a sí mismo Monita, aún no conocía a Filip Faithful Mauritzon en aquel día de verano de hacía tres años, cuando ella fue fotografiada en una escollera en Moja, una isla del archipiélago de Estocolmo.

Aquel verano había sido el último de los seis años que estuvo casada con Peter; en el verano él había conocido a otra mujer, y poco después de Navidad dejó a Monita y a su hija de cinco años de edad, Mona. Ella hizo lo que él le pidió y solicitó un rápido divorcio basándose en su infidelidad; él tenía prisa por casarse con su nueva mujer, que ya estaba embarazada de cinco meses cuando le concedieron el divorcio. Monita conservó el apartamento de dos habitaciones en Hökarängen, un suburbio, y ni siquiera se discutió que la niña se quedara al cuidado de ella. Peter renunció a su derecho de ver de vez en cuando a su hija; después resultó que tampoco cumplió con su deber de contribuir al mantenimiento de la niña.

El divorcio no sólo empeoró gravemente la situación económica de Monita, sino que la obligó a interrumpir sus estudios, que acababa de empezar. Y esto fue lo que más la deprimió.

Conforme pasó el tiempo, ella empezó a tener dificultades por su falta de cultura y preparación; porque ella nunca había tenido la posibilidad de estudiar o aprender una profesión. Cuando terminó sus nueve años de escuela obligatoria, quiso tener un año libre antes de entrar en un colegio de enseñanza media. Y a finales de aquel año conoció a Peter. Se casaron, y sus planes para proseguir estudios superiores fueron dejados de lado. Al año siguiente les nació la niña. Peter empezó a ir a una escuela nocturna. Acordaron que cuando él hubiera completado su educación, le llegaría a ella el turno. Pero lo decidieron el año antes de divorciarse. Cuando Peter la dejó, ella vio que eran irrealizables sus planes para conseguir una formación cultural; también le fue imposible encontrar una cuidadora para su hija, y aunque la hubiera encontrado el gasto era algo que no estaba a su alcance.

Los dos primeros años después de que su hija hubiera venido al mundo, los pasó Monita en su casa; pero tan pronto como pudo meter a la niña en una guardería, volvió a trabajar. Anteriormente, es decir, al mes de haber dejado la escuela, hasta pocas semanas antes del nacimiento de su hija, desempeñó una serie de empleos. Durante aquellos años había sido secretaria, cajera en un supermercado, dependienta, obrera en una fábrica y camarera. Era un alma inquieta. En cuanto no se sentía a gusto o le parecía que necesitaba un cambio, abandonaba su empleo y buscaba otro nuevo.

Cuando, tras una interrupción involuntaria de dos años, volvió a buscar trabajo, descubrió que esto era ahora más difícil y que ya no tenía mucho donde elegir. Como no tenía oficio ni conocidos

influyentes, sólo podía aspirar a los empleos peor pagados y menos estimulantes. Ahora ya no le resultaba tan fácil cambiar de empleo si se hartaba del que tenía; pero cuando empezó a estudiar de nuevo y el futuro le pareció más brillante, la enervante monotonía del trabajo en una línea de montaje le pareció más fácil de soportar.

Durante tres años permaneció en su empleo en una fábrica de productos químicos en uno de los suburbios meridionales de Estocolmo. Pero cuando se le concedió el divorcio y se quedó sola con su hija, se vio obligada a aceptar un turno más corto y peor pagado. Se sintió como metida en una trampa. De repente, desesperada, abandonó su empleo, sin saber lo que iba a hacer al día siguiente.

Mientras tanto el problema del desempleo había ido empeorando, y la falta de trabajo era tan grave que incluso profesionales de carrera con títulos y altas calificaciones, se veían obligados a aceptar trabajos mal retribuidos que estaban muy por debajo de su capacidad.

Durante cierto tiempo Monita estuvo sin trabajo. Recibía la pequeña paga que le daba el seguro de desempleo; pero cada vez se sentía más deprimida. Sólo pensaba en el problema de atender a los gastos del mes: alquiler, comida y ropas para Mona, que consumían todo lo que ella podía obtener. No podía permitirse el lujo de comprarse ropas para ella y tuvo que dejar de fumar. Cada vez era más grande el montón de facturas impagadas. Al final se tragó su orgullo y pidió a Peter que la ayudara; al fin y al cabo la ley obligaba a él a ayudar al mantenimiento de Mona. Aunque él se quejó de que ahora tenía su propia familia en que pensar, le dio quinientas coronas, que ella empleó inmediatamente en pagar algunas de sus deudas.

Excepto en aquellas tres semanas, cuando trabajó como temporera en una oficina y un par de semanas sacando grandes hogazas en una importante panadería, Monita no tuvo empleo fijo durante el otoño de 1970. No es que hubiera encontrado desagradable en sí esta falta de trabajo. Era estupendo poder quedarse en la cama hasta tarde por las mañanas y estar con Mona todo el día, y de no haber tenido todas aquellas preocupaciones monetarias, la falta de trabajo no le habría importado. Conforme pasaba el tiempo, se había desvanecido su deseo de proseguir su educación. ¿Qué sentido tenía desperdiciar tiempo y energías acumulando deudas, cuando todo lo que una recibía a cambio de tantos dolores eran exámenes y la dudosa satisfacción de haber enriquecido ligeramente sus conocimientos? Además, había empezado a sospechar que necesitaría mucho más que salarios más altos y condiciones agradables de trabajo, antes de que tuviera sentido participar en el sistema industrial-capitalista.

Poco antes de Navidad fue con Mona a visitar a su hermana en Oslo. Sus padres habían muerto en un accidente de automóvil hacía cinco años, y su hermana era la única pariente cercana que tenía. Después de la muerte de sus padres había llegado a ser costumbre en ellas celebrar la Navidad en casa de la hermana. Para conseguir el dinero necesario para el billete tuvo que ir a una casa de empeños para pignorar los anillos de boda de sus padres y otras pequeñas joyas que había heredado de ellos. Permaneció en Oslo dos semanas, y cuando regresó a Estocolmo después de Año Nuevo había aumentado dos kilos y medio de peso y se sentía con más ánimos de lo que se había sentido en mucho tiempo.

En febrero de 1971, Monita celebró su vigesimoquinto cumpleaños. Ya había transcurrido un año desde que Peter la dejara, y Monita pensó que había cambiado más en aquel intervalo que durante todo el tiempo de su matrimonio. Había madurado y descubierto nuevos aspectos de sí

misma, y eso habría de hacerle bien. Pero también se había vuelto más dura, más resignada y un poco amargada. Y eso no era bueno para ella. Sobre todo, se sentía muy sola.

Como madre solitaria de una niña de seis años que le ocupaba todo su tiempo y viviendo en un piso de un complejo de grandes bloques de viviendas en un suburbio donde todo el mundo parecía levantar barreras alrededor de su vida privada, tenía escasas posibilidades de poner fin a este aislamiento.

Poco a poco dejó de ver a sus antiguas amistades y conocidos, que ya no fueron más a verla. Y no queriendo dejar a su hija sola, salía muy raramente, y por falta de dinero no se podía permitir ningún entretenimiento. Durante el período que siguió a su divorcio, algunos de sus amigos u otras personas iban a verla; pero Hökarängen estaba muy lejos y pronto se cansaron. Ella se sentía a menudo desanimada y muy deprimida, era de suponer que la impresión que causaba a sus amigos era tan mala que no les quedaban ganas de volver a visitarla.

Daba largos paseos con su hija y volvía a casa con montones de libros de la biblioteca pública, y los leía en las horas solitarias y silenciosas cuando ya Mona estaba durmiendo. Era raro que sonara el teléfono. No tenía a quien llamar, y cuando finalmente le quitaron el teléfono por falta de pago, ni siquiera notó la diferencia. Se sentía como una prisionera en su propia casa; pero gradualmente su reclusión empezó a considerarla seguridad, y la existencia fuera de las paredes de su triste apartamento suburbano le parecía cada vez más irreal y remota.

A veces, de noche, yendo y viniendo, sin objeto, entre la sala de estar y la cocina, demasiado cansada para leer y demasiado nerviosa para dormir, le parecía que estaba volviéndose loca. Era como si sólo tuviera que ir un poco más allá; las barreras caerían y la locura irrumpiría por ellas.

A menudo había pensado en suicidarse, y muchas veces sentía una indefensión y ansiedad tan agudas que sólo pensar en su hija le impedía quitarse la vida.

Le preocupaba muchísimo la niña. Pensando en el futuro de su hija lloraba amargamente. Quería que creciera en un medio cálido, seguro y humano, donde la carrera de ratas por el poder, el dinero y la categoría social no convirtieran a todo el mundo en enemigo, y donde las palabras «comprar» y «propiedad» no fueran consideradas sinónimo de felicidad. Quería dar a su hija una posibilidad de desarrollar su personalidad, y no que fuera formada para encajar en uno de los casilleros que la sociedad le tenía preparados. Quería que su hija sintiera el gozo del trabajo compartiendo con otros la vida, la seguridad; y quería que ella sintiera la propia estimación.

Tales demandas tan elementales para la existencia de su hija no le parecían presuntuosas; pero se daba cuenta claramente de que jamás realizaría tales esperanzas mientras siguieran viviendo en Suecia. No tenía la menor idea de cómo conseguir dinero para emigrar, y su desesperación y desaliento amenazaban con convertirse en resignación y apatía.

Cuando volvió a su casa después de su viaje a Oslo, decidió tomarse las cosas con calma y hacer algo para mejorar su situación. Para tener más libertad y también para evitar que Mona se convirtiera en una niña demasiado solitaria, trató, por décima vez, de conseguir para ella una plaza en una guardería diurna que había muy cerca del edificio donde ella vivía. Para sorpresa suya había una plaza disponible, y Mona fue admitida en seguida.

Un poco al azar, Monita empezó a contestar anuncios en los que se ofrecía trabajo. Mientras tanto, no dejaba de pensar en su principal problema: *¿Qué podía hacer ella para conseguir dinero?* Se daba perfecta cuenta de que necesitaba mucho si había de cambiar radicalmente de modo de vida. Quería a toda costa irse al extranjero. Se sentía cada vez menos satisfecha, y había

empezado a odiar aquella sociedad que se jactaba de una prosperidad que en realidad sólo disfrutaba una minoría de privilegiados, mientras que el privilegio de la gran mayoría era trabajar sin cesar para que no se detuviera la maquinaria de aquella prosperidad.

Una y otra vez sus pensamientos giraron en torno a los diversos modos de hacerse con un pequeño capital. Le parecía que el problema era insoluble. Ganarlo trabajando honradamente era algo en que no había ni que pensar. Incluso cuando tenía empleo, el salario que le quedaba, hechos los descuentos por cotizaciones, apenas le bastaba para pagar el alquiler y la comida.

Sus esperanzas de acertar una quiniela eran muy pocas; aunque cada semana rellenaba una según el sistema de treinta y dos columnas, al menos para no perder las ilusiones.

No podía esperar que nadie le dejara en herencia una fortuna, ni que algún millonario gravemente enfermo le propusiera casarse con ella y se muriera la noche de bodas.

Por supuesto que había chicas que ganaban mucho dinero como prostitutas. Hasta conocía a una. Ya no hacía falta ni siquiera esperar en la esquina de una calle; bastaba con hacerse pasar por modelo y alquilar un estudio o ponerse a trabajar en algún salón de masajes o en algún elegante sex club. Pero sólo pensar en ello le parecía repulsivo.

El único camino que, en consecuencia, le quedaba era robar el dinero. Pero ¿cómo?, y ¿dónde? Además, era demasiado honrada para hacerlo. Así que, de momento, se decidió a ponerse a trabajar decentemente, lo cual resultó más sencillo que lo que ella se había atrevido a esperar.

Consiguió trabajo como camarera en un restaurante muy concurrido del centro de la ciudad. Su horario de trabajo era corto y conveniente y lograba muy buenas propinas. Uno de los clientes que frecuentaban el restaurante era Filip Faithful Mauritzon.

Un día él, hombrecillo insignificante pero de aspecto decente, se sentó a una de las mesas servidas por Monita, y pidió un plato de carne de cerdo con nabos machacados. Él le dijo algunas palabras amables y bromeó mientras ella tomaba nota, pero no había nada en él que atrajera en particular la atención de Monita. Ni tampoco, por otra parte, había nada en Monita que despertara especial interés en Mauritzon, al menos aquella vez.

Como Monita habría de descubrirlo poco a poco, su tipo y aspecto eran bastante comunes. Las personas que sólo la habían visto una o dos veces, apenas la reconocían a la vez siguiente. Tenía el pelo negro, ojos azules grisáceos, buena dentadura y rasgos regulares. Era de estatura media (metro sesenta y cinco) y físico normal, pesaba unos cincuenta y cuatro kilos. Había hombres que decían que era guapa; pero eso sólo después de conocerla bien.

Cuando Mauritzon, por tercera vez en una semana, se sentó a una de sus mesas, Monita lo reconoció y supuso que iba a pedir el plato del día: salchichas y patatas hervidas. La última vez había pedido pastel de cerdo.

Pidió las salchichas y un vaso de leche como bebida. Cuando ella se lo insinuó, él se la quedó mirando y le preguntó:

—¿Es usted nueva aquí señorita?

Ella contestó que sí. No era la primera vez que él le había hablado; pero estaba acostumbrada al anonimato, y su uniforme de camarera no contribuía a facilitar la identificación.

Cuando ella le entregó la nota, él le dio una sustanciosa propina y le dijo:

—Espero que le guste este sitio, señorita, porque a mí me gusta. La comida es buena; así que cuide su figura.

Antes de marcharse le hizo un guiño amable.

Durante las semanas siguientes Monita se fijó en que aquel hombrecillo remilgado que siempre comía los alimentos más sencillos y no bebía nada más que leche se sentaba siempre a una de las mesas servidas por ella. Antes de sentarse, tomó la costumbre de quedarse un rato de pie junto a la puerta, mirando qué mesas eran las que ella atendía. Esto la sorprendió, pero le halagó un poco.

No se consideraba una gran camarera. Le era difícil mantener una máscara de impasibilidad ante los clientes quejosos o impacientes, y siempre que alguien la fastidiaba le soltaba alguna de las suyas. También a veces se perdía en sus propios pensamientos y a menudo estaba distraída y olvidaba las cosas. Por otra parte era fuerte y trabajaba con rapidez, y con los clientes que ella imaginaba que lo merecían se mostraba amable sin ser obsequiosa o tonta como algunas de sus compañeras.

Mauritzon, cada vez que acudía al restaurante, le decía algunas palabras. Y poco a poco ella empezó a mirarlo como a un viejo conocido. Sus modales corteses y ligeramente anticuados, que en cierto modo no parecían armonizar con los enérgicos puntos de vista que él expresaba sobre todo lo divino y humano, la fascinaban.

Aunque Monita no se sentía feliz en su nuevo trabajo, tampoco lo encontraba demasiado malo. Terminaba la jornada antes de que cerrasen la guardería, así que tenía tiempo para recoger a Mona. Y ella ya no se sentía tan desesperadamente aislada y solitaria, aunque seguía alimentando las insensatas esperanzas de que un día podría abandonar Suecia por otro clima más propicio. Ahora Mona tenía algunas amiguitas con quienes jugaba en la guardería, y se mostraba impaciente por llegar allí cada mañana. Su mejor amiga vivía en el mismo edificio, y Monita llegó a conocer a los padres, un matrimonio joven y muy amable. Con ellos había llegado a un acuerdo, en virtud del cual cuidaban mutuamente de sus respectivas hijas, por la noche, cuando ella o ellos no tenían más remedio que salir. Varias veces ella tuvo a la compañera de juegos de Mona como huésped por una noche, y Mona había dormido dos veces en casa de su amiga, aunque en tales ocasiones Monita no había podido hacer nada mejor que ir a la ciudad al cine. Aun así este acuerdo le daba una sensación de libertad y más tarde se demostraría que era de lo más práctico.

Un día de abril, cuando llevaba trabajando en su nuevo empleo poco más de dos meses y estaba allí, de pie, con las manos enlazadas sobre el delantal, soñando despierta, Mauritzon la llamó a su mesa. Ella se acercó a él, asintió ante su plato de sopa de guisantes que él apenas había tenido tiempo de probar, y le preguntó:

—¿Tiene algo de malo?

—Es excelente, como siempre —dijo Mauritzon—; pero es que se me ha ocurrido algo. Yo me atraco aquí día tras día mientras usted va de un lado para otro trabajando. Quiero invitarla a comer conmigo, para cambiar. A cenar una noche, por supuesto, cuando usted esté libre. Mañana, por ejemplo.

Monita no vaciló mucho. Ya hacía tiempo que lo consideraba un hombre honesto, sobrio y trabajador, un poco excéntrico, aunque no peligroso, hasta encantador. Además, hacía tiempo que esperaba esta invitación suya y ya estaba dispuesta a dar una respuesta afirmativa cuando él se lo pidiera. Así que le contestó.

—Bueno, ¿por qué no?

Tras pasar la noche de aquel viernes en compañía de Mauritzon, Monita sólo necesitó revisar su opinión en dos aspectos: él no era perfecto y posiblemente tampoco era un buen trabajador;

pero no por eso dejaba de ser menos encantador. La verdad es que lo encontraba muy interesante.

Durante aquella primavera fueron juntos a varios restaurantes. Cada vez Monita, amable pero con firmeza, rechazó las invitaciones de Mauritzon a que fuera a su casa a descabezar un sueñecito, ni tampoco permitió que él fuese a la suya de Hökarängen.

A principios del verano no lo vio una sola vez, y en julio ella estuvo en Noruega, con su hija, las dos semanas de vacaciones.

El primer día después de su regreso se presentó Mauritzon y se sentó a su mesa de siempre. Aquella misma tarde salieron juntos. Por la noche Monita fue con él a su casa de Armfeldsgatan. Era la primera vez que iban a la cama juntos. A Monita le pareció que era tan sociable en la cama como en todas partes.

Sus relaciones se fueron desarrollando con satisfacción de ambos. Mauritzon no era muy exigente y no insistía en verse con ella más a menudo de lo que ella deseaba, es decir, un par de veces por semana. Él era muy considerado con ella, y ambos encontraban muy agradable su mutua compañía.

Ella, por su parte, se mostraba igual de delicada con él. Mauritzon era muy taciturno, y no quería hablar nunca de sus ocupaciones, de cómo se ganaba la vida; pero aunque ella se hizo muchas preguntas, no era muy curiosa. Tampoco quería que él se mezclara demasiado en su propia vida, y mucho menos en lo concerniente a Mona. Así que tuvo buen cuidado de no meter las narices en sus asuntos. Él no parecía celoso y ella no lo era. O bien él se daba cuenta de que era su único amante, o bien le tenía sin cuidado que fuera con otros hombres. Tampoco él le hizo nunca preguntas acerca de sus amoríos anteriores.

Al llegar el otoño, salieron por la ciudad con menos frecuencia, preferían quedarse en casa de él, donde siempre había algo bueno que comer y pasaban la mayor parte de las tardes y las noches juntos en la cama.

De vez en cuando Mauritzon desaparecía para hacer algún viaje de negocios, aunque nunca le decía a dónde había ido ni de qué negocio se trataba. Monita no era tonta. Pronto llegó a darse cuenta de que sus actividades eran ilegales hasta cierto punto; pero como estaba satisfecha pensando en que era básicamente decente y honesto, supuso que sus actividades al margen de la ley eran de tipo inocuo. Lo tenía por una especie de Robin Hood que robaba a los ricos para socorrer a los pobres. Que hiciera trata de blancas o que vendiese narcóticos a niños era algo que jamás se le ocurrió. Tan pronto como tuvo una oportunidad le dijo de forma velada que no estaba dispuesta a moralizar acerca de los que se aprovechaban de los ricos, o de una sociedad explotada en general. Dijo esto para ver si él le revelaba algo de sus secretos.

Y ciertamente, allá por Navidad, Mauritzon se sintió obligado a iniciar a Monita hasta cierto punto en sus negocios. La Navidad siempre era una época de mucho trabajo en la rama de negocios en que se ocupaba Mauritzon, y ahora, en su entusiasmo por no dejar perder la menor ocasión de ganar un dólar, se había encargado de más tareas de las que podía ocuparse. Se trataba de una imposibilidad física. Una transacción muy complicada requería su presencia en Hamburgo el día siguiente al de Navidad, aunque él había prometido que aquel mismo día haría una entrega en el aeropuerto de Fornebu, en Oslo. Y ya que Monita iba a ir a pasar las Navidades en Oslo, como siempre, la tentación de pedirle que fuera su agente resultó irresistible para él. La tarea no ofrecía grandes riesgos; pero el modo de hacer la entrega era tan poco corriente y complicado, que él difícilmente iba a engañarla haciéndola creer que no era más que un regalo de Navidad. Le



dio instrucciones detalladas; pero, sabiendo que ella tenía muy mala opinión del negocio de las drogas, le dijo que en el paquete iban unos moldes fundidos que habrían de utilizarse en una oficina de Correos.

Para servirle como ayudante Monita no tenía nada en contra, y realizó su tarea sin complicaciones.

Él le pagó el viaje y hasta le dio como honorarios unos centenares de coronas.

Aunque estos ingresos extra, tan necesitados y tan fácilmente ganados, debieron haber despertado su codicia, Monita, después de pensar bien el asunto, se mostró indecisa sobre si en el futuro debía encargarse de nada parecido.

No es que tuviera nada contra el dinero; pero suponía el riesgo de terminar en un calabozo, al menos quería saber de qué asunto se trataba. Lamentó no haber echado un vistazo al contenido del paquete y empezó a sospechar que Mauritzon la había engañado. La segunda vez que él le pidió que actuara como emisario suyo, ella se negó. Ir por ahí con paquetes misteriosos conteniendo lo que podía ser desde opio a bombas de relojería era algo que no iba con ella.

Mauritzon debió de comprenderlo intuitivamente, ya que no le pidió más servicios. Aunque su actitud siguió siendo la misma, con el paso del tiempo ella empezó a darse cuenta de aspectos de su naturaleza que no había observado antes. Descubrió que él le decía a menudo mentiras, y, además, sin necesidad, ya que ella jamás le hacía preguntas que pudieran ponerle en un brete. También empezó a sospechar que no era un ladrón de guante blanco, sino más bien un delincuente de poca monta que haría cualquier cosa por conseguir dinero.

Durante los primeros meses del año se vieron con menos frecuencia, no porque Monita se le resistiera, sino porque Mauritzon estaba ocupado de un modo poco corriente y a menudo se encontraba de viaje.

Monita no creyó que él estuviera cansándose de ella, porque cada noche que él tenía libre se ponía muy contento de poder pasarla juntos. En una ocasión en que ella estaba en casa de él, Mauritzon tuvo visita. Fue una tarde a principios de marzo. Sus visitantes, que se llamaban Malmström y Mohrén eran algo más jóvenes que Mauritzon y, al parecer, tenían negocios con él. A ella le gustó particularmente uno de ellos; pero no volvió a verlos.

Para Monita el invierno de 1971 fue horrible. El restaurante en donde ella trabajaba cambió de propietario. Convertido en taberna típica perdió su antigua clientela sin lograr atraer una nueva y, al final, el personal fue despedido y el lugar pasó a ser un local de juego y bebida. Ahora se encontraba de nuevo sin trabajo, y con Mona en la guardería de día o fuera jugando con sus amigas los fines de semana, ella se sentía más sola que nunca.

Le parecía irritante no poder poner fin a sus relaciones con Mauritzon, irritación que aumentaba durante sus ausencias. Cuando estaban juntos ella aún disfrutaba de su compañía. Además, como era la única persona en el mundo, aparte de Mona, que parecía necesitarla, el hecho de que él estuviera evidentemente enamorado de ella le halagaba.

A veces, no teniendo nada que hacer durante el día, iba al apartamento de Armfeldsgatan en momentos en que sabía que él no estaría en casa. Le gustaba sentarse allí a solas, leer, oír discos o, simplemente, estar entre las cosas de él, que aún le seguían pareciendo extrañas aunque ya debería de haberse acostumbrado a ellas. Aparte de un par de libros y algunos discos, no había nada en el piso que ella jamás hubiera soñado poseer en su propia casa. Sin embargo, aunque de un modo algo extraño, allí se sentía también su casa.

Él nunca le había dado a ella una llave de su apartamento. Fue ella la que encargó un duplicado una vez que él le prestó la suya. Ésta fue la única libertad que se tomó con él y, al principio, le produjo un poco de remordimiento.

Ella se aseguraba de no dejar nunca huellas y sólo iba allí cuando estaba completamente segura de que él estaba fuera. ¿Cómo reaccionaría él si se enteraba? A veces, claro está, curioseó entre los objetos personales de su amante; pero jamás encontró nada que pudiera considerar acusador. Ella se había mandado hacer la otra llave no para husmear, sino para poder ir allí en privado, aunque nadie la buscaba ni se interesaba por sus andanzas. Aún así, eso le daba cierta sensación de inaccesibilidad, un sentido de soberanía que le recordaba el que sentía de niña cuando jugaba al escondite. Para esconderse escogía siempre un lugar en que nadie en el mundo habría podido encontrarla. Si ella se lo hubiera pedido, probablemente él le habría dado otra llave; pero entonces la cosa no habría tenido gracia.

Un día de mediados de abril, Monita, sintiéndose más inquieta y turbada que de costumbre, se dirigió al apartamento de Armfeldsgatan. Iba a sentarse en el sillón más feo y cómodo de Mauritzon, a poner algunos discos de Vivaldi en el tocadiscos, y a esperar que pudiera volver a sentir aquella maravillosa sensación de paz y total indiferencia hacia todo.

Mauritzon estaba en España, y no había de volver hasta el día siguiente.

Colgó su abrigo y su bolso de un gancho que había en el pasillo, y después de sacar sus cigarrillos y cerillas se dirigió a la sala de estar, que estaba tan limpia y ordenada como de costumbre. Mauritzon se hacía él mismo la limpieza. Al principio, cuando se conocieron, ella le preguntó por qué no contrataba a una asistenta. Él le contestó que le gustaba arreglar las cosas él mismo y que no tenía deseos de conceder ese placer a otra persona.

Dejó los cigarrillos y las cerillas en el amplio brazo del sillón, pasó al otro cuarto y puso en marcha el tocadiscos con *Las cuatro estaciones* de Vivaldi. Al escuchar las primeras notas se dirigió a la cocina para tomar un cenicero de la alacena, y luego volvió con él a la sala de estar. Se acurrucó en el sillón y colocó el cenicero sobre uno de sus brazos.

Pensó en Mauritzon y en sus pobres relaciones. Aunque ya se conocían hacía más de un año, ni se habían hecho más profundas ni habían madurado. Más bien al contrario. Ella nunca podía recordar de qué hablaban cuando se veían, seguramente porque nunca hablaban de nada importante. Sentada allí en su sillón favorito y mirando al estante de los libros con todos aquellos estúpidos potes y vasos, pensó que él tenía un carácter de lo más absurdo. Y por centésima vez se preguntó por qué se habría complicado la vida con él en vez de buscarse un hombre de verdad.

Encendió un cigarrillo, soltó una fina bocanada de humo hacia el techo, y reflexionó en que debía dejar de pensar en aquel estúpido antes de que se pusiera de malhumor.

Acomodándose en el sillón, cerró los ojos y trató de dejar de pensar, moviendo lentamente la mano al compás de la música. En medio del *largo* tropezó con el cenicero, que cayó al suelo y se rompió.

—¡Maldito sea! —susurró.

Se levantó, fue a la cocina y abrió la alacena que había bajo el fregadero, palpando en busca de un cepillo, que normalmente estaba a la derecha de la bolsa de la basura. No estaba allí, así que se inclinó y miró dentro. El cepillo estaba en el fondo, y, al alargar el brazo para alcanzarlo, vio una cartera de mano que estaba tras la bolsa de la basura. Él debía de haberla colocado allí

pensando bajarla al sótano. Parecía demasiado abultada para arrojarla por el vertedero de la basura.

En aquel momento se fijó en una cuerda enrollada y atada con nudos muy bien hechos. Recogió la cartera y la colocó sobre el suelo de la cocina. Era muy pesada.

Ahora sintió curiosidad. Con mucha precaución deshizo los nudos, tratando de recordar cómo habían estado atados. Luego deslió la cuerda y abrió la cartera de mano.

Estaba llena de piedras; piedras planas de pizarra negra, que ella reconoció. Recordó haberlas visto recientemente en alguna parte. Enarcó las cejas, irguió la espalda, tiró la colilla en el fregadero, y miró pensativa a la cartera. ¿Por qué él habría llenado de piedras una cartera de mano vieja, la había atado con una cuerda y metido debajo del fregadero?

Examinó la cartera más cuidadosamente. Era de cuero, y sin duda había sido elegante y más bien cara cuando nueva. Luego se fijó en algo raro: alguien, con una navaja o una hoja de afeitar, había cortado las cuatro esquinas del fondo. Y lo que era más, lo habían hecho muy recientemente. Las superficies cortadas estaban frescas.

En seguida comprendió lo que él intentaba hacer con la cartera: arrojarla al mar. ¿Por qué? Se inclinó, empezó a sacar las lajas de pizarra. Al colocarlas en un montón sobre el suelo, recordó dónde las había visto. Abajo, en el pasillo, tras la puerta que daba al patio, había habido un montón de lajas como aquéllas que presumiblemente iban a ser empleadas para pavimentar el patio trasero del edificio. Allí es donde él debió de haberlas conseguido.

Mientras pensaba cuántas quedarían en la cartera, las yemas de sus dedos tocaron con algo duro y pulido. Lo sacó y se quedó mirándolo en las manos. Lentamente, adquirió forma un pensamiento que hacía tiempo había estado formándose en las profundidades de su mente.

Con aquella cosa negra de acero, ella tendría quizá la solución, la libertad con que había estado soñando.

La pistola tendría unos 19 centímetros de largo, era de gran calibre y tenía una culata muy pesada. En el acero azulado y brillante por encima de la brecha estaba grabada la marca: Llama. Sopesó el arma. Era pesada.

Monita se dirigió a la entrada y metió la pistola en el bolso. Luego regresó a la cocina, volvió a meter las piedras en la cartera de mano, lió de nuevo la cuerda alrededor de ella, tratando de hacer los mismos nudos, y finalmente dejó la cartera donde la había encontrado.

Sacó el cepillo, barrió la ceniza que había quedado en la sala de estar, y luego la recogió y arrojó por el vertedero de la basura. Cuando regresó paró el tocadiscos, colocó de nuevo el disco en su sitio, y volvió a la cocina. Sacó del fregadero la colilla de su cigarrillo y la arrojó al retrete. Luego se puso el abrigo, cerró el bolso, y se lo colgó del hombro. Antes de dejar el apartamento se dio una vuelta por las habitaciones para asegurarse de que todo estaba en su sitio. Buscó la llave en su bolsillo, cerró la puerta y bajó las escaleras. Tan pronto como llegó a su casa empezó a pensar.

En la mañana del viernes 7 de julio, Gunvald Larsson se levantó muy temprano. No precisamente a la salida del sol, ya que eso habría sido excesivo. El nombre del día en el calendario sueco era «Klas», y el borde del sol apareció en el horizonte de Estocolmo muy temprano, a las tres menos siete minutos de la mañana.

A las seis y media él ya se había dado una ducha, tomado su desayuno, y vestido, y media hora después ya estaba en la escalinata de entrada de la casita de Sangarvägen, en Sollentuna, ya visitada por Einar Rönn cuatro días antes.

Éste fue el viernes en el que todo iba a suceder. Una vez más Mauritzon habría de enfrentarse a Apisonadora Olsson, y se esperaba que en circunstancias menos cordiales que la última vez. Quizás hubiera llegado también el momento para que ellos echaran el guante a Malmström y Mohrén e intervinieran en su gran golpe.

Pero antes de que la patrulla especial entrara en acción, Gunvald Larsson se ocupó de resolver un pequeño problema que lo tuvo irritado durante toda la semana. Visto en un contexto más amplio quizás era una insignificancia; aunque una muy fastidiosa. Ahora quería librarse de ella de una vez por todas, y también demostrarse a sí mismo que lo que él había pensado era correcto, y que había llegado a la verdadera conclusión.

Sten Sjögren no se había levantado con el sol. Pasaron cinco minutos antes de que, bostezando y palpándose el cinturón de la bata, descendiera y abriese la puerta.

Gunvald Larsson era amable; pero fue derecho al grano:

—Usted ha estado mintiendo a la policía.

—¿Yo?

—Hace una semana usted describió por dos veces al atracador de un banco, que a primera vista parecía ser una mujer. Luego usted hizo una descripción detallada del coche que esa persona utilizó para escapar, y de los dos hombres que había en el coche, un Renault 16.

—Exacto.

—Y el lunes usted repitió la misma historia, palabra por palabra, a un detective inspector que vino aquí y habló con usted.

—También es verdad.

—Lo que también es verdad es que todo eso no fue más que un hatajo de mentiras.

—Pero yo describí a la rubia lo mejor que pude.

—Sí, porque usted sabía que otras personas habían visto también al atracador. También fue muy listo y supuso que, probablemente, dentro del banco, se habría tomado una película.

—¡Pero yo estoy seguro de que era una mujer!

—¡Oh! ¿Por qué?

—No sé por qué; pero tengo una especie de instinto en lo que se refiere a las mujeres.

—Pues esta vez, al parecer, su instinto le ha fallado. Pero no es eso lo que me ha traído aquí. Quiero que reconozca que su cuento acerca del coche y aquellos dos hombres fue inventado.

—¿Por qué quiere que haga eso?

—Mis razones no vienen al caso. Además, son de naturaleza completamente particular.

Sjögren ya no estaba medio dormido. Mirando con curiosidad a Gunvald Larsson dijo despacio:

—Por lo que yo sé, no es delito dar una información incompleta o inexacta, siempre que uno no esté bajo juramento.

—Cierto.

—En cuyo caso esta conversación carece de sentido.

—Para mí lo tiene. Estoy muy interesado en comprobar este extremo. Digamos que he llegado a cierta conclusión, y quiero estar seguro de que es la verdadera.

—Y, ¿qué conclusión es ésa?

—De que usted contó a la policía una sarta de mentiras por su propia conveniencia.

—Hay mucha gente en nuestra sociedad que sólo piensa en su propia conveniencia.

—Y, ¿usted no?

—Al menos trato de no hacerlo. No hay mucha gente que lo comprenda. Mi esposa, por ejemplo. Por eso ya no la tengo; nos hemos divorciado.

—Así que, ¿usted cree que está bien eso de robar a los bancos? Y ¿considera a la policía como enemigo natural del pueblo?

—Sí, hay algo de eso. Aunque no es tan sencillo.

—Robar un banco y matar al director de un instituto de gimnasia no tiene nada que ver con la policía.

—En este caso no, cierto. Pero se puede considerar el asunto desde el punto de vista ideológico. Mirarlo en su perspectiva histórica. A veces, los atracos a bancos han tenido una motivación política, durante las sublevaciones de Irlanda, por ejemplo. Pero la protesta puede ser también inconsciente.

—¿Así que usted cree que los delincuentes comunes pueden ser considerados revolucionarios?

—Eso es una opinión —repuso Sjögren—, aunque la mayoría de los socialistas prominentes la rechazan. ¿Ha leído usted alguna vez a Artur Lundkvist?

—No.

Gunvald Larsson leía principalmente a Jules Régis y autores parecidos. De momento estaba interesado por las obras de S. A. Duse. Sin embargo, esto no tenía nada que ver con el asunto que le había llevado hasta allí. Sus hábitos literarios estaban dictados por la necesidad de diversión; él no deseaba tener una educación literaria.

—A Lundkvist le dieron el Premio Lenin —dijo Sten Sjögren—. En una antología llamada *Un hombre socialista* escribe cosas como ésta, y cito de memoria: «A veces se va tan lejos que se hace aparecer a los delincuentes comunes como si fueran personas que protestaran

conscientemente contra el miserable estado de cosas, como si fueran casi revolucionarios... algo que es lo último que sería tolerado en un estado socialista...».

—Siga —dijo Gunvald Larsson.

—He terminado la cita —repuso Sjögren—. Lundkvist es un idiota. Todos sus razonamientos son imbéciles. En primer lugar, se puede llevar al pueblo a que proteste contra un estado de cosas sin que esté ideológicamente despierto. Y en segundo lugar, eso de los países socialistas... no hay la menor lógica en ello. ¿Por qué demonios la gente va a robarse a sí misma?

Gunvald Larsson no dijo nada durante un buen rato. Finalmente preguntó:

—¿Así que no hubo un Renault de color beige?

—No.

—¿Ni ningún conductor muy pálido con una camisa blanca de manga corta, ni ningún tipo vestido de negro que se parecía a Harpo Marx?

—No.

Gunvald Larsson asintió para sí mismo. Luego dijo:

—El hecho es que el hombre que penetró en el banco está ya perdido. Y lejos de ser una especie de revolucionario inconsciente, es una rata asquerosa montada en el vagón capitalista, que vivía de vender al menudeo estupefacientes y pornografía, sin que pensara en nadie ni en nada más que en su provecho. Eso sí que es ser interesado. Además, se chivó de todo lo que sabía de sus compinches en un intento de salvar el pellejo.

Sjögren se encogió de hombros:

—Ahora hay muchos tipos de éstos —dijo—; pero, diga usted lo que diga, el tipo que robó el banco no deja de ser cierta clase de víctima, si usted sabe a qué me refiero.

—Ya veo lo que usted quiere decir.

—¿Cómo ha podido averiguar todo eso?

—Pruébelo usted mismo —le contestó Gunvald Larsson—. Métase en mis zapatos.

—¿Por qué demonios ha tenido usted que hacerse policía? —le preguntó Sjögren.

—Por pura casualidad. Por mi vocación sería marino. Pero bueno, eso fue hace mucho tiempo, y entonces muchas cosas parecían diferentes de como son hoy. Pero ¡qué más da! Ahora ya tengo lo que quería.

—Y, ¿eso era todo?

—Exacto. Adiós.

—Adiós —repuso Sjögren, que tenía cara de estar muy asombrado.

Pero Gunvald Larsson no se fijó en ello. Se dirigía ya a su coche. Tampoco oyó las últimas palabras de Sjögren:

—De todos modos estoy seguro de que era una mujer.



En aquella misma temprana hora de la mañana la señora Svea Mauritzon estaba ante el horno de su casa de Pilgatan, en Jönköping, cociendo bollos de canela. Su hijo pródigo había vuelto a casa y ella quería regalarlo con bollos tiernos de cinamomo para el desayuno. No tenía ni la menor idea de cómo su hijo en aquellos momentos estaba siendo calificado por un policía a 130

kilómetros de distancia; si alguna vez ella hubiera oído llamar rata asquerosa a su ojito derecho, inmediatamente habría golpeado con el rodillo a esa persona.

Un fuerte timbrazo en la puerta de la calle rompió el silencio de la mañana. Dejando aparte, sobre el fregadero, su bandeja con vueltas de cinamomo batido recién helado, se secó las manos en el delantal y, arrastrando los pies, calzada con sus zapatillas sin tacones, se apresuró a acudir a abrir. Se fijó en que el reloj sólo marcaba las 7.30 y echó una mirada ansiosa hacia la cerrada puerta del dormitorio.

Allí dentro dormía su hijo. Ella le había hecho la cama en un sofá de la sala de estar; pero el reloj de péndulo le molestaba y a medianoche él la había despertado y pedido cambiar de cama. ¡Pobre hijo! ¡Cuánto trabajaba! Lo que necesitaba era un buen sueño. Por su parte, como era sorda casi del todo, no oía el tictac del reloj.

Ante la puerta había dos hombres altos.

Ella no oyó bien lo que le decían; pero se mostraban muy insistentes. Querían hablar en seguida con su hijo. En vano ella trató de explicarles que era muy temprano y que debían volver un poco más tarde, cuando él se hubiera despertado y levantado.

Pero eran implacables, afirmando que su viaje tenía la mayor importancia. Por último, de muy mala gana, ella fue en busca de su hijo y suavemente lo despertó. Apoyándose en un codo, él miró el reloj.

—¿Te has vuelto loca? ¿Por qué me despiertas así a media noche? ¿No te dije que quería dormir?

Ella se quedó mirándolo desolada.

—Es que hay dos caballeros que quieren verte —le dijo.

—¿Cómo? —gritó él, levantándose de un salto—. No les habrás dejado entrar, ¿verdad?

Mauritzon pensó que serían Malmström y Mohrén. Habrían descubierto que él los había traicionado, descubrieron dónde se escondía, y estaban allí para vengarse.

Su madre negó con la cabeza y lo miró asombrada, mientras él se vestía rápidamente sin quitarse siquiera el pijama. Corrió por la habitación recogiendo sus efectos personales dispersos y metiéndolos en su bolsa.

—Pero ¿qué significa todo esto? —preguntó ella con ansiedad.

Él cerró de golpe la bolsa, agarró a su madre por el brazo y le susurró:

—¡Tienes que librarte de ellos! ¡Diles que no estoy aquí! ¡Qué me he ido a Australia, lo que sea!

No oyendo lo que él le decía, ella se fijó en que su audífono estaba sobre la mesita de noche y se lo puso en el oído. Mauritzon se dirigió de puntillas hacia la puerta, pegó el oído a ella y escuchó. Ni un rumor. Los dos estarían allí esperándolo, probablemente con un arsenal de armas y dispuestos a disparar.

Su madre se acercó a él y le susurró:

—Pero ¿qué pasa, Filip? ¿Quiénes son esos hombres?

—Líbrate de ellos —le contestó él a su vez bisbiseando—. Diles que me he ido al extranjero.

—Pero ya les he dicho que estás aquí. ¿Cómo iba a saber que no querías verlos?

Mauritzon se abotonó la chaqueta y agarró la bolsa.

—¿Ya te vas? —le preguntó ella, desilusionada—. ¡Y yo que te había hecho unos bollos! De esos de cinamomo que tanto te gustan...

Él se volvió hacia su madre y le dijo indignado:

—¿Cómo puedes quedarte ahí parlotando de bollos de cinamono cuando...? —se interrumpió, aguzando el oído hacia el vestíbulo.

Oyó un vago susurro de voces. Ahora irían por él y lo liquidarían en el acto. Sintió un sudor frío y miró desesperadamente en torno suyo, por la habitación. Su madre vivía en el séptimo piso, así que no había ni que pensar en saltar por la ventana, y la única puerta daba al vestíbulo donde Malmström y Mohrén le estaban esperando.

Volviéndose hacia su madre, que estaba de pie junto a la cama, completamente aturdida, le dijo:

—Anda, ve. Diles que ya voy, que sólo es cuestión de un minuto. Trata de llevarlos hacia la cocina. Ofréceles unos bollos. De prisa, ¡vamos!

La empujó hacia la puerta y se quedó con la espalda pegada a la pared. Cuando ella hubo salido y cerrado la puerta tras sí, él volvió a pegar el oído contra la madera. Pudo oír voces, y al cabo de un rato pasos que se acercaban. Cuando se detuvieron ante la puerta, en vez de proseguir hacia la cocina y los bollos de su madre, como él había esperado, de repente comprendió el significado de la expresión «con los pelos de punta».

Silencio. Un sonido metálico, quizás el de un cargador que era introducido en una pistola. Alguien aclaró su garganta. Luego un golpe fuerte dado con los nudillos y una voz que dijo:

—¡Salga inmediatamente, Mauritzon! Somos del D. I. C.

Mauritzon abrió la puerta y con un gemido de alivio casi se precipitó en los brazos del detective inspector Högflykt del D. I. C. de Jönköping, que estaba allí con las esposas preparadas para él.

Media hora después Mauritzon estaba sentado en el avión de Estocolmo con una gran bolsa llena de bollos de cinamomo sobre las rodillas. Había convencido a Högflykt de que estaba dispuesto a cooperar, y le habían quitado las esposas. Mirando por la ventanilla hacia las soleadas llanuras de la provincia de Östergötland iba masticando sus bollos. Considerando bien las cosas, se sentía en paz con este mundo.

De vez en cuando ofrecía la bolsa a su compañero, quien negaba con la cabeza más ceñudo cada vez: el detective inspector Högflykt, que siempre tenía miedo de viajar en avión, no se encontraba bien.

El avión aterrizó a las 10.25 en punto en el aeropuerto de Bromma, y veinte minutos más tarde Mauritzon se vio de nuevo en el cuartel general de la policía en Kungsholmen. Mientras el coche de la policía se acercaba a la ciudad, empezó a sentir ansiedad pensando qué le tendría ahora reservado Apisonadora Olsson; la sensación de liberación y alivio que había seguido al *shock* de su despertar aquella mañana ya se había disipado, cediendo ante una terrible aprensión.

Apisonadora Olsson, en compañía de elementos selectos de la patrulla especial, es decir Einar Rönn y Gunvald Larsson, aguardaba con impaciencia la llegada de Mauritzon. Bajo la dirección de Kollberg, los otros miembros de la patrulla estuvieron muy ocupados preparando su operación vespertina contra la banda Mohrén.

Maniobra muy complicada, que requería una cuidadosa organización.

Apisonadora, informado del hallazgo en el refugio antiaéreo, estaba casi fuera de sí de júbilo. Apenas pudo pegar un ojo en toda la noche, de tal modo crecía en excitación a medida que se acercaba el gran día. Ya tenía a Mauritzon donde quería, y a Malmström y Mohrén también, en



cuanto trataran de dar su gran golpe. Si no ocurría este viernes, sucedería al siguiente, en cuyo caso las operaciones de hoy podrían ser consideradas un ensayo general útil. En cuanto tuviera a toda la banda Mohrén entre rejas, ya no le costaría mucho trabajo echar también el guante a Werner Roos.

Los sueños dorados de Apisonadora fueron interrumpidos por el teléfono. Agarró el receptor, escuchó durante tres segundos y gritó:

—¡Traedlo inmediatamente!

Colgó de golpe el teléfono, palmeó, y dijo con tono enérgico:

—Caballeros, ya me lo traen. ¿Todos listos?

Gunvald Larsson refunfuñó, y Rönn dijo sin mucho entusiasmo:

—¡Claro!

Rönn sabía muy bien que él y Gunvald Larsson habrían de actuar casi como oyentes. A Apisonadora le encantaba actuar ante público, y hoy sin duda se luciría en la representación. No sólo iba a representar el papel principal, sino que sería también el productor. Entre otras cosas había cambiado lo menos quince veces la disposición de las sillas de sus compañeros hasta que estuvieron colocadas a su satisfacción.

Apisonadora estaba ahora sentado en el trono del juicio, detrás de su mesa. Gunvald Larsson se sentaba en el rincón junto a la ventana, y Rönn a un extremo de la mesa a su derecha. La silla de Mauritzon había sido colocada frente a la de Apisonadora; pero tan apartada de la mesa que quedaba en el centro de la habitación.

Gunvald Larsson se estaba limpiando los dientes con un fragmento de fósforo de madera, mientras lanzaba subrepticias miradas a la alegre vestimenta veraniega de Apisonadora: un traje color amarillo mostaza, una camisa a rayas azules y blancas, y una corbata con un dibujo de margaritas verdes de la especie Fiesta de San Miguel, sobre fondo naranja.

Llamaron a la puerta con los nudillos, y alguien hizo entrar a Mauritzon, que ahora había empezado a sentir un gran malestar, y la vista de los rostros ya familiares en el despacho de Apisonadora no logró calmarlo. Todos tenían una cara muy seria.

Aquel tipo alto y rubio, Larsson, o como se llamara, la tenía tomada con él, según ya había tenido ocasión de darse cuenta. Y por lo que se refiere a aquel norteño con nariz de borracho, parecía ser un individuo muy sombrío en el mejor de los casos. Sin embargo, lo que no auguraba nada bueno era que incluso Apisonadora, quien en su último encuentro había sido tan benigno como un rey mago, lo miraba ahora con un duro gesto de desaprobación.

Mauritzon se sentó en la silla que le indicaron, miró en torno suyo por la habitación, y dijo:

—Buenos días.

Nadie le contestó; pero él prosiguió:

—En los papeles que usted me dio, señor fiscal del distrito, no había nada que dijera que yo no podía abandonar la ciudad, y por lo que yo recuerdo, tampoco se habló de nada de eso en nuestra conversación.

Apisonadora enarcó las cejas, y Mauritzon se apresuró a añadir:

—Pero, naturalmente, le ayudaré en lo que pueda.

Apisonadora se inclinó hacia adelante, entrelazó sus manos sobre la mesa, se quedó mirándolo un rato, y dijo con voz suave:

—¿De veras, señor Mauritzon? ¿Así que está dispuesto a ayudarnos en lo que pueda? Es usted muy amable, señor Mauritzon. Pero ya no tenemos necesidad de pedirle más servicios, señor Mauritzon. ¡No! Ahora nos toca a nosotros hacerle a *usted* un servicio. Usted no ha sido honesto con nosotros, señor Mauritzon, ¿verdad? Comprendemos lo mucho que esto debe de pesar sobre usted, y por eso nos hemos tomado la molestia de disponer esta pequeña entrevista, de modo que usted pueda descargarse en nosotros en paz y tranquilidad.

Mauritzon lanzó una mirada insegura a Apisonadora y dijo:

—No comprendo...

—¿No? Si le digo que hablo del viernes pasado, entonces quizás usted, señor Mauritzon, comprenderá.

—¿El viernes pasado? —La mirada de Mauritzon vaciló, y el hombre se movió incómodo en su silla. Su mirada pasó de Apisonadora a Rönn y luego de nuevo a Apisonadora, se enfrentó a los fríos ojos azul porcelana de Gunvald Larsson, y por último se detuvo en el suelo. En la habitación se hizo un silencio de muerte.

Apisonadora prosiguió:

—El último viernes, hace una semana, ¡sí! Es imposible, señor Mauritzon, que usted no recuerde dónde estaba entonces. Además, no podrá olvidar el botín de aquel día. Noventa mil cacahuetes, ¿no es así como los llaman? ¿Qué dice usted a eso?

—Noventa mil... ¿noventa mil qué? No sé nada de noventa mil.

El tono de voz de Mauritzon sonaba más bien a atrevimiento, y el de Apisonadora no tuvo nada de suave cuando replicó:

—¿Conque usted, señor Mauritzon, no tiene idea de lo que estoy hablando?

Mauritzon negó con la cabeza:

—No —dijo—, no tengo la menor idea.

—Entonces, señor Mauritzon, ¿quiere usted que me exprese más claramente? ¿Le gustaría?

—Sí, por favor —dijo Mauritzon humildemente.

Gunvald Larsson se irguió y dijo con irritación:

—¡No se haga el tonto! ¡Usted sabe muy bien de qué se trata!

—Claro que lo sabe —añadió Apisonadora con buenos modales—. El señor Mauritzon sólo trata de demostrarnos que es muy listo. Forma parte del juego, digamos. Pero pronto se le pasará. Puede que tenga alguna dificultad en expresarse.

—Pues no la tuvo cuando se trató de dar el soplo de sus compinches —dijo Gunvald Larsson acremente.

—Bueno, ya veremos —declaró Apisonadora. Se inclinó hacia adelante y se quedó mirando a Mauritzon fijamente a los ojos—. ¿Quiere que me exprese con más claridad? Pues bien, me expresaré. Sabemos muy bien que fue usted el que atracó el banco de Hornsgatan el viernes pasado, y no va a conseguir nada negándolo, ya que tenemos pruebas. Por desgracia, usted no se limitó a robar, cosa que de por sí ya es grave, y no necesito indicarle cuán grave es la situación en que se ha metido. Claro que usted puede asegurar que fue sorprendido y que no tiró a matar. Sin embargo, hay un hecho incuestionable: aquel hombre está muerto.

Mauritzon se había puesto muy pálido, y las gotitas de sudor empezaron a aparecer en su frente. Abrió la boca para decir algo; pero Apisonadora prosiguió:

—Espero que haya comprendido que su situación es tan grave que no va a ganar nada con sus trucos, y que lo mejor que puede hacer es no empeorar las cosas, y mostrarse dispuesto a cooperar. ¿He hablado claro?

Mauritzon, boquiabierto, negó con la cabeza. Finalmente dijo, vacilante:

—No... no sé... no sé de qué está hablando.

Apisonadora se levantó y empezó a andar de un lado para otro delante de Mauritzon.

—Mi querido Mauritzon, yo tengo una paciencia infinita cuando la paciencia es necesaria. Pero tanta estupidez es algo que no puedo tolerar —lo dijo en un tono de voz que implicaba que hasta la paciencia más infinita tenía sus límites.

Mientras Apisonadora seguía hablando, andando gravemente de un lado a otro, entre Mauritzon y la mesa, Mauritzon volvió a negar con la cabeza.

—Creo que me he expresado con toda la claridad posible; pero repito: sabemos que usted, solo, entró en aquel banco de Hornsgatan, y mató a un cliente, y que logró escapar con noventa mil coronas en efectivo. Sabemos esto, y usted no va a ganar nada negándolo. Por otra parte, usted puede, hasta cierto punto (no mucho, hay que reconocerlo, pero hasta cierto punto), mejorar su situación confesando sin más demora, y mostrando, además, un poco de buena voluntad. Le aconsejo que nos haga un relato completo de los sucesos de aquel día, diciéndonos qué ha hecho usted con el dinero, cómo escapó del escenario del delito, y quiénes eran sus cómplices. Bueno, ¿me he expresado con bastante claridad?

Interrumpiendo su paseo, Apisonadora se volvió a sentar tras su mesa. Se apoyó en el respaldo de la silla y echó una mirada, primero a Rönn y luego a Gunvald Larsson, invitándoles a un aplauso silencioso. Rönn ponía cara de duda, y Gunvald Larsson, distraído, se llevó un mano a la nariz. Apisonadora, que había esperado que sus rostros se iluminaran por la admiración ante este modelo de arenga concisa y psicológica, pensó resignadamente: «es como echar margaritas a los cerdos». De nuevo se volvió hacia Mauritzon.

Él lo miró entre suspicaz y aterrorizado.

—Pero si yo no he tenido nada que ver con todo eso... —dijo muy excitado—. No tengo ni la menor idea de ningún atraco a un banco.

—No trate de despistarnos. Ha oído muy bien lo que he dicho. Tenemos pruebas.

—¿Qué clase de pruebas? Yo no he atracado ningún banco, ni he matado a nadie. Todo esto es grotesco.

Lanzando un suspiro, Gunvald Larsson se levantó y se detuvo frente a la ventana, de espaldas a la habitación.

—No tiene sentido tratar de conversar amigablemente con un tipo como éste —dijo por encima del hombro—. Una bofetada en la cara es la única cosa que comprendería.

Apisonadora le hizo con la mano un ademán para calmarlo, y le dijo:

—Espere un momento, Gunvald —apoyó los codos sobre la mesa y la barbilla sobre las manos, y miró de modo inquietante a Mauritzon—. Bueno, Mauritzon. Ahora le toca a usted.

Mauritzon alargó las manos.

—Pero ¡si yo no lo he hecho! ¡Se lo juro! ¡Se lo suplico!

Apisonadora siguió mirándolo de modo inquietante. Entonces, inclinándose, abrió el cajón izquierdo de su mesa y dijo:

—¿De veras? Permítame que lo dude —irguiéndose, sacó el verde macuto del ejército norteamericano, lo puso sobre la mesa, y miró triunfalmente a Mauritzon, que se quedó mirando lleno de asombro aquella bolsa—. Como ve, Mauritzon, lo tenemos todo aquí.

Una a una fue sacando las cosas de la bolsa y las colocó en fila sobre la mesa.

—La peluca, la camisa, las gafas, el sombrero y, por último, lo más importante, la pistola. Bueno, ¿qué dice usted ahora?

Al principio, Mauritzon miró, sin comprender, los diversos objetos. Luego su expresión cambió y se quedó mirando fijamente la mesa, poniéndose aún más pálido.

—¿Qué... qué es todo esto? —preguntó.

Su voz no sonaba convincente. Se aclaró la garganta y repitió la pregunta.

Apisonadora le dirigió una mirada de cansancio y se volvió hacia Rönn.

—Einar —le dijo—. ¿Quiere usted ver si han venido los testigos?

—No faltaba más —respondió Rönn, que se levantó y salió.

Al cabo de unos minutos regresó, se detuvo en el umbral y dijo:

—Ahí están.

Apisonadora se levantó de un salto.

—Bien —dijo—. Entonces, vamos.

Rönn volvió a desaparecer, y Apisonadora metió de nuevo las cosas en el saco y dijo:

—Venga con nosotros, Mauritzon. Vamos a otra habitación, donde organizaremos un pequeño desfile de modas. ¿Viene usted, Gunvald? —corrió hacia la puerta, llevando el macuto.

Gunvald Larsson le siguió, empujando a Mauritzon de mala manera delante de él. Fueron a otra habitación que estaba más abajo, en el pasillo.

La habitación difería poco de los demás despachos. Había una mesa, sillas, un armario fichero, y una mesita para máquina de escribir. En la pared había un espejo que, al otro lado de la pared, hacía las veces de una ventana, de tal modo que permitía la vigilancia desde la habitación de al lado.

Einar Rönn estaba de pie en aquella habitación, observando sin ser visto cómo Apisonadora ayudaba a Mauritzon a ponerse la camisa azul, ajustarse en la cabeza la peluca de largo cabello rubio, y le daba luego el sombrero y las gafas. Mauritzon se acercó al espejo y se quedó estupefacto ante su propia imagen. Rönn, en el otro lado de la pared, experimentaba una desagradable sensación de invisibilidad mientras miraba derechamente hacia los ojos del otro hombre a través de la parte posterior del espejo. Entonces Mauritzon se puso las gafas y el sombrero. Todo parecía ajustársele perfectamente.

Rönn salió en busca del primer testigo, la cajera jefe en el banco de Hornsgatan. Mauritzon estaba en medio de la habitación con la bolsa colgada al hombro, y cuando Apisonadora le dijo algo, empezó a andar de un lado a otro de la habitación.

La testigo lo miró a través del cristal, luego se volvió hacia Rönn y asintió.

—Mire bien —le dijo Rönn.

—Seguro que es ella —repuso la cajera—. No hay duda. Creo que entonces llevaba unos pantalones más estrechos. Es la única diferencia.

—¿Está completamente segura?

—¡Oh, sí! Del todo.

El segundo testigo fue el director del banco, quien miró también a Mauritzon.

—Es ella —dijo sin el menor asomo de duda en la voz.

—Haga el favor de mirar bien —dijo Rönn—. No queremos que se cometan errores.

El director del banco se quedó mirando a Mauritzon un rato mientras éste paseaba por la otra habitación.

—Claro, claro, la reconozco. Los andares, la actitud, el pelo... claro, estoy seguro. —Meneó la cabeza—. ¡Qué lástima! —exclamó—. Una chica tan guapa.

Apisonadora dedicó el resto de la mañana a Mauritzon; pero al dar la una interrumpió su interrogatorio sin haber conseguido su confesión. Sin embargo, Apisonadora contaba con que las defensas de Mauritzon se derrumbarían pronto; y, de todos modos, había bastantes pruebas contra él. A Mauritzon se le permitió llamar a un abogado, tras lo cual fue puesto en custodia hasta que pudiera ser formalmente declarado detenido.

Considerando las cosas, Apisonadora se sintió feliz por lo ocurrido durante la mañana. Pidió en la cantina un almuerzo rápido de pescado y patatas hervidas, y con renovadas energías se apresuró a cumplir su nueva tarea: la captura de la banda Mohrén.

Kollberg tuvo que interrumpir su trabajo. Causas de fuerza mayor lo habían movilizado en los dos lugares principales donde se esperaba el ataque: Rosenlundsgatan y la proximidad del banco.

Las fuerzas móviles recibieron órdenes de permanecer alrededor de estos lugares, y, al mismo tiempo, evitar atraer la atención hacia ellas. A lo largo de la ruta de huida, había estacionados vehículos que podían bloquearla rápidamente si los atracadores, contra todo lo que se esperaba, lograban llegar hasta allí.

En el cuartel general de la policía en Kungsholmen no quedó más que una motocicleta. El aparcamiento y el garaje estaban vacíos.

Todos los vehículos habían sido estacionados en posiciones tácticas por toda la ciudad.

En el momento crítico Apisonadora tendría que estar en el edificio de la policía, donde podría seguir los acontecimientos por la radio y asimismo recibir a los *gangsters* cuando se los llevaran.

Los miembros de la patrulla especial habrían de permanecer dentro y en los alrededores del banco, todos, excepto Rönn, cuya tarea era estar al tanto de lo que sucediera en Rosenlundsgatan.

A las dos de la tarde Apisonadora fue a hacer una gira de inspección con su Volvo Amazon gris de matrícula T. Quizá se veían demasiados coches de la policía en las calles próximas a Rosenlundsgatan; pero alrededor del banco no había ni señales de que estuviera sometido a vigilancia, y los coches de la policía no eran visiblemente numerosos. Satisfecho por todas las disposiciones tomadas, Apisonadora regresó a Kungsholmsgatan para esperar la hora crítica.

Ahora eran las 2.45; pero en Rosenlundsgatan todo estaba tranquilo. Un minuto después nada había sucedido en el cuartel general de la policía. Cuando eran las 2.50 y el banco no había sido atracado, quedó claro que aquél no era el día del gran golpe.

Para mayor seguridad, Apisonadora esperó hasta las 3.30, antes de suspender la operación, cuya planificación y detalles habían requerido toda una semana de correcciones para su perfeccionamiento. Todos, sin embargo, se mostraron de acuerdo en que las cosas se habían realizado de acuerdo con un plan: todos habían cumplido satisfactoriamente su tarea: el horario fue respetado, y todos estuvieron en el momento justo en el sitio debido.

Sólo que el día salió mal. Claro que dentro de una semana todo aquello se repetiría, con mayor precisión y eficiencia aún, si era posible.

Entonces, como se esperaba, Malmström y Mohrén harían su aparición.



Sin embargo, aquel viernes ocurrió lo que más temía todo el mundo. Al comisario de la Policía Nacional se le metió en la cabeza que alguien iba a arrojar un huevo al embajador de los Estados Unidos, o algún tomate a una embajada, o prender fuego a la bandera de las barras y las estrellas.

La policía de seguridad estaba preocupada. Vivían en un mundo de fantasmas, un hervidero de comunistas peligrosos, de anarquistas que arrojaban bombas, y tipos pendencieros que querían que la sociedad recobrara el sentido común, protestando contra la leche en botellas de plástico, y la destrucción del paisaje alrededor de la ciudad. La policía de seguridad obtenía sus informes principalmente de Ustasja y otras organizaciones fascistas, con las cuales les encantaba colaborar a fin de obtener información sobre las supuestas actividades de la extrema izquierda.

El comisario de la Policía Nacional, personalmente, estaba aún más preocupado. Porque estaba enterado de algo que ni siquiera la policía de seguridad sabía aún. Ronald Reagan iba a llegar. Este poco popular gobernador se había presentado en Dinamarca, donde almorzó con la reina. Era de suponer que se dejara caer por Suecia, en cuyo caso su visita difícilmente podría ser mantenida en secreto.

Por eso la manifestación en favor del Vietnam, proyectada para aquella tarde, se produjo en el peor momento. Miles de personas estaban indignadas por el bombardeo de los diques y las aldeas indefensas de Vietnam del Norte, las cuales, por razones de prestigio, tenían que ser destruidas hasta hacer retroceder el país a la Edad de Piedra. Algunas de estas personas se habían reunido en Hakberget para adoptar una resolución. Después tenían la intención de entregar el documento a algún portero de la embajada de los Estados Unidos.

No debía permitirse que esto sucediera. La situación era delicada, el jefe de la policía de Estocolmo estaba fuera, de permiso, y el jefe de la policía antimotines se había ido de vacaciones. Miles de perturbadores de la paz estaban amenazadoramente cerca del edificio más sacrosanto de la ciudad: el palacio de cristal de los Estados Unidos. En esta situación el comisario de la Policía Nacional tomó una decisión histórica. Iría él, en persona, a asegurarse de que la manifestación se produjera pacíficamente. Él, personalmente, conduciría el cortejo a algún lugar seguro, lejos de tan peligrosa vecindad. Este lugar seguro era el parque Humlegården, en el centro de Estocolmo. Allí sería leída en voz alta la maldita resolución, tras lo cual sería disuelta la manifestación. Los manifestantes, por su parte, eran bastante pacíficos y accedieron a todo. El cortejo emprendió la marcha por Karlavägen. Todos los policías en condiciones de prestar servicio y de quienes se pudo disponer fueron movilizados para supervisar la operación.

Por ejemplo, Gunvald Larsson se vio de repente sentado en un helicóptero, mirando la larga fila de gente con estandartes y banderas del Vietcong, que avanzaba a paso de caracol hacia el Norte. Vio claramente lo que ocurrió; pero pudo hacer poco o nada por evitarlo. Tampoco quiso hacerlo.

En el cruce de Karlavägen y Sturegatan el comisario de la Policía Nacional, en persona, dirigió la manifestación hacia una gran muchedumbre de disgustados hinchas de fútbol, que estaban saliendo del estadio cívico, muy descontentos por lo mal que había jugado el equipo local. El caos que se produjo recordaba la desordenada huida tras la batalla de Waterloo o la visita del Papa a Jerusalén. Al cabo de tres minutos policías de toda clase estaban pegando golpes a diestro y siniestro contra todo y contra todos: hinchas de fútbol, gentes que paseaban

tranquilamente por Humlegarden y pacifistas, todos los cuales vieron de repente caer sobre ellos una lluvia de porras, mientras que la policía motorizada y los destacamentos a caballo se abrían paso brutalmente entre la multitud. Los manifestantes y los hinchas empezaron a luchar sin saber por qué, y al final la policía uniformada empezó a derribar a sus colegas vestidos de paisano. El propio comisario de la Policía Nacional tuvo que ser evacuado en helicóptero.

Sin embargo, no era el aparato en el que Gunvald Larsson estaba sentado; porque un minuto después de este alboroto, dijo:

—¡Emprenda el vuelo, maldita sea, a donde quiera, con tal de que sea lejos!

Fueron detenidas cien personas y muchas más resultaron heridas. Ninguna de ellas sabía por qué. Estocolmo estaba sumido en el caos. Y el comisario de la Policía Nacional dijo, por pura rutina:

—No debió permitirse que sucediera nada de esto.

Martin Beck volvió a cabalgar (muy agazapado y al galope a través de una llanura) rodeado por hombres con gabanes raglán. Frente a él vio el emplazamiento de la artillería rusa; la boca de un cañón sobresalía entre los sacos terreros, mirándole fijamente. El ojo negro de la muerte. Vio como la bala iba directamente hacia él. Se iba haciendo mayor, mayor y mayor hasta que ocupó todo su campo de visión. Entonces la imagen se oscureció. Esto debía de ser Balaklava. Luego se vio de pie en el puente del «Lion», un buque de guerra. El «Indefatigable» y el «Queen Mary» acababan de saltar por los aires y habían sido tragados por el mar. Un mensajero se acercó corriendo y gritó: ¡El «Princess Royal» ha volado! Beatty se inclinó y dijo en voz alta, pero con tono calmoso, por encima del tronar de la batalla: «Beck, parece que hoy va algo mal con nuestros malditos barcos. Vaya al timón y acérquenos dos puntos al enemigo».

Luego vino la escena de siempre con Garfield y Guiteau. De un salto se apeó de su caballo, corrió a través de la estación de ferrocarril, y detuvo la bala con su cuerpo. En el mismo momento en que exhalaba su último suspiro, el comisario de la Policía Nacional se acercó a él y prendió una medalla en su destrozado pecho, desenrolló algo que parecía un pergamino, y dijo, apoyándose en las erres: «Usted ha sido ascendido al rango de comisario, con un sueldo grado Btres». El Presidente, con su sombrero de copa, yacía en un montón sobre la plataforma. Luego un dolor quemante recorrió su cuerpo, y abrió los ojos.

Estaba acostado, empapado de sudor, en su propia cama. Sus sueños eran cada vez peores. Esta vez Guiteau se había parecido al ex patrullero Eriksson, el presidente Garfield a un anciano caballero muy elegante, el comisario de la Policía Nacional al comisario de la Policía Nacional, y Beatty con la jarra de la Paz 1919, coronado de laurel y con un aire muy arrogante.

Por otra parte su sueño, también esta vez, había estado lleno de absurdidades y citas falsas.

David Beatty nunca había dicho: «Acérquenos dos puntos al enemigo». Según los testimonios disponibles su orden había sido: «Chatfield, parece que hoy algo va mal con nuestros malditos barcos. Gire dos puntos a babor». En sí, claro, esto no suponía una diferencia. Dos puntos a babor, en este contexto, era lo mismo que decir dos puntos hacia el enemigo.

Y en su sueño anterior, cuando Guiteau se había parecido a John Carradine, la pistola era una Hammerli International. Ahora cuando se parecía a Eriksson, su arma había sido una *derringer*. Además, puede que sólo Fitzroy James Henry Somerset hubiera llevado puesto un gabán raglán de Balaklava. Estos sueños suyos no tenían sentido.

Se levantó se quitó el pijama, y tomó una ducha. Mientras el agua fría le ponía carne de gallina, pensó en Rhea.



Cuando se dirigía hacia el metro pensó en su propia conducta el día anterior por la tarde. En su despacho de Västberga, se sintió de pronto desagradablemente solo.

Kollberg entró y le preguntó cómo se encontraba. Era una pregunta difícil, y todo lo que él logró contestar fue:

—¡Oh! No del todo mal.

Kollberg se marchó casi en seguida. Estaba sudando y tenía mucha prisa. En el umbral le dijo:

—El asunto de Hornsgatan parece haber sido resuelto. Y lo que es más, tenemos una buena oportunidad de atrapar a Malmström y Mohrén con las manos en la masa. Y a propósito, ¿cómo va el caso de la habitación cerrada?

—No del todo mal. Mejor de lo que yo esperaba.

—¿De veras? —preguntó Kollberg. Se demoró un par de segundos más y dijo—: Creo que usted tiene mejor aspecto hoy. Hasta la vista.

—Adiós.

Luego se encontró a solas otra vez. Y empezó a pensar en Svärd.

Al mismo tiempo pensó en Rhea. Ella le había dado mucho más de lo que él esperaba. Desde el punto de vista de un policía, claro. Tres pensamientos, quizá cuatro. Svärd era patológicamente miserable. Siempre al menos durante años, se había encerrado a cal y canto en su apartamento, aunque no contuviera nada de valor. Svärd había estado enfermo, y poco antes de su muerte, fue admitido en una clínica radiológica.

¿Pudo tener Svärd algún dinero ahorrado en alguna parte? De ser así, ¿dónde?

¿Había tenido Svärd miedo de algo? Y de ser así, de ¿qué? La única cosa de su cubil atrancado y cerrado con llave a la que se podría atribuir algún valor era su propia vida.

¿De qué demonios habría padecido Svärd? La clínica sugería cáncer. Pero si había sido un hombre desahuciado, ¿por qué tuvo tanta precaución para protegerse contra alguien o contra algo? ¿Es que tenía miedo de alguna persona? En cuyo caso, de ¿quién?

Y ¿por qué se había mudado a un apartamento más caro y presumiblemente inferior, si era tan tacaño como todo el mundo suponía?

Cuestiones difíciles, aunque no insolubles, cuestiones que difícilmente se resolverían en un par de horas. Lo más probable era que requiriesen días, y ¿por qué no semanas y meses? Quizás varios años. O tal vez siempre.

Y ¿qué había de aquella investigación balística? Por allí se debía empezar. Martin Beck echó mano del teléfono, que aquella mañana estaba imposible. Tuvo que marcar seis veces, y cuatro de ellas le contestaron: «Espere un momento, por favor», tras lo cual se cortó la línea. Por último logró ponerse en comunicación con la joven que había abierto el pecho de Svärd hacía diecisiete días.

—Claro —contestó ella—. Ahora lo recuerdo bien. Ya me llamó un policía, que refunfuñó mucho por causa de aquella maldita bala.

—El detective inspector Rönn.

—Creo que se llamaba así. No recuerdo; pero bueno, no era el mismo individuo que antes se ocupaba del caso, me refiero a Aldor Gustavsson. Este último no parecía tan experimentado. Empezaba todas sus frases con «claro» o «bueno».

—¿Qué pasó entonces?

—Bueno, como ya le dije la última vez, la policía no pareció muy interesada en aquel caso. Nadie había pedido una investigación balística hasta que llegó aquel hombre de acento norteño. Yo, realmente, no sabía qué hacer con la bala. Pero...

—¿Sí?

—Creí que no debía de tirarla, así que la metí en un sobre y añadí mis propios comentarios sobre todo aquello. Exactamente como si hubiera sido un caso de asesinato. Pero no lo envié al laboratorio porque sé que allí están sobrecargados de trabajo.

—¿Qué hizo entonces?

—Dejé el sobre aparte. Luego no pude encontrarlo en seguida. Soy nueva en la casa, y no tengo un archivo propio. Pero al final la encontré y se la envié.

—¿Para que la examinaran?

—Bueno, no es asunto mío pedir semejante cosa. Pero supongo que si los de balística se hacen cargo de una bala, la examinan, aunque se trate de un caso de suicidio.

—¿Suicidio?

—Seguro, tomé nota de ello. La policía dijo en seguida que se trataba de un suicidio.

—En ese caso, tendré que llamar al laboratorio —dijo Martin Beck—; pero quisiera preguntarle una cosa más.

—¿Qué?

—Durante la autopsia, ¿se fijó usted en algo especial?

—Sí, en que se mató él mismo. Lo decía el informe policial.

—Yo estaba pensando otra cosa. ¿Descubrió usted algo que sugiriera que Svärd había sufrido alguna enfermedad grave?

—No. Sus órganos parecían sanos; pero...

—Pero ¿qué?

—No lo examiné muy detenidamente. Sólo confirmé la causa de la muerte. Por eso sólo miré a los órganos del tórax.

—¿Qué quiere decir?

—El corazón y los pulmones más que nada, y no tenían nada malo. Aparte del hecho de que estaba muerto, claro.

—Pero fuera de eso podía haber sufrido de casi todo.

—Ciertamente. Desde gota a cáncer del hígado. Pero ¿por qué me pregunta usted tantas cosas sobre todo esto? Fue un caso rutinario, ¿no?

—Las preguntas forman parte de nuestra rutina —repuso Martin Beck.

Puso fin a la conversación y trató de ponerse en contacto con uno de los expertos en balística del laboratorio. No tuvo éxito y al final se vio obligado a llamar al propio jefe del departamento. Éste era un hombre llamado Oskar Hjelm, criminólogo eminente, pero sobre todo persona poco inclinada a la conversación.

—¡Ah! Es usted, ¿no? —dijo Hjelm con tono agrio—. Creí que lo iban a ascender a comisario; pero quizá se trataba de una vana esperanza.

—¿Por qué dice usted eso?

—Los comisarios se sientan a pensar en sus propias carreras —repuso Hjelm—, cuando no están jugando al golf o dicen tonterías por televisión. Sobre todo no me telefonearon para preguntarme una serie de cosas evidentes. ¿De qué se trata ahora?

—Tan sólo de una comprobación balística.

—¿Tan sólo? Y ¿de cuál, si se puede saber? Cualquier lunático nos puede mandar algo. Tenemos aquí montones de objetos para ser sometidos a estudio y nadie los estudia. El otro día recibimos de Melander un orinal. Quería saber cuántos individuos lo habían utilizado. Estaba lleno hasta el borde y seguro que no lo habían vaciado en dos años.

—No es muy agradable.

Fredrik Melander era un detective que trabajó en la patrulla de homicidios, y que durante muchos años había sido uno de los más valiosos ayudantes de Martin Beck. Sin embargo, tiempo atrás había sido trasladado a la patrulla de robos con escalo, presumiblemente con la esperanza de que pudiera poner un poco de orden en la confusión que allí reinaba.

—No —contestó Hjelm—. Nuestro trabajo no es muy agradable; pero al parecer nadie comprende eso. El comisario de la Policía Nacional no ha puesto el pie en este lugar desde hace varios años, y cuando yo solicité hablar con él la primavera pasada, me contestó diciendo que estaría ocupado en un futuro inmediato.

—Ya sé que su vida es un infierno —dijo Martin Beck.

—Eso es lo menos que se puede decir —respondió Hjelm, ahora algo más conciliador—. Apenas puede usted imaginar cómo andan las cosas aquí; pero siempre agradecemos la más pequeña muestra de ánimo o comprensión. Aunque nunca recibamos ni la más pequeña, por supuesto.

Aquel tipo era un gruñón incurable; pero listo, y fácil al halago.

—Me maravillo de que usted pueda hacer eso —comentó Martin Beck.

—Más aún —dijo Hjelm, ahora muy amable—. Es un milagro. Y bien, ¿cuál era esa pregunta de balística?

—Se trata de la bala de un tipo al que mataron. Un hombre llamado Svärd. Karl Edvin Svärd.

—Claro —respondió Hjelm—. Ya sé a quién se refiere. Una historia típica. Se dijo que era suicidio. Los de la autopsia nos la mandaron aquí sin decir qué teníamos que hacer con ella. ¿La doramos y la mandamos al museo de la policía, o qué? ¿O era sólo una indicación amable de que podíamos dejarlo todo y matarnos?

—¿Qué clase de bala era?

—Una bala de pistola. Usada. ¿No ha conseguido usted el arma?

—No.

—Entonces, ¿cómo iba a ser suicidio?

Una buena pregunta. Martin Beck tomó nota en su cuaderno.

—¿Alguna característica especial?

—Bueno, se puede suponer que procedía de una automática calibre cuarenta y cinco. Hay muchas clases de ellas. Pero si nos envían el cartucho vacío podremos decirle algo más acerca de ella.

—No he encontrado el cartucho.

—¿Que no? ¿Qué hizo ese Svärd después de matarse? ¿Se puede saber?

—No lo sé.

—La gente que tiene esa clase de bala en sus tripas no es tan ágil —dijo Hjelm—. No tienen mucho que elegir, sólo tumbarse y morir, en su mayoría.

—Sí —convino Martin Beck—. Muchas gracias.

—¿Por qué?

—Por su ayuda. Y buena suerte.

—Nada de chistes macabros, por favor —repuso Hjelm, y colgó el teléfono.

Así que era eso. O el propio Svärd o el que hubiera disparado el tiro mortal, no quiso correr ningún riesgo. Con una del cuarenta y cinco podía estar seguro de obtener los resultados deseados, aunque no hiciera blanco en el corazón.

Pero, en realidad, ¿qué había conseguido de esa conversación? Una bala no es demasiado como prueba mientras uno no tenga el arma o al menos el cartucho. Pero había un detalle positivo. Hjelm había dicho que se trataba de una automática del cuarenta y cinco, y ya era sabido que él nunca hacía afirmaciones que no pudiera probar. Por lo tanto a Svärd lo habían matado con una automática.

Todo lo demás seguía siendo tan incomprensible como antes. Svärd no parecía haberse suicidado y nadie pudo haberlo matado.

Martin Beck prosiguió con su trabajo. Empezó con los bancos, ya que la experiencia le había enseñado que esto requiere siempre mucho tiempo. Aunque ciertamente el secreto bancario no es, en Suecia, lo que debería de ser, siempre quedan centenares de instituciones financieras donde comprobar. Y como los tipos de interés son tan bajísimos, había muchos abonados que preferían ingresar su dinero en otro país escandinavo, generalmente Dinamarca.

Siguió telefoneando: aquí la policía. Se trataba de una persona llamada así y así y con una u otra de estas direcciones y el siguiente número de la seguridad social. ¿Tenía esta persona alguna cuenta corriente o acaso una caja de seguridad?

Aunque ésta era una cuestión muy simple, había que planteársela a mucha gente. Además, era viernes y se acercaba la hora de cierre de los bancos. Contar con lograr alguna respuesta antes del principio de la semana próxima, como mínimo, parecía poco realista.

También le gustaría saber qué tenían que decir en el hospital donde admitieron a Svärd. Mas para eso esperaría hasta el lunes.

Ahora, el viernes podía darse por terminado, al menos en lo referente a sus deberes. En esos momentos Estocolmo estaba sumido en el caos. La policía se había vuelto histérica, y buena parte del público era presa del pánico. Martin Beck no sabía eso. Aquel fragmento de paisaje que él podía ver desde su ventana consistía en una moliente autopista y una zona industrial, y, como panorámica, no resultaba más confuso ni repulsivo que de ordinario.

A las siete él aún no se había ido a casa, aunque su jornada laboral había terminado hacía dos horas, y ya no podía hacer nada más para adelantar sus investigaciones. Sus esfuerzos de aquel día sólo le habían proporcionado muy escasos resultados. La consecuencia más tangible era un ligero dolor en su índice derecho, de tanto llamar por teléfono.

Su último acto oficial del día fue buscar a Rhea Nielsen en el listín telefónico. Claro que su nombre figuraba allí. Pero no había indicación de profesión. Su mano ya planeaba sobre el marcador cuando se dio cuenta de que no tenía nada que preguntarle, al menos nada referente al caso Svärd.

Como acto oficial, esta llamada hubiera sido una pura decepción. La verdad es que él quería saber si ella estaba en casa, y la única pregunta que de veras quería hacerle era igualmente sencilla: «¿Puedo ir a pasar un rato con usted?».

Martin Beck apartó la mano del teléfono y volvió a colocar las guías telefónicas en su sitio de siempre. Luego ordenó su mesa, tiró a la papelera trozos de papel que tenían anotaciones superfluas, y colocó sus lápices en donde debían de estar, es decir, en su bandeja.

Todo esto lo hizo de modo lento y cuidadoso, y consiguió necesitar mucho tiempo para hacerlo. Dedicó casi media hora a un bolígrafo cuyo mecanismo retráctil se había roto, antes de decidir que era inútil y tirarlo a la papelera.

La comisaría de policía del sur no estaba ni mucho menos desierta. En alguna parte, y no muy lejos, pudo oír a un par de colegas discutiendo algo con voces agudas e indignadas. No sintió la más mínima curiosidad por saber qué estaban discutiendo.

Al salir del edificio, se dirigió a la estación de metro de Midsommarkransen, donde tuvo que esperar bastante tiempo a que llegara un tren. Por fuera parecía estar en bastante buen estado; pero el interior estaba destrozado, los asientos arrancados y todo lo que podía ser sacado, destornillado o rasgado había desaparecido. Se apeó en la Ciudad Antigua y se dirigió directamente a casa.

Después de haberse puesto el pijama miró en el frigorífico a ver si había alguna cerveza o en el armario de la cocina, por si había algo de vino, sabiendo muy bien que no encontraría ni una cosa ni otra.

Martin Beck abrió una lata de cangrejo ruso, se hizo un par de bocadillos, y sacó una botella de agua mineral. La comida no tenía nada de malo; pero estar allí sentado, comiendo a solas, era muy triste. Tan triste como el último miércoles, pero entonces no le importó.

Sintiendo de pronto el deseo de hacer algo, se fue a la cama con uno de los muchos libros que no había leído. Resultó ser la documentada novela de Ray Parkins sobre la batalla del lago Java. La leyó desde el principio hasta el fin, y la encontró pobre. No podía comprender por qué había sido traducida al sueco y miró a ver quién era el editor responsable: Norstedts. Extraño.

En *La Guerra de dos océanos* Samuel Eliot Morison se había ocupado del tema más exhaustivamente y de manera mucho más emocionante en nueve páginas que Parkins había logrado hacerlo en doscientas cincuenta y siete.

Antes de dejarse caer para dormir, pensó en los *spaghetti a la bolognese*. Al mismo tiempo sintió cierta expectación por el siguiente día.

Debió de ser este sentimiento tan inmotivado lo que hizo que el sábado y el domingo le parecieran tan insufriblemente vacíos de todo contenido. Por primera vez en muchos años se sintió inquieto y dolorosamente encerrado. Salió. El domingo incluso tomó el vaporcito hasta Mariefred, aunque esto no le sirvió de nada. Hasta de puertas afuera se sentía encerrado. Algo había fundamentalmente equivocado en su existencia, algo que él no estaba preparado para aceptar del mismo modo que había hecho antes. Observando a la gente en tomo suyo, tuvo la impresión de que muchos estaban pasando por la misma situación difícil que él, aunque ellos o bien no se daban cuenta o no querían reconocérselo a sí mismos.

En la mañana del lunes volvió a cabalgar. Guiteau se parecía a Carradine y le disparó con una automática del cuarenta y cinco, y cuando Martin Beck hubo llevado a cabo su sacrificio ritual, Rhea Nielsen se acercó a él y le preguntó: «¿Qué demonios está haciendo usted?».

Luego se vio sentado en la comisaría Sur de policía llamando por teléfono. Empezó con la clínica de radio. Al final obtuvo respuesta, aunque no muy satisfactoria. Svärd había sido

admitido el lunes 6 de marzo. Pero al día siguiente fue trasladado a la clínica de enfermos del Hospital Sur. ¿Por qué?

—No es fácil de decir, al cabo de tanto tiempo —dijo la secretaria que al final logró encontrar el nombre de Svärd entre sus papeles—. Evidentemente no era un caso para nosotros. No tenemos aquí su ficha, sólo una nota que dice que nos fue enviado por un médico particular.

—¿Qué médico particular?

—El doctor Berglund, de medicina general. Sí, aquí está, no puedo leer lo que hay en la hoja de admisión. Ya sabe cómo es la letra de los médicos. Además, es una fotocopia muy mala.

—Pero ¿y la dirección?

—¿Su consulta? Odengatan, 30.

—Así que es legible —dijo Martin Beck.

—Eso lo escribió más claro —contestó la secretaria lacónicamente.

El aparato de contestación automática del teléfono del doctor Berglund le informó que la consulta estaba cerrada y que no abriría hasta el quince de agosto. El doctor, claro, estaba de vacaciones.

Martin Beck, por supuesto, no estaba dispuesto a esperar más de un mes para descubrir qué enfermedad había sufrido Svärd, así que telefoneó al Hospital Sur, que es un sitio enorme con muchas llamadas telefónicas. Necesitó más de dos horas para que le confirmaran que Karl Edvin Svärd había sido admitido en la clínica en marzo, desde el martes siete al sábado dieciocho, fecha ésta en que, al menos por lo que se había podido determinar, se fue a su casa.

Pero ¿habían dejado que se marchara sano o gravemente enfermo? Obtener respuesta a esta contestación parecía casi imposible: el doctor encargado estaba de servicio, pero ocupado, y no podía ponerse al teléfono. Era evidente que Martin Beck tendría que volver a hacer visitas.

Tomó un taxi hasta el Hospital Sur y después de corretear un poco halló el pasillo debido. Diez minutos más tarde estaba sentado en el despacho de la persona que debía de saberlo todo sobre el estado de salud de Svärd.

El doctor era un hombre de unos cuarenta años, de baja estatura, cabello moreno, y ojos de un color neutral: azulgris con un toque de verde y castaño claro. Mientras Martin Beck buscaba en los bolsillos unos cigarrillos no existentes, el doctor se puso unas gafas de armadura de asta y se absorbió en sus ficheros. Al cabo de diez minutos de silencio total se subió las gafas sobre la frente, miró a su visitante y dijo:

—Sí, sí, y ¿qué quiere usted saber?

—¿Qué enfermedad tenía Svärd?

—Ninguna.

Martin Beck se quedó pensativo ante esta sorprendente afirmación. Luego preguntó:

—Entonces, ¿por qué pasó aquí casi dos semanas?

—Once días, para ser exactos. Le hicimos un chequeo completo. Porque él tenía ciertos síntomas y nos fue enviado por un médico particular.

—¿El doctor Berglund?

—Exacto. El paciente creía que estaba gravemente enfermo. Tenía un par de pequeñas hinchazones en el cuello y un bulto en el lado izquierdo del diafragma. Se podía palpar claramente, aunque se presionara con suavidad. Como a tanta gente, se le metió en la cabeza que tenía cáncer. Fue a un médico particular, a quien le parecieron alarmantes aquellos síntomas. El

hecho es que, en general, los médicos que se dedican a la medicina general raramente tienen acceso al equipo necesario para diagnosticar casos de esta índole. Tampoco su juicio es siempre el mejor. En este caso se hizo un diagnóstico erróneo, y el paciente fue enviado inmediatamente a la clínica de radio. Allí pudieron advertir que no se había hecho un diagnóstico válido, así que nos lo mandaron a nosotros. Aquí fue sometido a una serie de exámenes. Siempre examinamos a los pacientes muy concienzudamente.

—¿Y el resultado fue que Svärd no tenía nada?

—De modo general, sí. Lo del cuello no tenía importancia. Eran sólo formaciones de grasa, totalmente inofensivas. El bulto del diafragma necesitaba una investigación más cuidadosa. Entre otras cosas le hicimos una aortografía completa y también obtuvimos radiografías de todo su sistema digestivo. Además, le hicimos una biopsia completa de hígado y...

—¿Qué es eso?

—¿Biopsia de hígado? En pocas palabras, se trata de meter un tubo por el costado del paciente y extraer un trozo de su hígado. Por si le interesa saberlo lo hice yo mismo. Luego la muestra fue enviada al laboratorio, y allí miraron a ver si había algunas células cancerosas. Bueno, no encontramos nada de esa clase. El bulto resultó ser un quiste aislado en el colon...

—¿Cómo ha dicho?

—La tripa. Un quiste, como ya he dicho. Nada que pusiera en peligro su vida. Podíamos extraérselo con una operación; pero no creímos que tal intervención fuera necesaria. El paciente no sufría molestias. Ciertamente dijo que antes había sufrido fuertes dolores; pero éstos, evidentemente, eran de naturaleza psicósomática. —El doctor hizo una pausa, y lanzó a Martin Beck una de esas miradas que generalmente se reservan para los niños y otras personas ignorantes y sin remedio, y explicó—: Es decir, dolores imaginarios.

—¿Tuvo usted contacto personal con Svärd?

—¡Claro! Hablaba con él cada día, y antes de que se le permitiera volver a su casa, tuve una larga charla con él.

—¿Cómo reaccionó?

—Al principio se comportó como si estuviera sufriendo de la enfermedad que imaginaba. Estaba convencido de que sufría un cáncer incurable y que moriría muy pronto. Pensaba que no le quedaba más de un mes de vida.

—Y en realidad fue así —dijo Martin Beck.

—¿De veras? ¿Murió atropellado?

—Lo mataron de un tiro. Es posible que se suicidara.

El doctor se quitó las gafas y las limpió cuidadosamente con una punta de su bata blanca.

—Esto último me parece muy inverosímil —comentó.

—¡Ah! ¿Por qué?

—Antes de que Svärd fuera a su casa, y como ya le he dicho, tuve una larga charla con él. Al darse cuenta de que gozaba de una salud perfecta se sintió enormemente aliviado. Antes se había encontrado en un estado terrible; pero ahora cambió por completo. Se sentía feliz. Nosotros nos fijamos en que sus dolores desaparecieron en cuanto le dimos algunos medicamentos antidolorosos muy débiles. Las píldoras (y que eso quede entre nosotros) no pueden aliviar ningún dolor físico real.

—¿Así que usted no cree que se suicidara?

—No era el tipo.

—¿Qué tipo era entonces?

—Yo no soy un psiquiatra; pero tuve la impresión de que era un hombre duro, introvertido. Sé que el personal de este establecimiento tuvo dificultades con él y lo tenían por exigente y quejicoso, aunque estos rasgos no se vieron hasta los últimos días, cuando él se dio cuenta de que sus quejas no constituían una amenaza para su vida.

Martin Beck se quedó pensativo. Luego preguntó:

—¿Sabe si tuvo visitantes mientras estuvo aquí?

—Creo que no. Me dijo que no tenía amigos.

Martin Beck se levantó.

—Gracias —concluyó—. Eso es todo lo que quería saber. Adiós.

Había llegado a la puerta cuando el doctor le dijo:

—Por lo que se refiere a visitantes y amigos acabo de recordar una cosa.

—¿Cuál?

—Bueno, Svärd tenía un pariente, de quien tuve noticias. Un sobrino. Me llamó por teléfono y me preguntó cómo estaba su tío.

—Y ¿qué le contestó usted?

—Ese sobrino suyo me llamó justo cuando acabábamos de hacer nuestros reconocimientos. Así que pude darle la feliz noticia de que Svärd gozaba de buena salud y que probablemente viviría muchos años.

—Y ¿cómo reaccionó ese hombre?

—Pareció asombrado. Sin duda, Svärd le había convencido a él también de que estaba gravemente enfermo y apenas sobreviviría a la hospitalización.

—¿Le dijo este sobrino cómo se llamaba?

—Puede que sí pero ya no me acuerdo.

—Hay una cosa que me choca —dijo Martin Beck—: ¿No suele la gente dar el nombre y dirección de su pariente más próximo cuando ingresa en algún hospital, o el de un amigo, para el caso de que...? —Y dejó la frase sin terminar.

—Claro. Tiene razón —contestó el doctor volviéndose a poner las gafas—. Veamos debe figurar un nombre. Sí, aquí está.

—¿Cuál es?

—Rhea Nielsen.



Martin Beck, sumido en sus pensamientos, atravesó el parque Tantolunden. Nadie le robó ni le dio con un palo en la cabeza. Lo único que vio fueron grupos de borrachos, tendidos detrás de los matorrales, seguramente esperando a que vinieran a recogerlos.

Ahora sí que tenía algo en que pensar. Karl Edvin Svärd no tenía hermanos ni hermanas, de manera que ¿cómo iba a tener un sobrino? Martin Beck se encontró con una razón para ir a Tulegatan, aquel lunes por la tarde, y la verdad es que estaba muy cerca.

Pero cuando llegó a la estación central, donde había de hacer transbordo, cambió de idea y retrocedió dos estaciones para apearse en Slussen. Luego caminó por el muelle de Skeppsbron



para ver si había algún buque interesante de ver. Pero había pocos amarrados.

De pronto se dio cuenta de que tenía hambre. Como se había olvidado de comprar algo, fue a un restaurante llamado «La Paz Dorada» y sin dejar de ser mirado por unos turistas que no hacían más que atormentar al personal con preguntas idiotas sobre personas famosas que se sentaron allí, comió un poco de jamón. El año anterior el local había llegado a ser muy conocido; pero la memoria de la gente es corta, y ahora su celebridad había desaparecido.

Al pagar la cuenta, recordó que era la primera vez que comía en un restaurante desde hacía mucho tiempo. Durante su período de abstinencia, los precios, ya exorbitantes, se habían puesto por las nubes.

De nuevo en casa, se sintió más inquieto y, durante un buen rato, estuvo dando vueltas por su pequeño apartamento, antes de retirarse con un libro; libro que no era lo suficientemente aburrido para hacerle dormir ni lo bastante interesante para mantenerlo despierto. Hacia las tres se levantó y tomó un par de píldoras para conciliar el sueño, algo de lo que generalmente se abstenía. Pero le entró sueño rápidamente, y cuando se levantó, aún se sentía mareado. Sin embargo, durmió más que suficiente y no tuvo pesadillas.

De vuelta en su despacho, empezó las investigaciones del día leyendo detenidamente sus propias notas. Esto lo mantuvo ocupado hasta la hora del almuerzo, que consistió en una taza de té y unas tostadas.

Luego fue al lavabo y se lavó las manos. Cuando regresó, ocurrió algo: sonó el teléfono.

—¿Inspector Beck?

—Sí.

—Aquí el Handelsbanken. —El hombre dijo cuál era la sucursal del banco en que trabajaba y prosiguió—: Hemos recibido una carta de usted acerca de un cliente llamado Karl Edvin Svärd.

—Sí.

—Tenía aquí una cuenta.

—¿Hay dinero en ella?

—Sí, una suma considerable.

—¿Cuánto?

—Unas sesenta mil. Es... —El hombre guardó silencio.

—¿Qué iba usted a decir? —preguntó Martin Beck.

—Bueno, pues, que, en mi opinión, hay algo raro en esta cuenta.

—¿Tiene usted ahí los papeles?

—Claro.

—Entonces voy ahora mismo a echarles un vistazo.

—Naturalmente. Pregunte por mí. Me llamo Bengtsson. Soy el director.

Era un alivio ponerse en acción. El banco estaba en la esquina de Odengatan y Sveavägen. A pesar del tráfico llegó allí en menos de media hora.

El director tenía razón. Había algo raro en la cuenta de Svärd.

Martin Beck se sentó ante una mesa, detrás del mostrador, estudiando los documentos y sintiéndose agradecido por una vez a un sistema que daba a la policía y a otras autoridades un acceso sin restricciones a los asuntos privados de la gente.

El director del banco dijo:

—Lo sorprendente es que este señor tuviera una cuenta corriente. Habría sido más natural una cartilla en una caja de ahorros, donde pagan más interés.

Esta observación era correcta. Pero aún más sorprendente era la regularidad con que la suma de setecientas cincuenta coronas había sido depositada. Los ingresos habían sido hechos siempre entre el quince y el veinte de cada mes.

—Por lo que veo —dijo Martin Beck—, este dinero no era pagado directamente a esta sucursal.

—No, jamás. Los ingresos se hacían en otro sitio. Si quiere echar un vistazo, inspector, verá que siempre eran hechos en otras sucursales, a menudo sucursales de otros bancos. Técnicamente, eso no supone diferencia, ya que el dinero siempre iba a parar a la cuenta corriente que Svärd tenía aquí. Pero estos cambios constantes parecen obedecer a un sistema.

—¿Quiere decir que el propio Svärd ingresaba el dinero, pero que no quería ser reconocido?

—Bueno, eso sería lo primero que pensaría cualquiera. Cuando uno ingresa dinero en su cuenta comente, no tiene por qué declarar quién ha hecho el ingreso.

—Pero tendrá que rellenar la hoja de ingreso, ¿no?

—No es necesario. Hay mucha gente que no sabe hacerlo y en ese caso un empleado del banco se la rellena: pone el nombre, el número de cuenta y el número de la sucursal. Todo eso forma parte del servicio a nuestros clientes.

—Pero ¿qué pasa con la hoja?

—Al cliente se le da una copia, que sirve de recibo. Cuando el ingreso se hace en la propia cuenta del cliente, el banco no le manda ninguna notificación. Las notificaciones sólo se mandan cuando se solicitan.

—Entonces, ¿dónde están los originales?

—Archivados en la central.

Martin Beck pasó un dedo por las filas de cifras. Luego dijo:

—¿Svärd no sacó nunca dinero?

—No, y en mi opinión eso es lo más extraño de todo. Nunca extendió ni un solo talón sobre esta cuenta, y ahora que hemos examinado el asunto, resulta que ni siquiera tenía talonario de cheques. Al menos no lo tuvo en muchos años.

Martin Beck se frotó enérgicamente la nariz. Tampoco se había encontrado un talonario de cheques en el apartamento de Svärd, ni ninguna copia de las hojas de ingreso o notificaciones del banco.

—¿Conocían aquí a Svärd?

—No, ninguno lo habíamos visto nunca.

—¿Qué antigüedad tiene esa cuenta?

—Parece que fue abierta en abril de 1966.

—¿Y desde entonces se han estado recibiendo setecientas cincuenta coronas al mes?

—Sí, pero el último ingreso tiene fecha de dieciséis de marzo. —El director miró su calendario—. Fue un jueves. Al mes siguiente ya no se recibió dinero.

—La explicación es muy sencilla —dijo Martin Beck—. Por esas fechas murió Svärd.

—¡Oh! No se nos ha notificado. En un caso así los parientes del difunto suelen ponerse en comunicación con nosotros.

—Parece que no tenía ninguno.

El director del banco puso cara de asombro.

—Hasta la vista —dijo Martin Beck—. Buenos días.

Se dio cuenta de que había obrado bien yendo al banco antes de que fuera atracado. De haber ocurrido eso mientras él estaba en el local, difícilmente podría haber evitado mezclarse en las actividades de la patrulla especial. Y ésa era una complicación que prefería evitar.

Nuevos aspectos del caso. ¡Setecientas cincuenta coronas al mes durante seis años! Éstos eran unos ingresos bastante regulares, y como Svärd nunca había sacado dinero, en aquella misteriosa cuenta se había ido acumulando una buena suma: cincuenta y cuatro mil coronas.

Para Martin Beck eso era mucho dinero. Para Svärd debió de haber sido muchísimo más, casi una fortuna.

Por tanto, Rhea no había estado tan lejos de la verdad cuando habló de dinero metido en el colchón. La única diferencia estaba en que Svärd fue más racional: se había comportado de acuerdo con la época.

Este nuevo giro de los acontecimientos espoleó a Martin Beck para emprender una nueva actividad. El siguiente paso sería hablar con los recaudadores de impuestos, y echar un vistazo a aquellos impresos de ingresos y ver cómo habían sido rellenados.

Los funcionarios del Impuesto sobre la Renta no sabían nada acerca de Svärd. Allí lo consideraban un pobre, y las autoridades se habían contentado con esa forma refinada de explotación llamada «impuesto del valor añadido» aplicado a los productos alimenticios, un impuesto pensado para dar el golpe de gracia a los que todavía no estaban noqueados.

Bueno, ciertamente Svärd no se había ganado su dinero trabajando duro, y pensar que alguien, en su situación, pudiera haberlo ahorrado de la pensión que cobraba, era absurdo.

¿Y los ingresos?

En la oficina central del banco le mostraron en seguida los últimos veintidós de ellos (en conjunto habría habido unos setenta y dos, si él había contado correctamente) y aquella misma tarde Martin Beck, sentado, los examinaba con atención. Procedían de distintas sucursales, y todos parecían haber sido escritos con distintos tipos de letra, y aceptados sin discusión por los diferentes cajeros. Cabría la posibilidad de visitar a todos esos señores y preguntarles si recordaban al cliente. Pero esto requeriría una enorme cantidad de tiempo, y no habría grandes probabilidades de obtener buenos resultados.

¿Cómo se podía esperar que alguien recordara a una persona que había ingresado setecientas cincuenta coronas en su propia cuenta hacía muchos meses? La respuesta era sencilla: nadie.

Poco después Martin Beck estaba de nuevo en su casa, bebiendo té en su Jarra de la Paz 1919. Se quedó mirándola y pensó que el hombre misterioso que había hecho todos estos ingresos en su cuenta se parecía al mariscal de campo Haig, a quien todo el mundo podía reconocer. Pero ¿quién se parecía a Haig? Nadie, ni siquiera en las películas u obras de teatro más llenas de pretensiones.

De nuevo, aquella tarde las cosas eran algo diferentes. Beck seguía inquieto e insatisfecho; pero esta vez se debía en buena parte a que no podía apartar sus pensamientos de su trabajo: Svärd, la habitación estúpidamente cerrada, el hombre misterioso que había pagado todo ese dinero.

¿Quién sería? ¿Podía, a pesar de todo, haber sido el propio Svärd? No. Parecía de lo más improbable que Svärd se hubiera tomado todas esas molestias. Y también parecía inverosímil que

al propio Svärd, un simple encargado de almacén, se le hubiera ocurrido la idea de abrir una cuenta corriente.

No, ese dinero había sido pagado por alguien más. Probablemente un hombre, ya que era muy poco verosímil que una mujer se hubiese presentado en un banco, diciendo que se llamaba Karl Edvin Svärd y que quería ingresar setecientas cincuenta coronas en su propia cuenta.

Pero ¿por qué tenía que haber alguien que diera dinero a Svärd? Ésa era una cuestión que, momentáneamente habría que dejar sin respuesta.

Luego había otra figura nebulosa que debería descubrir. El sobrino misterioso.

Y la menos tangible de todas era la persona que (hacia abril o principios de mayo), había logrado matar de un tiro a Svärd, pese a que éste se encontraba en una verdadera fortaleza, una habitación cerrada por dentro.

Y ¿no sería posible que los tres fueran la misma persona? El hombre que había hecho los ingresos, el sobrino, y el asesino. Bueno, ésa era una cuestión sobre la que valdría la pena reflexionar.

Apartó a un lado la jarra y miró al reloj de pared. El tiempo había pasado rápidamente, ya eran casi las nueve y media. Demasiado tarde para ir a ningún sitio. De todos modos, ¿a dónde había pensado ir?

Martin Beck tomó un disco de Bach y puso en marcha el tocadiscos. Luego fue a acostarse.

Siguió pensando. Con lo que ahora sabía, haciendo caso omiso de las lagunas y observaciones, se podía dar forma a una historia. El sobrino, el hombre que había entregado el dinero y el asesino eran la misma persona. Svärd era un pequeño chantajista que durante seis años había estado obligando a esta persona a pagarle setecientas cincuenta coronas al mes. Pero, como era un tacaño patológico, Svärd jamás gastó nada de ese dinero, y su víctima había seguido pagando, año tras año. Pero, al final, el desconocido se hartó.

A Martin Beck no le costó mucho trabajo imaginarse a Svärd como chantajista. Pero un chantajista debe de saber algo de sus víctimas, algo que signifique una amenaza latente para la persona a la que extorsiona. En el apartamento de Svärd no había nada que pudiera incriminar a nadie. Claro que podía haber alquilado una caja de seguridad en cualquier banco, pero pronto llamaría la atención de la policía.

En cualquier caso, un chantajista ha de poseer cierta información. Y ¿dónde podía un encargado de almacén conseguir semejante información? Donde trabajaba. Posiblemente en la casa en que vivía. Según era sabido, éstos eran los dos únicos lugares en donde Svärd tenía algún contacto humano: en su casa y en su trabajo.

Pero Svärd había dejado de trabajar en junio de 1966; dos meses antes de que le hicieran el primer ingreso en su cuenta corriente. Y esto ocurrió hacía más de seis años. ¿Qué había estado haciendo Svärd desde entonces?

El disco seguía girando y girando cuando él se despertó. Si había soñado con algo, lo había olvidado completamente; no se acordaba de nada.

Miércoles, y estaba claro por dónde empezaría su trabajo: dando un paseo.

Pero no hasta el metro. Su despacho en Västberga no le atraía, y le parecía que aquel día tenía excelentes razones para no comparecer por él. En cambio, opinó que sería mejor una pequeña caminata por los muelles, y echó a andar hacia el sur, por Skeppsbron, atravesó Slussen y luego tomó la dirección Este por el muelle de Stadsgarden.

Ésta era la parte de Estocolmo que siempre le había gustado más. Particularmente cuando él era niño, cuando todos los buques atracaban allí con sus cargamentos procedentes de todas partes: cerca o lejos. Hoy los buques grandes eran pocos y estaban muy espaciados, pues les había pasado el tiempo y habían sido sustituidos por los transbordadores que iban a las islas Aland, con sus bares y borrachos. Un pobre sustituto. Asimismo la vieja guardia de estibadores y marineros, que en aquellos días había dado a esta parte del puerto buena parte de su encanto, estaba empezando a extinguirse.

Hoy volvía a sentirse de manera diferente. Disfrutaba, por ejemplo, paseando al aire libre, caminando de prisa, sabiendo a dónde iba y dejando en plena libertad sus pensamientos.

Meditó sobre los insistentes rumores que corrían sobre su posible ascenso, y se sintió más inquieto que antes. Cuando hacía quince meses, cometió aquel gran error, Martin Beck temió precisamente esto: que le dieran un empleo que lo atara a su despacho. A él siempre le había gustado trabajar fuera, o al menos poder salir y entrar cuando le diese la gana.

Sólo de pensar en una oficina con una mesa de conferencias, dos «óleos genuinos», un sillón giratorio, sillones para los visitantes, una alfombra barata, y una secretaria, todo esto le parecía ahora mucho más terrible que hacía una semana. No porque los rumores se antojaran bien fundados, sino porque había comenzado a pensar en las consecuencias. Y ¿sí, a pesar de todo, la vida que él llevaba no carecía totalmente de significado?

Media hora de brioso caminar, y llegó a su objetivo. El almacén era muy extraño. Como no había sido diseñado para vehículos ni estaba a la altura de las exigencias modernas, pronto sería derribado.

Dentro había poco movimiento. La oficina en donde debió de estar sentado el encargado, estaba vacía, y los cristales a través de los cuales el importante personaje había supervisado antes el trabajo estaban llenos de polvo. Había uno roto, y hasta el calendario que colgaba de la pared era de hacía dos años.

Un camión volquete estaba al lado de una pila no muy impresionante de diversas mercancías, y tras él había dos hombres, uno con mono naranja y el otro con una chaqueta gris.

Ambos estaban sentados sobre unas cajas de plástico para botellas de cerveza, y otra de aquellas cajas estaba puesta de pie en medio de ellos. Uno de los dos hombres era muy joven; el otro parecía tener unos setenta años, aunque tal vez no tuviera tantos. El más joven leía un diario de la tarde anterior mientras fumaba un cigarrillo. El más viejo no hacía nada.

Los dos alzaron la vista y se quedaron mirando con indiferencia a Martin Beck. El joven subrayó su llegada tirando el cigarrillo al suelo y pisándolo con el talón.

—Fumando en un almacén—dijo el hombre mayor, moviendo la cabeza—. Eso habría sido...

—... en los viejos tiempos—continuó el joven, fastidiado—. Pero ahora no vivimos en los viejos tiempos. ¿Es que no se ha dado cuenta de eso, todavía, viejo ladrón?—Volviéndose hacia Martin Beck, dijo con voz poco amistosa—: ¿Qué es lo que quiere usted? Esto es propiedad privada. Está escrito en la puerta. ¿No sabe leer?

Martin Beck sacó su cartera y le mostró su tarjeta de identidad policial.

—Poli—dijo el joven con disgusto.

El otro no dijo nada, se contentó con mirar fijamente al suelo, aclararse la garganta y escupir.

—¿Cuánto tiempo lleva usted trabajando aquí?—le preguntó Martin Beck.

—Siete días —respondió el joven—. Y mañana acabo. Volveré a la terminal de camiones. Pero ¿qué quiere usted?

Martin Beck no contestó.

Sin esperar a que él hablara, el joven prosiguió:

—Pronto no existirá este lugar, ¿sabe? Pero mi amigo recuerda cuando había veinticinco hombres y dos jefes dentro de este miserable cobertizo. ¿Verdad que sí, abuelo?

—Entonces puede que recuerde a Svärd. Un hombre llamado Karl Edvin Svärd.

El anciano se quedó mirando a Martin Beck sin expresión y contestó:

—¿Qué dice? No sé nada.

Era difícil explicar la actitud del anciano. Alguien de la oficina debería de haberle dicho ya que la policía estaba buscando gente que hubiera conocido a Svärd.

Martin Beck le dijo:

—Svärd está muerto y enterrado.

—¡Ah! ¿Está muerto? En ese caso lo recuerdo.

—No diga tonterías, abuelo —dijo el otro hombre—. Cuando Johansson vino el otro día a hacerle preguntas, usted no se acordaba de nada. Además, está chiflado. —Evidentemente considerando a Martin Beck como inofensivo, lió otro cigarrillo y añadió, en plan de información —: Este viejo está chiflado, seguro. La semana que viene será despedido, y en enero empezará a cobrar su pensión. Si es que sigue viviendo entonces, claro.

—Tengo buena memoria —contestó el viejo, ofendido—. Apuesto a que me acuerdo de Kalle Svärd. Pero nadie me dijo que hubiera muerto.

Martin Beck siguió en silencio.

—Ni siquiera los polis pueden resucitar a los muertos —declaró aquel hombre filosóficamente.

El más joven se levantó, tomó la caja de cervezas sobre la que había estado sentado, y se dirigió hacia la puerta.

—Ese maldito camión no viene —refunfuñó—, así que salgo de este viejo barracón.

Se fue a la calle y se sentó al sol.

—¿Qué clase de tipo era Kalle Svärd? —preguntó Martin.

El anciano meneó la cabeza. De nuevo se aclaró la garganta y escupió; pero esta vez no quiso insinuar nada, aunque su escupitajo aterrizó sólo a tres centímetros del zapato derecho de Martin Beck.

—¿Quiere usted saber... qué clase de tipo era?

—Sí.

—¿De verdad que está muerto?

—Sí.

—En ese caso puedo decirle, señor, que Kalle Svärd fue el tío más antipático y desagradable que jamás he conocido.

—¿Cómo es posible?

El hombre soltó una risa hueca.

—Era en todos los sentidos un tío asqueroso. Yo no he trabajado nunca con nadie peor, que ya es decir, pues yo soy un hombre que ha navegado por los siete mares. No había granuja ni zángano

que pudiera igualar a Kalle Svärd. Tipos como ese convierten una profesión decente en un trabajo de burros —y con un movimiento de la cabeza señaló hacia la puerta.

—¿Había algo especial en Svärd?

—¿Especial? Claro que había algo especial. En primer lugar era el tipo más vago que haya existido. No había nadie que supiera zafarse del trabajo tan bien como él. Ni había nadie tan avaro, o tan mal compañero. Ni hubiera sido capaz de dar una gota de agua a un agonizante, no. — El hombre guardó silencio. Luego añadió como furtivamente—: Pero también tenía sus cosas buenas.

—¿Cuáles?

La mirada de aquel hombre titubeó un poco, y vaciló antes de contestar:

—¡Bah! Sabía lamerle el culo al capataz. En eso era bueno. Y también se las arreglaba para que los demás hicieran su trabajo. Y se hacía pasar por enfermo. ¿No logró que le dieran el retiro antes de cumplir la edad de la jubilación, antes de que empezaran a despedir gente?

Martin Beck se sentó en la caja de cerveza.

—Usted iba a decir algo más.

—¿Quién yo?

—Sí, ¿qué era?

—¿Es cierto que Kalle ha muerto?

—Está muerto, le doy mi palabra de honor.

—Los polis no tienen honor, y además nadie debe hablar mal de los muertos. Claro que eso no supone ninguna diferencia, con tal de que uno sepa hacerles frente mientras todavía estén vivos.

—Es lo que yo digo —afirmó Martin Beck—. ¿En qué era tan bueno Kalle Svärd?

—Se daba mucho arte en romper los embalajes con cosas de valor, ¿sabe? Claro que lo hacía en sus horas libres, para que nadie se enterase.

Martin Beck se levantó. Esto sí era bueno saberlo, y seguro que era lo único interesante que este hombre podía decirle. Saber qué embalajes romper había sido siempre un asunto importante en este trabajo, una especie de truco y de secreto profesional. Los licores, el tabaco y los productos alimenticios se estropean con facilidad en tránsito. Así como artículos vendibles de tamaño respetable.

—Claro, claro —dijo el hombre—. Bueno, ya se lo han dicho. Era eso lo que usted quería saber, ¿verdad? Que le aproveche la información. Hasta la vista, camarada.

Karl Edvin Svärd no debió de haber sido popular; pero nadie podía decir que sus compañeros no lo habían protegido, al menos mientras vivió.

—Adiós —le dijo el anciano—. Adiós, adiós.

Martin Beck había dado ya un paso hacia la puerta y abierto la boca para decir: «muchas gracias», o algo por el estilo; pero en ese momento se detuvo y volvió a acercarse a la caja de cerveza.

—Me parece que voy a sentarme aquí a charlar un poco —dijo.

—¿Por qué? —preguntó el hombre, alzando la mirada.

—Lástima que no tengamos un par de cervezas. Pero puedo ir a buscarlas.

El anciano se quedó mirándolo fijamente. En sus ojos la resignación cedió paso al asombro.

—¿Por qué quiere usted sentarse y charlar conmigo? —preguntó con suspicacia.

—¡Hombre!

—Tengo algunas cervezas —dijo aquel hombre—. En la caja en la que está usted sentado. Martin Beck se levantó, y el hombre sacó un par de latas de cerveza.

—¿No le importará que se las pague? —le preguntó Martin Beck.

—A mí me parece de perlas, aunque me da igual.

Martin Beck sacó un billete de cinco coronas, se lo entregó, se sentó, y dijo:

—Según me ha dicho, ha navegado usted, ¿verdad? ¿Dónde se enroló por primera vez?

—En mil novecientos veintidós, en Sundsvall. En una goleta llamada «Fram». El patrón se llamaba Jansson, era un bastardo, malo como nadie.

Después de charlar un poco, y haber abierto cada uno otra lata de cerveza, el joven regresó, se quedó mirándolos asombrado, y le preguntó:

—¿Es usted de veras policía?

Martin Beck no le contestó.

—Debería de estar mejor informado —dijo y volvió a su sitio al sol.

Martin Beck no se levantó hasta que llegó el camión, más de una hora después. Su charla había sido productiva. A menudo era interesante escuchar a los trabajadores ancianos, y Martin Beck no podía comprender por qué nadie dedicaba un rato a eso. Aquel hombre había visto muchas cosas, tanto en tierra como en el mar. ¿Por qué esta gente no habla alguna que otra vez a la masa media? ¿Es que los políticos y tecnócratas no escuchan jamás lo que ellos tienen que decir? Claro que no; porque, si lo hicieran, muchos de los errores que se cometen en asuntos como el empleo y el medio ambiente se podrían evitar.

En cuanto al caso de Svärd, aquí había otro cabo suelto que él podía considerar. Pero en este momento preciso Martin Beck no tenía ganas de ello. No estaba acostumbrado a beberse tres cervezas antes de almorzar, y ya había empezado a causarle efecto en forma de un ligero mareo y dolor de cabeza.

En Slussen tomó un taxi hasta los Baños Centrales, donde estuvo sentado en una sauna durante quince minutos, luego diez más, y se dio dos chapuzones en el baño frío, concluyendo estos ejercicios con un sueñecito de una hora en el jergón de su cubículo.

La cura tuvo el efecto deseado. Cuando, poco después del almuerzo, llegó a la agencia de expediciones en Skeppsbron, de nuevo se encontraba perfectamente lúcido. Tenía que hacer una averiguación, averiguación que no esperaba que alguien comprendiera. Y de hecho reaccionaron tal como él había esperado.

—¿Daños en tránsito?

—Precisamente.

—Bueno, claro, las mercancías sufren daños en tránsito. ¡Naturalmente! ¿Sabe usted cuántas toneladas de mercancías manejamos cada año?

Una cuestión retórica. Lo único que querían era librarse de él lo antes posible. Pero él no se lo permitió.

—Por supuesto que ahora, con los nuevos sistemas, se producen menos daños y desperfectos, aunque cuando sucede resulta más costoso. El tráfico de contenedores...

A Martin Beck no le interesaba el tráfico de contenedores. Lo que le interesaba eran las entradas y salidas de los tiempos de Svärd.

—¿De hace seis años?

—Sí, o antes. Digamos entre mil novecientos sesenta y cinco y mil novecientos sesenta y seis.



—Es absurdo que usted espere que contestemos a preguntas así. Como ya le he dicho, las mercancías sufrían con frecuencia daños en los viejos almacenes. A veces reventaban cajas enteras, aunque el seguro pagaba siempre las pérdidas. Era raro que nos quejáramos a los almaceneros. Claro que de vez en cuando se despedía a algún empleado, aunque, por lo general, se trataba de temporeros. Simplemente, era imposible evitar los accidentes.

Tampoco le interesaba saber si alguien había sido despedido, en cambio, preguntó si se llevaba un registro de los daños ocurridos, y en caso afirmativo, por quién.

—Claro, por el capataz, por supuesto. Él tomaba nota de todo en el libro diario del almacén.

—¿Conservan ustedes todavía esos diarios?

—Posiblemente.

—En ese caso, ¿dónde?

—En alguna caja vieja, en el ático. Sería imposible encontrarlos, al menos inmediatamente.

La firma era antediluviana. Sus oficinas centrales habían estado siempre en este edificio de la Ciudad Vieja. Debería de haber toneladas de papeles viejos amontonados. Pero Martin Beck insistió. Pronto se hizo muy impopular. Era un precio que no le importaba pagar. Al cabo de otro breve altercado concerniente al significado exacto de la palabra «imposible», la gente de la oficina se dio cuenta de que quizás el método más simple de librarse de él era hacer lo que él pedía.

Enviaron a un joven al ático. Casi inmediatamente regresó con las manos vacías y con cara de resignación. Martin Beck se dio cuenta de que la chaqueta del joven no tenía ni siquiera polvo. Y se ofreció a acompañarle personalmente en su próxima búsqueda.

Hacía mucho calor en el ático, y el polvo se arremolinaba en torno de ellos como si fuera una neblina. Por otra parte, todo resultó bastante fácil. Al cabo de media hora encontraron el libro que buscaban. Los libros diarios y mayores estaban encuadernados en tela con cubiertas de cartón muy cuarteadas. Sus etiquetas llevaban los números de los diferentes almacenes, así como los años. En conjunto encontraron cinco volúmenes con sus números y fechas, desde la segunda mitad de 1965 a los primeros seis meses de 1966.

El empleado joven no tenía ahora aspecto de estar tan bien vestido. Su chaqueta estaba para que la llevaran a la lavandería, y su cara manchada por el polvo y el sudor.

Abajo, en la oficina, todo el mundo se quedó mirando con asombro y disgusto los libros diarios. No querían que por ellos les entregara un recibo; la verdad es que no les importaría volver a verlos más.

—Espero no haberles molestado —dijo Martin Beck gozoso.

Indiferentes, lo vieron irse con su botín bajo el brazo.

Él no tuvo la menor pretensión de haber aumentado la popularidad de «la mayor organización de servicio público», como el comisario de la Policía había llamado recientemente a la policía, afirmación que, aun dentro de la fuerza policial, había despertado un asombro que bordeaba con el desaliento.

En Västberga, Martin Beck llevó los volúmenes al cuarto de baño, y los limpió de polvo. Luego se lavó, fue a su cuarto, y se sentó dispuesto a leerlos. Empezó a las tres, y terminó a las cinco.

Aunque bastante incomprensible para toda persona no iniciada, los libros mayores del almacén estaban bien conservados. Las anotaciones se habían hecho día por día, en un lenguaje

abreviado que explicaba las cantidades de mercancías manejadas.

Pero también figuraba allí lo que Martin Beck estaba buscando. A intervalos irregulares había notas de mercancías dañadas. Por ejemplo:

Merchancías dañadas en tránsito, 1 caja latas sopa, destinatario Svanberg Mayoristas, Huvudstogat, 16, Solna.

Tales notas indicaban siempre el tipo de mercancía y quién era el destinatario. Por otra parte, nunca se anotaba la extensión del daño, su naturaleza, o quién lo había causado.

Cierto que aquellos accidentes no habían ocurrido muy a menudo. La inmensa mayoría de los artículos averiados eran licores, productos alimenticios y otros artículos de consumo.

Martin Beck pasó a su propio cuaderno de notas todos los informes sobre daños. Con sus fechas. En conjunto suponían unas cincuenta anotaciones. Cuando hubo acabado con los libros mayores, llevó todos a su oficina, y escribió en una hoja de papel que habían de ser enviados por correo a la agencia de expediciones. Encima puso una de las tarjetas blancas para la correspondencia de la policía con el mensaje: «Gracias por su ayuda. Beck».

Camino de la estación del metro, reflexionó en que esto suponía otro registro de envío para la agencia de expediciones, pensamiento sádico que, para sorpresa suya, le produjo cierto regocijo infantil.

Mientras esperaba a que llegara uno de aquellos saqueados trenes del metro, pensó en el tráfico moderno de contenedores. Perder un contenedor de acero lleno de botellas de coñac y luego aplastarlo para recoger amorosamente en cubos y latas de gasolina lo que quedara, era ahora algo fuera de cuestión. Por otra parte, los actuales sindicatos del crimen, pueden meter de contrabando en contenedores todo lo que se les antoje, y lo hacían diariamente. La Oficina de Aduanas había perdido el control de este movimiento y, por tanto, se ocupaba en una persecución insensata de viajeros que podían llevar en su equipaje algunos paquetes de cigarrillos o alguna botella de *whisky* sin declarar.

Cambió de tren en la Estación Central y salió en el Colegio de Comercio.

En el almacén de licores del Estado en Surbrunnsgatan, la mujer, que atendía tras el mostrador miró con suspicacia su polvorienta y arrugada chaqueta.

—Quiero un par de botellas de vino tinto —pidió.

Inmediatamente la mano de ella desapareció bajo el mostrador para apretar el botón que encendía la luz roja de control.

—¿Me enseña su tarjeta de identidad? Por favor —le dijo con acritud.

Él le mostró su tarjeta y ella enrojeció un poco, como si fuera víctima de un chiste más estúpido e indecente de lo normal.

Luego él se dirigió a casa de Rhea.

Tras tirar una vez del cordón de la campanilla, Martin Beck empujó ligeramente por si la puerta estuviera abierta. Estaba cerrada. Pero dentro había luz, y al cabo de media minuto volvió a llamar.

Ella acudió a abrirle. Llevaba pantalones de pana de color pardo y una especie de divertido camión color malva pálido que le llegaba hasta la mitad de sus muslos.

—¡Oh! ¡Es usted! —exclamó malhumorada.

—Sí. ¿Puedo entrar?

Ella se quedó mirándolo.

—Está bien —y le volvió la espalda.

Él la siguió. Pero habiendo dado dos pasos se detuvo y se quedó inmóvil, con la cabeza inclinada. Ella retrocedió hasta la puerta y la dejó abierta; pero cambió de idea y volvió a cerrarla. Por último se dirigió hacia la cocina.

—Le he traído un par de botellas de vino.

—Póngalas en la alacena —dijo ella, sentándose ante la mesa de la cocina. Sobre ella había dos libros abiertos, algunos papeles, una pluma y una goma rosada. Él sacó las botellas de la bolsa y las metió en la alacena.

Mirándole de reojo, ella le dijo, fastidiada:

—¿Qué quiere usted y por qué ha comprado ese vino tan caro?

Él se sentó frente a ella. Mirándole cara a cara ella le preguntó:

—Svärd ¿eh?

—No —contestó él en seguida—. Aunque lo utilizo como pretexto.

—¿Necesita usted un pretexto?

—Sí, lo necesito.

—Está bien —repuso ella—, entonces, voy a hacer un poco de té —apartó a un lado sus libros y empezó a trastear con sus potes y cacerolas—. Quería estudiar un poco esta noche —dijo—; pero no importa. Es tan triste tener que depender de una misma. ¿Ha cenado?

—No.

—Bien. Entonces haré algo para los dos. —Permaneció de pie con las piernas abiertas, una mano en la cadera, y rascándose el cuello con la otra—. Arroz —dijo—. Eso estará bien. Voy a hacer un poco de arroz, y luego podremos mezclarlo con algo para que sepa mejor.

—Me parece muy bien.

—Claro que tardaré un rato. Unos veinte minutos. Primero tomaremos el té —colocó unas tazas, sirvió el té, y se sentó.

Sujetando la taza con sus anchas manos sopló el té, mirando a Beck por encima del borde, aún un poco hosca.

—Y a propósito, tenía usted razón en lo de Svärd. Tenía dinero en el banco. Bastante.

—¡Huum! —exclamó ella.

—Alguien le pagaba setecientas cincuenta coronas al mes. ¿Tiene usted idea de quién podría ser?

—No. Él no conocía a nadie. O ¿sí?

—¿Por qué se mudó?

Ella se encogió de hombros.

—La única explicación que se me ocurre es que no le gustaba vivir aquí. Era un tipo extraño. Varias veces se quejó de que yo no cerrara la puerta de la calle por la noche. A lo mejor creía que toda la casa era suya.

—Eso debía de ser.

Ella permaneció sentada y callada un buen rato. Luego preguntó:

—¿Qué es eso que debía de ser? ¿Hay algo interesante sobre Svärd?

—No sé si lo creará interesante o no —repuso Martin Beck—; pero alguien lo mató.

—¡Qué raro! —exclamó ella—. Cuénteme. —De nuevo se puso a manejar sus cacerolas; pero escuchaba con atención lo que él le contaba. De vez en cuando, aunque no le interrumpió, fruncía el ceño. Cuando él terminó, se echó a reír a carcajadas—. ¡Maravilloso! —dijo—. ¿No ha leído usted nunca novelas policíacas?

—No.

—Yo he leído montones de ellas. De todo. Y las olvidaba en cuanto terminaba de leerlas. Pero ésta es un clásico. Una habitación cerrada por dentro. Se han hecho estudios importantes sobre esa situación. Leí uno no hace mucho. Espere un momento... saque algunos platos. Tome la soja del estante. Ponga bien la mesa.

Él lo hizo lo mejor que pudo, y ella estuvo fuera de la habitación durante unos minutos. Al regresar llevaba una revista en la mano. La dejó abierta al lado de su plato y empezó a tomar cucharadas.

—Coma —le ordenó—, que se le va a enfriar.

—Tiene buen sabor —dijo él.

—¡Humm! —exclamó ella—. Me ha salido bien otra vez.

—Tomó una buena cantidad, luego se quedó mirando la revista y dijo: —Escuche esto. «La Habitación Cerrada: un estudio». Contiene tres posibilidades, A B y C. A: el crimen ha sido cometido en una habitación cerrada; pero cerrada de veras, y de la que ha desaparecido el asesino, ya que no hay ningún asesino dentro. B: el crimen ha sido cometido dentro de una habitación, que sólo parece herméticamente cerrada y desde la cual hay un medio de salir más o menos ingenioso. C: el crimen ha sido cometido por un asesino que permanece dentro, escondido.

Tomó una cucharada más de comida.

—La condición C parece inverosímil —dijo—. Nadie puede permanecer escondido dos meses con sólo media lata de comida para gatos. Pero hay muchas subsecciones. Por ejemplo, A5: asesinato con la ayuda de animales. O B2: alguien ha penetrado por entre el marco y el batiente de la puerta, dejando cerradura y pestillo intactos, tras lo cual las bisagras han sido de nuevo colocadas en su sitio.

—¿Quién escribió eso?

Ella lo miró:

—Se llama Göran Sunrholm; pero cita también a otros. A7 tampoco es mala: asesinato por ilusión, por secuencia errónea en el tiempo. Una buena variante es A9: La víctima recibe el golpe mortal en cualquier otro sitio, tras lo cual va a la habitación en cuestión y se encierra antes de morir. Léalo usted mismo.

Ella le entregó la revista. Martin Beck le echó un vistazo, y luego la dejó a un lado.

—¿Quién va a lavar los platos? —preguntó ella.

Él se levantó y empezó a recoger la mesa.

Ella levantó las piernas y apoyó los talones sobre el asiento de su silla, ciñéndose las rodillas con los brazos.

—Al fin y al cabo —dijo—. Usted es el detective. Debe de divertirle que ocurra algo fuera de lo corriente. ¿Cree usted que la persona que llamó al hospital fue el asesino?

—No lo sé.

—A mí me parece muy probable. —Se encogió de hombros—. Claro que es un caso muy sencillo —declaró.

—Probablemente.

Él oyó a alguien en la puerta del piso; pero ni sonó la campanilla, ni ella reaccionó. Aquí había un sistema que funcionaba. Si ella quería que la dejaran en paz, se encerraba. Si alguien traía un recado importante, llamaba. Todo esto, sin embargo, requería confianza en los vecinos. Martin Beck se sentó.

—Vamos a probar el vino —propuso ella.

Era muy bueno. Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato.

—¿Cómo puede usted aguantar ser policía?

—¡Oh! Voy tirando...

—Podemos hablar de eso en otro momento.

—Piensan ascenderme a comisario.

—Y usted no quiere —dijo ella.

Un poco más tarde ella le preguntó:

—¿Qué música le gusta a usted? Tengo de todas clases.

Entraron en la habitación donde estaba el tocadiscos y la serie de armarios. Ella puso algo de música.

—¡Vaya por Dios! Quítese la chaqueta —le invitó ella. Y los zapatos.

Ella había abierto la segunda botella; pero esta vez bebieron lentamente.

—Cuando llegué me pareció que estaba usted de mal humor.

—Pues sí y no.

Ni una palabra más. El modo como ella se había comportado entonces significaba algo. Que no era una mujer fácil. Y se dio cuenta de que él había comprendido; y él sabía que ella lo había comprendido; y él sabía que ella lo sabía. Martin Beck tomó un sorbo de vino. Ahora empezaba a sentirse desvergonzadamente feliz. Él la miró de reojo mientras ella permanecía sentada con expresión de abatimiento y con los codos sobre la baja mesa.

—¿Le gustaría que hiciéramos un rompecabezas? —preguntó ella.

—Tengo uno muy bueno en casa —contestó él—. El viejo «Queen Elizabeth».

Era cierto. Él lo había comprado hacía dos años; pero no se había vuelto a ocupar de él.

—Tráigalo la próxima vez que venga —le dijo ella. De pronto y de modo rápido, cambió de postura. Sentándose con las piernas cruzadas, la barbilla entre las manos, y dijo—: Quizá deba informarle que, de momento, no soy una mujer fácil. —Él le lanzó una rápida mirada, y ella prosiguió—: Ya sabe lo que pasa con las mujeres, infecciones y enfermedades.

Martin Beck asintió.

—Mi vida sexual carece de interés —explicó—. ¿Y la suya?

—No existe.

—Eso es malo —dijo ella.

Cambió de disco y ambos bebieron un poco más.

Él bostezó.

—Está cansado —comentó ella.

Él no dijo nada.

—Pero no quiere irse a casa. Pues bien, no vaya a casa. —Y luego—: Creo que voy a ver si estudio un poco más. No me gusta este maldito camisón. Me aprieta y es muy feo.

Se quitó la ropa y la echó en un montón en el suelo. Luego se puso una bata de franela de color rojo oscuro, que le llegaba hasta los pies y que le daba un extraño aspecto.

Mientras ella se cambiaba, él la observó, interesado.

Desnuda, parecía exactamente tal como él la había imaginado, un cuerpo firme y fuerte, y bien formado. Cabello rubio. Un estómago abultado, pechos aplastados y redondeados. Unos pezones castaño claro, más bien grandes.

A él no se le ocurrió pensar: nada de cicatrices, lunares u otras señales de identificación.

—¿Por qué no se acuesta usted un rato? —le preguntó ella—. Parece muy fatigado.

Martin Beck obedeció. Realmente se sentía agotado y se quedó dormido casi en seguida. La última cosa que vio fue a ella sentada ante la mesa, con la cabeza rubia inclinada sobre sus libros.

Cuando abrió los ojos, ella se inclinaba sobre él, diciéndole.

—Despiértese. Son las doce. Tengo muchísima hambre. Baje y cierre la puerta de la calle, ¿quiere?, mientras pongo un bocadillo en el horno. La llave está colgada en la parte izquierda de la puerta, de una cuerda verde.

Malmström y Mohrén robaron el banco el 14 de julio. A las 2.45 exactamente, penetraron por la puerta llevando máscaras de Pato Donald, guantes de goma, y monos color naranja.

En las manos llevaban pistolas de gran calibre, y Mohrén disparó inmediatamente un tiro al techo. Luego, para que todos los presentes comprendieran lo que estaba pasando, gritó en un sueco muy malo:

—¡Esto es un atraco!

Hauser y Hoff llevaban las ropas de siempre, y enormes capuchas negras con agujeros para los ojos. Hauser iba equipado con un Mauser y Hoff con una escopeta de cañones aserrados. Permanecieron junto a las puertas con objeto de tener despejada la retirada hacia los coches.

Hoff amenazaba con el cañón, apuntando de un lado a otro, a fin de mantener alejada a la gente de afuera, mientras que Hauser se colocaba en su planeada posición táctica, de modo que pudiera hacer fuego tanto al interior del banco como hacia la acera.

Mientras tanto, Malmström y Mohrén empezaron a vaciar sistemáticamente la caja.

Nunca había habido nada que funcionara tan perfectamente o que se desarrollara tan de acuerdo con un plan.

Cinco minutos antes un coche viejo había explotado frente a un garaje en Rosenlundsgatan, en la parte sur de la ciudad. Tras la explosión, alguien disparó en varias direcciones, y una casa se incendió. El Empresario A, que había provocado sucesos tan espectaculares, escapó corriendo por una callejuela hasta la calle próxima, donde se metió en su coche y se dirigió a su casa.

Un minuto después un camión de mudanzas robado retrocedió oblicuamente hacia la calzada de acceso al edificio central de la policía, y se quedó allí averiado. Se abrió la puerta trasera y cayeron numerosas cajas de cartón llenas de algodón empapado en aceite, se esparcieron e incendiaron inmediatamente.

Mientras tanto, el Empresario B se alejó tranquilamente acera abajo, al parecer sin hacer caso del caos que había provocado.

Sí, todo estaba sucediendo tal como se había planeado. Cada detalle se realizaba según el plan, con toda minuciosidad.

Desde el punto de vista de la policía todo salió también más o menos tal como se había esperado. Todo sucedió tal como estaba previsto, y a su debido tiempo.

Con una pequeña variante.

Malmström y Mohrén no atracaron un banco en Estocolmo. Robaron un banco a 650 kilómetros de distancia, en Malmö.

Pero Mansson de la D. I. C. de Malmö, estaba sentado en su despacho tomando café. Desde allí, a través de una ventana veía el aparcamiento, y cuando se produjo la explosión y llegaron grandes nubes de humo desde la calzada de acceso, el pastel danés que estaba comiendo se le quedó atragantado en la garganta. En el mismo instante Benny Skacke, un joven animoso que, a pesar de sus ambiciones de hacer carrera no había pasado de ser sargento detective, abrió de golpe la puerta y gritó que el timbre de alarma se había estropeado. Una bomba había estallado en Rosenlundsgatan, y se decía también que por allí estaba ardiendo un edificio.

Aunque Skacke vivía en Malmö desde hacía tres años y medio, jamás había oído hablar de Rosenlundsgatan, ni sabía dónde paraba eso. Pero Per Mansson sí lo sabía, pues conocía muy bien su ciudad, y le sorprendió, por lo raro, que hubiesen arrojado una bomba en una calle tan olvidada en el pacífico barrio de Sofielund.

Pero ni él ni los otros policías tuvieron mucho tiempo para pensar en ello. Todo el personal disponible fue enviado hacia el sur, pues el propio cuartel general de la policía parecía estar amenazado. Pasó cierto tiempo antes de que se dieran cuenta de que toda la reserva táctica había quedado acorralada en el aparcamiento. Muchos policías tuvieron que ir a Rosenlundsgatan en taxi o en coches particulares que no tenían radio.

Mansson, por su parte, llegó allí a las 3.07. Por entonces los bomberos, que se movieron con mayor rapidez, ya habían extinguido el fuego. Era evidente que todo aquello no era más que una operación de distracción, y que sólo había sufrido daños importantes un garaje vacío. En esos momentos numerosos policías se habían concentrado en la zona; pero aparte de un coche viejo muy dañado, no encontraron nada de importancia. Ocho minutos después un policía que iba en motocicleta captó un mensaje por radio según el cual unos atracadores habían asaltado un banco del centro de la ciudad.

Cuando esto ocurría Malmström y Mohrén ya habían salido de Malmö. Se les había visto alejarse del banco en un Fiat azul; nadie los había seguido. Cinco minutos más tarde se separaron y se trasladaron a otros coches.

Cuando, al cabo de un rato, la policía logró poner fin al desorden en su propio aparcamiento, y se libró del camión de mudanzas y de las molestas cajas de cartón, fueron bloqueadas todas las salidas de la ciudad. Se dio la alarma a toda la nación, y empezó la búsqueda del coche en el que habían huido los atracadores.

Tres días después se encontró el coche en un cobertizo cerca de los muelles, junto con los monos, las máscaras del Pato Donald, los guantes de goma, las pistolas y diversos objetos de otro equipo.

Hauser y Hoff hicieron un buen trabajo a cambio de las sustanciosas retribuciones que habían sido depositadas en las cuentas corrientes de sus esposas respectivas. Después de que Malmström y Mohrén hubieran desaparecido, siguió vigilado el banco durante casi diez minutos, y en realidad no se marchó nadie hasta que se vio llegar a los primeros policías. Luego resultó que eran dos patrulleros que, haciendo su ronda, habían pasado por casualidad junto al banco. Como apenas tenían más experiencia que la de los escolares que bebían cerveza en lugares públicos, su única contribución fue la de gritar por sus radios portátiles hasta enronquecer. Pero entonces ya no había en Malmö un solo policía que no estuviera gritando por su radio portátil, y casi nadie escuchaba.

Hasta Hauser logró escapar por las buenas, cosa que nadie, ni siquiera él mismo, había esperado.



Poco después salió de Suecia vía Helsingborg y Helsingor sin ser molestado.

Sin embargo, Hoff, fue atrapado, debido a su aspecto. A las 3.55 subió al transbordador «Malmöhus» vistiendo un traje gris, camisa blanca, corbata, y una caperuza negra del Ku Klux Klan. Como era un poco distraído, se le había olvidado quitársela. La policía y los aduaneros, imaginando que a bordo se celebraba algún baile de trajes, lo dejaron pasar. Pero la tripulación del barco notó algo raro en él, y a su llegada a Frihavnen fue entregado a un policía danés de bastante edad que estaba desarmado. Éste casi dejó caer su botella de cerveza, asombrado, cuando su prisionero, afablemente, le entregó dos pistolas cargadas, una bayoneta y una granada de mano y lo colocó todo sobre una mesa en una pequeña habitación de la comisaría de Frihavnen. El danés, sin embargo, se recobró pronto. Resultaba muy agradable detener a un hombre con un apellido tan bonito. «Hof» en danés significa restaurante.

Aparte de un billete de ferrocarril para Frankfurt, Hoff llevaba consigo cierta cantidad de dinero; para ser exactos cuarenta marcos alemanes, dos billetes daneses de diez coronas, y unas cuatro coronas en dinero sueco. Ése era todo el botín que pudieron recuperar.

Lo cual reducía las pérdidas del banco a 1 613 496 coronas con 65 ore.

Mientras tanto, en Estocolmo estaban sucediendo las cosas más extrañas. La peor de ellas le aconteció a Einar Rönn.

Le había sido asignada, junto con seis patrulleros, la poco importante tarea de mantener la vigilancia en Rosenlundsgatan y apresar al Empresario A. Como la calle es muy larga, había distribuido su pequeña fuerza del modo más inteligente posible: una patrulla volante de dos hombres en un coche y los otros colocados en puntos estratégicos a lo largo del camino. Apisonadora Olsson le dijo que se lo tomara con tranquilidad y que, sobre todo, pasara lo que pasara, no perdiese la calma.

A las 2.38 estaba parado en la acera de enfrente de Bergsgruvan, sintiéndose bastante tranquilo, cuando se le acercaron a él dos jóvenes. Su aspecto era similar al de la mayoría de la gente de hoy: iban sucios.

—¿Tiene fuego? —le preguntó uno de ellos.

—No —contestó Rönn tranquilamente—. No tengo.

Un segundo después una navaja apuntaba su vientre, mientras que una cadena de bicicleta era volteada a una inquietante proximidad de su cabeza.

—Y ahora tú, jodido y maldito poli —dijo el joven de la navaja. Y seguidamente, se dirigió a su compañero—. Tú quítale la cartera. Yo le quitaré el reloj y el anillo. Luego lo haremos rodajas.

Rönn no había sido nunca un campeón de jiu-jitsu o de kárate; pero aún recordaba algo de lo que había aprendido en el gimnasio.

Alargó un pie y le hizo la zancadilla al tipo de la navaja, el cual, asombrado, cayó y quedó sentado en el suelo. Sin embargo, el resto no le salió tan bien a Rönn. Aunque dobló la cabeza con toda la rapidez que pudo, la cadena de la bicicleta le golpeó en la oreja derecha; pero antes de que todo se volviera oscuro a sus ojos, agarró al atacante número dos y, al caer, lo arrastró consigo a la acera.

—Ésta es tu última caída, bastardo —susurró el tipo de la navaja.

Pero en aquel momento apareció la patrulla volante, y cuando Rönn pudo ver de nuevo, los patrulleros, con sus porras de goma y las culatas de sus pistolas, ya habían arreado una buena paliza a los dos atacantes caídos y, además, los habían esposado.

El de la cadena de bicicleta fue el primero en recobrase. Llena la cara de sangre, miró a su alrededor y dijo, como es costumbre:

—¿Qué ha pasado?

—Pues que te has metido en una trampa de la policía, muchacho —le contestó uno de los patrulleros.

—¿Una trampa de la policía? ¿Para nosotros? ¿Se han vuelto locos? Sólo queríamos divertirnos un poco con un poli.

De nuevo a Rönn le salió un chichón en la cabeza. Fue la única lesión física sufrida aquel día por un miembro de la patrulla especial. Todas sus otras heridas eran de naturaleza psicológica.

En el autobús gris, equipado con todo lo imaginable y que servía de cuartel general de operaciones, Apisonadora Olsson apenas podía permanecer sentado de pura excitación. Algo que molestaba mucho no sólo al operador de radio, sino también a Kollberg.

A las 2.45, cuando la tensión hubo alcanzado su punto crítico, los segundos empezaron a transcurrir con lentitud agónica.

A las 3 el personal del banco se dispuso a cerrar, y la numerosa unidad de policía que había dentro del banco, dirigida por Gunvald Larsson, no tuvo nada que objetar con respecto a que se hiciera lo que se tenía que hacer.

Una sensación de gran vacío empezó a apoderarse de todos ellos; pero Apisonadora Olsson dijo:

—Caballeros, hemos sido engañados sólo temporalmente. Werner Roos ha supuesto que nosotros habíamos averiguado algo, y espera que abandonemos. Hará que Malmström y Mohrén ataquen el próximo viernes, es decir, dentro de una semana. Bueno, es él quien está perdiendo el tiempo, no nosotros.

A las 3.30 llegó el primer informe verdaderamente inquietante. Era tan alarmante que todos se retiraron en seguida a Kungsholmen, para esperar allí el desarrollo de los acontecimientos. En las horas siguientes el télex no cesó de enviar nuevos mensajes.

Poco a poco se fueron conociendo todos los detalles aunque para ello aún se requirió algún tiempo.

—Está visto que «Milán» no significaba lo que usted pensó —dijo Kollberg fríamente.

—No —repuso Apisonadora—, sino Malmö. Han sido listos.

Durante un buen rato ambos permanecieron sentados y sin hacer nada.

—¿Quién demonios iba a saber que había en Malmö una calle con el mismo nombre? —comentó Gunvald Larsson.

—O que casi todos los bancos nuevos tienen el mismo plano —añadió Kollberg.

—¡Nosotros debíamos haberlo sabido, caballeros! —gritó Apisonadora—. Roos lo sabía. Es más barato construir todos los bancos según un plano idéntico. Roos nos entretuvo en Estocolmo. Pero la próxima vez no se escapará. No tenemos más que esperar esa próxima vez.

Apisonadora, al parecer, se había recobrado. Se levantó y preguntó:

—Y ¿dónde está Werner Roos?

—En Estambul. Se fue allí a descansar unos días —explicó Gunvald Larsson.

—¡Claro! —exclamó Kollberg—. Y ¿dónde cree usted que Malmström y Mohrén están descansando?

—Eso da igual —repuso Apisonadora, que había recobrado parte de su antiguo fuego—. Les es fácil irse y volver. Pronto estarán otra vez aquí. Entonces habrá llegado nuestro momento.

—¿Usted cree? —preguntó Kollberg, dubitativo.

La situación ya había dejado de ser misteriosa, era muy tarde.

Malmström, por ejemplo, había llegado a su hotel de Ginebra, donde tenía una habitación reservada desde hacía tres semanas.

Mohrén estaba en Zurich. Pero al día siguiente iba a América del Sur.

En aquellos últimos minutos en el cobertizo donde habían cambiado de coche, no tuvieron mucho tiempo para hablar.

—No voy a tirar tu dinero, tan difícilmente ganado, en calzoncillos y mujeres fáciles —le sermoneó Mohrén.

—¡Cuánta pasta! —exclamó Malmström—. Y ¿qué hacemos con la chatarra?

—Depositarla en algún banco, por supuesto —dijo Mohrén—, ¿dónde, si no?

Un par de días después Werner Roos estaba sentado en el bar del Estambul Hilton tomándose un daiquiri y leyendo el *Herald Tribune*. Era la primera vez que había logrado atraer hacia sí la atención de este orgulloso periódico. Era un artículo a una columna, muy breve, bajo el lacónico encabezamiento de «Atraco a un banco sueco». El texto mencionaba los hechos más importantes: por ejemplo, la cantidad de dinero robado. Por lo menos medio millón de dólares. Y una información menos importante: «Un representante de la policía sueca ha manifestado hoy que creen conocer la organización responsable del atraco».

Un poco más adelante otra noticia de Suecia. «Fuga en masa de una prisión. Quince de los atracadores de bancos más peligrosos de Suecia escaparon hoy saltando la tapia de la prisión de Kumla, que hasta ahora se consideraba a prueba de fugas».

Esta última noticia llegó a Apisonadora Olsson justo cuando, por primera vez en varias semanas, se había ido a la cama con su esposa. Se levantó inmediatamente de un salto, y empezó a recorrer el dormitorio, repitiendo con delicia:

—¡Qué posibilidades! ¡Qué fantásticas posibilidades! ¡Ahora es la guerra a muerte! ¡Guerra a muerte!



Aquel mismo viernes, Martin Beck llegó a la casa de Tulegatan a las 5.15. Llevaba su rompecabezas bajo el brazo, y en su mano una bolsa conteniendo algunas botellas compradas en el Monopolio Estatal de Licores. Se encontró con Rhea en la planta baja. Ella bajaba ruidosamente por las escaleras con sus chanclos rojos, sin más abrigo que su rebeca color malva pálido. Llevaba una bolsa de basuras en cada mano.

—¡Hola! —le saludó—. Me alegro de que haya venido. Tengo algo que enseñarle.

—Deje que le ayude.

—Es basura —repuso ella—. Y además, ya tiene las manos ocupadas. ¿Ha traído el rompecabezas?

—Sí.

—Bien. Abra la puerta, ¿quiere?

Él le abrió la puerta del patio y vio como ella se dirigía hacia los cubos de basura. Sus piernas eran como todo lo de ella: sólidas, musculosas, bien formadas. Cuando la tapa del cubo de basura cayó de golpe, haciendo gran ruido, ella se volvió y regresó corriendo. Corría como una deportista, erguida, con la cabeza gacha, sabiendo a dónde iba.

También subió medio corriendo las escaleras, así que él tuvo que subir los escalones de dos en dos para mantenerse a la altura de ella.

En la cocina, sentadas, dos personas tomaban té; una era la chica llamada Ingela, el otro era alguien a quien él no conocía.

—¿Qué es lo que me iba a enseñar usted?

—Venga.

Él la siguió.

Ella le señaló una puerta.

—Ahí tiene —dijo—. Una habitación cerrada.

—¿El cuarto de los niños?

—Exacto —repuso ella—. No hay nadie, y está cerrada por dentro.

Él se la quedó mirando fijamente. Ella parecía feliz, y en extremo saludable. Empezó a reír, con una risa franca y ronca.

—Los chicos disponen de una aldabilla en la parte interior —explicó—. La puse yo misma. Al fin y al cabo, tienen derecho a gozar de paz y tranquilidad si lo desean.

—Pero ellos no están en casa.

—¡Qué tonto! —dijo ella—. Yo estaba ahí dentro pasando el aspirador, y cuando acabé, cerré la puerta tras de mí. Quizá con demasiada fuerza, de modo que la aldabilla se cerró de golpe. Y ahora no puedo abrir.

Él intentó abrir la puerta, pero no consiguió moverla lo más mínimo.

—La aldabilla está en la puerta, y la hembrilla en el marco —explicó ella—. Son de un metal duro.

—Y, ¿cómo logrará usted abrir?

Ella se encogió de hombros y contestó:

—Supongo que forzándola. Es cosa suya. Para estas cosas es para lo que se necesita un hombre en casa. Al menos eso dicen.

Debía de parecer un tonto allí parado, porque ella se echó a reír de nuevo. Luego, pasándose el dorso de la mano rápidamente por la mejilla, dijo:

—No se preocupe. Puedo hacerlo yo misma.

—¿Es posible introducir algo a través de la rendija?

—No hay ninguna rendija. Ya le dije que esa aldabilla la puse yo misma. Y lo hice bien.

Y era verdad. La puerta no cedía más que unos milímetros.

Ella agarró el pomo de la puerta, que se abría hacia fuera, se quitó el zapato derecho de un puntapié, y puso el pie contra el marco.

—No, déjeme a mí —dijo él.

—Está bien —y retrocedió para reunirse con los que estaban en la cocina.

Martin Beck echó primero un vistazo a la puerta. Luego hizo lo mismo que ella había hecho. Puso un pie contra el marco y agarró el pomo de la puerta, que parecía viejo y sucio. La verdad es que no había otra forma. A menos de romper las clavijas de las bisagras.

La primera vez no empleó todas sus fuerzas. La segunda vez, sí. Pero no tuvo éxito hasta el quinto intento. Los tornillos se salieron de la madera con un quejido, y la puerta se abrió violentamente.

Fueron los tornillos de la aldabilla los que habían saltado. La hembrilla seguía firmemente fija en el marco. Era de una sola pieza con una chapa con cuatro agujeros. La aldabilla seguía enganchada en la hembrilla. Era muy gruesa y parecía imposible doblarla. De acero, probablemente.

Martin Beck miró en torno suyo. El cuarto de los niños estaba vacío, y la ventana se hallaba firmemente cerrada.

Para colocar la aldabilla de nuevo, tanto ésta como la hembrilla tendrían que ser trasladadas unos dos centímetros. La madera alrededor de los viejos agujeros para los tornillos había quedado deteriorada.

Se dirigió hacia la cocina, donde todos hablaban a la vez, discutiendo sobre el genocidio en Vietnam.

—Rhea —preguntó— ¿dónde guarda usted las herramientas?

—Allí, en el baúl.

Señaló con el pie porque tenía las manos ocupadas. Estaba enseñando a otra chica cómo se hacía un punto de ganchillo.

Él sacó un destornillador y una lezna.

—No hay prisa —dijo ella—. Tome una taza de té, venga aquí y siéntese. Anna ha hecho unos bollos.

Él se sentó y comió un bollo recién cocido. Aunque había seguido la conversación, sus pensamientos estaban lejos. Luego recordó otra cosa.

Permaneció sentado y en silencio, tratando de recordar una conversación grabada en cinta magnetofónica, hacía once días.

*Conversación en un pasillo del Ayuntamiento de Estocolmo, martes 4 de agosto de 1972.*

*MARTIN BECK: ¿Así que cuando usted rompió las clavijas y abrió la puerta, entró en el apartamento?*

*KENNETH KVASTMO: Sí.*

*MARTIN BECK: ¿Quién entró primero?*

*KENNETH KVASTMO: Yo. Kristiansson se sintió enfermo a causa del mal olor.*

*MARTIN BECK: ¿Qué hizo usted cuando hubo entrado?*

*KENNETH KVASTMO: El olor era horrible. La luz, muy escasa; pero pude ver el cadáver en el suelo, a dos o tres metros de la ventana.*

*MARTIN BECK: ¿Y luego? Trate de recordar con detalle.*

*KENNETH KVASTMO: Allí apenas sí se podía respirar. Pasé junto al cadáver y me dirigí hacia la ventana.*

*MARTIN BECK: ¿Estaba cerrada?*

*KENNETH KVASTMO: ¡Claro! Y la persiana corrida. Traté de subirla, pero no pude. El muelle estaba desenrollado. Pero imaginé que bastaría abrir la ventana para que entrara un poco de aire.*

*MARTIN BECK: Y ¿qué hizo usted entonces?*

*KENNETH KVASTMO: Aparté la persiana y abrí la ventana. Luego enrollé la persiana y coloqué el muelle, aunque eso lo hice después.*

*MARTIN BECK: Así que la ventana estaba cerrada.*

*KENNETH KVASTMO: Sí, por lo menos tenía corrida una aldabilla. La solté y abrí la ventana.*

*MARTIN BECK: ¿Recuerda usted si la aldabilla era la superior o la inferior?*

*KENNETH KVASTMO: No estoy seguro. Creo que la superior. No recuerdo cómo estaba la inferior. Creo que abrí ésa también. No... no estoy seguro.*

*MARTIN BECK: Pero ¿está usted seguro de que la ventana tenía echada la aldabilla por dentro?*

*KENNETH KVASTMO: Totalmente, absolutamente seguro.*

Rhea le dio en broma un puntapié en la espinilla.

—¡Tome un bollo, hombre! —le dijo.

—Rhea —preguntó él—. ¿Tiene usted una linterna?

—Claro, colgando de un clavo en el armario de la limpieza.

—¿Me la presta?

—Naturalmente.

—Voy a salir. Volveré pronto y arreglaré esa puerta.

—Bien —contestó ella—. Hasta la vista.

—Hasta la vista —repuso Martin Beck. Tomó la linterna, llamó un taxi, y se dirigió a Bergsgatan.

Permaneció un rato en la acera, mirando a la ventana del otro lado de la calle. Luego dio la vuelta. El parque Kronoberg se extendía por una elevación del terreno. La ladera, rocosa y pendiente, estaba cubierta de matorrales.

Fue subiendo hasta llegar a una posición frente a la ventana, casi al mismo nivel de ésta, a distancia de unos veinticinco metros. Sacó un bolígrafo del bolsillo y lo apuntó hacia el rectángulo oscuro de la ventana. La persiana estaba corrida; al casero, la policía le había prohibido alquilar el apartamento hasta nueva orden.

Martin Beck se movió hasta encontrar el mejor sitio. No era buen tirador; pero si su bolígrafo hubiera sido una automática del cuarenta y cinco, podría haber acertado a cualquiera que se hubiera asomado a la ventana. De eso estaba seguro.

Allí estaba bien oculto. Naturalmente, a mediados de abril la vegetación debía de tener menos follaje; pero incluso entonces habría sido posible esconderse sin llamar la atención, con tal de que uno no se moviera.

Lucía ahora la plena luz diurna; pero incluso al caer la tarde con las luces de los faroles callejeros habría bastado. La oscuridad, por lo demás, habría ofrecido mejor protección a cualquiera que permaneciese en la ladera. Con todo, no era verosímil que nadie disparase desde allí sin usar silenciador.

De nuevo consideró atentamente qué sitio sería el mejor. Y utilizándolo como punto de partida, inició la investigación. Pocas personas pasaban por debajo de él. Las que lo hacían se detuvieron al oírle rebuscar entre los arbustos; pero sólo un momento. Luego proseguían presurosos su camino; quizá temían verse mezclados en algún asunto.

Buscó sistemáticamente. Empezó por su derecha. Casi todas las pistolas automáticas expulsan sus cartuchos hacia la derecha; pero ¿a qué distancia y en qué dirección? Era un trabajo que

requería paciencia. Se alegró de haber traído la linterna. Martin Beck no pensaba abandonar.

Al cabo de una hora y cuarenta minutos encontró el cartucho vacío. Se hallaba entre dos piedras, parcialmente cubierto por hojas y barro. Había llovido mucho desde abril. Perros y otros animales habían deambulado por allí; y también algunas personas, quizás algunos que se empeñaban en quebrantar las leyes bebiendo cerveza en lugares públicos.

Tomó el pequeño cilindro de metal, lo envolvió en un pañuelo, y lo guardó en el bolsillo.

Luego se dirigió hacia el este a lo largo de Bergsgatan. Cerca del Ayuntamiento encontró un taxi y se hizo llevar al laboratorio de criminología. A esta hora debía de estar cerrado; pero confiaba en que hubiera alguien. Casi siempre había alguien trabajando fuera del horario normal. Pero tuvo que hablar mucho antes de que alguien se hiciera cargo de su hallazgo.

Al final, sin embargo, los convenció. Metió aquello en una bolsa de plástico y cuidadosamente rellenó un impreso con los detalles.

—Y naturalmente —dijo uno de los técnicos— usted tendrá mucha prisa en saber los resultados.

—No demasiada —reconoció Martin Beck—. De hecho no tengo prisa; pero le agradecería que le echara un vistazo cuando pueda.

El técnico se quedó mirando la bolsa con el cartucho. No había mucho que mirar: aquel objeto estaba aplastado y sucio. No parecía ofrecer muchas perspectivas.

—Sólo por eso —le contestó el técnico— lo haré tan pronto como pueda. Estamos hasta las narices de compañeros suyos que vienen aquí diciendo que no hay un segundo que perder.

Vio que era tan tarde que le pareció que debía de llamar a Rhea.

—¡Hola! —le contestó ella—. Estoy sola y la puerta de la calle está cerrada; pero le arrojaré la llave.

—Tengo que arreglarle esa puerta.

—Ya la he arreglado yo. ¿Ha hecho lo que pretendía?

—Claro.

—Bien, entonces supongo estará aquí dentro de media hora.

—Más o menos.

—Grite desde la acera. Le oiré.

Él llegó allí poco después de las once y silbó. Al principio no sucedió nada. Luego bajó ella, descalza, con su larga bata roja, y abrió la puerta.

Una vez arriba, en la cocina, ella le preguntó:

—¿Empleó usted la linterna?

—Sí, me sirvió de mucho.

—¿Abrimos ahora la botella de vino? Y, a propósito, ¿ha traído usted algo que comer?

—Nada.

—Malo. Prepararé algo. No tardaré. Debe de estar hambriento.

Sí, quizás estuviera hambriento.

—¿Cómo sigue el asunto de Svård?

—Parece que se va aclarando.

—¿Cómo? Cuénteme. ¡Soy tan curiosa!

A la una de la noche la botella estaba vacía.

Ella bostezó.

—Y a propósito —dijo—. Mañana salgo fuera de la ciudad. Volveré el lunes. Quizás el martes.

Él estuvo a punto de decir: «¡Ahora sí que me ha fastidiado!».

—Usted no quiere irse a su casa —declaró ella.

—No.

—Puede quedarse a dormir aquí.

Él asintió.

Ella le dijo:

—No es fácil dormir conmigo en la misma cama. Doy continuamente puntapiés, incluso dormida.

Él se desnudó y se metió en la cama.

—¿Le gustaría que me quitase la bata? —preguntó ella.

—¡Claro!

—Está bien.

Se la quitó y se acostó a su lado.

—Pero la diversión ha terminado —dijo.

Él pensó que hacía dos años que no había compartido el lecho con otro ser humano. Martin Beck se resignó. El cuerpo de la mujer era cálido e inmediato.

—No hay tiempo de empezar ese rompecabezas —comentó ella—. Tendremos que probar la semana próxima.

Seguidamente él se quedó dormido.



El lunes por la mañana, Martin Beck se presentó en Västberga tarareando. Un empleado se lo quedó mirando asombrado. Durante el fin de semana se encontró muy bien, aunque lo había pasado solo. Hacía tiempo que no se sentía tan optimista. El verano de 1968 no había sido nada malo.

Extendió sobre su mesa los extractos de los libros mayores del almacén, colocando una señal al lado de los nombres que parecían dignos de consideración. Luego asió el teléfono.

Las compañías de seguros tienen una tarea urgente: ganar tanto dinero como sea posible. Así, mantienen a sus empleados ahogados en el trabajo. Por la misma razón guardan en condiciones perfectas todos sus documentos, por el miedo constante de que alguien les pueda estafar y llevarse impunemente una tajada de sus beneficios. En la actualidad, esta enloquecida forma de trabajar había llegado a convertirse en un fin en sí mismo: «Imposible, no tenemos tiempo».

Varios tipos de contramedidas podían ser aplicables; por ejemplo, la que empleó en el laboratorio técnico el viernes por la tarde. Otra consistía en pretender que uno estaba más acuciado de lo que realmente estaba; a menudo esto daba resultado si uno pertenecía a alguna rama de la burocracia. Como policía resulta difícil tratar de acelerar el trabajo de otros policías. Pero en ciertos otros casos da estupendos resultados.

—Imposible, no tenemos tiempo. ¿Es urgente?

—Terriblemente urgente. Tiene que encontrar tiempo como sea.

—¿Quién es su inmediato superior?

Y así sucesivamente.

Las respuestas comenzaron a llegar gradualmente, y él las anotaba en la lista; indemnización pagada, asunto concluido. El asegurado moría antes de que la deuda fuera saldada.

Martin Beck siguió telefoneando y tomando notas. Ahora los márgenes de los libros mayores empezaban a llenarse, aunque naturalmente no obtuvo respuestas a todo.

Durante su octava conversación, se le ocurrió una nueva idea.

Y preguntó:

—¿Qué ocurre con la mercancía averiada una vez la compañía ha pagado el seguro?

—La inspeccionamos, evidentemente. Si la mercancía puede ser utilizada, se la vendemos a nuestros empleados con descuento.

Sí, sí. Y eso significaba también un pequeño beneficio. Naturalmente.

De repente, recordó sus propias experiencias en este campo. Hacía casi veinte años, poco después de haberse casado, lo pasó muy mal. Antes de que naciera Ingrid (la causa de su

matrimonio), su esposa había trabajado en una compañía de seguros. Entonces ella pudo comprar muchas latas de un consomé que sabía muy mal, averiado en tránsito. No comieron más que eso durante meses. Desde entonces, había dejado de gustarles el consomé. Puede que ese líquido repugnante hubiera sido probado ya por Kalle Svärd o algún otro experto, y considerado no apto para el consumo humano.

Martin Beck no llegó a hacer su novena llamada. El teléfono sonaba. Alguien quería algo de él. Claro, no podía ser...

—Diga, aquí Beck.

—¡Ejem! Soy Hjelm.

—Tanto gusto en oírle.

—Cierto. Pero usted se ha portado muy decentemente, y he pensado hacerle el último servicio.

—¿El último servicio?

—Antes de que usted sea ascendido a comisario. Ya veo que encontró el cartucho.

—¿Lo ha examinado?

—¿Por qué cree si no que lo llamo? —contestó Hjelm con irritación—. Aquí no tenemos tiempo para llamadas telefónicas innecesarias.

Debía de esconder algo en la manga, pensó Martin Beck. Cuando Hjelm telefoneaba, era para anunciar algún triunfo. Ordinariamente sus comunicados llegaban por escrito. En voz alta dijo:

—Es usted muy amable.

—Ya puede decirlo —convino Hjelm—. Bueno, ese cartucho está en muy mal estado. Ha sido muy difícil averiguar algo.

—Comprendo.

—Lo dudo. Imagino que querrá saber si corresponde a la bala de aquel suicidio, ¿no?

—Cierto.

Silencio.

—Cierto —repitió Martin Beck—. Eso es lo que querría saber.

—Pues corresponde.

—¿Seguro?

—¿No le he dicho mil veces que aquí no hacemos suposiciones?

—Lo siento.

—Imagino que no tendrá el arma.

—No. No sé dónde está.

—Pues yo sí —repuso Hjelm secamente—. Da la casualidad de que la tengo aquí, a mi derecha, sobre mi mesa.



En el cubil de la patrulla especial en Kungsholmsgatan no había nada que indicara optimismo. Apisonadora Olsson había ido corriendo a la Junta de la Policía Nacional a evacuar consultas. El Jefe de la Policía Nacional le había dicho que no se debía permitir que algo trascendiera, y ahora mismo Olsson trataba de descubrir urgentemente qué es lo que no debía trascender al público.

Kollberg, Rönn, y Gunvald Larsson estaban sentados y silenciosos, en posturas que parecían parodiar al «Pensador» de Rodin.

Llamaron a la puerta, y casi al mismo tiempo Martin Beck penetró en la habitación.

—¡Hola! —dijo.

—¡Hola! —le contestó Kollberg.

Rönn hizo un leve gesto con la cabeza, y Gunvald Larsson no se molestó en decir nada.

—Muchachos, no parecéis muy contentos.

Kollberg se quedó mirando fijamente a su viejo amigo y le respondió:

—Tenemos nuestras razones. ¿Qué es lo que te trae por aquí? Nadie viene aquí por propia voluntad.

—Pues yo sí. Si no he sido mal informado, ustedes tienen aquí a un granuja que se llama Mauritzon.

—Claro —contestó Rönn—. El asesino de Hornsgatan.

—¿Para qué lo quiere usted? —preguntó Kollberg, suspicaz.

—Quiero hablar con él.

—¿Cómo es eso?

—Me gustaría tener una breve charla con él, suponiendo que él sepa charlar.

—Va descaminado —le dijo Kollberg—. Es un charlatán; pero en sentido equivocado.

—¿No quiere confesar?

—Puede apostar a que no. Pero las pruebas circunstanciales pesan mucho en contra suya. Hemos encontrado el disfraz en la casa donde vive. Además del arma con que se cometió el crimen. Y eso le compromete.

—¿Cómo?

—El número de serie del arma había sido clasificado. Y las marcas sobre el metal procedían de una amoladora, que hemos podido demostrar que es suya y que fue encontrada en su mesita de noche. Las señales dejadas en el arma, vistas con lupa, corresponden a las que dejaría la amoladora. Es incomprensible. Y él todavía sigue negando.

—Y además lo han identificado los testigos —dijo Rönn.

—Bueno... —empezó a decir Kollberg; pero inmediatamente se interrumpió, pulsó algunos botones de su teléfono interior y ordenó secamente algo.

—Ahora se lo traen.

—¿Dónde podremos hablar?

—Vaya a mi despacho —sugirió Rönn.

—Tenga cuidado con ese idiota —le previno Gunvald Larsson—. Es todo lo que tenemos.

Al cabo de cinco minutos apareció Mauritzon esposado a un guardia.

—Eso me parece superfluo —dijo Martin Beck—. Sólo vamos a charlar un poco. Quítele las esposas y espere fuera.

El guardián manoseó las esposas. Mauritzon irritado se frotó la muñeca derecha.

—Por favor, tome asiento —le dijo Martin Beck.

Se sentaron uno frente a otro a ambos lados del escritorio.

Martin Beck no había visto jamás antes a Mauritzon y se dio cuenta, aunque eso no le asombró, de que aquél parecía trastornado emocionalmente, y muy nervioso, casi a punto de sufrir un colapso.

Quizá le hubiesen pegado, aunque probablemente no. Era corriente entre los asesinos esa disposición a la inestabilidad, y que perdieran la cabeza al ser capturados.

—Soy víctima de una conspiración diabólica —dijo Mauritzon con voz aguda—. La policía, o quien sea, ha plantado muchas pruebas falsas en mi casa. Cuando aquel banco fue robado yo no estaba en la ciudad; pero ni siquiera mi abogado me cree. ¿Qué demonios voy a hacer?

—¿Es usted sueco-americano?

—No, ¿por qué?

—Ha dicho usted «plantado». Ésa no es una expresión sueca.

—Pero, bueno, ¿cómo quiere usted, en nombre de Dios, que lo llame, cuando la policía irrumpie en mi casa, me pone encima una peluca y gafas de sol, y pistolas y Dios sabe qué, y pretenden haberlas encontrado? Le juro que nunca he robado un banco. Pero hasta mi propio abogado afirma que no tengo la menor posibilidad. ¿Qué quiere usted que haga? ¿Confesar un homicidio con el que no tengo nada que ver? Voy a volverme loco.

Martin Beck pasó su mano bajo el escritorio y apretó un botón. El escritorio de Rönn era nuevo, astutamente equipado con un magnetófono.

—El hecho es —dijo Martin Beck— que yo no tengo nada que ver con todo eso.

—¿No tiene nada que ver?

—No, en absoluto.

—Entonces, ¿qué es lo quiere?

—Hablar con usted de otra cosa.

—¿Qué otra cosa puede ser?

—De una historia con la que imagino estará familiarizado. Empieza en marzo de 1966. Con una caja de botellas de un licor español.

—¿Qué?

—Resulta que lo tengo todo muy bien documentado. Usted importó, legalmente, una caja de botellas de licor, la declaró en la Aduana y pagó los derechos de importación. Sobre todo los derechos; pero también el transporte. ¿Es eso correcto?

Mauritzon no contestó. Martin Beck alzó la mirada y vio que aquel hombre se había quedado boquiabierto, muy asombrado.

—Tengo todos los papeles —repitió Martin Beck—, así que supongo que es correcto.

—Sí —dijo Mauritzon finalmente—. Es correcto.

—Pero usted nunca recibió ese envío. Si he entendido bien, la caja resultó destruida accidentalmente en tránsito.

—Sí, aunque yo no lo llamaría un accidente.

—Tiene razón en eso. Creo que un encargado de almacén, llamado Svärd, la rompió intencionadamente para apoderarse del licor.

—Lo ha adivinado. Eso es lo que ocurrió.

—¡Hum! —exclamó Martin Beck—. Creo que debe de estar cansado por todo lo que le ha sucedido. Quizá no quiera hablar de esta vieja historia.

Al cabo de un buen rato Mauritzon contestó:

—Y ¿por qué no? Me hará bien hablar de algo que realmente sucedió. Si no, me voy a volver loco.

—Como quiera —repuso Martin Beck—. En mi opinión aquellas botellas no contenían licor.

—Sigue usted teniendo razón.

—No hablemos de momento de lo que realmente contenían.

—Si está interesado, se lo puedo decir. El contenido de las botellas había sido cambiado. Aunque parecían auténticas, estaban llenas de una solución de phenedrina basada en morfina, un artículo muy codiciado en estos tiempos. El envío era muy valioso.

—Sí, y por lo que sé, este intento frustrado de contrabando era altamente delictivo.

—También en eso tiene razón —dijo Mauritzon, como si éste fuera un modo de ver la cuestión que él no hubiese advertido antes.

—Además, tengo razones para suponer que ese Svärd le hizo objeto de un chantaje.

Mauritzon no replicó. Martin Beck se encogió de hombros y continuó:

—Como ya le he dicho, no tiene que contestar si no lo desea.

Mauritzon seguía pareciendo tan nervioso como antes. No paró de moverse y no dejaba sus manos quietas.

Debían de haberle presionado psicológicamente, pensó Martin Beck, un tanto asombrado. Conocía los métodos de Kollberg y sabía que casi siempre eran humanos.

—Le contestaré —repuso Mauritzon—. No se detenga. Esto me devuelve a la realidad.

—Usted pagaba a Svärd setecientos cincuenta coronas mensualmente.

—Él quería mil. Yo le ofrecí quinientas. Setecientos cincuenta fue el compromiso.

—¿Por qué no me lo cuenta todo? —le preguntó Martin Beck—. Si hay algo que no comprenda podremos reconstruirlo.

—¿Usted cree? —preguntó Mauritzon, cuya cara dibujó un guiño, y musitó—: ¿Es eso posible?

—Claro —dijo Martin Beck.

—No creerá también usted que estoy loco, ¿verdad? —preguntó Mauritzon de repente.

—No, ¿por qué habría de creerlo?

—Todos parecen creer que estoy chiflado. Casi he llegado a creérmelo yo mismo.

—Dígame lo que sucedió —insistió Martin Beck—. Debe de haber una explicación para todo. Así que... Svärd le exigió dinero.

—Era un chupa sangre —dijo Mauritzon—. Cuando sucedió aquello, yo no podía permitir que me encarcelaran. Ya lo había estado antes, tenía dos sentencias pendientes y se me sometía a vigilancia. Aunque, claro, usted sabrá todo eso. ¿No es cierto?

Martin Beck no respondió. Todavía no había examinado cuidadosamente los antecedentes penales de Mauritzon.

—Bueno —prosiguió Mauritzon—. Setecientos cincuenta al mes es mucho. Nueve mil al año. Y esa sola caja valía mucho más —se contuvo y luego añadió consternado—: No comprendo, ¿cómo sabe usted todo eso?

—En una sociedad como la nuestra, casi todas las cosas están documentadas —repuso Martin Beck amablemente.

—Esos bastardos de los muelles deben de estar rompiendo cajas cada semana —dijo Mauritzon.

—Sí; pero usted fue el único que no reclamó el dinero del seguro.

—Cierto. Casi tuve que suplicarles que no me lo dieran. Si no, habrían acudido los inspectores de la compañía, metiendo las narices en mis cosas. Con Svärd ya tenía bastante.

—Comprendo. Y usted siguió pagando.

—Al cabo de un año traté de cortar aquello; pero bastó con que me retrasara unos días en el pago para que aquel viejo empezara a amenazarme. Y mis asuntos no eran los más apropiados para resistir una inspección.

—Podría haber denunciado a Svärd por chantaje.

—Claro. Y entonces me habrían metido a mí en la cárcel por algunos años. No. Sólo había una cosa que pudiera hacer. Pagar. El bastardo abandonó su empleo y me utilizó como si yo fuera una especie de jubilación.

—Pero al final usted se hartó, ¿verdad?

—Sí —Mauritzon retorció su pañuelo nerviosamente entre sus manos—. Entre nosotros —dijo—. ¿Usted no habría hecho lo mismo? ¿Sabe cuánto le pagué a aquel tipo?

—Sí. Cincuenta y cuatro mil coronas.

—Usted parece saberlo todo —exclamó Mauritzon—. Y dígame, ¿no puede quitarles el caso del robo del banco a esos lunáticos de ahí fuera?

—Eso sería difícil —contestó Martin Beck—. Pero usted no pagó sin protesta ¿verdad? ¿Lo amenazó alguna vez?

—¿Cómo puede saber eso? Hace cosa de un año empecé a pensar en todo el dinero que yo había pagado a aquel ladrón en el curso de varios años. El pasado invierno me puse en contacto con él.

—¿Cómo?

—Me lo encontré en la ciudad y le dije que pusiera fin a aquello. Pero el viejo vampiro me espetó que ya sabía a lo que me exponía si el dinero no era ingresado a tiempo.

—¿Qué pasaría?

—Pues que iría corriendo a la policía. Cierto que este caso de la caja de botellas de licor era una historia antigua; pero eso no detendría a la policía, que empezaría a indagar en mis asuntos. Y yo me ocupaba de algunas cosas que no eran legales. Además, me resultaría difícil explicar por qué había pagado todos aquellos años.

—De todos modos, Svärd le dijo algo para calmarle, ¿verdad? Que moriría pronto.

Mauritzon permaneció sentado y en silencio un buen rato.

—¿Es que Svärd le contó eso? ¿O es que lo escribió en algún sitio?

—No.

—¿Es usted capaz de leer el pensamiento?

Martin Beck negó con la cabeza.

—Entonces, ¿cómo puede saber todos esos detalles? Me dijo que tenía cáncer en las tripas, y que no viviría más de seis meses. De todos modos, creo que estaba un poco asustado. Y yo pensé: si lo he mantenido durante seis años, seis meses más ¿qué importa?

—Pero usted llamó al hospital para enterarse.

—Claro. Y me dijeron que no estaba allí, sino en una clínica de la zona sur. Luego empecé a sospechar que pasaba algo.

—Ya veo. Así que usted llamó al médico y le dijo que era sobrino de Svärd.

—No tiene sentido que yo le explique nada, ¿cierto? Lo que yo pueda contarle, usted ya lo sabe.

—¡Oh, no...!

—¿Qué es lo que no sabe?

—Por ejemplo, qué nombre dio usted.

—Svärd, claro. ¿Cómo podía parecer sobrino del bastardo si no me llamaba Svärd? ¿No se le había ocurrido eso? —Mauritzon echó a Martin Beck una mirada de sorpresa feliz.

—No, no había pensado en ello.

Entre ambos estaban empezando a establecerse una especie de relación.

—El médico con quien hablé me dijo que el viejo se encontraba bien y que no estiraría la pata al menos en veinte años. Me imaginé que... —Guardó silencio.

Martin Beck hizo un cálculo rápido y dijo:

—Eso significaba que usted pagaría ciento ochenta mil coronas más.

—Claro, claro. Me rindo. Usted es demasiado listo para mí. Aquel mismo día ingresé el dinero correspondiente a marzo, de modo que la maldita hoja de ingreso estuviera allí, esperándole, cuando él volviera a casa. Al propio tiempo... Bueno, ¿sabe usted lo que pensé entonces?

—Decidió que aquélla sería la última vez.

—Precisamente. Me enteré de que iba a salir del hospital el sábado, y tan pronto como él metió la nariz en la tienda para comprar su asquerosa comida para los gatos, lo agarré y le dije que todo había terminado. Pero él se mostró tan descarado como siempre, y me dijo que ya sabía lo que iba a sucederme si él no recibía una notificación del banco el día veinte del mes siguiente como máximo. Pero se asustó. Porque, ¿sabe lo que hizo?

—Se mudó.

—Claro, usted sabía también eso. Y ¿lo que yo hice entonces?

—Sí.

Hubo un silencio momentáneo. Martin Beck se dio cuenta de que el magnetófono no funcionaba. Antes de recibir a su visitante había comprobado su funcionamiento y colocado una nueva cinta. Ahora debía decidir la nueva táctica. Y dijo:

—Claro que lo sé, ya se lo he dicho. Bueno, creo que podemos dar por terminada esta conversación.

Mauritzon pareció evidentemente inquieto.

—Espere un momento —dijo—. ¿Lo sabe de veras?

—Claro.

—Porque resulta que yo no lo sé. ¡Maldito sea! Ni siquiera sé si el viejo está vivo o muerto. Y aquí es donde empieza lo horrible.

—¿Lo horrible?

—Sí, y dado que todo se ha ido al... sí, al cuerno, y dentro de dos semanas me condenarán a cadena perpetua por algo que sólo el demonio sabe de qué se trata. Todo esto es algo que no tiene sentido.

—Usted es de Smaland.

—Claro, ¿no se había dado cuenta hasta ahora?

—No.

—¿Qué raro! Usted, que lo sabe todo. Bueno, ¿qué es lo que hice yo?

—Primero averiguó dónde estaba el nuevo apartamento de Svärd.

—Fue muy sencillo. No lo perdí de vista durante algunos días, fijándome en cuando salía, etcétera. No solía hacerlo a menudo. Y la persiana de su ventana siempre estaba corrida, incluso

cuando ventilaba su apartamento por las noches. Comprobé eso también.

—Usted pensó darle a Svärd un buen susto. Y si se llegaba a lo peor, lo mataría.

—Ya nada me importaba; pero era difícil que se pusiera a mi alcance. Así que pensé en el medio más fácil de hacerlo. Ya sabe a que me refiero.

—Pensó en dispararle a través de la ventana, cuando ésta permaneciera abierta para ventilar el apartamento o en el momento de acercarse él a cerrarla.

—¡Ahí tiene! Eran las únicas oportunidades en que él se dejaba ver. Y encontré un buen sitio. Evidentemente usted sabe dónde.

Martin Beck asintió.

—Podía imaginármelo. Sólo hay un sitio si uno no desea penetrar en la casa. La loma del parque, al otro lado de la calle. Svärd abría su ventana cada noche a las nueve y la cerraba a las diez. Así que fui allí para dispararle una bala al viejo.

—¿Qué día?

—El lunes diecisiete. Decidí hacerlo en vez de ir al banco. A las diez de la noche. Y ahora empieza lo horrible. ¿No me cree? Demonios, puedo probarlo. Pero primero deje que le diga algo. ¿Sabe usted con qué pensé acabar con él?

—Sí, con una automática del 45, una Llama 9-A.

Mauritzon se llevó las manos a la cabeza con asombro, y luego dijo:

—Usted forma también parte de esta conspiración. Eso es algo que usted no podía saber. Y sin embargo, lo sabe. No es lógico.

—Y para que el disparo no llamara la atención de la gente, puso usted un silenciador a la pistola.

Mauritzon asintió, estupefacto.

—Supongo lo ajustó usted mismo. El tipo usual, para una sola vez.

—Está en lo cierto —contestó Mauritzon—, está en lo cierto, está en lo cierto. Pero ahora, *dígame* qué es lo que pasó.

—Usted empieza —dijo Martin Beck—, y yo le explicaré el resto.

—Bueno, pues fui allí, con mi coche. Estaba oscuro. No se veía un alma. Dentro del apartamento la luz estaba apagada. La ventana, abierta; pero la persiana corrida. Ocupé mi posición en la ladera. Al cabo de unos minutos miré el reloj, las 9.58. Todo estaba saliendo tal como había imaginado. El maldito viejo bastardo apartó la persiana, se asomó a la ventana y se disponía a cerrarla. Mientras tanto, yo aún no me había decidido. Pero eso ya lo habrá supuesto.

—Usted aún no había decidido si matar a Svärd o advertirle disparándole en el brazo o sólo al marco de la ventana.

—Evidente —repuso Mauritzon desesperado—. Es evidente que usted sabe también eso. Al fin y al cabo son cosas que pensé para mis adentros y que nunca salieron de aquí —y se dio con los nudillos en la frente.

—Pero usted se decidió al fin.

—Sí. Al verlo allí asomado pensé: acabemos con él de una vez para siempre. Y disparé.

Se quedó callado.

—Y ¿qué sucedió?

—Bueno, pues ¿qué es lo que sucedió? No lo sé. Parece imposible que yo hubiera fallado el tiro, aunque al principio lo creí. Desapareció, y supuse que había cerrado la ventana con la mayor



rapidez posible. La persiana quedó colgando. Todo recobró el aspecto de siempre.

—Y ¿qué hizo usted entonces?

—Regresé con mi coche a casa. ¿Qué otra cosa podía hacer? Luego, un día tras otro, buscaba en los periódicos; pero éstos no decían nada. Todo resultaba incomprensible, al menos eso me pareció entonces. Pero nada es comparable a lo que estoy pensando ahora.

—¿En que posición estaba Svärd cuando usted disparó?

—Ligeramente inclinado hacia adelante, con el brazo, derecho levantado. Debía de estar sujetando la aldabilla de la ventana con una mano y apoyándose en el antepecho con la otra.

—¿Dónde adquirió usted la pistola?

—Unos tipos que conozco habían comprado algunas armas en el extranjero. Yo arreglé el asunto para que pudieran ser introducidas en el país. Al mismo tiempo pensé que sería buena idea que yo pudiera disponer de una pistola. Así que la compré. Ellos ya tenían. No soy experto en armas de fuego; pero me pareció que era buena.

—¿Está seguro de que alcanzó a Svärd? Luego se presenta usted, de repente, y resulta que está enterado de todo.

—Algunas cosas se las puedo explicar —dijo Martin Beck.

—¿Puedo preguntarle algunas, siquiera sea para variar?

—Pues claro, pregunte.

—Primero, ¿alcancé al bastardo?

—Sí, lo mató usted en el acto.

—Algo es algo. Empezaba a pensar que él estaría sentado, en la habitación de ahí al lado, leyendo un periódico, riéndose hasta mearse en los pantalones.

—Usted ha cometido un asesinato —dijo Martin Beck muy serio.

—Eso creo —repuso Mauritzon sin que le importara mucho—. Es lo que esos tipos listos de ahí fuera están diciendo. Mi abogado, por ejemplo.

—¿Alguna pregunta más?

—¿Por qué nadie se preocupó por saber si estaba muerto? Los periódicos no dijeron nada.

—El cadáver de Svärd no fue encontrado hasta mucho después. Al principio se creyó en un suicidio.

—¿Suicidio?

—Sí, la policía tiene descuidos a veces. La bala le alcanzó en la frente, lo cual es comprensible porque en aquel momento él estaba inclinado hacia afuera. Y la habitación donde yacía el cadáver estaba cerrada por dentro, y la ventana también.

—Debió de tirar de ella al caer, y la aldabilla resbaló en el ojo.

—Es la conclusión a que yo he llegado también. Más o menos. Cualquier persona alcanzada por un proyectil de tal calibre es lanzada varios metros atrás. Aunque Svärd no estuviera exactamente sujetando la aldabilla de la ventana, ésta muy bien pudo caer en su lugar cuando la ventana se cerró de golpe. He visto casos parecidos. Muy recientemente —Martin Beck sonrió—. Así que el asunto ha sido aclarado.

—¿Aclarado del todo? ¿Cómo podía usted saber lo que yo pensaba cuando disparé?

—Eso —repuso Martin Beck— eran meras suposiciones. ¿Algo más que preguntar? Mauritzon se lo quedó mirando, estupefacto.

—¿Algo más? ¿Se está burlando de mí?

—Ni mucho menos.

—Entonces sea tan amable de explicarme lo siguiente. Aquella noche volví con mi coche directamente a casa. Metí la pistola en una vieja bolsa y la llené de piedras. Luego la cerré, muy bien cerrada, y la guardé en un lugar seguro. Primero había quitado el silenciador y lo aplasté con un martillo. Era de los que sólo se pueden utilizar una vez; pero no lo preparé yo, lo había comprado con la automática. A la mañana siguiente me dirigí a la estación y tomé el tren hasta Södertälje. Entré en una casa cualquiera y tiré el silenciador en un cubo de basura. Ni siquiera recuerdo exactamente qué casa era. En Södertälje embarqué en mi bote a motor, que tenía allí amarrado. Navegué hasta Estocolmo, donde llegué al anochecer. Al día siguiente tomé la bolsa con la automática y salí con el bote hacia Vaxholm. Arrojé luego la bolsa por la borda. En la parte más profunda del canal.

Martin Beck frunció el ceño.

—Eso es lo que con seguridad sé que hice —dijo Mauritzon muy excitado—. Nadie puede entrar en mi apartamento estando yo ausente. Nadie ha tenido jamás una llave del mismo. Y poco antes de ajustarle las cuentas a Svärd había dicho a la poca gente que conozco que me iba a España.

—¿Hizo usted eso?

—Pero ¡maldita sea! Está usted ahí, sentado, sabiéndolo todo. Sabe todo lo de la automática, que evidentemente no puede estar en ningún otro sitio sino en el fondo del mar. Usted sabía también lo del silenciador. Ahora, por favor, ¿quiere ser tan amable de explicarme todo esto?

Martin Beck se quedó pensativo un momento, luego, finalmente, dijo:

—Usted debe de equivocarse en algo.

—¿Qué me equivoco? Pero ¿no le he contado todo con detalle? ¡Demonios! Yo sé lo que hago, ¿no? O... —Mauritzon empezó a reír histéricamente. Se calló de repente y dijo—: Usted también, sentado frente a mí, me está engañando. Y no imagine que vaya a repetir todo eso ante un tribunal.

De nuevo aquel hombre empezó a reír sin poder contenerse.

Martin Beck se levantó, abrió la puerta, hizo una señal al guardia de servicio, y dijo:

—Hemos terminado. Al menos de momento.

Se llevaron a Mauritzon, quien seguía riéndose. Resultaba desagradable.

Martin Beck abrió el cajón del escritorio, hizo correr el resto de la cinta, la sacó, y se dirigió a la patrulla especial. Allí estaban Rönn y Kollberg.

—Bueno —le preguntó Kollberg—, ¿le ha gustado Mauritzon?

—No mucho. Pero ha confesado que cometió el asesinato.

—¿A quién más ha matado?

—A Svärd.

—¿De veras?

—Sin ninguna duda.

—¡Oh, esa cinta! —exclamó Rönn—. ¿Es de mi magnetófono?

—Sí.

—No le habrá servido de mucho. No funciona.

—Pero la probé.

—Claro, funciona los dos primeros minutos. Tras eso no se oye más que un pitido. Mañana vendrán a repararlo.

—¡Oh! —Martin Beck se quedó mirando a la cinta y dijo—: No importa. Mauritzon ya ha hablado. Pruebas circunstanciales. Podremos demostrar que el arma del crimen era suya, como Lennart indicó antes. ¿Les ha dicho Hjelm que llevaba un silenciador?

—Sí —contestó Kollberg, bostezando—; pero en el banco no lo usó. ¿Por qué pone esa cara?

—Hay algo raro en ese Mauritzon —dijo Martin Beck—. Algo que no comprendo.

—¿Qué es lo que pretende? —preguntó Kollberg—. ¿Un análisis completo de la psicología humana? ¿Está pensando en escribir una tesis sobre criminología?

—Hasta la vista —dijo Martin Beck. Y se marchó.

—Bueno —comentó Rönn—. Tendrá mucho tiempo para eso cuando sea comisario.

Mauritzon compareció ante el tribunal del distrito de Estocolmo, acusado de asesinato, homicidio sin premeditación, y robo a mano armada, así como el delito de tráfico de narcóticos y varias otras cosas.

Ante todas las acusaciones él se declaró inocente. A cada pregunta contestaba que no sabía nada del asunto, y que la policía lo había elegido como chivo expiatorio y «plantó» las pruebas.

Apisonadora Olsson estaba en plena forma, y el acusado se encontró constantemente bajo una dura presión. En el curso del proceso el fiscal llegó a cambiar la acusación de homicidio por una segunda acusación de asesinato.

Tras un proceso de sólo tres días, se dio a conocer el veredicto: Mauritzon era condenado a trabajos forzados a perpetuidad por el asesinato del instructor de gimnasia y por el atraco al banco de Hornsgatan. También se le halló culpable de otros varios delitos, incluyendo el de complicidad en los cometidos por Malmström y Mohrén.

Por otra parte, la acusación de asesinato en la persona de Karl Edvin Svärd no prosperó. El abogado defensor, que en las primeras fases del juicio se había mostrado apático, de repente se despabiló y logró hacer trizas las pruebas circunstanciales. Entre otras cosas hizo comparecer a expertos que arrojaron dudas sobre la investigación balística, indicando, correctamente, que el cartucho estaba tan dañado, que no se podía relacionar de forma segura con la automática de Mauritzon.

Martin Beck fue citado como testigo; pero lo que dijo en la vista adolecía de lagunas y se basaba hasta cierto punto en suposiciones absurdas.

Desde el ángulo de la justicia, esto comportaba pocas diferencias, ya que tanto si Mauritzon era condenado por un asesinato o por dos, no podría tener distinto efecto en la sentencia, al ser la cadena perpetua la pena máxima permitida por las leyes suecas.

Mauritzon escuchó la sentencia con una seca sonrisa. La verdad es que durante todo el juicio se había comportado de un modo un tanto extraño.

Cuando el juez le preguntó si el acusado había comprendido el sentido de la sentencia, Mauritzon negó con la cabeza.

—En principio significa que ha sido hallado culpable del atraco al banco de Hornsgatan y del asesinato del señor Gardon, el instructor de gimnasia. Por otra parte el tribunal le absuelve del cargo de asesinato en la persona de Karl Edvin Svärd. En resumen, ha sido condenado a cadena perpetua y acto seguido será tenido en custodia hasta que su sentencia se convierta en definitiva y sin apelación.

Cuando los guardias se lo llevaron, Mauritzon se echó a reír. Los que se dieron cuenta de ello pensaron que ese hombre (que no había mostrado arrepentimiento alguno ni el menor respeto a la

ley y al tribunal) era un criminal de lo más endurecido.



Monita estaba sentada en un rincón sombreado de la terraza del hotel, con el libro de gramática italiana del curso para adultos sobre las rodillas.

En el bosquecillo de bambúes existente al fondo del jardín, Mona jugaba con una de sus nuevas amigas. Estaban sentadas en el suelo manchado alternativamente de sol y sombras, entre las ligeras cañas de bambú, y Monita, oyendo sus alegres voces, se quedó asombrada por la facilidad con que los niños se comunican, aunque no comprendan nada del lenguaje de los compañeros de juego. Claro que Mona había aprendido ya algunas palabras, y Monita estaba segura de que su hija aprendería ese idioma extranjero mucho más aprisa que ella. Ya que a ella se le antojaba a veces imposible de aprender.

En el hotel se apañaba bien con el inglés y algunas pocas palabras entremezcladas de alemán; pero deseaba hablar con otras personas además del personal de servicio. Por eso había empezado a aprender el italiano, que le parecía mucho más fácil que el esloveno, y que ella esperaba le serviría al estar tan cerca de la frontera italiana.

Hacía un calor terrible, lo cual la hacía sentirse soñolienta, aunque estaba sentada a la sombra y no había pasado más que un cuarto de hora desde que por cuarta vez esa mañana, se había duchado. Cerró el libro y lo introdujo en su bolsa, que reposaba sobre el pavimento de piedra al lado de la silla.

En la calle y en la acera, por la parte exterior del jardín del hotel, turistas con ropa ligera iban de acá para allá. Entre ellos, muchos suecos, demasiados, pensó Monita. Entre la multitud era fácil distinguir a los nativos de la ciudad. Sus movimientos revelaban que se sentían en su propia casa y que sabían a dónde iban. Muchos llevaban objetos diversos: cestas con huevos o frutas, panes de un color oscuro, redes de pescar; o iban acompañados de sus chiquillos. Acababa de pasar un hombre con un lechoncito recién sacrificado sobre su cabeza. Casi todos los viejos vestían de negro.

Llamó a Mona, que vino corriendo, seguida de su nueva compañera de juegos.

—Vamos a dar un paseíto —dijo Monita—. Hasta la casa de Rozeta. ¿Quieres acompañarme?

—¿Tengo que ir? —preguntó Mona.

—Si no quieres, no. Quédate jugando. Volveré pronto —Monita empezó a subir hacia la colina, detrás del hotel.

La casa de Rozeta se hallaba en la ladera, a un cuarto de hora de camino desde el hotel. Se la seguía conociendo así, a pesar de que Rozeta había muerto cinco años atrás, y la casa era ahora propiedad de sus tres hijos, quienes tenían sus propias moradas en la ciudad.

Monita había trabado amistad con el mayor de los hijos, durante la primera semana de su estancia aquí. Era propietario de una bodega cercana al puerto; su hija era la compañera de juegos favorita de Mona. Monita había llegado ahora a conocer a toda la familia; pero sólo podía hablar cómodamente con el esposo de Rozeta, que había sido marinero y hablaba bien el inglés. Le alegraba haber establecido amistades en la ciudad tan pronto; pero lo mejor de todo era haber llegado a un acuerdo para alquilar la casa de Rozeta en otoño, cuando el americano que residía

allí en verano se marchara. Como la casa no había sido apalabrada hasta el verano siguiente, ella y Mona podrían vivir allí durante el invierno.

La casa de Rozeta, enjalbegada, espaciosa y cómoda, estaba rodeada de un espacioso jardín y desde ella se divisaba un panorama fantástico sobre el puerto y la bahía.

A veces Monita acudía allí, se sentaba un rato en el jardín, y conversaba con el americano, oficial del ejército en situación de retiro, que aprovechaba su estancia en la casa para escribir sus memorias.

Mientras subía por la ladera, Monita recordó los acontecimientos que la habían traído aquí. No podría decir cuántas veces había pensado en ello durante las últimas tres semanas. Era de suponer que nunca dejaría de asombrarse de que una vez ella se decidió a actuar, todo hubiera sucedido tan rápidamente, y con tanta sencillez. Tampoco podría olvidar el hecho de que para lograr su objetivo hubiera tenido que matar a alguien; pero, conforme pasara el tiempo, lograría sin duda olvidar el recuerdo de aquel disparo fatal, aunque no intencionado, cuyo eco resonaba en su cabeza en las largas noches de insomnio.

El hallazgo de la pistola en el armario de la cocina de Filip Mauritzon había decidido el curso de los acontecimientos. En efecto, fue cuando ella se vio en aquella cocina con la pistola automática en la mano cuando instantáneamente tomó la decisión. Después había necesitado dos meses y medio para trazarse un plan de acción y armarse de valor. Diez semanas durante las cuales no pensó en otra cosa.

Antes de ponerlo en práctica, pensó en todas las situaciones que concebiblemente podrían producirse, incluyendo aquellas que pudieran presentarse mientras se encontrara en el interior del banco.

Lo que nunca había previsto era la posibilidad de ser sorprendida. Y fue exactamente lo que ocurrió. Ella no sabía nada de armas de fuego. Pensaba utilizar la automática tan sólo para asustar a la gente, y por ello no la había examinado a fondo. El que de repente se le disparara, tal como sucedió, nunca se le había pasado por la cabeza.

Viendo a aquel hombre que se le acercaba, involuntariamente apretó el gatillo. Estaba totalmente impreparada para afrontar el caso de que la pistola se le disparara. Viéndole caer, y dándose cuenta de lo que ello significaba, le invadió un miedo terrible. El hecho de que a pesar de todo hubiese tenido presencia de ánimo para actuar más o menos de acuerdo con su plan, seguía asombrándola cada vez que lo recordaba. En su fuero interno, había sentido paralizada por el terror.

Tras regresar a casa en el metro, escondió la bolsa con el dinero entre las ropas de Mona en una de las maletas que ya había empezado a llenar el día anterior.

Luego empezó a actuar irracionalmente. Cambióse el vestido y las sandalias, y tomó un taxi hasta Armfeldsgatan. Esto no formaba parte del plan original. Pero había empezado a decirse que Mauritzon, al menos en parte, era culpable del crimen que ella había cometido. Su intención era depositar el arma donde la había hallado.

Mas cuando se encontró de nuevo en aquella cocina, se dio cuenta de lo insensato de su idea. Sintió pánico e intentó huir. Al llegar a la planta baja se fijó en que la puerta de la bodega estaba abierta de par en par. En la bodega podría arrojar la bolsa entre la basura. Entonces oyó voces. Comprendiendo que se trataba de los basureros que procedían a retirar los sacos, retrocedió por el pasillo y fue a parar a una especie de cuartito almacén. Allí escondió la bolsa en una caja de

madera que había en un apartado rincón, esperó a que los basureros salieran cerrando la puerta tras sí, y luego abandonó rápidamente el edificio.

A la mañana siguiente abandonaba Suecia.

Monita había soñado siempre visitar Venecia. Menos de veinticuatro horas después de robar el banco, se encontraba allí, con Mona. Sólo permanecieron dos días. Resultó difícil encontrar habitación en un hotel, el calor era opresivo, el mal olor de los canales llegó a hacerse casi insoportable. Ya volverían en cuanto remitiera la temporada turística.

Tomaron el tren hasta Trieste, y de allí a la pequeña ciudad de la península de Istria, ya en Yugoslavia, donde ahora residían.

En una de sus maletas, en el armario de la habitación del hotel, guardaba la bolsa de nylon con las ochenta y siete mil coronas en billetes de banco suecos. A menudo pensaba que no era el sitio más seguro de guardar el dinero. Cualquiera día se llegaría a Trieste y lo ingresaría en un banco.

El americano no estaba en casa. Monita salió al jardín y se sentó apoyando la espalda contra un árbol, que ella supuso un pino.

Dobló las piernas, apoyó su barbilla sobre las rodillas, y semientornando los ojos contempló el Adriático.

Era un día insólitamente claro; podía divisar el horizonte y un vaporcito blanco que se acercaba al puerto.

Bajo el calor del mediodía, las rocas allá abajo, la alba costa, y el azul reluciente parecían incitantes. Dentro de poco nadaría allí.



El comisario de la Policía Nacional había convocado al superintendente Malm a su amplio y brillante despacho situado en una esquina del ala más antigua del edificio del cuartel general de la policía. El sol proyectaba un romboide de luz sobre la alfombra color frambuesa, y a través de las ventanas cerradas se podían percibir débiles ruidos procedentes de la construcción de una línea de metro. Estaban hablando de Martin Beck.

—Bueno, usted se halla mejor situado que yo para calificarle, tanto por lo que respecta a su período de curación como a las dos semanas en que de nuevo presta servicio —dijo el comisario de la Policía Nacional—. ¿Qué opinión le merece?

—Depende de lo que quiera usted decir —replicó Malm—. ¿Se refiere a su estado de salud?

—Los médicos son los mejores jueces acerca de sus condiciones físicas. Por lo que tengo entendido, se ha recobrado completamente. A lo que me refiero es a su actual estado psicológico.

El superintendente Malm deslizó una mano sobre sus bien peinados mechones.

—¡Humm! —dijo—. Es difícil afirmar...

Se hizo el silencio en la habitación, y el comisario de la Policía Nacional aguardó a que prosiguiera. Luego dijo con una sombra de indignación en su voz:

—No le pido un análisis psiquiátrico detallado. Sólo pensé que usted podría decirme cuál es la impresión que le causa ahora.

—Le he visto poco, señor —repuso Malm evasivamente.

—Pero usted lo trata más que yo —insistió el comisario de la Policía Nacional—. ¿Sigue siendo el mismo?

—¿Quiere decir que si sigue siendo el mismo de antes de ser herido? No, tal vez no. Desde luego ha estado reponiéndose muchos meses, apartado del trabajo, y puede que necesite algún tiempo para engranar de nuevo en el servicio.

—¿En qué sentido cree usted que ha cambiado?

Malm se quedó mirando a su jefe de modo vacilante y dijo:

—Bueno no para mejorar, por supuesto. Claro que siempre ha sido un poco raro y difícil de comprender. Y evidentemente siempre se ha mostrado un poco propenso a pensar que podía resolver por sí solo los asuntos.

El comisario se inclinó hacia adelante y frunció el ceño.

—¿De veras cree usted eso? Bueno, supongo que será cierto. Pero hasta ahora su trabajo ha dado siempre buenos resultados. ¿Considera usted que su tendencia a la arbitrariedad ha aumentado?

—Bueno, señor, yo no lo sé. Al fin y al cabo sólo hace un par de semanas que ha vuelto al trabajo.

—Mi impresión es que está un poco abstraído, que ha perdido el aguijón. No tiene más que fijarse en su última investigación sobre el caso de la muerte en Bergsgatan.

—Sí —dijo Malm—, ha armado un buen lío.

—Un lío escandaloso. ¡Y no sólo eso! El asunto parece de lo más confuso. Podemos felicitarlos de que la prensa no haya mostrado interés por este caso. Hay que reconocer que todavía estamos a tiempo. La historia puede filtrarse, y eso no sería bueno para nosotros, y mucho menos aún para Beck.

—No sé qué decir —declaró Malm—. Algunos aspectos de esa investigación parecen fruto de la más pura fantasía. Y en cuanto a la supuesta confesión... Bueno, uno no sabe qué pensar.

El comisario de la Policía Nacional se puso en pie, avanzó hacia la ventana, y miró en dirección a Agnegatan y al Ayuntamiento. Al cabo de unos minutos regresó a su silla, colocó las palmas de sus manos sobre el escritorio, se quedó absorto contemplándose las uñas, y dijo:

—He pensado mucho en este asunto de Beck. Y como usted comprenderá me preocupa más en vistas de nuestra anterior decisión de ascenderlo a comisario.

Hizo una pausa, y Malm aguardó atentamente.

—Pero según ahora veo las cosas —prosiguió el comisario de la Policía Nacional—, el modo que ha tenido Beck de tratar el caso Sköld...

—Svärd —corrigió Malm—. Se llamaba Svärd.

—¡Ah, sí! Svärd. La conducta de Beck parece dar a entender que no está del todo equilibrado, y en mi opinión debemos de esperar, y ver si eso es definitivo o sólo un efecto transitorio de su enfermedad.

El comisario alzó sus manos unos tres centímetros del escritorio, y luego las dejó caer de nuevo.

—Empleando otras palabras —dijo—: en estas circunstancias creo que sería un poco arriesgado recomendar su ascenso. Mejor es que siga como está, ya veremos qué giro toman las cosas. Su ascenso, al fin y al cabo, sólo había sido sugerido. Nada ha sido elevado a la Junta. Opino, pues, que debemos dejar de hablar de este asunto, y, de momento, olvidarlo. Tengo otros candidatos para ese puesto. Beck no necesita saber que se le citó como probable candidato, por lo que no se le irrogará perjuicio alguno. ¿Dejamos así el asunto?

—Sí, señor —contestó Malm—. Me parece una decisión muy razonable.

El comisario de la Policía Nacional se levantó de nuevo, se dirigió a la puerta y la abrió para que saliera Malm, quien se levantó raudo de su silla.

—Yo también lo creo así —dijo el comisario de la Policía Nacional, y cerró la puerta—. Una decisión muy razonable.

Cuando, un par de horas después, le llegó a Martin Beck el rumor de que no lo ascenderían, hubo de reconocer que por primera vez estaba de acuerdo con las conclusiones del comisario.

Sin duda alguna, éste había tomado una decisión muy razonable.



Filip Faithful Mauritzon no paraba de recorrer como un autómatas su celda. Le parecía físicamente imposible sentarse y quedarse quieto. Tampoco sus pensamientos descansaban. Pero conforme pasaba el tiempo, se iban simplificando. Ahora se limitaba a dos preguntas:

¿Qué había pasado realmente?

Y ¿cómo?

Para ninguna de estas dos preguntas podía encontrar respuesta.

Los carceleros ya se habían dirigido al psiquiatra de la prisión. A la semana próxima hablarían también con el capellán.

Mauritzon seguía requiriendo explicaciones. El capellán era muy hábil en explicar las cosas. Puede que le fuera de alguna utilidad.

Ahora el preso permanecía echado e inmóvil en la completa oscuridad; pero no podía dormir.

Y pensó:

¿Qué demonios ocurrió en realidad?

Y ¿cómo?

Alguien debía saberlo.

¿Quién?





MAJ SJÖWALL (Estocolmo, Suecia, 25 de septiembre de 1935 — Landskrona, Suecia, 29 de abril de 2020). Estudió Periodismo y Artes Gráficas. Trabajó como reportera para periódicos y revistas de Suecia antes entrar en la editorial *Wahlström & Widstrand*. Durante todo ese periodo no dejó de hacer traducciones del inglés, una tarea que desempeñó profesionalmente desde los 19 años.

En la revista *Idun*, en la que empezó a trabajar en 1961, conoció al que sería su compañero durante 14 años: Per Wahlöö. Se fueron a vivir juntos en 1962 y publicaron su primera novela a cuatro manos tres años más tarde, en 1965, *Roseanna*. Fue el primer título del detective Martin Beck.

Igual que su pareja, Sjöwall fue una izquierdista y marxista convencida y sus novelas retrataban tramas policíacas pero también a la misma sociedad sueca. La pareja produjo una novela al año durante una década (de 1965 a 1975), hasta la muerte de Per Wahlöö a la edad de 48 años de cáncer de páncreas en el hospital Sankt Pauli de Malmö el 23 de junio de 1975.

En 1971 se les concedió el *Premio Edgar Allan Poe* de novela negra por su cuarta novela, *El policía que ríe*. Fue la primera vez que se otorgaba a una novela no escrita en inglés, y dos años más tarde el director Stuart Rosenberg adaptó esta obra al cine, con Walter Matthau en el papel de Martin Beck, con el título de *The Laughing Policeman* (traducida al español como *San Francisco, ciudad desnuda*).

En 2013 recibió en Barcelona, el *VIII Premio Pepe Carvalho* de novela negra.

Per y Maj, a pesar de que no llegaron a casarse, tuvieron dos hijos, Tetz (nacido en 1963) y Jens (en 1966). Tanto Per como Maj tenían cada uno otro hijo antes de conocerse.

PER WAHLÖÖ (Halland, Suecia, 6 de agosto de 1926 - Malmö, Suecia, 22 de junio de 1975). Después de graduarse en la Universidad de Lund en 1946, trabajó como periodista cubriendo las secciones de sociedad y sucesos para numerosos periódicos y publicaciones. En los años 50 Wahlöö se comprometió con la causa política más radical de Suecia, lo que le llevó a su deportación hasta la España de Franco.

A su vuelta a Suecia escribió numerosos guiones para radio y televisión y entró como editor en varias revistas hasta convertirse en escritor a tiempo completo. Como novelista, Wahlöö debuta con *Hövdingen* (*The Chief*, 1959), primera parte de una serie de siete novelas y una colección de relatos breves sobre la Dictadura. *Lastbilen* (1962), la tercera parte de esa serie, fue publicada en Estados Unidos como *A Necessary Action* y en Gran Bretaña como *The Lorry*. Fueron seguidas por *Uppdraget* (*The Assignment*, 1963), otro brillante *thriller* situado en América Latina.

En 1965 Wahlöö completó la más compleja de sus siete novelas de la serie de la Dictadura: *Los generales*, una intrincada historia en un estado militar. La serie de la Dictadura incluía también el thriller futurista *Mod P 31: a VANINGEN* (*Asesinato en la planta 31*, 1965), que fue llevado al cine en 1989 por el director R. W. Fassbinder y *Stälspranget* (*Steel Spring*, 1968).

En 1961 Per Wahlöö conoció a Maj Sjöwall. Esto marcó el inicio de una colaboración que los situaría en el podio de escritores de novela negra del momento.

Per Wahlöö murió de cáncer en 1975, semanas antes de la publicación de *Los terroristas*, la última novela de la serie de Martin Beck.

## **Notas**

[1] *Derringer*: pistola pequeña de grueso calibre (*N. del T.*). <<

[\*] Esta novela está ambientada en 1971 y en esa fecha no había teléfonos móviles; sin acceso a la versión original para verificar, parece que el traductor se quiera referir a la radio del coche. (*N. del E. D.*). <<

# Índice de contenido

Cubierta

La habitación cerrada

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

Sobre los autores

Notas

**Per Wahlöö &  
Maj Sjöwall**

**La habitación  
cerrada**

se